

WULF DORN

Lo sé todo sobre tu pasado.
Sobre tu vida. Sobre tu familia.
Pero tú no sabes nada de mí.



PHOBIA

THRILLER

se

Lectulandia

Londres, una noche de diciembre en el barrio de Forest Hill. Un hombre llega a la casa de Sarah, que se encuentra con su hijo de seis años. Dice que es Stephen, su marido. Tiene, de hecho, su misma ropa y conduce su mismo coche. Pero Sarah esta segura de que ese hombre no es Stephen.

Comienza así una pesadilla para Sarah y su hijo, especialmente cuando el hombre desaparece sin dejar huellas y ella sigue sin tener noticias de su marido. Pide ayuda, pero nadie cree en su historia. Solo una persona puede entenderla: Mark Behrendt, su amigo, el psiquiatra. Con él ira descubriendo, rápidamente, una trama tan envolvente como inquietante, en la que cada pista, y cada detalle, resultan vitales para sobrevivir.

Lectulandia

Wulf Dorn

Phobia

ePub r1.0

Titivillus 26.09.16

Título original: *Phobia*
Wulf Dorn, 2013
Traducción: Beatriz Galán Echevarría
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Kirsten y Markus

Gin and Tonic

NOTA PREVIA DEL AUTOR

Para hilvanar esta novela partí de varios acontecimientos que, al contrario de lo que sucede en mi historia, nunca estuvieron relacionados entre sí.

En la descripción de los lugares me permití también una cierta libertad literaria, por lo que apelo a la indulgencia de los lectores conocedores de la topografía.

Así mismo, todos los nombres de personas y lugares que aparecen aquí mencionados han sido inventados por mí, por lo que cualquier parecido con la realidad debería considerarse mera coincidencia.

«La vida no es más que
una breve victoria ante lo inevitable».

T. C. BOYLE

«Y te enseñaré algo que no es
ni la sombra que te sigue por la mañana
ni la sombra que al atardecer sale a tu encuentro;
te mostraré el miedo en un puñado de polvo».

T. S. ELIOT

«We are Nobodies,
Wanna be Somebodies.
When we're dead,
They'll know just who we are».

MARILYN MANSON

«Who made who?
Who turned the screw?»

AC/DC

PRIMERA PARTE

EL PRIMER PASO

El angosto piso, de dos habitaciones, estaba oscuro y mohoso. La luz grisácea de la primera tarde de diciembre apenas lograba abrirse paso por la única ventana de la cocina. Al otro lado, una sucia fachada obstruía las vistas. Daba la impresión de que pocos metros más allá del muro, tiznado de hollín, sólo podía hallarse el fin del mundo.

Si no fuera por el rumor sordo del tráfico que le llegaba desde la cercana carretera de Coldharbour Lane, habría creído que alguien lo había enterrado vivo en aquel bloque de edificios de Brixton.

Una triste tumba.

Se quitó las lágrimas de la cara. Por fin habían cesado los arañazos y los jadeos. Había sido algo breve, no más de uno o dos minutos, pero le habían parecido una eternidad. Aquellos movimientos convulsos y aterrorizados en la habitación de al lado... aquellos jadeos desesperados...

Ahora volvía a reinar la calma, pero él no lograba relajarse. Seguía expectante, con el corazón en un puño, como si no pudiera creer que de verdad hubiese acabado todo.

Al fin asintió. Ya no se oía nada, aunque sabía que los arañazos y los gemidos seguirían resonando en su mente y lo acompañarían durante mucho tiempo. No le cabía la menor duda. Se le aparecerían en sueños, como también lo hacían los otros demonios de su pasado.

Como la luz de aquella mañana de verano reflejada en el aparador. Y la sonrisa de Amy. Dios, qué feliz había sido aquel día... Y entonces, los consternados rasgos del hombre que...

—Déjalo —se dijo en voz alta—. Déjalo ahora mismo, ¿entendido?

Apretó los puños. Sintió ganas de salir corriendo de allí, pero sabía que era demasiado tarde. Se esforzó, pues, en sobreponerse a la angustia que le oprimía el pecho y le dificultaba la respiración, y se concentró en coger aire y soltarlo, una y otra vez, una y otra vez.

Por fin se alejó de la ventana, pasó junto a la mesita que ocupaba una de las paredes de la habitación, provisionalmente convertida en cocina, y encendió los dos fogones que quedaban junto a la pila.

Mientras llenaba un cazo de agua evitó mirar hacia el espejo que había colgado en la pared, justo delante de él. No podía soportar su reflejo, y menos en un día como aquél.

Como no podía ser de otro modo, en la pequeña estantería de la cocina sólo encontró té barato del supermercado. Por suerte, se había acordado de coger una

bolsita de su té preferido, un exquisito Earl Grey mezclado con aceite de bergamota que guardó en el bolsillo de su chaqueta.

Metió la bolsita de té en una taza y abrió la nevera para ver si había leche. Encontró una botella, pero estaba abierta y olía a rancio, de modo que volvió a meter la mano en el bolsillo y sacó un paquetito de leche en polvo que también había cogido por precaución. Entonces miró hacia la puerta abierta de la habitación.

Había llegado el momento de ir a ver a Jay. Antes de que hirviera el agua. No podía quedarse demasiado tiempo —su rutina se habría visto amenazada—, pero la taza de té era importante. Muy importante.

Pese a la enorme resistencia que sentía en su interior, se acercó a la puerta y la abrió. El dormitorio era aún más pequeño que la cocina y sus escasos muebles también parecían sacados de un contenedor o de un mercadillo de segunda mano. Quizá de Camden Lock, en Portobello Road. El antiguo barrio de Jay. Los mercadillos eran su debilidad.

El bueno de Jay... ¿Qué demonios había hecho?

La mayor parte del dormitorio estaba ocupada por una vieja cama de matrimonio y un armario sin puertas.

Vio las delgadas piernas del muerto antes incluso de entrar.

Jay estaba sentado en una postura imposible junto a la cama. Seguramente habría ido resbalando hasta caer al suelo. Parecía dormido. Gracias a Dios tenía los ojos cerrados, y su delgado rostro, cubierto por una incipiente barba de pelo canoso, parecía esbozar una sonrisa. Sólo la postura de las manos, retorcidas entre las sábanas, el tono azulado de la piel y el hilillo de espuma blanca que le salía de las comisuras de los labios evidenciaban el hecho de que Jay no estaba dormido.

—Te dije que era mejor que te estiraras —le susurró, mientras le quitaba los auriculares de las orejas.

Entonces cogió el enorme mando del viejo televisor Sanyo que se había quedado envuelto entre las sábanas, a los pies de la cama, y lo apretó varias veces hasta lograr apagarlo con un lacónico «plop». A continuación hizo lo mismo con el no menos anticuado reproductor de vídeo, en el que había grabado algo para Jay: escenas idílicas de prados estivales, paisajes montañosos, bosques y ríos, acompañados de la música del *Amanecer* de Edvard Grieg, y *La Primavera* de Vivaldi. Y como sabía que los altavoces de la tele hacía tiempo que no funcionaban, le había prestado los suyos.

A Jay le encantaba la música clásica, y por eso había querido regalarle algo que le gustara. Algo que hiciera más amable su paso al más allá. Y aunque las imágenes del vídeo tenían un cierto tono violáceo, estaba seguro de que la película le había gustado. Al menos al principio había sonreído.

Claro que luego... luego todo se torció.

Debió de poner una dosis demasiado baja en la inyección.

Qué error más tonto, estaba avergonzado, nunca le había pasado nada igual.

El caso es que, al poco rato, en lugar de caer sumido en un plácido sueño, Jay

empezó a tener convulsiones. La sonrisa le desapareció del rostro y todo su cuerpo comenzó a contraerse y a moverse espasmódicamente. Con los ojos abiertos como platos, Jay se llevó las manos a la garganta y empezó a respirar con enorme dificultad.

—Vuelve a estirarte —le había recomendado—. ¡Te digo que vuelvas a estirarte!

Pero nada. Como llevaba puestos los auriculares, Jay no podía oírlo. En algún momento pareció que iba a quitárselos, pero no llegó a hacerlo; estaba demasiado ocupado intentando coger aire. Una y otra vez se tocaba el cuello de la camisa de franela, hasta que de pronto se puso a patalear como un loco. Las raídas zapatillas que tenía puestas salieron volando por los aires; los pies, envueltos en unos calcetines de lana, se frotaron con fuerza, haciendo presión con los talones, sobre la alfombra de gamuza, como si Jay se hubiera propuesto hacer un agujero en el suelo en el menor tiempo posible.

Él se había inclinado ante Jay y lo había mirado sin saber qué hacer. Aquello era insoportable. Aquella imagen, aquel sonido... El jadeo se confundía con el llanto y la expresión de sus ojos era terrible: pánico, terror.

Hay que ver cómo nos cuesta dejar este mundo...

Se cubrió la cara con las manos y salió de la habitación.

Ya en el minúsculo salón, esperó mirando por la ventana, con la vista fija en el muro del edificio de enfrente, y lloró por su amigo, su único amigo, que en aquel momento estaba sufriendo la tortura de una muerte atroz.

Pero ahora había acabado todo, al fin. Ya había dado el primer paso.

Metió el vídeo y los auriculares en una bolsa de plástico que luego tiraría al contenedor que había varias calles más allá. El estuche con la inyección, en cambio, no los guardó en el bolsillo interior de su chaqueta. Aún tendría que utilizarlos una vez más.

Se inclinó hacia delante y estiró a Jay en la cama. Aunque el cuerpo inerte del anciano apenas pesaba cincuenta y cuatro kilos, al moverlo le pareció infinitamente más pesado.

—Lo siento, amigo —susurró—. No tenía que ser así. Pero ahora ya está, ya ha pasado. Era lo que querías, ¿no?

Lanzó un suspiro y fue hasta la cocina, donde el agua había empezado a hervir. Se llenó la taza, echó el resto del agua a la pila y limpió el cazo concienzudamente, asegurándose de no dejar ninguna huella dactilar en él. Luego lo cogió con un trapo y lo puso en su sitio, bajo la mesa.

Volvió a mirar una vez más por la ventana y dio un sorbo al té. Aunque había tenido que renunciar a la leche normal, tuvo la sensación de que era el té más exquisito que había probado en toda su vida.

Será porque es el último, se dijo.

A partir de aquel día ya no le gustaría el té. A partir de aquel día tomaría café, y en concreto un café arábigo de Colombia, solo, con un poco de azúcar. Aquél sería

uno de los miles de detalles que conformarían su metamorfosis. Su nueva personalidad.

Dio el último trago y limpió también la taza, frotándola cuidadosamente con el trapo de cocina de Jay y colocándola después junto al cazo, bajo la mesa.

Ya he dado el primer paso, se repitió.

Había llegado el momento de dar el segundo.

Cerró los ojos un instante y se preparó para lo que estaba a punto de realizar.

Se repitió una vez más que su plan era correcto.

No iba a cometer errores. Al contrario, lo que tenía pensado cambiaría el mundo. No todo el mundo, eso era cierto, sino más bien un micromundo, pero... ¿no dicen los que saben que para alcanzar algo grande hay que empezar por algo pequeño?

Enrolló el trapo de cocina y lo sujetó con los dientes, concentrándose con toda el alma en el rancio sabor que notó en la lengua.

El corazón le latía a gran velocidad, y por un segundo sintió el deseo de echarse atrás. Tenía miedo, pero eso estaba bien. El miedo lo espolearía. Sería su motivación. El miedo lo ayudaría a seguir adelante y completar su transformación. Para alcanzar su meta debía entregarse por completo, por grande que fuera su temor.

Con aquella convicción, mordió el trapo aún con más fuerza y puso los dedos sobre la superficie incandescente de los fogones.

SEGUNDA PARTE

LO DESCONOCIDO
EN LO FAMILIAR

Mucho tiempo después, cuando todo hubo acabado, Sarah Bridgewater escribió esto en su diario:

El destino es como un guardaguas: une a la gente y luego vuelve a separarla. Y, si le apetece, hace que acaben encontrándose ante alguno de los andenes más inverosímiles, de un modo que ni en sueños habrían imaginado.

Mientras escribía aquellas líneas lo recordaba todo, una vez más. Tenía el pulso tembloroso, y el silencio se cubría de miedo; un miedo que parecía haber estado esperando el momento adecuado para abalanzarse sobre su familia... y devorarla.

Ahora, echando la vista atrás, estaba convencida de que podía haberse dado cuenta de las pistas, de los pequeños indicios, de las discretas insinuaciones que le pasaron desapercibidas y precedieron a todo aquel horror.

Pero ella no se dio cuenta de nada, y la desgracia fue abriéndose paso sin que nadie pensara en detenerla. Se arrastró por la oscuridad y sólo salió a la luz para golpear con fuerza, repentinamente, sin más.

Todo empezó con aquella pesadilla de Harvey en la que aparecía un enorme perro negro. El resto... no es más que una historia inexplicable.

En la noche del 4 de diciembre, un viento helado recorría las calles de Forest Hill. Los termómetros habían bajado por debajo del cero en los últimos días, pero, en contra de todos los pronósticos meteorológicos, la nieve del Adviento se resistía a caer.

La casa de la familia Bridgewater se hallaba en uno de los mejores barrios residenciales del sur de Londres. Rodeada por unos setos enormes y siempre perfectamente podados, la entrada desde la calle era muy señorial y dejaba a la vista la insólita construcción de aquella casa de dos plantas: en las paredes enladrilladas, de claro estilo georgiano, se combinaban elementos de cristal y hormigón, en una interesante fusión de clasicismo británico y modernismo que en absoluto renunciaba a la armonía.

Fue el propio Stephen Bridgewater quien diseñó la casa, por la que ganó un renombrado premio de arquitectura y otro de protección medioambiental. Y es que para realizarla utilizó una novísima técnica de aislamiento térmico que resultó ser extraordinariamente efectiva, además de barata. Aquello fue un disparadero; la mejor publicidad laboral que habría podido imaginar. En poco tiempo, tanto el diseño como el concepto y el uso de los materiales se pusieron tan de moda que Stephen tuvo que coordinar una exposición en la sede del gremio de arquitectos de Londres y acabó montando su propia empresa unipersonal.

Al principio ambos temieron que lo que había dado en llamarse «el modelo Bridgewater» no fuera más que una tendencia pasajera, una moda que desaparecería antes de que él hubiera tenido tiempo de levantar la empresa, pero no fue así, y Stephen pronto empezó a recibir encargos de clientes privados y públicos de todo el país. De ahí que tuviera que viajar continuamente por todo el Reino Unido.

Como aquella noche.

Debían de ser ya las doce y media, y la casa estaba sumida en la más completa oscuridad. Sólo podía verse algo de luz a través de una de las ventanas de la primera planta.

Como venía sucediéndole desde hacía unos meses, cuando Stephen no estaba en casa, a Sarah le costaba mucho dormir. Se sentía algo ridícula por ello, y más teniendo en cuenta que nunca antes le había pasado, pero así estaban las cosas...

Durante los quince años que llevaban casados, Stephen había pasado muchísimas noches fuera de casa, y ella misma había viajado varias veces al extranjero por trabajo, pero jamás le había costado conciliar el sueño. Ni siquiera entre las paredes de papel de la habitación de algún hotel.

Sin embargo, de un tiempo a esta parte todo se había vuelto distinto. En algún momento, aquella serenidad empezó a desfigurarse de un modo lento y progresivo, apenas perceptible. Poco a poco empezó a sentir un miedo insólito, una angustia inexplicable. La primera vez que se sintió así había sido poco más de un año antes. Desde entonces, el desasosiego no había querido abandonarla, y aparecía especialmente cuando se quedaba sola.

Su médico de cabecera había definido lo que le ocurría como una alteración fóbica y le había recomendado acompañamiento psicológico para despejar los orígenes de aquel temor. Sin embargo, la terapia no había surtido el efecto deseado y Sarah cada vez tenía más presente una frase que leyó en una ocasión en una novela de Shirley Jackson: «Sea lo que sea lo que aquí se esconde, saldrá solito a la luz».

Y ahora, aquel 4 de diciembre, el miedo había vuelto a aparecer.

Como una ráfaga de aire helado.

Sacudió la cabeza para alejar de sí aquella angustia, echó un vistazo al reloj y volvió a concentrarse en el manuscrito que Nora le había enviado.

He aquí una de las mayores ventajas de trabajar en casa, se dijo. Uno es dueño de su tiempo, y en las noches de insomnio puede incluso llevarse el trabajo a la cama.

Echó un vistazo a las primeras páginas del manuscrito y leyó la notita que lo acompañaba:

Disculpa, querida; me temo que, una vez más, no te gustará. Pero se venderá bien, ya lo verás. Será una de las joyas de la corona y lo notarás en tus honorarios.

Avísame si pese a todo no quieres hacerlo, ¿vale? Descuida, lo entenderé.

¡Te echo mucho de menos!

Todo mi amor y un saco de besos,

Nora

Sarah sonrió. Sí, ella también echaba de menos el tiempo en que Nora y ella trabajaron juntas, puerta con puerta. Añoraba el humor ácido de la editora y su frescura juvenil, que se conservaba intacta pese a que hacía ya tiempo que había celebrado su cincuenta cumpleaños.

Pese a todo, tenía motivos para no querer volver a la editorial. Motivos de peso. Como por ejemplo el timbre de la puerta de entrada, que de pronto fue incapaz de oír sin que le sobrevinieran ataques de ansiedad; o la sala de reuniones, a la que ya no podía entrar sin sentir que un sudor frío le recorría la espalda y una irrefrenable necesidad de salir corriendo de allí. Motivos que la mayoría de sus colegas relacionaron con la locura y que, por tanto, le hacían difícil continuar trabajando allí.

Ni siquiera su psicólogo tenía claro a qué obedecían aquellos brotes psicóticos; eso era obvio. Pese a la amable aquiescencia que siempre le mostraba, Sarah estaba convencida de que tampoco él lograba entenderla.

De modo que pasó a trabajar desde casa, en un entorno conocido y amable, haciendo informes de lectura y corrigiendo las obras que Nora continuaba confiándole. Jamás había rechazado un trabajo y no sería aquélla la primera vez. Valoraba demasiado su amistad con Nora como para estropearla por una cuestión profesional. Y más teniendo en cuenta que la editora jamás le había preguntado por qué dejaba el trabajo ni había cuestionado su decisión. No cabía la menor duda de que su dimisión la había afectado mucho, pero de su boca no salió ni una sola queja. Por el contrario, Nora enseguida se ofreció para ayudarla en todo lo que pudiera.

—Seguiré pasándote trabajo si quieres —le había dicho, y Sarah se lo agradeció de todo corazón.

Cogió, pues, el manuscrito, y se dedicó a leer la última obra de un joven autor al que la crítica había convenido en bautizar como «el último gran maestro del terror».

La novela narraba una de esas típicas historias de asesinatos en serie que en los últimos tiempos venían llenando sorprendente y profusamente las librerías y que ofrecían unos interesantes beneficios a sus editores. En esta ocasión la historia estaba protagonizada por un psicópata que sentía verdadera obsesión por las embarazadas, a las que abría en canal para sacarles el embrión que llevaban en el cuerpo y finalmente ahogarlas con él.

Debería titularse Superventas en repugnancia, pensó Sarah, moviendo la cabeza hacia los lados. Tenía ante sí más de cuatrocientas páginas de absurda violencia y provocación burdamente alejada de la realidad, cuyo único objetivo era superar a la competencia con una nauseabunda falta de escrúpulos y una repulsiva atracción por la sangre. Infumable, por decirlo rápido y bien.

Pero lo leería hasta el final y se concentraría en los aspectos más puramente literarios, como hacía siempre en aquellos casos. Por Nora y por ella misma. Tras la obligada interrupción de su carrera laboral, ponerse a trabajar desde casa la había ayudado a recuperar gran parte de su autoestima. Ahora se sentía útil y viva de nuevo, por mucho que Stephen no dejara de recordarle que no tenía que trabajar, puesto que

él ya ganaba lo suficiente.

Stephen no la entendía, o no quería entenderla. Quizá tenía miedo de enfrentarse a su propio matrimonio, del que sólo se sostenía la fachada. Quizá no quería entrar en aquel edificio en el que, tras una apariencia rigurosamente feliz y envidiablemente perfecta, había emergido algo extraño y desconocido. Algo que, quizá, debería darles miedo.

Sarah no tenía la menor duda de que ese algo existía; pero no quería pensar en ello.

Y menos de noche, y menos sin Stephen en casa.

De modo que se preparó para otra noche de insomnio y lectura de un manuscrito infumable.

Apenas un cuarto de hora y varias asquerosidades después (acababa de descubrir lo que el ácido de las pilas podía provocar en los genitales femeninos), oyó el sonido suave de unos pies desnudos que avanzaban por el pasillo.

—¡Mami!

Ahí estaba Harvey, con su pijama estampado de coches, mirándola con los ojos como platos. Sarah se asustó al verlo: su precioso hijo, de seis años, tenía la marca de las sábanas en la mejilla izquierda y estaba empapado en sudor, de modo que su fino pelo rubio se le había pegado a la frente. Y tenía los ojos llorosos.

—Harvey, cielo, ¿qué te ha pasado?

El pequeño subió a la cama, reptó bajo las sábanas y se acurrucó junto a su madre.

—En el jardín hay alguien.

Sarah arqueó una ceja.

—¿Cómo que hay alguien? ¿Quién iba a querer pasearse por nuestro jardín en plena noche, mi vida?

—Un hombre.

—¿Un hombre? Cielo, seguro que has vuelto a tener una pesadilla, como aquella del perro negro...

—No —la interrumpió Harvey, mientras tragaba saliva bajo la manta—. Me ha despertado porque no paraba de dar golpecitos en mi ventana.

—¿Cómo que daba golpecitos en tu ventana? ¡Eso es imposible!

—¡Pues lo ha hecho! —insistió él, apretujándose aún más contra ella.

—Cariño, estamos en la planta de arriba, ¿recuerdas? El hombre tendría que poder volar para dar golpecitos en tu ventana...

—¡Pues lo ha hecho, te lo juro!

Sarah acarició suavemente el pelo de su hijo, que seguía empapado, y le dijo:

—Bueno, vamos a calmarnos un poco y luego iremos a comprobar que lo que has tenido era una pesadilla, ¿te parece bien?

—¡No, no, fatal! —gritó Harvey, horrorizado—. Tal vez aún esté allí.

Poco a poco, Sarah empezó a preocuparse. Ya estaba acostumbrada a que la

brillante imaginación de Harvey llevara a éste de vez en cuando a su cama, como pasaba con todos los niños de su edad, y entendía que el pequeño tuviera pesadillas de vez en cuando —la semana anterior, sin ir más lejos, aseguró que había visto un enorme perro negro en la cocina, y no hubo modo de hacerlo cambiar de opinión—, pero esta vez... Esta vez parecía distinto.

Harvey parecía más asustado.

Más convencido de lo que decía.

Vio el miedo reflejado en los ojos de su hijo y ocultó su propio desasosiego con una sonrisa.

—Mira, cielo, si veo un hombre en tu ventana la abriré y lo echaré de aquí, ¿te parece? Los desconocidos no tienen que entrar en nuestra casa, y menos aún llamar a tu ventana para despertarte, hombre, faltaría más.

—¿Vas a echarlo de casa? ¿Tú sola?

—Pues claro. —Sarah apartó la manta y se levantó—. ¿O crees que no podré hacerlo?

—Es que es muy alto. Tanto como papi.

Sarah se cubrió con la bata y puso los brazos en jarras. Se apartó de la cara un mechón de pelo rubio y largo con un gesto teatral y puso la voz que siempre ponía para imitar al gigante de *Juan y las habichuelas mágicas*, que era el cuento preferido de Harvey.

—Bueno —dijo en aquel tono grave—, ya verás como se marcha corriendo en cuanto vea a la gigante de tu mamá. Y si no se va, le chafaré todos los huesos y haré con ellos harina para el pan. ¡Zas! ¡Zas! ¡Zas!

Le había leído aquel cuento miles de veces, y al llegar al momento de la harina su hijo siempre dejaba escapar alguna risita, pero en aquella ocasión continuó serio.

¿Y si era cierto que había visto a alguien?

Imposible, se dijo. No ha sido más que otra pesadilla. Nada más.

Pero cuando salió al oscuro pasillo sintió que la atenazaba una angustia muy extraña.

Y entonces lo oyó.

Se detuvo en el acto y tragó saliva.

No era de extrañar que el niño estuviese aterrorizado, pues el sonido era espeluznante.

Como unas uñas repiqueteando en el cristal.

Hacía un año más o menos que un hombre misterioso quiso buscar su minuto de gloria en la historia de los telediarios, y se dedicó a ir por los barrios asustando a los más pequeños. Se escondía en los portales y perseguía a los niños por los callejones, dando alaridos y riendo como un loco, para luego desaparecer.

Nunca traspasó aquella línea, pero fue más que suficiente para poner en alerta a toda la región y sumirla en un estado de profundo desasosiego. Los diarios traían cada día alguna noticia al respecto, ocurrida en Newcastle, Rochester, Bamburgh, Corbridge, Warkworth o cualquier otro lugar.

La mayor parte de aquellas apariciones tenían lugar en pleno día, cuando los niños iban al colegio o cuando volvían a sus casas por la tarde. El misterioso desequilibrado sólo apareció de noche en dos ocasiones, pero tampoco en ellas hubo testigos. Sólo los niños. Y aquel al que los pequeños describían como un tipo alto, muy delgado y muy feo, desaparecía cada vez con la misma rapidez con la que había aparecido.

Dado que las apariciones abarcaban un área muy extensa y no parecían seguir ningún patrón, la búsqueda resultó muy complicada para la policía. Un periodista, haciendo alarde de un indudable humor cáustico, recuperó las leyendas de los fantasmas escoceses para uno de sus artículos y bautizó al desconocido con el mismo nombre con el que se conocía a éstos: *bogles*. «¿Y si el *bogle* —decía el artículo— se había despistado en la frontera escocesa y ahora no sabía volver a su castillo encantado?»

Y de pronto, un día, el desconocido desapareció casi con la misma rapidez con la que había aparecido. Fue como si quisiera confirmar que se trataba de un fantasma.

Poco tiempo después empezó a correr el rumor de que el autor de los hechos había sido un tal Colin Atwood, encontrado muerto en su piso dos semanas después de la última aparición del *bogle*.

Todo parecía indicar que realmente había sido él, pues su aspecto coincidía con la descripción de los pequeños testigos, y en su barrio todo el mundo sabía que no soportaba a los niños. Además, la mayoría de sus vecinos pensaba que Atwood tenía algún problema psicológico... lo cual se confirmó en cuanto la policía entró en su destartado piso en busca de algún posible indicio de delito y encontró su cuerpo, ya en avanzado proceso de descomposición, junto con una macabra colección de ratones, ratas y pájaros muertos escondidos en la nevera. Cada uno de los cadáveres estaba envuelto en papel de embalar, sobre el que Atwood había escrito la frase «Dejad que los niños se acerquen a mí».

Sin embargo, las autoridades no dejaron el caso cerrado porque Atwood tenía

coartada para varias de las apariciones del *bogle* y, dado que no encontraron ninguna foto suya en el piso y su cuerpo se hallaba en tan mal estado, prefirieron no preguntar a los niños y ahorrarles aquella desagradable imagen.

Total, que el caso del misterioso acosador infantil quedó sin resolver. Y aquella noche del 4 de diciembre, mientras se acercaba a la habitación de Harvey y escuchaba el angustioso repiqueteo de uñas en la ventana, Sarah no pudo evitar preguntarse si el *bogle* había decidido volver.

Quizá aún estuviese vivo y se hubiese instalado en Forest Hill.

La habitación del niño quedaba al otro lado del pasillo. Harvey había dejado la puerta entreabierta, y el corazón de Sarah latía a toda velocidad mientras se acercaba a ella sin dejar de mirarla ni un segundo.

Aquel ruidito en el cristal de la ventana... El sonido era tan extraño, tan acuciante... Realmente parecía que alguien estuviera dando golpecitos con las uñas en el cristal, como si estuviera perdiendo la paciencia.

Sólo que aquello era imposible. Era absolutamente imposible que hubiera alguien ahí fuera. La fachada de su casa no tenía salientes por los que trepar, así que el ladrón, o lo que fuera, habría tenido que traerse una escalera de casa.

Aunque... le dijo una voz interior, *Stephen guarda una escalera larguísima en el garaje, ¿no? ¿Y si se había dejado la puerta abierta?*

Ahí estaba de nuevo su eterna acompañante, empeñada en helarle la sangre en las venas. Pero no, esta vez no iba a dejar que se saliera con la suya. Sacudió la cabeza y se obligó a seguir caminando.

Tengo que descubrir de qué se trata. Tengo que hacerlo por Harvey.

El ruidito cesó justo cuando ella llegó a la puerta.

—Mami, quédate, no entres —susurró Harvey, quien por lo visto había salido detrás de ella—. Quizá el hombre pueda volar.

Tuvo que hacer un esfuerzo, pero logró sonreír y decir a su hijo:

—Tú quédate aquí. ¿Me lo prometes?

—Vale.

Entró en la habitación, miró hacia la ventana y tanteó la pared en busca del interruptor.

Mientras movía la mano pensó en que estaba a punto de encontrarse cara a cara con un loco, quizá con un asesino, de sonrisa torcida y pervertida. Entonces presionó el interruptor y volvió a oír el repiqueteo en la ventana. Parpadeó varias veces para acostumbrarse a la luz y entonces lo vio.

Se acercó a la ventana y respiró, aliviada.

Así que era esto. Ni uñas ni hombres impacientes ni bogles ni nada.

Más allá de su propio reflejo en el cristal, Sarah vio la rama del tejo que el viento había roto y acercado a la ventana de Harvey. Doblegada sobre su tronco, la rama del árbol parecía en verdad dos brazos fantasmagóricos que se movían con el viento, y sus hojas verdes y alargadas se confundían con dedos inquietos e impacientes.

—No es más que una rama rota, cariño. El viento que empuja el tejo hacia la ventana... —le dijo a su hijo, guiñándole un ojo para tranquilizarlo—. Ven y míralo tú mismo. En cuanto papá vuelva de su viaje le diremos que pode un poco el árbol

para que deje de asustarnos, ¿te parece? De hecho, hace días que dice que va a hacerlo...

Pero Harvey se mantuvo quieto y serio en el umbral de la puerta.

—¿Y qué pasa con el hombre del jardín?

Sarah miró por la ventana. La noche era cerrada y el jardín apenas podía verse en la oscuridad. Buscó la sombra de un árbol o arbusto o lo que fuera que pudiera parecerse a la silueta de un hombre, pero fue en vano. Ahí no había nada que asustara o pudiera resultar amenazador.

—Cielo, en el jardín no hay nadie.

—Pero antes sí.

Sarah se acercó a su hijo y lo abrazó.

—Te creo. El caso es que ahora ya no está. Se ha ido. Ya no debes tener miedo.

—¿Y si vuelve?

—Oh, no se atreverá. Ahora ha visto la luz en tu cuarto y seguro que se ha asustado.

—¿Tú crees?

—¡Pues claro! Estoy segura.

Harvey lanzó una breve mirada a la ventana y enseguida volvió a posar la vista en su madre.

—¿De todos modos, puedo dormir contigo esta noche?

Aquellos ojitos... y aquel tono... Ninguna madre del mundo habría podido negarse.

Poco después Harvey ya estaba profundamente dormido. Al principio se mantuvo acurrucado contra su madre, pero enseguida se movió hacia el lado de Stephen, y estiró los brazos y las piernas como si quisiera imitar una estrella de mar.

Sarah lo oía respirar en la oscuridad. Si estaba soñando, tenía que ser algo agradable esta vez. Nada de hombres misteriosos que vuelan hasta la ventana y repiquetean con las uñas en el cristal.

He aquí la diferencia entre el miedo de un niño y el de un adulto, se dijo, incapaz de conciliar el sueño. Los pequeños imaginan cosas irracionales, como hombres voladores o monstruos en el armario, pero luego se duermen tan tranquilos porque creen que sus padres los protegerán de toda maldad. No tienen ni idea de los verdaderos monstruos que los esperan al otro lado de la ventana, ni de los miedos provocados por horrores mucho más oscuros que el coco, el hombre del saco o el fantasma del castillo encantado. No tienen ni idea de esos miedos que no tienen forma ni nombre ni explicación.

Para ser sincera, su verdadero miedo de antes no había sido encontrarse con el *bogle*, sino saber que, de habérselo encontrado, no habría tenido ni idea de cómo proteger a su hijo.

De cómo reaccionar.

De cómo corresponder a la confianza de su hijo.

De cómo arreglárselas para no *fracasar*.

Aquél era el mismo miedo que le sobrevino tras su ascenso y se apoderó de ella, volviéndola incapaz de abrir la puerta de su despacho, o de abrir la boca ante un grupo de compañeros de trabajo.

No tenía la menor idea de dónde o cuándo había nacido aquel miedo. Hasta la fecha había fracasado; al contrario, tenía a sus espaldas una carrera brillante y la vida que siempre había soñado, lo cual no dejaba de resultar sorprendente incluso para ella misma, porque su época escolar no había sido del todo plácida, especialmente en casa: su padre era alcohólico y su madre sufría profundas depresiones. No había partido, pues, de uno de los mejores puestos para correr la carrera de su vida... Pero era ambiciosa, lista y trabajadora.

Deseó con tanto afán dejar atrás el drama de su familia que enseguida se convirtió en la mejor alumna de su curso y obtuvo una fantástica beca para ir a estudiar a Oxford. Allí fue donde conoció a Stephen, y, aunque tardaron varios años en darse el sí quiero, ella tuvo claro desde el primer momento que quería pasar el resto de su vida con él.

Una meta, un plan. Aquél había sido siempre su lema, y la verdad era que hasta la

fecha había ido logrando todo lo que se había propuesto: una relación estable y feliz, un hijo sano al que no le faltaba de nada y un trabajo que la hacía sentirse realizada.

Justo al acabar la carrera le ofrecieron un puesto como asistente de redacción en una renombrada revista de moda. Un tiempo después dio el salto al mundo editorial y allí fue subiendo posiciones hasta convertirse en la redactora jefa de una conocidísima editorial londinense.

Y entonces, sin motivo alguno, como caído del cielo, el miedo se arrastró hacia ella y la mordió con fuerza, como un maldito depredador. Y en su interior nació una fobia, informe y sin rostro, pero con voz. Una voz que empezó a susurrarle... *Vas a fracasar. En algún momento fracasarás y tu mundo caerá derrumbado como un castillo de naipes. Así será tu final. Tu Apocalipsis personal.*

El mero hecho de oír aquella voz interior ya era para volverse loca, pero es que, además, no podía evitar *creérsela*.

Estaba claro que, por mucho que hasta ahora no hubiese sido capaz de localizarlo, su miedo debía de tener un motivo, un punto de partida, o lo que fuera. Nadie empieza a sentir pánico sin más.

El murmullo de un motor en marcha la sacó de sus pensamientos. Un coche estaba acercándose al jardín, y la luz de sus faros empezó a deslizarse por el techo del dormitorio. Entonces se detuvo, igual que el motor, y un segundo después volvió a reinar la oscuridad.

Sarah frunció el ceño. Aquella luz sólo podía haber llegado al dormitorio desde el interior del jardín, justo antes de entrar en el porche.

¿Quién puede haber entrado en casa en plena noche?

No había acabado de pensar aquella frase cuando oyó el golpe de una puerta de coche al cerrarse. Un golpe sordo, como si su autor quisiera hacer el menor ruido posible.

Un golpe que le resultó sorprendentemente familiar, y al que siguió un sonido más familiar aún.

Desde hacía unas semanas, el maletero del Mercedes de Stephen chirriaba al abrirse. Era un ruido muy desagradable, y, aunque Stephen intentó arreglarlo con un espray lubricante, no había dejado de oírse. Tenían que llevar el coche al mecánico, pero por lo visto su marido tenía tan pocas ganas de hacerlo como de talar la rama del tejo frente a la ventana de Harvey.

Pero ¿por qué volvía a casa tan pronto? Apenas hacía unas horas que se había marchado y le había dicho que seguramente estaría fuera dos noches...

Se incorporó en la cama y se quedó en silencio, por si se había equivocado. Harvey continuaba durmiendo plácidamente a su lado.

Entonces oyó los pasos. Avanzaban por el camino adoquinado que unía el porche con la entrada de la casa, y poco después pudo distinguir también el sonido de la llave girando en la cerradura. Todo le resultaba familiar: desde la cadencia de los pasos pisando los adoquines hasta la suavidad con la que Stephen cerraba la puerta a sus

espaldas, como hacía siempre que llegaba tarde e imaginaba que Harvey y ella ya estarían durmiendo. Y el modo en que dejó el manajo de llaves sobre la mesa del recibidor... por mucho que ella se lo pidiera, por mucho que se lo recordara cada día, su marido era incapaz de dejar las llaves en la bandejita que Sarah había puesto encima de la mesa a tal efecto, sino que las soltaba justo al lado, sobre la madera, que cada día aparecía un poco más arañada. Estaba claro que la bandejita no le caía en gracia.

Algo había salido mal. Algo se había torcido en el trabajo, porque si no Stephen no habría vuelto tan pronto.

Se destapó con cuidado para no despertar a su hijo, lo miró brevemente y salió de puntillas de la habitación para no despertarlo.

Desde la planta de abajo le llegó el tintineo de las botellas en la puerta de la nevera. Otro sonido sumamente familiar. La visita a la nevera constituía parte del ritual más íntimo de su marido cuando volvía a casa tras un largo viaje.

Sarah decidió bajar y acompañarlo con un vaso de leche mientras él le explicaba qué era lo que había salido mal.

Bajó las escaleras en silencio.

Ni por un momento se detuvo a recordar al *bogle*.

En la planta de abajo, el pasillo estaba oscuro. Stephen nunca encendía las luces, para no despertar a Harvey, que desde que soñó con el enorme perro negro dormía con la puerta abierta de par en par. Sarah tampoco las encendió. La luz de la luna que se colaba por las ventanas le era suficiente.

Al llegar al último escalón, reconoció el maletín de Stephen apoyado en la cómoda del pasillo, y su abrigo doblado sobre el respaldo del sofá.

Por la rendija de la puerta de la cocina se colaba un rayo de luz que dibujaba una línea alargada en el parquet. Sarah se pasó las manos por la cara y anduvo hacia allá. Estaba agotada y se alegraba de que Stephen estuviera en casa. Su presencia la tranquilizaba. Quizá sonara algo absurdo o infantil, pero seguro que ahora lograría dormir.

—¿Stephen? —preguntó en voz baja, para evitar que el tono subiera por el hueco de la escalera—. ¿Cómo es que has vuelto tan pronto?

La luz provenía de la nevera abierta y Stephen estaba de pie justo detrás de ella, de manera que Sarah sólo pudo verle las piernas. Como siempre, debía de estar revisando la fecha de caducidad de lo que fuera que estuviera a punto de tomarse.

Fue entonces cuando el corazón de Sarah empezó a latir con más fuerza.

Estas piernas... Sintió que un escalofrío le recorría la espalda y le helaba la sangre. *¿Qué tienen las piernas de Stephen?*

Aquel pensamiento irracional le sobrevino de un modo tan inesperado que ni siquiera fue capaz de entender por qué lo sentía. Pero antes de que aquella repentina angustia le permitiera reconocer que las piernas que estaba mirando eran demasiado delgadas y largas para el pantalón de Stephen, y que por eso podía ver sus calcetines marrones asomando sobre los zapatos, el hombre dio un paso atrás y ella se quedó paralizada por el horror.

Aquél no era Stephen. Parecía Stephen, se movía como él, hacía los mismos ruidos que él, llevaba su ropa y su maletín, su abrigo y sus llaves, pero *no era* Stephen.

Se quedó ahí quieta, inmóvil, absolutamente incapaz de reaccionar. El desconocido era notablemente más alto que su marido —le sacaría al menos una cabeza— y estaba muy delgado. Parecía que hubiera pasado hambre durante mucho tiempo... aunque eso no lo hacía parecer menos peligroso; al contrario, pese a esa delgadez casi enfermiza, su apariencia resultaba insólitamente poderosa.

En su cabeza resonaron tres palabras:

Alto. Vigoroso. Rápido.

Pero lo más inquietante era su rostro, la expresión de su cara.

Aunque... no, eso no es una cara. Es una caricatura. Una deformidad. ¡Dios!

El rostro del desconocido estaba plagado de marcas y cicatrices que a la luz de la nevera aún abierta le conferían un aspecto ciertamente fantasmal. Parecía una de aquellas máscaras que los bromistas se compran en Halloween para asustar a la gente.

Sólo que aquel rostro desfigurado bajo unos mechones de pelo rubio y lacio, aquella piel plagada de cicatrices rojizas que parecían querer formar un macabro mapa topográfico, no era de látex ni de plástico. No era una máscara. Era perfecta y terriblemente real.

Y entonces, el rostro deforme esbozó una sonrisa.

—Hola, cariño. —Su voz era más grave que la de Stephen y sonaba algo extraña, irregular, como si no sólo su rostro sino también sus cuerdas vocales estuviesen llenas de cicatrices—. ¿Se nos ha acabado la mortadela?

Sarah miró el plato que el desconocido llevaba en la mano: dos rebanadas de pan, unas cuantas aceitunas con hueso y un cuchillo bien afilado. El más afilado que había en la cocina, de hecho. Por desgracia lo había comprobado accidentalmente en más de una ocasión.

Vale, Sarah, estás soñando. ¡Esto no es más que un sueño! Hace poco Harvey vio a un perro enorme en la cocina, y ahora tú estás viendo a este tipo. Seguro que muy pronto despertarás. Sí, seguro que te despiertas.

—Estás muy pálida. ¿Te encuentras bien?

La versión de pesadilla de su marido la observó atentamente, y Sarah entendió que no estaba soñando. Fuera quien fuera aquel hombre, se encontraba en su cocina de verdad. Era de carne y hueso. Olía a aceitunas, y sus manos debían de estar frías, porque la puerta de la nevera continuaba abierta. Y tenía cicatrices, y un cuchillo en un plato.

—¿Quién es usted?

Le salió una voz ronca, un susurro entrecortado.

—Vaya, qué pena —dijo el hombre, encogiéndose de hombros—; me he pasado todo el viaje pensando en la mortadela.

Y dicho aquello dejó el plato sobre el mármol, pero cogió el cuchillo con firmeza.

—¿Quién demonios es usted?

Él no respondió.

—¿Has visto? —preguntó en su lugar—, te he traído flores.

Señaló con el cuchillo hacia la mesa de la cocina, donde efectivamente pudo ver un jarrón con agua y un precioso ramo de flores en su interior.

—Y... espero que no te enfades conmigo, porque al final le he comprado la consola a Harvey. Ya sé que tú no querías pero es que estaba muy bien de precio y como a él le hace tanta ilusión... Podemos regalársela para Navidad, ¿qué te parece?

Sarah creyó que iba a darle un ataque. Sintió que el pánico la atenazaba, y empezó a tener dificultades para respirar. No podría aguantar mucho más.

—¿Qué quiere? —Le temblaba la voz—. ¿Dinero? No tenemos mucho en casa...

—¿Tú tienes hambre? ¿Te preparo un bocadillo?

Abrió una lata de mantequilla y untó con ella las rebanadas de pan. Sarah le miró las manos, tan llenas de cicatrices como la cara, y empezó a pensar en lo que debía hacer.

—Por favor —susurró—, márchese de aquí. Váyase por donde ha venido...

Él alzó la cabeza y la miró.

—Hacía mucho que no te regalaba flores. Lo lamento. Hay muchas cosas que lamento, en realidad. No os he dedicado el tiempo que merecíais y he estado obsesionado con el trabajo... Pero eso va a cambiar, te lo prometo.

Sarah apretó los puños e intentó ordenar sus ideas, que en aquel momento iban de un lado a otro de su cabeza como una bandada de pájaros desorientados.

Aquel hombre no iba a responder a sus preguntas ni a sus súplicas; no tenía intención de marcharse de su casa, por mucho que ella le ofreciera a cambio.

Se hallaba ante un loco que se había vestido con la ropa de Stephen —aunque le fuera mucho más pequeña— y que en aquel momento había decidido que lo que más le apetecía era prepararse un bocadillo de mortadela cortada con el cuchillo más afilado de su cocina.

—¿Dónde está mi marido? ¿Por qué lleva su ropa? ¿Qué le ha hecho?

—Comprendo que no quieras creerme —dijo él, cortando el pan en dos triángulos iguales—, pero estoy decidido a cambiar. Os lo debo a los dos, a Harvey y a ti.

Sarah se pasó la lengua por los labios. Tenía la boca seca.

Cree que es Stephen, pensó, o al menos quiere que yo crea que lo es. No tengo que llevarle la contraria. Tiene un cuchillo, y Harvey duerme en la planta de arriba.

Se dijo que debía seguirle la corriente, al menos para ganar tiempo. Para decidir qué debía hacer.

—Sí... nos hemos... acabado la mortadela —se obligó a decir con gran esfuerzo—, pero tenemos pavo, si quieres. Y tiramisú, que te encanta. De nuestro restaurante italiano favorito.

Él frunció el ceño —agudizando aún más, si eso fuera posible, la fealdad de su rostro— y le preguntó, dirigiéndose realmente a ella por primera vez en toda la conversación:

—¿De Vittorio? —Parecía sorprendido—. ¡Pero si hace casi un año que cerró!

Sarah dio un respingo. ¿Cómo lo sabía?

—Bueno... quería decir que es *casi* tan bueno como el de Vittorio —dijo, y se obligó a esbozar una sonrisa.

—Ah, entonces lo probaré.

El desconocido le devolvió la sonrisa, le guiñó un ojo y volvió a concentrarse en la nevera.

Sarah posó la vista en el cuchillo. *Podía darle una patada y quitárselo*, pensó. No le costaría demasiado. Pero entonces él se defendería y la cosa podría acabar fatal...

—¿Mami?

La vocecita de Harvey en la planta de arriba le puso la piel de gallina.

¡Dios mío! ¡Tengo que evitar que baje!

Dio un par de pasos hacia el pasillo, aunque sin perder de vista al desconocido, que en aquel momento se asomó por encima de la puerta de la nevera y miró más allá de Sarah, hacia la escalera.

—Vuelve a la cama, cariño —dijo ella, conteniendo el temblor de su voz—. Yo subo enseguida.

—¿Por qué te has ido? ¿Qué haces en la cocina? —Por su tono de voz parecía que el pequeño estaba medio dormido, aunque la curiosidad siempre era mayor que el sueño.

—He bajado a por un vaso de agua, pero ahora subo. Vuelve a acostarte.

Durante unos segundos la casa se quedó en silencio y Sarah sintió pánico ante la idea de que su hijo no la hubiese oído y estuviese bajando las escaleras.

Casi sin darse cuenta contuvo la respiración, y apretó los puños con tal fuerza que se clavó las uñas en las palmas.

Por favor, cielo, suplicó para sí, vuelve a la cama. ¡Vuelve por favor a la cama!

—Vale, mami, pero sube rápido, ¿eh?

Sarah sintió un alivio indescriptible al oír los pasitos de su hijo alejándose por el pasillo de arriba y, poco después, la puerta del dormitorio cerrándose tras él.

El desconocido había seguido la conversación sin abrir la boca, con el plato de tiramisú en una mano y el cuchillo en la otra.

—¿Sigue con sus pesadillas?

Sarah no podía entender de dónde había sacado toda aquella información, pero eso ahora no era lo importante. Tenía que pedir ayuda, pero sin poner en peligro a su hijo.

—Sí —dijo—. Hace un rato ha tenido otra, de hecho. Será mejor que vaya con él para que no se asuste.

—Es culpa mía —dijo el hombre. Por un instante Sarah creyó que iba a disculparse por haberlos asustado y salir de su casa sin más, pero entonces añadió—: no os estaba atendiendo como merecéis, ya te lo he dicho, y no sabes cuánto lo siento... He pasado demasiado tiempo fuera de casa. No me extraña que nuestro hijo tenga pesadillas...

Parecía preocupado, y eso era lo que más desconcertaba a Sarah: aquel hombre la miraba como un padre y marido amantísimo que sabía que no estaba dándole a su hijo la educación que se merecía. Así la habría mirado Stephen si algún día hubiera pensado que él podía ser culpable de algo.

Sí, aquel hombre no iba a marcharse. Quería ocupar el puesto de su marido.

Pero entonces... ¿dónde estaría el verdadero Stephen? ¿Qué le habría hecho?

Se esforzó por dejar a un lado aquellas preguntas y concentrarse en el presente. Stephen no estaba allí para ayudarla, y en aquel momento lo único que importaba era la seguridad de su hijo. Reprimió las ganas de gritar pidiendo socorro y continuó con

aquella horrible simulación.

—Tómame el tiramisú —dijo, intentando que su tono sonara lo más amoroso posible—, y mañana ya hablaremos de todo, ¿te parece?

—Perfecto —dijo él. Parecía satisfecho—. Ve subiendo. Yo iré enseguida.

—Muy bien.

Se obligó a sonreír una vez más y empezó a caminar hacia el pasillo. Quería subir corriendo las escaleras, coger a Harvey y salir a toda prisa de allí, pero notó la mirada del desconocido sobre su nuca y continuó moviéndose con toda la calma de la que fue capaz.

—¿Sarah?

Ella se detuvo de golpe, contuvo el aliento y se dio la vuelta lentamente.

Se acabó la farsa, pensó. Sólo estaba jugando conmigo. Ahora me matará. No me dejará llegar hasta Harvey.

Tenía tenso hasta el último músculo de su cuerpo. No sabía cómo iba a poder defenderse de él.

Pero el desconocido no se movió. Siguió en la cocina, mirándola, y le dijo:

—Os quiero, Sarah.

Y la frase sonó angustiosamente real.

Sarah torció el gesto. Su idea era esbozar una sonrisa, pero en esa ocasión fracasó miserablemente.

—Sí... claro. Lo... lo sé.

Miró hacia la puerta de la casa, que estaba justo delante de ella, y luego hacia las escaleras. La tentación de salir corriendo y pedir ayuda era enorme, pero Harvey estaba esperándola y no podía dejarlo solo.

—El tiramisú tiene una pinta estupenda, por cierto.

Señaló el plato con el cuchillo. La luz de la nevera se reflejó en la cuchilla.

—Bi... bien... disfrútalo —tartamudeó.

—Lo haré. Y luego subiré y dormiremos los tres largo y tendido, ¿eh? Estoy agotado.

Le guiñó el ojo una vez más, y el modo en que se movió su cara le hizo sentir verdaderas náuseas.

—Claro —dijo—. Buena idea.

—Hasta ahora, entonces.

Y con esas palabras el desconocido se dio la vuelta, cerró la nevera y se sentó a oscuras en el taburete de la cocina para comer.

Sarah lo miró sin dar crédito. No podía creer que de verdad fuera a dejarla escapar. Al principio se quedó ahí quieta, pero enseguida recuperó la compostura y se dispuso a aprovechar la oportunidad. Se acercó a la base de teléfono que tenían en el recibidor, cogió el inalámbrico y subió por las escaleras con toda la calma que pudo. No empezó a correr hasta estar segura de que el chalado de la planta de abajo ya no podía verla.

Corrió hacia el dormitorio tan rápido como pudo, cerró la puerta sin hacer ruido y se apoyó en la pared, jadeando.

Se dio cuenta de que estaba empapada en sudor. El camisón se le pegaba al cuerpo como si se hubiera metido en la ducha con él.

—¿Mami? —Harvey estaba sentado en la cama y la miraba con los ojos como platos—. ¿Qué te...?

Sarah lo interrumpió llevándose un dedo a los labios.

—¡Shhh! ¡No podemos hacer ruido!

—Pero...

—¡Shhh! —insistió ella, acercándose a su hijo y abrazándolo con fuerza.

Harvey se calló, pero sus ojos volvieron a mostrar la misma expresión de antes, de cuando hablaba sobre el hombre en la ventana.

—Todo va bien, cielo —le susurró Sarah, mientras recorría la habitación con la mirada—, pero tú no hagas ruido, ¿vale?

El dormitorio no tenía llave ni pestillo, y tampoco los baños de la planta de arriba. ¿Para qué iban a tenerlos? Cuando entraron a vivir en aquella casa Harvey sólo tenía dos añitos, y Stephen temía que el pequeño se quedara encerrado por dentro en alguna habitación; de modo que sacó las llaves de todas las puertas —a excepción de la del baño de invitados de la planta baja— y las guardó en un llavero.

Ve subiendo. Yo iré enseguida. Aquellas dos frases del desconocido resonaban en su cabeza y no la dejaban pensar con claridad.

Se tomará el pan con mantequilla, las aceitunas, el tiramisú y subirá a la habitación, se dijo. Subirá con el cuchillo, sin lugar a dudas.

¿Qué fue lo que dijo?

Luego subiré y dormiremos los tres largo y tendido.

Aquel guiño... No quería ni pensar en todo lo que podía significar aquella frase.

Aterrorizada, intentó recordar dónde había puesto Stephen el llavero.

En una caja de cartón, de eso estaba segura. Pero ¿dónde estaba la maldita caja? ¿Podía estar en el dormitorio? ¿En el armario, quizá?

No tenía tiempo para ponerse a buscar, y menos si el desconocido comía a una velocidad parecida a la de su marido de verdad.

El mueble de estilo Tudor que quedaba junto a la puerta era demasiado pesado. No podría arrastrarlo hasta delante de la puerta sin hacer ruido y advertir al supuesto Stephen.

—Mami —le susurró Harvey, temblando—. El hombre que vuela... está aquí, ¿verdad?

Ella tragó saliva. ¿Qué iba a decirle?

—No te preocupes —acertó a contestar—. Mami está aquí contigo. Deja que piense un momento.

Justo en aquel momento vio la silla junto al armario que quedaba al otro lado de la cama. Costaba reconocerla bajo la montaña de ropa que Stephen había dejado ahí tirada mientras preparaba su maleta —en el tema «¿qué me pongo?» era mucho peor que la mayoría de las mujeres—, pero ahí estaba, y con ella podría bloquear la puerta.

La cogió, puso el respaldo bajo el pomo y suspiró.

Qué suerte que a Stephen le gustaran tanto estos pomos alargados, pensó, y dejó escapar una risita histérica que enseguida reprimió para no asustar a Harvey.

En cualquier caso, seguían en peligro. Aunque toda la casa estuviera hecha de materiales sólidos y de gran calidad, era imposible calcular cuánto tiempo tardaría el desconocido en forzar el pomo, o la puerta, o la silla, y más teniendo en cuenta que el tipo estaba como una cabra y la locura tiene un poder muy especial.

—¡Mami, me estás asustando!

Harvey estaba a punto de llorar. Sarah se sentó a su lado en la cama, lo abrazó, y mientras lo hacía marcó el número de la policía. Pero la pantalla del teléfono estaba oscura.

—¡Mierda!

Quizá no había marcado bien. Estaba temblando y era posible que se hubiese equivocado. Volvió a intentarlo, pero fue en vano. Y de pronto cayó en la cuenta de lo poco que pesaba el inalámbrico. Hasta ahora no se había fijado, por los nervios, pero era evidente...

—¡Oh, no!

Se separó un poco de Harvey, cogió el teléfono con las manos y le quitó la tapa trasera deseando inconscientemente haberse equivocado.

Pero no. El loco de la planta baja le había quitado la batería. El teléfono le resultaba ahora tan inútil como el móvil, que se había quedado en la mesa de la cocina, justo al lado del desconocido de la cara marcada.

Ahora entendía por qué la había dejado irse.

Estaba ahí atrapada y no había modo de escapar.

Así que yo iré enseguida.

Estaba todo tan oscuro que tuvo que parpadear varias veces para asegurarse de que tenía los ojos abiertos.

¿Qué me ha pasado?

Estaba aturdido, y le parecía que sus pensamientos estaban envueltos por una densa niebla...

¿Dónde estoy?

Le dolía la espalda. Tenía los músculos entumecidos, y se le habían dormido los brazos y las piernas. Intentó incorporarse, pero no pudo. Sus pies enseguida chocaron contra algo. Un algo oscuro y angosto que no tenía ni idea de lo que era.

Le pareció oír el motor de un coche pasando muy cerca de él, aunque el sonido le resultó algo extraño. Más metálico y sordo de lo normal.

Quiso tantear a su alrededor, pero tampoco eso le fue posible: no podía mover las manos.

Una inquietante idea empezó a abrirse paso en la neblina de su cabeza.

Cinta aislante.

Y luego: *mis manos.*

Y luego: *¡estoy atado!*

Pero la cosa no quedó ahí. Poco a poco fue comprendiendo que sus piernas también estaban atadas, y cuando quiso abrir la boca supo que la tenía cubierta con cinta aislante.

Estoy atado y amordazado, se dijo, intentando aún en vano disipar la niebla de sus pensamientos. En realidad el esfuerzo estaba siendo tan grande que temió volver a desmayarse... Algo que seguramente no llegó a evitar, pues cuando volvió a abrir los ojos tuvo la extraña sensación de que ya había pasado un rato.

Estaba muy mareado, como si acabara de bajarse de un tiovivo. Pero no estaba de pie, sino estirado. Quizá en una caja, o...

Un ataúd.

Con aquel pensamiento le entraron ganas de vomitar. Quiso quitarse la cinta aislante de la boca, pero le fue imposible: el espacio era demasiado angosto para moverse.

Las ganas de vomitar fueron en aumento, pero sabía que tenía que contenerse; tenía que evitarlo a toda costa, o la cinta le haría ahogarse en su propio vómito.

Se mordió la lengua con todas sus fuerzas. Enseguida notó el sabor de la sangre en la boca, pero al menos el dolor hizo su efecto: el mareo remitió, aunque sólo fuera para dejar paso a otra sensación desagradable.

El ataque de pánico disipó la niebla que lo embotaba, efectivamente, pero le

devolvió el recuerdo de su claustrofobia. Desde que su hermano mayor lo encerró durante varias horas en una minúscula despensa cuando apenas tenía cuatro años, no podía soportar los espacios cerrados y angostos. Cuando entraba en una habitación pequeña empezaba a sudar, y si encima tenía la puerta cerrada la angustia era indescriptible. Por eso evitaba los ascensores, los autobuses y los metros demasiado llenos, e incluso los aviones.

Pero en esta ocasión se sentía mucho peor que si estuviera en un ascensor. Al menos en ellos podía moverse, pero aquí...

¡Tengo que salir! ¡Tengo que salir de aquí, joder!

Empezó a moverse de un lado a otro, empujando las paredes de su minúscula prisión con manos, pies, rodillas y codos, pero no le sirvió de nada.

Ahí el pánico se hizo insoportable. Quiso gritar, intentó por todos los medios separar los labios, pero la cinta aislante permaneció inmóvil y absorbió su grito sin la menor compasión.

El corazón empezó a bombear cada vez con más fuerza. Tenía el pulso acelerado y las venas parecían a punto de explotarle en las sienes. Apenas lograba coger aire para respirar y no tardó en ver manchas blancas frente a sus ojos.

Poco después volvió a perder el conocimiento.

Fracasarás.

Ahí estaba de nuevo aquella maldita voz. Pero en esa ocasión, Sarah sabía ponerle nombre: sobreesfuerzo.

Estaba en su dormitorio, tenía en brazos a su hijo, que temblaba de miedo como una hoja, y no podía salir de allí. Estaba presa en su propia casa.

En torno a ella el silencio era angustioso y amenazador. De la planta baja no llegaba ni un suspiro. Nada en absoluto.

¿Qué demonios estaba haciendo el desconocido ahí abajo? ¿O es que ya no estaba en la cocina? Quizá había subido en silencio por las escaleras y ahora los esperaba al otro lado de la puerta...

El cuchillo... No pienses en el cuchillo...

Se sentía de nuevo como aquella niña que se acucillaba en una esquina de su habitación y escuchaba las discusiones de sus padres. Los gritos de su padre borracho y los sollozos de su madre, que jamás reaccionaba a los insultos. Y ella, Sarah, se sentía impotente y desamparada. Al fin y al cabo, ¿qué podía haber hecho ella, tan pequeña y débil como era?

Pero ahora ya no eres una niña, le espetó su inconsciente. Eres una mujer adulta, y además eres madre de un niño que te necesita. Harvey depende de ti.

Poco a poco, a medida que su voz interior fue hablándole, Sarah notó que la tensión iba remitiendo. No es que desapareciera del todo, pero sí que se debilitó lo suficiente como para que ella recuperara parte de su autoestima.

Bien, no podía quedarse ahí, esperando. El bloqueo de la puerta no iba a durar demasiado, así que tenía que aprovechar el tiempo.

Tenía que poner a su hijo a salvo y salir a buscar ayuda. Pero ¿cómo? En el dormitorio sólo había una ventana, así que no tenía más opciones.

Podrías romper el cristal y gritar pidiendo ayuda.

Pero... ¿sería buena idea? ¿No serviría sólo para enfadar al desconocido? Quizá lo llevara a reaccionar de un modo inesperadamente violento. ¡Quién sabe lo que puede pasar por la cabeza de un hombre que se cuele en una casa ajena en plena noche y juega a papás y mamás con un cuchillo en la mano!

Claro que también podría ser que le entrara el miedo y saliera corriendo de allí, ¿no? Los locos son impredecibles, y, la verdad, después de haber visto el guiño que le hizo antes en la cocina, Sarah no tenía ningunas ganas de arriesgarse...

Además, y sobre todo, no podía olvidar que estaban en plena noche. Podía tardar un buen rato en lograr que alguien la oyera y reaccionara. Un tiempo vital en el que el chiflado de la cara marcada podría echar abajo la puerta y entrar con el cuchillo en la

habitación. Y eso suponiendo que hubiera efectivamente alguien que pudiera oírlo... o que quisiera hacerlo. Un par de semanas atrás violaron a una chica no muy lejos de allí. Volvía a casa después de una noche de fiesta y tres impresentables la forzaron en plena calle. La violaron los tres, uno detrás de otro, y parece ser que la chica no dejó de gritar y llorar pidiendo ayuda, pero nadie acudió a socorrerla.

Vivía en un barrio muy elegante y distinguido, sí, pero por lo que respectaba a la relación y amabilidad entre los vecinos dejaba mucho que desear. A no ser que los hijos coincidieran casualmente en el mismo club deportivo o compartieran el mismo profesor de piano, nadie conocía a nadie ni tenía la menor intención de hacerlo.

Su padre siempre le decía: «Tú cuida de ti, y así Dios también lo hará». Forest Hill se guiaba sin duda con el mismo lema.

Pero gritar pidiendo ayuda en plena noche era una cosa, y plantarse frente a la puerta de alguien, otra muy diferente.

Los Spencer, pensó. Eran los que le quedaban más cerca.

Se acercó a la ventana y la abrió lo más silenciosamente que pudo. Harvey seguía a su lado y arrugaba con sus manitas el camisón de Sarah. La miró sin decir nada.

Un viento helado se coló en la habitación y alborotó el pelo de Sarah cuando ésta se asomó por la ventana para intentar calcular a qué altura se hallaban. El jardín hacía pendiente por este lado de la casa, así que debía de estar a unos cuatro metros y medio, si no a cinco, y la pared no tenía ni un solo saliente en el que apoyarse.

Demasiado alto. Es demasiado alto. Nos romperíamos todos los huesos.

Un recuerdo de infancia le vino entonces a la memoria después de muchos años. Ella y Mark, su amigo y vecino de entonces, jugando en el jardín de sus padres. El viejo castaño al que les gustaba trepar. Mark era un niño muy ágil, pero en una ocasión se resbaló y cayó al suelo. Se rompió una pierna, y Sarah le dibujó una carita sonriendo en el yeso. Debían de tener la edad que Harvey tenía ahora, y ella recordaba bien las palabras que le dijo su madre: «Ha tenido muchísima suerte. ¡Se ha caído de cuatro metros de altura, y podría haberse partido el cuello!».

El ruido de unos platos en la cocina la sacó bruscamente de su ensimismamiento. Harvey también lo oyó y miró a su madre con ojos aterrorizados.

—La cama —susurró a su hijo—. Vamos, cariño, tienes que ayudarme.

Corrió hasta la cama, tiró a un lado la funda nórdica y las almohadas y levantó a toda prisa uno de los colchones. Harvey entendió lo que se proponía y la ayudó a arrastrarlo hasta la ventana. Una vez allí lo apoyaron en el alféizar y lo incorporaron como pudieron. Sarah miró hacia abajo intentando calcular la trayectoria que seguiría en su caída, y entonces lo soltó con fuerza.

El viento empujó el colchón hacia la pared de la casa mientras caía. Durante unos angustiosos segundos pareció que iba a quedarse en vertical al llegar al suelo, pero al final cedió y cayó en horizontal, aproximadamente a medio metro de la casa.

Sarah se mordió el labio. Su plan era patético y lo sabía, pero no le quedaba otra opción.

¡No pienses en ello!, se dijo, obligándose a darse la vuelta y a seguir con su plan.

—¡Bien, ahora el otro!

Cogieron el segundo colchón y justo en el momento en que lo apoyaron en la ventana oyeron un ruido en la puerta y vieron el movimiento del pomo al chocar contra el respaldo de la silla.

—¿Sarah? ¿Harvey? ¿Qué pasa con esta puerta?

Harvey miró la puerta con los ojos muy abiertos y apoyó la espalda en la pared con tanta fuerza que parecía que fuera a fundirse en ella. Y sus labios empezaron a temblar de tal modo que Sarah sintió un escalofrío mucho peor que el que le producía el viento...

—Venga, abridme —dijo el hombre con la cara marcada.

Su voz sonaba extrañamente familiar, se dijo Sarah. Casi habría podido creerle, de no ser por aquel tono más grave de lo normal.

Lanzó el segundo colchón por la ventana sin perder un solo segundo, pero por lo visto esta vez la impulsó una fuerza especial, porque el colchón cayó más lejos que el otro y sólo quedaron superpuestos unos centímetros.

—¡Mierda! —susurró Sarah, aferrándose con fuerza al alféizar de la ventana—. ¡Mierda, mierda, mierda!

Podría haberse partido el cuello. Las palabras de su madre volvieron a sonar en su cabeza, seguidas de su propia voz interior: *Un adulto puede salir ileso del salto, al menos en principio, pero no se te ocurrirá lanzar a tu pequeño por la ventana, ¿no? ¿Entiendes lo que podría pasarle si no cae como —o donde— tú esperas?*

Pero ¿qué podía hacer, si no? ¡No iba a dejar a Harvey allí, en manos de un loco con un cuchillo! ¡Ni en broma!

Pero... ¿y si no lo encuentra? Hubo una vez en que no lo encontraste, ¿recuerdas?

Se pasó la mano por la frente, que tenía perlada de sudor, y miró febrilmente a su alrededor mientras el desconocido seguía intentando abrir la puerta.

—¡Sarah, por el amor de Dios, ábreme! ¿Se puede saber qué te he hecho?

Nada. Todavía no me has hecho nada, pensó. *¡Pero está claro que lo que quieres no es ponerte a dormir con nosotros, sino utilizar el jodido cuchillo que llevas en la mano!*

—Mami —le susurró Harvey, pálido como el papel—, dile que se vaya.

Miró a su hijo a los ojos, reunió todas sus fuerzas para sobreponerse al miedo y la desesperación que amenazaban con superarla, y tomó la decisión más dura que había tomado en su vida.

—Voy a salir a buscar ayuda —le susurró—, pero no puedo llevarte conmigo.

La mirada de Harvey le partió el corazón, pero sabía que no tenía más opciones.

El desconocido empezó a aporrear la puerta, cada vez más enfadado.

—¡Sarah! ¡Harvey! ¿Caray, a qué viene esto? ¡Abridme de una vez!

Ella cogió a Harvey por los hombros y se arrodilló frente a él.

—Escúchame bien, cariño —le susurró, mientras notaba cómo temblaba el pequeño—. ¿Te acuerdas del día en que te escondiste aquí, en Halloween?

Él asintió.

—«Jack in the box» —dijo.

—Exacto. —Sarah le acarició el pelo—. Jugábamos a «Jack in the box». Jamás te habríamos encontrado.

No era una exageración. Harvey les había pegado un susto de muerte, y no sólo porque salió disparado del cubo de la ropa sucia cuando ya llevaban muchísimo rato buscándolo por toda la casa, sino porque llegaron a pensar que se había escapado de verdad.

Harvey miró al pomo de la puerta, que ahora se movía frenéticamente, y en su rostro se dibujó una expresión nueva y sorprendente; una que no era propia de un niño de seis años, sino más bien de un hombre adulto convencido de lo que debía hacer. La expresión de la determinación.

Entonces se dio la vuelta y se dirigió hacia el cubo de la ropa sucia que estaba en el lavabo. Sarah lo siguió y lo ayudó a meterse dentro. Y mientras se acurrucaba bajo la ropa, el pequeño la miró a los ojos. Seguía teniendo aquella inquietante expresión en la mirada.

—Voy a buscar ayuda —le susurró, justo antes de cerrar la tapa del cubo.

Tuvo que hacer un esfuerzo extraordinario para alejarse de allí, pero los gritos que venían del otro lado de la puerta le recordaron que no había tiempo que perder. Corrió a la habitación, cogió la funda nórdica y las almohadas, las tiró también por la ventana, y luego, tras lanzar una última mirada al cubo de la ropa sucia, se lanzó al vacío, descalza y en camisón.

Movió brazos y piernas mientras caía, y cuando llegó al suelo salió despedida del colchón y siguió rodando jardín abajo. Sintió un dolor terrible en el brazo izquierdo cuando se golpeó con la raíz de un árbol, pero tuvo los reflejos suficientes como para contenerse y no gritar.

Se incorporó con dificultad y con el brazo probablemente roto, pero vivita y coleando. ¡Lo había logrado! Era libre y no se había partido el cuello.

Lanzó un último vistazo a la ventana de su cuarto y corrió pegada a la pared y sin volver a mirar atrás.

La casa de los Spencer estaba a pocos metros de la suya, pero antes tenía que cruzar el porche en el que estaba el Mercedes de Stephen. Si el loco de la cara marcada la había oído saltar o había intuido que iba a hacerlo, habría tenido tiempo suficiente como para bajar corriendo las escaleras y salirle por ahí al encuentro.

Seguro que aún tenía el cuchillo en la mano, y ahora ella no tenía más que un brazo útil para defenderse, así que...

Sigue corriendo.

No había cansancio posible, ni sobreesfuerzo ni nada que se le pareciera. Ahora sólo podía correr y salvarse, básicamente para poder salvar también a Harvey.

Respiró hondo, se recordó que a partir de aquel momento las luces del jardín se encenderían con su movimiento, y corrió más rápido aún. Con el brazo sano sostenía el otro. Si alguien se atrevía a cruzarse en su camino toparía con la fuerza de su ira.

Justo en aquel instante se encendió una de las luces del jardín, pero Sarah siguió corriendo, descalza.

Harvey se quedó callado como un muerto. Doblado sobre sí mismo como un erizo, se mantuvo quieto en el fondo del cubo de la ropa sucia, donde olía a paja, a ropa usada y al perfume de su madre.

Se concentró en respirar con la mayor suavidad posible y en imaginar que se había metido ahí sólo para jugar y asustar a sus padres, como aquella otra vez, en Halloween.

Recordó el tacto de la máscara de Frankenstein que se puso aquella vez. Recordó su olor a látex y el modo en que le apretaba las mejillas, y recordó también las ganas que tenía de quitársela y asustar a sus padres saliendo del cubo de golpe y gritando bien fuerte: «¡Buh!». Luego recordó lo mucho que se rieron los tres juntos y el abrazo que le dieron sus papás.

Aquello lo ayudó a despistar el miedo.

Los golpes en la puerta cesaron, pero Harvey seguía temblando de miedo. No tanto como antes, cuando podía ver el miedo en los ojos de su madre, pero lo suficiente como para recordarle que debía permanecer muy quieto.

Aguzó el oído, expectante.

¿Se habría ido el hombre?

¿Se habría cansado de golpear la puerta?

¿Quién era en realidad?

¿Qué quería de ellos?

Era tan angustioso... Desde el otro lado de la puerta les había hablado como... como si los conociera. Y había dicho su nombre.

Harvey.

El corazón le dio un vuelco cuando volvió a oír los golpes en la puerta. Una vez, y otra, y por fin oyó crujir la madera y el ruido de algo pesado cayendo al suelo.

La silla. ¡Ha roto la puerta y ha tirado la silla!

Oyó más crujidos de madera, golpes secos y el sonido de la silla arrastrándose.

Se apretujó aún más contra el suelo, aterrorizado, tan doblado sobre sí mismo que apenas podía respirar.

Pasos sobre la alfombra, lentos y suaves. Se acercaron al baño, pasaron a su lado y volvieron a alejarse. Por las rendijas del cubo de paja vio dos sombras alargadas. Tenían que ser las piernas del hombre. Había llegado hasta la ventana y debía de estar mirando hacia abajo.

Durante unos segundos no pasó nada, pero luego volvió a oír los pasos. En esta ocasión iban directos hacia él.

Harvey notó que se le erizaba el vello de la espalda.

—Hola, Harvey. Sé que estás ahí dentro.

La voz del hombre sonaba tranquila, casi cariñosa, y Harvey pensó que así debió de sonar la voz del lobo ante la puerta de la casa del tercer cerdito. Sólo que el cubo de la ropa sucia no estaba hecho de ladrillos...

—Vamos, pequeño, no tengas miedo. No te haré nada.

Y una porra, pensó Harvey. Eso mismo dijo el lobo.

—Sólo quiero que le digas una cosa a tu madre de mi parte, ¿quieres? ¿Harías eso por mí, Harvey?

Harvey no dijo ni pío. La verdad es que no habría podido decir nada ni aunque hubiese querido. Bastante hacía con respirar.

—Dile que esto no ha acabado. Dile que he venido para ayudarla, y que volveré. ¿Lo harás por mí, Harvey?

Harvey abrió los ojos y miró de nuevo entre las rendijas del cubo. Estaba seguro de que el hombre estaba a punto de inclinarse sobre él, abrir la tapa y...

—Tienes miedo, ¿verdad, Harvey? Tienes miedo de mí, y lo entiendo. Créeme, nadie sabe mejor que yo lo que significa tener miedo. Quizá llegue el día en que recuerdes este momento, cuando seas mayor, y comprendas a qué me refiero. No te olvides de darle mi mensaje a tu madre, ¿vale? Es muy importante, Harvey. ¡Muy importante!

La luz del baño se encendió de pronto, inesperadamente, y se coló en el interior del cubo. Entonces, unos pasos apresurados salieron de la habitación y bajaron las escaleras.

Fue entonces cuando Harvey notó la humedad en sus pantalones.

Se había hecho pipí.

Una media hora después, Sarah estaba sentada en el comedor de los Spencer y veía la luz azulada del coche patrulla al otro lado de la ventana.

Había empezado a llover. Unas gotas grandes y pesadas que no tardarían en convertirse en copos de nieve. A través de las cortinas, su casa y el seto que la rodeaba tenían un aspecto algo surrealista, como si estuvieran proyectados en la pantalla de una antigua sala de cine. Una en la que hubieran olvidado descorder el telón, y en cuyo suelo alguien hubiera puesto unos enormes jarrones y figuras de porcelana a modo de decoración.

Pero no era sólo lo que se veía por la ventana. En realidad toda la escena era surrealista: se sentía como si hubiese salido de una pesadilla para caer en otra aún peor.

Era como una de esas secuencias narrativas en las que aparece un sueño dentro de otro sueño; de esas que le caían de vez en cuando en las manos, en forma de manuscrito, y ella siempre marcaba con la observación «inverosímil». Pero ahora era exactamente así como se sentía: en un sueño dentro de otro sueño.

Sólo el dolor intenso que sentía en el brazo, provisionalmente inmovilizado con una bufanda, y el calor de Harvey apretujado contra su pecho en el sofá de los Spencer, la ayudaban a estar segura de que aquello era real.

Con su mano sana acarició la cabeza de su hijo y volvió a subirse hasta los hombros la manta con motivos florales de la señora Spencer, lo suficientemente grande como para taparlos a los dos. Harvey estaba helado. Seguía en estado de *shock*. Estaba pálido y no había abierto la boca desde que la policía lo sacó de su escondite. En lugar de eso, no había hecho otra cosa más que soltar un débil gemido, lanzarse a los brazos de su madre y arrastrarla con él fuera de casa, de esa casa que hasta ahora era su refugio pero que ya no les aseguraba protección. Al menos hasta que dieran con aquel desconocido que de pronto había desaparecido sin dejar rastro.

—Tenga, le he preparado un té.

Fionuala Spencer ofreció una taza a Sarah. Su tono era amable y educado, pero la expresión de su rostro escondía un mensaje muy distinto. *No sabe cuánto lamento todo lo que le ha sucedido*, parecían decir sus ojos oscuros, plantados en medio de su cara alargada y arrugada, *pero de todas las casas del vecindario, ¿por qué diantres ha tenido que escoger la nuestra? ¡Con lo tranquilos que estábamos... y ahora mire la que ha liado!*

Era obvio que su marido, Keith, se sentía igual de molesto que ella con respecto al hecho de que su vecina, su hijo pequeño pálido como la tiza y la policía se hubieran instalado en su casa en plena noche. De hecho, al principio ni siquiera se

preocupó ni se esforzó por mostrar algo de compasión por Sarah. El barrigudo jubilado se limitó a pasarle el teléfono para que llamara a la policía y a sentarse en su sillón orejero —cual buda de piedra— a observar toda la escena como si estuviera mirando la tele. De vez en cuando sus ojos se desviaban soslayadamente hacia las piernas desnudas de Sarah, que seguía llevando sólo un camisón, aunque al volver a entrar en su casa cogió también una bata y unas zapatillas.

Keith Spencer no se preocupó lo más mínimo por aquella historia, y no levantó la cabeza hasta que uno de los policías se le acercó y se presentó como el inspector Martin Pryce.

—¿Van a tardar mucho en irse? —quiso saber Spencer, pero Pryce no se dignó a contestarle. En su lugar se dio la vuelta hacia Sarah y le preguntó:

—¿Cómo va su hijo?

—Tiene miedo —le contestó Sarah, abrazando al pequeño con fuerza.

—¿Y su brazo?

—Iré al hospital en cuanto acabemos aquí.

Pryce asintió y se sentó a su lado en el sofá. Era un hombre con la espalda cuadrada, el pelo rojizo y un claro acento galés.

El inspector inspiraba confianza, pero había algo en su mirada que no acababa de gustar a Sarah: un cierto escepticismo, una especie de incredulidad que quizá no fuera más que una pose, pero que le daba la sensación de que tenía que ver con ella misma.

—Es lógico que aún estés asustado, Harvey. —Pryce se quitó la gorra impermeable y dedicó al niño una sonrisa. Sarah comprendió que él también era padre—. Pero ya no tienes motivo para estarlo. Puedes estar seguro de que el hombre se ha ido y ya ni siquiera está por la zona. —Entonces miró a Sarah y añadió—: De hecho no hemos podido localizar ningún vehículo sospechoso en la zona.

—Era un Mercedes plateado —le dijo Sarah, con voz temblorosa—; el coche de mi marido.

—No se preocupe, señora Bridgewater, se lo he descrito a los especialistas para que rastreen la zona.

—¿Que no me preocupe, dice? Y si Stephen... —Sarah se interrumpió, miró a su hijo y luego de nuevo a Pryce—: Ya sabe a qué me refiero —le dijo.

—¿Sigue sin poder localizarlo?

Pryce señaló el móvil de Sarah, que estaba junto a ella en el sofá.

—Sí; me salta el contestador. Puede ser que no lo coja porque le es imposible...

Tenía ganas de gritar, y lo habría hecho con ganas de no ser porque tenía en brazos a su hijo. Pero no se trataba de gritar para que la escucharan, sino de liberar la tensión, de desahogarse en la medida de lo posible.

—¿Qué van a hacer ahora?

Pryce miró su gorra como si en ella se escondiera la respuesta.

—Ya se lo he dicho, señora Bridgewater. Buscaremos al desconocido y también el Mercedes de su marido. Pero como usted no sabe decirnos dónde iba a pasar la

noche, me temo que tardaremos un poco en tener alguna noticia nueva. A no ser que haya recordado ya a qué clientes iba a visitar...

Sarah sacudió la cabeza y se tapó los ojos con las manos, pero aun así un par de lágrimas encontraron el camino de salida hacia las mejillas.

—No. Últimamente viajaba mucho a Kent, pero en esta ocasión creo que no me dijo adónde iba.

—¿Lo cree? ¿Quiere decir que no está segura? ¿Que quizá pueda recordarlo?

—No, no... —Intentó recordar por todos los medios, pero fue en vano—. Sé que no me dijo adónde iba.

Y ahí estaba de nuevo: el escepticismo en los ojos de Pryce.

—¿Suele esconderle su marido el destino de sus visitas?

—¡No me lo *esconde*, por el amor de Dios!

Vale, había gritado. No había podido controlarse. Harvey dio un respingo en su regazo y ella volvió a abrazarlo.

—Perdona, cariño, mami está... Es que han pasado muchas cosas, ¿lo entiendes? Y estoy un poquito nerviosa.

Un poquito nerviosa, se mofó su voz interior. *Bonito eufemismo*.

Harvey no dijo nada, pero volvió a acurrucarse junto a ella, y eso le bastó como respuesta.

—Escuche —dijo Sarah, dirigiéndose de nuevo a Pryce con voz grave—, durante los últimos meses mi marido se ha pasado la mayor parte del tiempo viajando, visitando a clientes que tiene repartidos por todo el país. Tiene muchísimo trabajo, y le aseguro que puedo darme con un canto en los dientes si logro tener controlados los días en que duerme en casa.

Pryce asintió.

—Es decir que el negocio le funciona bien, ¿no?

No era una pregunta, sino una afirmación, así que Sarah no le contestó.

—Viven en un barrio de clase alta —continuó diciendo Pryce—, y tienen una casa preciosa y un coche carísimo...

—Sí, ¿y? ¿Adónde quiere ir a parar?

—Las casas como la suya atraen a los ladrones.

—No —le interrumpió Sarah—. Ya le he dicho que este hombre no era un simple ladrón. Estaba chalado. Llevaba el traje de Stephen y se comportaba *como si fuera* Stephen.

Pryce carraspeó.

—Lamento tener que preguntarle esto, pero espero que comprenda que es mi deber...

—¿Perdón?

—Bueno, ¿está usted segura de que era el traje de su marido?

—Sí, creo que sí.

—¿Lo cree?

Sarah tragó saliva.

—Era exactamente igual que el de Stephen. La misma tela y el mismo corte. Y al loco le quedaba corto porque era más alto que mi marido, y la verdad es que estaba... ridículo con él puesto.

—Pero podría haber sido sólo un traje *parecido* al de su marido, ¿no le parece? ¿O es que su marido se hace los trajes a medida?

Ella lo miró, iracunda.

—¿A qué viene todo esto? ¿Es que no me cree?

—Sólo intento interpretar los hechos. Las especulaciones podrían llevarnos a error.

—Entonces ¿qué me dice del coche de Stephen? ¿Tampoco cree que lo fuera?

—¿Reconoció la matrícula?

—¡Por supuesto! —dijo ella, dejando escapar una risa amarga—, mientras aquel loco estaba en mi cocina yo no tenía otra cosa que hacer más que apuntarme la matrícula en una libretita para que usted me creyera. ¡Por Dios! ¿Quizá tendría que haberle hecho una foto también?

—Señora Bridgewater, por favor. —Pryce movió la mano en un gesto que pretendía ser conciliador—. Le aseguro que quiero creerle, pero comprenderé que debo estar seguro de lo que investigo, y que, por tanto, no puedo dar por válidas meras suposiciones. Por el momento sólo puedo acusar al desconocido de allanamiento de morada. Ni siquiera se ha llevado nada. Y, más allá de su declaración, no dispongo de ninguna prueba que corrobore que *el loco*, como usted lo llama, llevara puesto el traje de su marido y condujera su coche.

Sarah dejó escapar un bufido.

—De modo que es eso: no me cree. Seguro que para usted no soy más que otra histórica víctima de robo que aparecerá en sus estadísticas, ¿no? ¿Es así? Puede decírmelo, tranquilo.

—No, no es así. —Pryce suspiró—. Creo que está usted convencida de que dice la verdad, señora Bridgewater, por supuesto que sí. Pero eso no significa que a su marido tenga que haberle pasado algo. El desconocido podría haberle robado las llaves sin que él se percatara de nada.

—Ya me dirá cómo.

—Podría haberle forzado el coche mientras su marido dormía en el hotel, y haberle desconectado el móvil. No sería la primera vez que nos topamos con algo así. La semana pasada, sin ir más lejos, tuvimos una denuncia de este tipo en Norbury: una familia se fue a pasar el fin de semana fuera, y mientras estaban en el hotel les robaron el coche con las llaves de casa dentro. Cuando volvieron ya se lo habían llevado todo. De modo que, si no le importa, antes de imaginarnos el peor de los escenarios trataremos de considerar también otras posibilidades.

—De mi casa no se han llevado nada —insistió Sarah—. Al contrario, el chiflado ese ha dejado regalos para mí y para mi hijo. Así que, por favor, no olvide considerar

la posibilidad de que le haya hecho algo a mi marido. —En aquel momento recordó algo, y tras parpadear brevemente añadió—: ¡Ah, pero sí podemos tener una prueba de que llevaba las cosas de mi marido!

Pryce la miró desconcertado.

—Ah, ¿sí?

—¡Sí! ¡El maletín de Stephen y su abrigo! El hombre dejó el maletín en la entrada, junto a la cómoda.

—¿En la entrada? No, allí no había nada.

—¿Cómo dice? ¡Claro que había algo! ¡El maletín de Stephen! ¡Yo lo vi!

—¿Cuándo?

—Cuando el desconocido estaba en la cocina.

El inspector de policía frunció el ceño.

—¿Y seguía allí, cuando entró a buscar a su hijo?

Sarah reflexionó unos segundos y al final se encogió de hombros.

—Yo... no estoy segura. Sólo pensaba en abrazar a Harvey. El maletín no me importaba lo más mínimo. Pero claro que debía de estar ahí.

—Un momento —dijo entonces Pryce, y cogiendo la radio que llevaba en el bolsillo se puso en contacto con sus colegas de la científica, que seguían en casa de Sarah en busca de huellas dactilares.

—No, aquí no hay nada —dijo una voz al otro lado—. No hemos encontrado ningún maletín.

Sarah apretó los puños.

—¡Así que se lo ha llevado! ¡Joder! ¡Quiere que no me crean!

Una vez más se esforzó por evitar las lágrimas, pero en esta ocasión no lo logró.

Pryce sacó de su chaqueta un arrugado paquete de pañuelos de papel y le ofreció uno.

—Por favor, señora Bridgewater, tranquilícese. Le prometo que haremos cuanto esté en nuestras manos.

Ella cogió el paquete, sacó un pañuelo y se sonó.

—¿Sabe, agente? Ya sé que los obligan a decir esto, especialmente en los casos en los que nadie sabe qué hacer.

—Nos queda aún mucho trabajo, y le aseguro que sabemos cómo continuar —insistió Pryce—. Usted confíe en mí.

Otra frase hecha, pensó Sarah, pero se obligó a apartar aquello de su mente. *En fin, no debería rechazar ningún gesto de ayuda, aunque por ahora no me sirva de nada...*

—Lo haré, inspector. Pero le ruego que no olvide que mi marido está en peligro. No tengo pruebas, pero *lo sé*.

El policía asintió y le dijo:

—Vamos, póngase algo. La llevaré al hospital. Tienen que mirarle ese brazo.

—No, no, gracias —contestó ella moviendo la mano buena—. He llamado a una

amiga. Ella me acompañará. Ya tendría que estar aquí, de hecho.

—Está bien. La tendremos informada de nuestros avances. —Y ofreciéndole una tarjeta de visita añadió—: Mientras tanto, le ruego que mantenga los ojos abiertos y nos avise en cuanto vea algo sospechoso. Ah, y le sugiero que cambie la cerradura de su casa.

Sarah tuvo que hacer un esfuerzo por contener la rabia que empezaba a apoderarse de ella.

—Sí, ya veo que cambiar la cerradura es lo único que puedo hacer.

Ahí estaba de nuevo, ese miedo indescriptible.

Gwen, la amiga de Sarah, llamó a la puerta de los Spencer pocos minutos después de que la policía se hubiera marchado. Durante ese lapso de tiempo, el salón de la pareja de jubilados se había ido llenando de un silencio cada vez más denso, así que su llegada les supuso un gran alivio.

Fionuala Spencer las acompañó hasta la entrada y cerró la puerta a sus espaldas como si se hubiera apuntado a un concurso de velocidad. Sarah la oyó correr el pestillo y girar la llave en la cerradura antes de que ellas empezaran a caminar.

Esa sensación de estar seguro en casa... pensó, y sintió un escalofrío recorriéndole la espalda, *nadie debería confiarse demasiado; no es más que una ilusión.*

Aun así regresó a su casa para vestirse, mientras Gwen y Harvey la esperaban en el coche.

Se dio toda la prisa que pudo, y respiró aliviada cuando salió.

En urgencias no la hicieron esperar demasiado.

—¿Es usted diestra? —le preguntó el médico.

Ella asintió.

—Bueno, pues ha tenido usted suerte dentro de la mala suerte —le dijo, enyesándole el brazo—. Es una fractura limpia. Ya verá como muy pronto estará superada y olvidada.

Al oír aquellas palabras Sarah soltó una sonora carcajada. Una inquietante, desproporcionada e histérica carcajada que se vio incapaz de reprimir.

Cuando volvió otra vez en sí recordó de inmediato dónde estaba. La última vez había tenido serias dificultades para pensar con claridad y hacerse a la idea, quizá, del lugar en el que se hallaba, pero en esta ocasión no tuvo la menor duda.

Ya le había desaparecido por completo el efecto de la inyección que aquel hijo de puta le clavó en la nuca por detrás. Y ahora lo tenía claro: el suelo duro, las paredes cubiertas de fieltro y ese olor tan familiar a metal, goma y gasolina que suele acompañar a todos los coches nuevos...

No estoy en un ataúd, se dijo, sino en un coche. En el maletero de un coche. ¡En el jodido y estrecho maletero de un coche!

Bien, ya no tenía la menor duda de dónde se encontraba, y aunque no le sirviera de nada para recuperar su vida, lo cierto es que le hizo sentir un alivio indescriptible. Al menos no estaba enterrado a tres metros de profundidad en algún bosque perdido y abandonado de la mano de Dios.

Al menos le quedaba alguna remota posibilidad de salir vivo de su encierro.

Pero con la capacidad de pensar volvió también la capacidad de sentir, y el dolor se adueñó de su cuerpo: la postura empezaba a resultarle insoportable, su retorcida columna parecía estar en llamas, y sus extremidades, fuertemente atadas, le cosquilleaban como si varios ejércitos de hormigas asesinas estuvieran marchando por su piel. Además, se sentía el pulso en las rodillas. Parecía que con cada latido de su corazón fuera clavándosele en las rótulas la cuchilla de una navaja muy afilada.

Fuera como fuese, y se pusiera como se pusiese, no iba a conseguir que el dolor remitiera. No ahí encerrado.

En aquel momento recordó lo que siempre decían las azafatas de avión en los vuelos largos: que los pasajeros no dejaran de moverse para evitar posibles trombosis. Se sintió como si se hallara en un corto de la tele y de pronto pudiera ver el interior de sus venas y arterias, cada vez más llenas de coágulos de sangre, hasta que uno de esos coágulos se desprendía de la pared de la vena y se arrastraba irremediabilmente hacia los pulmones, el corazón o el cerebro, dispuesto a provocarle un infarto mortal.

¿Cuánto tardaría el corto en volverse real? Muy poco, si se basaba en la intensidad de su dolor.

Volvió a intentar ponerse de espaldas, pero algo le bloqueó el movimiento. Algún objeto duro que compartía el espacio del maletero con él. Quizá un gato, o una llave de tuerca o un botiquín de primeros auxilios.

Entonces, haciendo acopio de todas sus fuerzas, empujó y golpeó como pudo el techo del maletero con sus agotadas piernas.

Pero no pasó nada.

Y lo aporreó con las manos atadas.

Y nada.

Sólo silencio.

Ya ni siquiera oía aquel murmullo suave de los coches que le pareció reconocer la última vez.

¿Era posible que ahora estuviera aparcado?

Quizá. Aunque quizá no.

Había perdido el sentido del tiempo, así que era posible que fuese de noche y estuviese lejos de la ciudad, detenido a saber dónde. De lo que no tenía duda era de que había salido de la ciudad. Sí, de eso estaba seguro.

El único ruido que se colaba intermitentemente en el silencio y la oscuridad del maletero era el de un goteo lejano... Podía tratarse de un grifo mal cerrado, o de una tubería mal ajustada. En cualquier caso, tras el goteo se oía el eco, así que lo más probable era que se encontrara en un gran espacio vacío.

Aquella idea le hizo sentir pánico otra vez. Seguro que lo habían dejado tirado en algún lugar abandonado de la mano de Dios y que nadie iba a poder encontrarlo jamás...

¡Para eso ya podían haberlo enterrado vivo, joder!

Aunque se sentía vacío y seco y tenía la lengua como un estropajo, sintió unas lágrimas corriéndole por las mejillas. Por lo visto, para llorar aún le quedaba algo de líquido en el cuerpo.

No quería morir. No estaba preparado. Tenía una familia. ¿Y si nunca descubrían lo que le había pasado?

Junto a la desesperación empezó a sentir una cólera irrefrenable. ¿Por qué lo habían encerrado? ¿Por qué a él? ¡No tenía ningún sentido! ¿Quién iba a querer que muriera de un modo tan lento y miserable? ¡Nunca había hecho daño a nadie!

Vamos, cálmate, tranquilo, se dijo. El pánico sólo serviría para empeorarlo todo aún más.

Piensa en el coágulo de sangre que se te formará en las paredes vasculares como no bajas el ritmo cardíaco... Y entonces sí que no habrá nadie que pueda ayudarte.

Pero ¿cómo iba a tranquilizarse? Hacía rato que volvía a sentir claustrofobia. Ahora sólo faltaba que le entraran ganas de vomitar y... ¡bingo! El pánico sería perfecto.

Inmediatamente empezó a sentir la presión en la garganta...

¡Para! ¡Para!, se gritó a sí mismo. No te vas a morir, ¿vale? ¡Vas a vivir!

Con aquellas palabras logró tranquilizarse un poco; lo justo como para recuperar la cordura.

Se esforzó en recordar lo que pasó justo antes de que lo metieran en aquel maletero. Pero lo único que le venía a la memoria eran fragmentos inconexos.

Un repentino ardor en la nuca.

Caer arrodillado al suelo.

Alguien cogiéndolo y estirándolo en el suelo.

Un pinchazo en el hombro.

La calle girando como un tiovivo.

Oscuridad.

Pero ¿y antes? ¿Qué pasó antes?

Un quiosco.

Una rodaja de limón en una taza de té, tan caliente que casi se quema la lengua.
La bebida perfecta para el frío invierno.

La última edición del *Observer*.

En la portada, otra vez un artículo sobre el hombre que se tiró del Puente del Milenio a plena luz del día y ante la mirada de cientos de transeúntes. Las continuas especulaciones sobre los motivos de su suicidio. Había sido un personaje público: un doctor, o algo así. No, un catedrático de universidad. O un...

Un sonido metálico lo sacó de sus pensamientos. Una verja abriéndose a cierta distancia.

Luego unos pasos. ¡Quizá venían a rescatarlo!

Intentó gritar, pero la cinta aislante redujo el gesto a un simple gruñido, así que empezó a golpear el maletero con los puños.

¡Sí! ¡Viene alguien! ¡Por fin! ¡Voy a salir de aquí!

No dejó de golpear el maletero hasta que los pasos se detuvieron justo a unos centímetros del coche y durante unos segundos no pasó nada.

Después distinguió el tintineo de unas llaves, un sonido que le resultó insólitamente familiar, y de súbito tuvo dos cosas claras.

La primera, que se hallaba en el interior de *su propio* coche. Habría reconocido aquel tintineo entre cientos de miles.

Y la segunda, que la persona que estaba a punto de abrir el maletero era precisamente la que lo había metido ahí.

Aquel hombre —por algún extraño motivo estaba convencido de que se trataba de un hombre— no iba a salvarlo. ¡No, aquel hombre *era* el peligro!

Desesperado, intentó pensar en el mejor modo de defenderse en aquel estado, pero antes de que le diera tiempo a decidir nada oyó un chasquido metálico y el maletero se abrió de golpe. Lo cegó el foco de luz de una linterna, y durante unos instantes no fue capaz de ver nada. Luego pudo reconocer el contorno de una mano con algo estrecho entre los dedos.

¡Algo puntiagudo!

¡Una aguja!

¡No, no, no!

Volvió a gritar, pero la cinta aislante absorbió de nuevo el sonido.

La aguja se clavó en su hombro. Un escozor breve, y luego la mano con la jeringa se retiró.

En un gesto absurdo y desatinado intentó golpear la mano con sus puños atados,

pero fue en vano. La mano ya no estaba allí.

—Lo siento —dijo una voz masculina—. Espero que me perdone, pero es que no me quedaba otra opción.

Pero ¿qué cojones está diciendo este tío?, pensó. Luego, la sensación de embotamiento volvió a apoderarse de él.

—No se ponga nervioso —dijo la voz—. Le prometo que pronto habrá pasado todo.

Y tras aquellas palabras el maletero volvió a cerrarse, los pasos se alejaron y él oyó como se abría y se cerraba la puerta del conductor.

Voy a morir. Ahora voy a morir, se dijo.

Y aquél fue su último pensamiento.

Cuando el coche se puso en marcha, volvió a perder el conocimiento.

Media hora después, Sarah estaba sentada en la cocina de casa de Gwen sin levantar la vista de su móvil.

Habría dado cuanto tenía por una llamada de Stephen; por que se pusiera en contacto con ella para decirle que le habían robado el Mercedes y las llaves. Pero en lugar de eso era ella la que no dejaba de llamar y de toparse con un contestador que le recomendaba dejar su mensaje después de oír la señal.

—No pido mucho, sólo saber que no le ha pasado nada. Eso sí que sería «tener suerte dentro de la desgracia» —murmuró para sí, recuperando las palabras que le dijo el médico al ver su brazo.

Pero era obvio que el hombre no tenía ni idea de lo que le había pasado, y que su suerte no significaba más que una rotura limpia y la previsión de una pronta recuperación.

No, no es cierto, se corrigió. A Harvey no le ha pasado nada. Y tienes a Gwen, que es un regalo caído del cielo.

Gwen insistió en que Harvey y Sarah se mudaran a vivir con ella hasta que todo hubiera pasado, y Sarah le estaba infinitamente agradecida. No tenía ningunas ganas de volver a su casa. Lo primero que haría sería cambiar la cerradura y poner pestillos en todas las habitaciones, pero no volvería a vivir allí hasta que el hombre de la cara marcada y el traje de Stephen estuviera entre rejas... o en el manicomio, eso le daba igual.

Y es que aquel tipo llevaba puesto el traje de Stephen, de eso estaba segura. No uno que se le parecía, sino el mismo. La policía intentó confundirla y hacerle creer que era uno distinto, pero ella no tenía la menor duda: aquel *era* el traje de Stephen. ¿Por qué, si no, le quedaba tan corto de piernas y tan estrecho de hombros? ¿Por qué el loco no llevaba un traje de su talla?

Gwen entró en la cocina y se le acercó.

—Ya duermen los dos —dijo en voz baja—. Diana le ha regalado a Harvey su peluche preferido, el de Winnie Pooh, ¿te lo puedes creer? ¡Esto es amor y lo demás son cuentos!

—Gracias —dijo Sarah, esforzándose por sonreír—. A las dos.

—Sólo faltaría. ¿Para qué estamos las amigas, si no es para esto y para ir de compras?

Gwen le guiñó el ojo. Ahí estaba de nuevo su imagen de mujer completa y triunfadora. Eran muy pocos los que, como Sarah, sabían que no se trataba más que de un escudo protector. Gwen y ella se habían conocido en el grupo de «terapia para superar miedos y fobias» al que Sarah se había apuntado poco después de dejar su

trabajo en la editorial, y enseguida se preguntó qué hacía allí aquella mujer tan guapa y aparentemente tan segura de sí misma, de medidas perfectas y ojos almendrados, que focalizaba las miradas de todos los hombres de la sala; pero pronto se hicieron amigas y empezaron a hablar.

De hecho, al cabo de sólo tres o cuatro sesiones ambas decidieron dejar la terapia y quedar a solas, pues sus charlas mano a mano les resultaban mucho más reconfortantes y productivas que las de grupo. Quedaban para comer o tomar el té, en casa o en algún restaurante, y poco a poco empezaron a confiarse sus respectivos secretos. Fue así como Sarah conoció la historia de su amiga: hacía ocho años, durante su embarazo, Gwen sufrió una depresión gestacional que la llevó a pensar seriamente en el suicidio. Tuvo que ingresar en una clínica para superar el trance, y el futuro padre de la criatura no se vio capaz de acompañarla en aquel proceso y la abandonó. Gwen se quedó sola y tuvo que luchar mucho para salir adelante. Ahora hacía tiempo que se encontraba perfectamente, pero el pasado la perseguía y nadie quería darle trabajo en su especialidad, la docencia. Por lo visto, ningún colegio estaba dispuesto a dejar a sus alumnos en manos de alguien que pasó un tiempo en tratamiento psiquiátrico. De modo que llevaba años saliendo adelante con trabajos temporales que le duraban tan poco como sus relaciones sentimentales.

—Tendrías que hacer como Harvey y dormir un poco —le dijo Gwen, dirigiéndose hacia la nevera—. Así, entre nosotras, debes saber que tienes una pinta horrible.

—Lo sé, gracias —dijo Sarah, lanzando un suspiro—. Pero es que no puedo. Tengo que saber dónde está Stephen y cómo se encuentra.

—Venga, vamos. —Gwen cogió dos botellas y las puso sobre la mesa, junto a dos copas balón—. Seguro que estos dos amigos míos te ayudan a conciliar el sueño: te presento al señor Gordon's y a la señora Tónica.

Llenó las copas sin escatimar en ginebra y ofreció una a Sarah. Ésta dio un sorbo y torció el gesto.

—¡Por Dios! ¡Está fortísimo!

—No te preocupes —le dijo Gwen—, Harvey se ha portado como un campeón. Hace un rato lo he oído reírse a gusto, mientras Diana le ponía el osito en los brazos. La compañía de mi hija le irá bien, ya lo verás. Y la policía habrá dado con el loco en menos de lo que canta un gallo.

—Pero Stephen...

—Seguro que no le ha pasado nada, créeme —la interrumpió Gwen—. Lo más probable es que esté durmiendo en un hotel y ni siquiera se haya enterado de que le han robado.

Sarah movió la copa entre sus dedos, como ausente.

—No —dijo—, el chiflado llevaba el maletín de Stephen. ¿Y si...? ¿Y si lo ha matado?

Gwen la cogió de la mano y le dijo:

—¡Ni se te ocurra pensar en eso, cielo! ¿Por qué alguien iba a querer matar a Stephen? ¡No tiene sentido! —Gwen le hizo un gesto con la mano, pero la expresión de su cara no parecía estar del todo acorde con sus palabras—. Es posible que un loco haya robado sus cosas, pero eso no significa necesariamente que lo haya matado, ¿no te parece? Lo más probable es que el tipo esté como una cabra y le guste asustar a la gente, nada más. Los diarios están llenos de noticias como ésta...

Sarah hizo un esfuerzo por contener las lágrimas. Nunca antes se había sentido tan agotada y alterada al mismo tiempo.

—Lo que me mata es que no puedo hacer nada. Si al menos supiera dónde buscarlo... Pero no le pregunté adónde iba; nos despedimos a toda prisa y no pensé en hacerlo. Soy tan idiota... —Lanzó un gemido acompañado de un gesto de reproche—. ¡Salí corriendo porque quería ir de compras!

Gwen dio un trago a su copa y lanzó a Sarah una mirada inquisidora por encima de la montura de sus gafas.

—¿De verdad fue por eso, o hay algún otro motivo por el que no hablarais del tema?

Sarah le devolvió la mirada, y luego se pasó el dorso de la mano por la cara.

—Está bien, tienes razón. Stephen y yo no hablábamos mucho últimamente... de ningún tema.

—¿Y por qué?

—Por su trabajo. Le va todo fenomenal, ¿sabes?, incluso estaba pensando en contratar a un ayudante, y yo me alegro mucho, de verdad, pero es que... es que desde hacía un tiempo sólo vivía por y para el trabajo, y no tenía tiempo para Harvey ni para mí. ¡Ni siquiera se daba cuenta de que lo echábamos de menos! —Apuró su copa de un trago y continuó—: Así que quise hacérselo pagar. Quise que fuera él quien nos echara de menos. Por eso no le pregunté adónde iba.

—Entiendo... —Con aspecto pensativo, Gwen señaló el sofá que quedaba al otro lado del salón, sobre el que había dejado unas sábanas, una manta y una almohada para Sarah—. Ahora duerme un poco. No sirve de nada que te quedes aquí sentada dándole vueltas a la cabeza y haciéndote reproches. Piensa en Harvey. Ahora te necesita más que nunca, ¿eh? Yo estaré en la planta de arriba, por si eres tú quien necesita algo.

Y dicho aquello se levantó, fue hasta la puerta y se dio la vuelta para mirar a Sarah.

—Me has entendido, ¿verdad? Ahora tienes que dormir, y no es un consejo de amiga, sino una orden en toda regla.

—Sí, mi señora.

Gwen asintió sonriendo y desapareció tras la puerta.

Sarah se quedó sola y miró hacia la ventana. Empezaba a amanecer y había dejado de llover. Era tiempo de nieve. El frío era espectacular.

Y Stephen estaba ahí fuera, en algún lugar.

Pero ¿dónde?

Una joven pasó haciendo *footing* frente a la ventana. Llevaba un equipo negro muy ajustado y unos cascos enormes cuyo cable de color blanco golpeaba ligera y repetidamente su escaso pecho.

Unos cascos como los de antes, pensó Sarah, y por un momento le pareció que aquella idea no había sido suya; que alguien se había acercado a susurrársela. Una imagen se abrió paso en su memoria: la joven había despertado un grato recuerdo...

Mark, su amigo de la infancia, le regaló unos cascos hacía muchos años.

«Ten —le había dicho— esto ayuda cuando todo va mal».

A Sarah le pareció volver a ver aquel rostro delgado y bronceado frente a sí. Los ojos azules de Mark y aquel pelo negro que tenía, tan rizado y espeso, y siempre un poco despeinado.

—Qué curioso... —murmuró en voz baja, rompiendo el silencio que la rodeaba.

En los últimos días no dejaba de recordar anécdotas de aquel tiempo, tan lejano que a veces le parecía que formaba parte de otra vida. Pensaba en su infancia y juventud, y pensaba en su vecino Mark, quien, como ella, estudió en Oxford. Pero tras la carrera sus caminos se separaron, y poco a poco fueron espaciando sus encuentros, lamentablemente, hasta perder del todo el contacto. No volvió a pensar en él hasta que hacía un par de semanas leyó un artículo en el periódico sobre la espectacular muerte de un antiguo profesor de Oxford. De hecho, cuando hacía unas horas había vivido el momento más tenso y angustioso de su vida, justo antes de saltar por la ventana, también había pensado en Mark.

Si hubiese sido supersticiosa habría pensado que aquellos recuerdos podrían tratarse de una señal, pero como no lo era los atribuyó a la tensión y el miedo de las últimas horas.

Sea como fuere, Mark no se le iba de la cabeza.

«Ten... esto ayuda», le había dicho hacía unos años. Y ahora parecía que se lo estuviese diciendo una vez más...

Sacudió la cabeza como si quisiera ahuyentar aquellas ideas de su mente. Tenía que dormir. Seguro que le costaba conciliar el sueño, pero al menos tenía que intentarlo...

Curiosamente, en cuanto cerró los ojos se quedó profundamente dormida... Hasta que al cabo de unas horas se despertó dando un respingo, pues le pareció haber oído la voz de Stephen al otro lado de la ventana. Con el corazón en un puño se levantó de golpe y corrió a abrirla, pero resultó que era el repartidor de la leche, que charlaba con la vecina de Gwen.

Volvió al sofá. Con manos temblorosas cogió el móvil y se quedó mirando fijamente la pantalla.

Por favor, suena, suplicó al aparato. *Envíame un mensaje de Stephen en el que ponga que no le ha pasado nada.*

Pero el móvil permaneció en silencio.

TERCERA PARTE

LAS VOCES DE LOS MUERTOS

—Aquí tiene, doctor Behrendt.

Ferdinand Ludtke era un hombre calvo y fofo con un bigote monstruoso. Parecía una morsa embutida en un traje. La tarjeta de visita que ofrecía a Mark quedaba prácticamente escondida entre la chicha de sus dedos.

Durante el viaje, el agente se había mostrado educado y cortés, e incluso había explicado algún que otro chiste mediocre con los que esperaba ganarse a Mark y a Tanya. Pero ahora ya habían llegado a la puerta y Ludtke empezaba a estar claramente nervioso. Miró el reloj como quien no quiere la cosa, y su enorme barriga lanzó un gruñido de disgusto. Era obvio que quería irse a casa, a cenar. De hecho, sólo había accedido a realizar aquella visita porque quienes lo habían llamado eran una pareja de médicos. Y precisamente por eso se sentía ahora tan frustrado por haber realizado aquellas horas extras. No hacía falta ser psiquiatra —como Mark— para notar que de allí no iba a salir ningún negocio.

—Lo mejor es que le den un par de vueltas y me llamen en cuanto lo tengan claro —dijo Ludtke, lanzando a Tanya una mirada de soslayo que sin duda pretendía ser amable—. De todos modos, y si me permiten el consejo, yo les sugeriría que no dejaran pasar *demasiado* tiempo. Como ya les he dicho, tiene otros pretendientes y no hay duda de que es una ganga. No encontrarán muchas casas como ésta, en un barrio tan tranquilo y correcto. Aun a riesgo de repetirme, les recuerdo que están a un paso de su trabajo —apenas un cuarto de hora—, y que tanto el exterior como el interior están en perfecto estado. Además, las vistas al parque son deliciosas y el precio está muy ajustado, teniendo en cuenta que nos encontramos en pleno centro de Frankfurt.

El hombre miró una vez más a Mark y luego a Tanya, como si esperara que se decidieran por el sí en el último momento, pero en lugar de aquello Mark le cogió la tarjeta y dijo:

—Muchas gracias, señor Ludtke. Ya lo llamaremos.

La sonrisa desapareció de los labios del agente inmobiliario y su bigote pareció caerse por los lados.

—Por supuesto —dijo, y en esta ocasión su voz sonó manifiestamente decepcionada. Después les estrechó la mano a ambos, les deseó una feliz tarde y se subió a su Porsche Cayenne, aparcado justo delante del Volvo de Mark, al otro lado de la calle.

Mark lo siguió con la mirada y se llevó a los labios el primer cigarrillo que fumaba tras varias semanas. Tanya se le acercó y le acarició el brazo.

—Pensaba que lo habías dejado.

—Sí, yo también lo pensaba.

—¿Estás enfadado conmigo?

—No. —Se dio la vuelta y vio la inquietud reflejada en el rostro de ella—. En realidad ha sido culpa mía. No tendría que haberte presionado. Quizá sea mejor que nos tomemos algo más de tiempo.

—Lo siento mucho, Mark... —Sus enormes ojos verdes se llenaron de lágrimas—. No sé qué me ha pasado... Sé que ha sido una tontería, pero... es que no he podido evitarlo.

—¿De qué tienes miedo, Tanya?

Ella inclinó ligeramente la cabeza y se apartó un mechón de pelo oscuro de la cara. Se había levantado viento y la lluvia se dejaba mecer por él.

—No lo sé... Cuando el señor Ludtke nos ha enseñado el cuarto de los niños... —balbuceó.

Mark pensó que Tanya no estaba siendo literal, pues el agente había hablado de «cuarto de niños o despacho, en función de lo que traiga el futuro». En realidad había sido muy amable al añadir «ustedes son aún jóvenes y tienen mucha vida por delante, si me permiten la observación». Pero no le dijo nada a Tanya. No quería cohibirla, ahora que se había decidido a hablar.

—Me pareció que había algo más... —continuó diciendo ella, mientras miraba hacia el parque, apenas iluminado por alguna que otra farola—. No he podido evitar ponerme a pensar de pronto en mi última paciente. Bueno, no, de pronto no. Últimamente no dejo de pensar en ella. Desde que empezamos a hablar de irnos a vivir juntos no se me va de la cabeza.

—¿Y qué le pasa a esa paciente? —le preguntó Mark, dando una calada profunda a su cigarrillo. Estaba seguro de que dentro de un rato se enfadaría por haber fumado su cigarrillo-de-emergencia, de eso estaba seguro, pero es que esto era sin duda una emergencia.

—Sufre una depresión y quiere separarse de su marido —dijo Tanya apartándose de nuevo el mechón de la cara—, porque ya no lo soporta. Dice que ha cambiado totalmente. No sólo él, sino también ella. Dice que ya no queda nada de lo que un día sintieron el uno por el otro; que ya no les importa lo que un día desearon (la casa, los niños, el matrimonio); que lo ha intentado, pero que la magia ha desaparecido de su vida, que se ha ido para siempre, y que eso los ha separado inevitablemente.

—¿Y te preocupa que nos pase lo mismo a nosotros?

—No, no... Bueno, no estoy segura... Quizá sí... —Tanya miró a Mark—. A ver, tú eres el experto en fobias, ¿no? ¡Dime lo que tengo que hacer!

Él le pasó un brazo por los hombros, suavemente, y le dijo:

—Quédate conmigo. Dejemos las cosas como están. Cada uno seguirá manteniendo su piso hasta que tú tengas claro lo que quieres hacer. Creo que la única manera de que dejes de tener miedo es dando tiempo al tiempo.

Ella asintió, cerró los ojos y luego volvió a abrirlos y lo miró. El miedo seguía reflejado en sus pupilas.

—¿He roto algo entre nosotros?

—No.

—¿De verdad?

Él sacudió la cabeza.

—De verdad. Al contrario, me alegro de que me lo hayas dicho a tiempo.

—Mark, no quiero agobiarte con todo esto. Es sólo... es que quiero estar segura.

—Sí, ya lo sé. Bueno, ahora vamos a cenar algo, que es tarde.

—Gracias —dijo Tanya, besándolo en la mejila—. Lo de ir a cenar es una buenísima idea. ¡De hecho mi estómago estaba a punto de empezar a sonar como el del pobre señor Ludtke!

Se rieron, y Mark la atrajo hacia sí. Durante un instante se quedaron quietos, abrazados bajo el porche de entrada, sobre el que repiqueteaban gruesas gotas de lluvia, y Mark deseó que el tiempo se detuviera ahí para siempre. Sin embargo, por algún insólito motivo sintió que aquel deseo lo inquietaba más de lo que lo reconfortaba.

—Venga, vámonos antes de que empiece a llover con más fuerza —dijo Tanya, zafándose del abrazo. Entonces señaló la colilla que Mark aún tenía en la mano y añadió—: Ni se te ocurra tirarla al suelo, ¿eh? Piensa que hemos estado a punto de vivir aquí y yo no habría querido salir a recogerla.

Mark sonrió algo avergonzado —había estado a punto de tirarla— y miró hacia los lados en busca de una papelera, o de algo que pudiera utilizar como cenicero. Mientras, Tanya ya había cruzado la calle para entrar en el coche.

Junto a la entrada de la casa había un contenedor de basuras, y Mark se dirigió hacia él para tirar la colilla, no sin antes asegurarse de que estaba perfectamente apagada.

—¿Sabes? —oyó decir a Tanya a su espalda—, ahora me apetece un montón ir a comer a un...

—¡Ey, doctor!

Un grito agudo interrumpió la frase de Tanya. Mark se dio la vuelta y de pronto el mundo pareció entrar en otra dimensión. Paralizado por el espanto, sintió que formaba parte del escenario de una película rodada a cámara lenta. Sus ojos apenas pudieron percibir dos o tres imágenes de entre la infinidad que lo rodeaba. El resto desaparecía justo en el momento en que su cerebro intentaba capturarlas. Todo sucedió en cuestión de segundos, pero él pudo verlo todo con escalofriante precisión. Escena a escena. Toma a toma.

Tanya mirando horrorizada hacia un lado, con la melena negra congelada en el aire.

Su cara de pánico iluminada por los faros de aquel coche.

Las gruesas gotas de lluvia reflejando los rayos de luz de un modo grotesco y bizarro.

Y el coche, pasando muy cerca de él y arrollando a Tanya, cuyo cuerpo crujió

extrañamente al chocar contra el parachoques y rodar por el capó.

Tiempo después Mark creería recordar que aquél había sido el momento en que el mundo recuperó su tempo y él gritó por primera vez, pero nunca lograría estar seguro.

Lo único que sabía era que corrió hacia Tanya y que llegó hasta ella antes de que el coche frenara bruscamente al final de la calle, en la que había dejado un par de regueros rojos. La sangre de Tanya mezclada con el agua de la lluvia...

¿Por qué ha tardado tanto en frenar?, se preguntó Mark inconscientemente, como si el momento del frenazo hubiera podido cambiar el destino de Tanya.

Cayó de rodillas al suelo, tomó a su novia entre los brazos y sintió un escalofrío al notar su cuerpo prácticamente inerte.

En aquel momento, el motor volvió a rugir, las ruedas del coche chirriaron en la distancia y éste desapareció tras la curva del final de la calle.

Mark permaneció en el suelo, arrodillado, sosteniendo el cuerpo de Tanya entre los brazos, intentando encontrarle el pulso y gritando su nombre una y otra vez.

Pero ella no reaccionó. Era como una preciosa muñeca sin vida, tirada en medio de la calle.

El médico que llevaba dentro no tardó en hacer un diagnóstico: Tanya estaba a punto de morir. Sin embargo, su yo más profundo no estaba dispuesto a admitirlo; el Mark que estaba enamorado de aquella mujer no tenía la menor intención de aceptar lo que veían sus ojos: toda aquella sangre, la chaqueta destrozada, la clavícula rota sobresaliendo de su hombro como un cuerpo extraño...

—¡No, no, no! —sollozó, mientras Tanya lo observaba con los ojos muy abiertos. Las gotas de lluvia le caían por la cara como si fueran lágrimas...

¿Qué ha pasado?, parecía estar preguntándole. *¿Por qué a mí? No lo entiendo...*

Tanya movió los labios y un reguero de sangre y saliva se abrió paso por su barbilla.

Mark creyó que iba a volverse loco.

—¡Socorro! —gritó, mirando a todos lados.

Pero allí no había nadie. La calle estaba vacía y no se veía un alma en las ventanas. Alzó la vista. Todas aquellas casas estaban habitadas, pero nadie parecía preocuparse por sus gritos y su desesperación.

—¡Ayúdenme! ¡Maldita sea! ¿Por qué no me ayuda nadie?

La boca de Tanya volvió a moverse, pero en lugar de emitir un sonido lo que hizo fue escupir sangre, en esta ocasión algo más oscura. Entonces le sobrevino un escalofrío, su garganta dejó escapar un extraño gruñido y los ojos se le fueron hacia atrás hasta quedar en blanco. Parpadeó un par de veces y se acabó. Eso fue todo.

Mark gritó y lloró. Se desgañitó intentando liberar un desconcierto inaudito, un dolor que no tenía fin, una desesperación insoportable. La cabeza empezó a darle vueltas y sintió que estaba a punto de perder el conocimiento.

Notó unas manos sobre sus hombros. Querían alejarlo del cuerpo inerte de Tanya.

—¡No! —chilló, abrazándola aún con más fuerza—. ¡No! ¡No me la quiten! ¡No me la quiten!

—¡Cálmese! —Era una voz masculina—. ¡Haga el favor de calmarse de una vez!

Notó que le quitaban a Tanya de los brazos, pero no logró ver quién lo hacía. La cabeza seguía dándole vueltas.

Quiso aferrarse al cuerpo de Tanya, pero alguien se lo llevó de su lado. Tanya desapareció, por mucho que él intentara evitarlo.

—¡No! ¡No me hagan esto! ¡Tanya, quédate conmigo!

—¡Señor Behrendt!

Esta vez fue una voz de mujer.

—¡Déjenme!

Entonces alguien le dio un tortazo y...

... Mark abrió los ojos.

—Por Dios, ¿se ha vuelto loco?

Parpadeó varias veces, absolutamente desorientado.

La calle, la lluvia, Tanya...

Todo había desaparecido. Todo, absorbido por aquel lugar del inconsciente en el que mueren los sueños y las pesadillas.

Frente a él sólo había un hombre grande y trajeado, con la mano alzada como si estuviera a punto de propinarle un puñetazo.

—Haga el favor de soltarme, o le juro que esta vez le pego fuerte.

Mark sacudió la cabeza una vez más, desconcertado, y por fin comprendió dónde se hallaba. Estaba en un avión de Lufthansa, de camino a Londres, y lo que sujetaba con fuerza no era el cuerpo inerte de Tanya sino el brazo de su vecino de asiento.

Lo soltó inmediatamente.

—Discul... le ruego que me disculpe, caballero... he tenido una pesadilla... —acertó a balbucear, aunque enseguida supo que aquello no era cierto. Ojalá hubiese sido una pesadilla. Ojalá. Porque, de serlo, habría podido llamar a Tanya en cuanto aterrizaran y habría podido oír su melodiosa voz.

«Ni te imaginas la pesadilla que he tenido en el avión, cariño, ha sido horrible» habría podido decirle, y ella lo habría tranquilizado diciéndole que no le diera más importancia y que volviera pronto a casa. Quizá —no, no, seguro— ella le habría susurrado al teléfono «te echo de menos», y él le habría dicho «y yo a ti» justo antes de colgar.

Pero nada de eso iba a pasar. Tanya estaba muerta. Fue atropellada por un coche que se dio a la fuga, y desde entonces, desde hacía ya un año y medio, el recuerdo de aquel momento lo perseguía, día y noche.

—Lo lamento —dijo una vez más a su vecino de asiento, mientras se frotaba las sienes para obligarse a olvidar—. Lo lamento.

—Está bien —le dijo el hombre del traje—. Por el amor de Dios, gritaba usted como un loco, ¿sabe?

Se pasó la mano por el pelo engominado, se arregló la manga del traje y miró a alguien que se hallaba de pie justo detrás de Mark.

Éste se dio la vuelta y se encontró con la atónita mirada de una de las azafatas.

—¿Seguro que está usted bien?

La pobre estaba demasiado desconcertada como para mantener aquella sonrisa de cómo-puedo-ayudarle que había estado ofreciendo a diestro y siniestro antes de que Mark se adentrara en el horrible mundo de los recuerdos.

Se dio cuenta entonces de que todos los pasajeros lo miraban con estupefacción, así que se limitó a asentir.

—¿Quiere que le traiga algo? —insistió la azafata, que poco a poco empezó a recuperar la compostura—. ¿Un vaso de agua? ¿Una aspirina?

Claro, se dijo, traiga el maldito carro de las bebidas, que yo me las beberé todas. Todos los Johnnie Walker, los Jack Daniel, los Southern Comfort, los Chantré, la ginebra Gordon's y el vodka Smirnoff. A veces me ayuda, ¿sabe? En los últimos meses me ha pasado bastante a menudo, la verdad. No siempre consigo librarme de las pesadillas, pero sí, al menos, del maldito temblor de las manos. Así que venga, tráigame el carro. Por el dinero no se preocupe: ¡de todos modos estoy arruinado!

Se miró las manos y tuvo que hacer un esfuerzo por silenciar su inconsciente. Ante la idea de pedir una copa —o dos— empezó a hacérsele la boca agua y la garganta le suplicó que pidiera ya algo para aplacar todo aquel dolor...

Entonces se apretó la frente con las palmas de las manos y, levantando la mirada hacia la azafata, preguntó:

—¿Podría traerme un paquete de caramelos mentolados, por favor?

A la salida del aeropuerto se dio de bruces con una típica mañana de ajetreo londinense. El hombre trajeado que había ido sentado junto a él lo adelantó por la derecha arrastrando su maleta y sin mirarlo siquiera, concentrado en encontrar un taxi, o quizá en coger el Heathrow Express o el primer tren de la mañana. En la acera, una mujer rubia con un traje de chaqueta gris se disculpaba al teléfono por el retraso. Efectivamente, el avión en el que habían venido se había retrasado diez minutos, y Mark no pudo evitar pensar en lo loco que estaba el mundo: un lugar en el que uno podía recorrer setecientos kilómetros en poco más de dos horas y luego tenía que disculparse por un retraso de diez minutos.

Claro que él habría hecho lo mismo hasta hacía un año y medio. Hasta que la vida le enseñó a aprovechar realmente el tiempo. ¿Qué ironía, no? A veces tenemos que pasar por algo horrible para poder valorar las cosas buenas de la vida.

Reconoció a Somerville enseguida. Estaba de pie junto a un grupo de gente que conversaba animadamente. Hacía años que no se veían, pero el catedrático era inconfundible. La última vez que coincidieron fue en un congreso de psiquiatría dedicado al tratamiento y las terapias de curación de pacientes con grandes traumas vitales. En los meses previos al congreso, Mark se instaló en Kosovo y participó en un programa de ayuda a las víctimas de guerra promovido por Médicos sin Fronteras. Aquél fue el tema de su charla: su experiencia sobre las víctimas del horror bélico. Por aquel entonces nada hacía prever que él mismo acabaría siendo víctima de un suceso terrible... De hecho, el recuerdo de aquella época de charlas y congresos le parecía que pertenecía al pasado de otra persona.

Sí, ahora él era un hombre distinto.

Lionel Somerville, por el contrario, no había cambiado ni pizca, al menos por cuanto hacía a su aspecto externo. Su pelo gris estaba ahora un poco más blanco, quizá, pero su porte seguía siendo elegante, y su aspecto, cuidado. Además, su constitución atlética y fibrada daba a entender que seguía yendo a correr a diario por los terrenos del campus del King's College de Londres.

En cuanto Somerville lo vio, levantó una mano para saludarlo y esbozó una amplia sonrisa. Aquello lo sorprendió casi tanto como la cazadora deportiva, los pantalones de color *beige* y el fular de seda marrón que el catedrático llevaba anudado al cuello. Había esperado encontrárselo enfundado en un sobrio traje oscuro...

Somerville se le acercó, le estrechó la mano le dijo:

—¡Mark! ¡No sabes cuánto me alegro de volver a verte! Para serte sincero, George y yo no teníamos claro si al final vendrías o no.

—¿George? —Mark lo miró sin dar crédito—. ¿Cómo que George? ¿Me estás diciendo que él se había preguntado si vendría a su entierro?

—Bueno, no es que se lo *preguntara* —le respondió Somerville—, es más bien que lo *deseaba*. —Dicho aquello, señaló la bolsa de Mark y preguntó—: ¿No llevas más equipaje?

—No, sólo me quedará unos días.

Somerville volvió a sonreír y Mark volvió a sentirse sorprendido: los ojos azules del catedrático escondían una extraña expresión... Como si supieran más que él; como si creyeran que se equivocaba en sus predicciones. Le lanzó una mirada inquisitiva, pero el profesor la esquivó diciendo:

—¿Qué te apetece hacer? ¿Quieres que nos tomemos un té aquí mismo, en la estación, o vamos ya hacia el coche?

—Por mí podemos irnos directamente.

—Estupendo, amigo mío. Te aseguro que, aunque tú lo vales, las tarifas del parking son del todo prohibitivas.

Dicho aquello, Somerville lo precedió hacia el aparcamiento, y mientras anduvo fue hablando del tiempo —que había sido pésimo aquellos últimos días— y de las previsiones de Navidad —que según parecía no iba a ser del todo blanca aquel año.

Mark lo siguió de cerca, con la sensación de que aquello era muy extraño. Somerville siempre había sido un tipo duro, de eso no cabía duda, pero él había esperado al menos un deje de tristeza... Al fin y al cabo, George Otis había sido como un hermano para él.

En su trayectoria como psiquiatra, Mark había tratado con infinidad de personas que habían perdido a un familiar o a un ser querido, y la actitud despreocupada de Somerville no se encontraba entre las más comunes, ciertamente. Estaba claro que el catedrático llevaba el duelo a su manera.

Como si intuyera lo que Mark estaba pensando, Somerville abordó el tema en cuanto se hubieron metido en el coche.

—Te sorprende no verme triste, ¿verdad?

—Sí, la verdad es que sí.

—Lo comprendo, pero piensa que tuve tiempo para prepararme...

Mark lo miró sin dar crédito.

—¿Sabías que quería suicidarse?

—Sí —respondió Somerville, lacónicamente, mientras se ponía en el carril que llevaba al centro de la ciudad—. Contigo puedo ser franco. Cuando supo que su enfermedad no tenía cura, George me pidió que lo ayudara a planear su muerte. —Sonrió de nuevo—. Y después pasamos una época muy buena. Ni te imaginas la intensidad con la que vive alguien que sabe que va a morir. Es decir, todos sabemos que moriremos, al final, pero preferimos no pensar en ello, y así es como nos comportamos.

Dicho aquello redujo de marcha y avanzó a una furgoneta que iba por el carril de

la derecha.

—¿Y bien, Mark? ¿Qué opinas? ¿Desapruebas nuestro comportamiento?

Mark miró por la ventana y observó el movimiento del denso tráfico londinense. Sobre ellos, el cielo gris y triste de diciembre.

—No. Se trata de una decisión muy personal, y cada uno debe tomar la suya. Yo no tengo hermanos, pero creo que en tu lugar habría hecho exactamente lo mismo: aceptar la voluntad del enfermo. La pregunta es... ¿por qué diantres tuvo que hacerlo en público?

—Por varios motivos —respondió Somerville, y por primera vez pudo verse un dejo de tristeza en su rostro—. En primer lugar, para protegerme. Quería dejar bien claro que lo hacía por voluntad propia. De ahí lo del Puente del Milenio, por el que sentía una especial predilección. Solíamos cruzarlo mientras comentábamos nuestros casos y él disfrutaba notando la oscilación del suelo bajo sus pies. Decía que se sentía como si flotara. Tenía un punto de libertad, ¿lo entiendes?

—Sí, claro —dijo Mark—, pero también debía de saber que iba a provocar una conmoción en cuantos lo vieran saltar, ¿no? Nunca imaginé que la gente le importara tan poco...

—¿Que le importaban poco, dices? —Somerville dejó escapar una risita irónica—. Me temo, Mark, que no conociste bien a tu director de tesis doctoral. George nunca dejaba nada al azar. Lo planificaba todo siempre, y tú deberías saberlo.

—Sí, sí, pero...

—No lo has entendido —le interrumpió Somerville—. Él escogió a sus testigos. No pensaba hacerlo cuando hubiera niños, eso lo dejó claro desde el principio. En el momento en que saltó no había más que turistas en el puente ¿y sabes cómo reaccionaron?

—¿A qué te refieres?

—Hicieron fotos. ¡Fotos! ¿Lo entiendes? ¡Uno de ellos incluso logró que le pagaran por la suya y se convirtió en portada de nuestro querido *Daily Mail*! George de pie en el puente, justo antes de saltar. No, Mark, no es que la gente no le importara. En nuestra sociedad civilizada, la muerte se ha convertido en un entretenimiento. Y cuanto más horrible parece, más éxito tiene. ¡La gente ha perdido el rumbo! Pero eso no hace falta que te lo diga, ¿no? Bastantes experiencias has tenido tú ya... —No siguió profundizando en el tema, sino que decidió cambiar de foco—: Y por lo que hace a George y a mí, supongo que ya habías intuido que no éramos primos...

Mark se encogió de hombros.

—Bueno, oí rumores durante mi doctorado, pero nunca les hice demasiado caso.

Somerville volvió a esbozar una de sus sonrisas más pícaras y dijo:

—Pues podrías haberlos creído a pies juntillas, porque eran verdad. George y yo no éramos primos ni hermanos ni teníamos el más mínimo parentesco. En aquella época tuvimos que mentir al respecto porque, si no, no nos habrían permitido acceder

a nuestras cátedras. Hoy en día la sociedad se ha vuelto algo más tolerante al respecto, o por lo menos más políticamente correcta, pero hace unos años, y en pleno Oxford archiconservador... Ser catedrático y homosexual era tan imposible como que el Papa anunciara condones por televisión.

—Seguro que sí, aunque... al final resulta que todo el mundo lo sabía, ¿no?

—Sin duda. Pero las apariencias son importantes, ¿sabes? Sin ellas no somos nada —respondió Somerville, con una mezcla de tristeza y acidez en la expresión.

Después de aquello metió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta y sacó una acreditación en blanco y negro.

Se la ofreció a Mark y éste vio su nombre junto al escudo del King's College.

—¿Para qué es esto?

Somerville le dedicó una mirada en la que casi parecía estar pidiéndole perdón y le dijo:

—Considéralo mi regalo de bienvenida. Me habría gustado ofrecerte la habitación de invitados de nuestra casa, pero espero marcharme de allí justo antes del entierro, así que no va a poder ser. Ahora eres oficialmente un profesor invitado por el College, así que tienes derecho a una habitación y puedes quedarte en ella todo el tiempo que quieras. Espero que te parezca bien.

—Oh, muchísimas gracias, pero de haberlo sabido habría reservado una habitación en un hotel...

—Precisamente por eso no te lo dije —le dijo Somerville, guiñándole un ojo—. ¿Sabes, Mark? En una habitación de hotel te quedarías poco tiempo, y ya que por fin te has decidido a visitarnos, no estaría mal que pasaras una temporadita en tu antiguo hogar, sin prisas, ¿no te parece? Quizá mirar un poco hacia atrás te sirva para poder tirar luego hacia delante... ¿O acaso tienes algo mejor que hacer en las próximas semanas?

Mark observó la acreditación y movió la cabeza hacia los lados:

—Mientras no me hagas dar alguna charla ante los alumnos...

—Descuida —le dijo el catedrático, tras soltar una carcajada—, de todos modos, pronto vendrán las vacaciones de Navidad.

Aún tardaron un rato en llegar al parking de la residencia del College, y durante todo el trayecto Mark siguió con la sensación de que Somerville quería decirle algo más. Sin embargo, a partir de aquel momento la conversación se mantuvo en un nivel puramente superficial: hablaron de la ciudad y de cómo había cambiado en los últimos años, y el catedrático lo deleitó con infinidad de anécdotas al respecto.

No fue hasta bajar del coche y coger la bolsa de Mark del maletero que el rostro de Somerville volvió a reflejar aquella expresión de profundidad...

—Bueno, ya hemos llegado —dijo, entregando la bolsa a Mark—. Bienvenido al viejo Londres. Acomódate, descansa, y esta noche te espero en nuestra casa a cenar. ¿A las ocho te va bien?

Había dicho *nuestra* casa, y no *mi* casa, pensó Mark. Obviamente, la procesión

iba por dentro.

Tiene que ser durísimo para él dejar de utilizar el plural.

Le agradeció la invitación y esperó a que Somerville soltara por fin lo que sin duda quería decirle, aquello que su rostro reflejaba y al mismo tiempo ocultaba, pero éste se dio la vuelta e hizo ademán de irse, sin más, así que Mark decidió tomar él la iniciativa.

—Doctor...

Somerville se detuvo, y, asintiendo amablemente, miró a Mark y le dijo:

—Lionel. Llámame Lionel, como todos mis amigos.

—Está bien, Lionel, hay algo que quiero preguntarte. Se trata de lo que hablamos por teléfono. De lo que me insinuaste.

—Sí, ya sé a qué te refieres. —Somerville le sonrió—. Y celebro tu curiosidad. La celebro enormemente. Si te parece, hablaremos de ello esta noche, durante la cena. Tengo algo para ti. Algo que posiblemente cambiará tu vida.

La habitación de la residencia era pequeña y funcional. Una cama, un armario, una mesita con su silla de madera y un pequeño aseo. Eso era todo. Los retretes y las duchas estaban en el pasillo. No había cuadros en las paredes ni nada que diera a aquel espacio un toque —por ligero que fuera— de calidez.

Mark se quedó un rato junto a la ventana, mirando hacia el pavimento rojizo del patio interior, sobre el que la lluvia repiqueteaba, juguetona, y no pudo evitar preguntarse si viajar a Londres había sido una buena idea.

Había apreciado mucho al doctor Otis, de eso no cabía la menor duda. Su influencia como director de tesis había sido muy estimulante desde el punto de vista intelectual y, la relación entre ambos, siempre muy cordial. De hecho, tras la obtención de su doctorado mantuvieron el contacto durante mucho tiempo, y la noticia de su suicidio lo había dejado estupefacto. Pero en su fuero interno Mark sabía que el entierro del catedrático no era el único motivo de su visita a Inglaterra. En realidad estaba huyendo de su vida, y de aquello que la llenaba desde hacía un tiempo y que aún no tenía nombre.

Miedo, quizá.

O vacío.

O ambos.

Mark se alejó de la ventana, y decidió salir a dar un paseo, pese a la lluvia y al frío viento hibernal.

El Támesis no quedaba muy lejos del campus, y Mark pudo ver en la distancia la silueta del London Eye, con sus cápsulas de aspecto futurista. En su última visita a la ciudad, se había escapado del congreso al que estaba invitado para ir a la noria y dar una vuelta en ella. Aquel día el cielo había estado completamente despejado y las vistas del Parlamento le habían parecido espectaculares. Seguro que hoy los turistas ni siquiera sacaban sus cámaras.

El mal tiempo hizo que Mark se cruzara con muy poca gente mientras paseaba por los jardines Victoria Embankment, y cuando por fin llegó al Puente del Milenio pasó unos minutos completamente solo. Algo muy poco común.

El lugar desde el que saltó el doctor George Otis era fácilmente reconocible. Justo en el centro del puente, amigos y alumnos del catedrático habían dejado ofrendas florales y velas, e incluso coronas mortuorias, que daban un toque de color a aquel día tan triste y gris.

Mark se detuvo allí un rato y miró hacia el río Támesis, que fluía pesado y oscuro

bajo sus pies. Notó el suave balanceo del puente y no pudo evitar recordar las palabras de Lionel Somerville: «Se sentía como si flotara. Tenía un punto de libertad, ¿lo entiendes?».

Sí, lo entendía. Y también intentó entender cómo debió de sentirse Otis al pasar al otro lado de la barandilla y saltar.

Tenía que haber sabido que el salto no lo mataría. El puente no era lo bastante alto. Para asegurar la jugada tendría que haber saltado desde el Lane Bridge, al norte de la ciudad, que compartía con el Clifton Suspension Bridge de Bristol el trágico dato de ser el preferido por los suicidas.

Pero George Otis jamás habría saltado hasta una calle tan transitada, y no sólo por la cantidad de gente a la que habría puesto en peligro con ello, sino también, y sobre todo, porque *adoraba el agua*.

Se lo imaginó abriendo los brazos y dando un salto, para hundirse pocos segundos después en el agua y morir, por fin, ahogado.

Otis había sido un hombre muy deportista, y un magnífico nadador. ¿Cuánto esfuerzo debió de costarle no resistirse a la corriente?

¿Cuánta fuerza de voluntad?

¿Cuánto miedo debió de pasar?

No tanto como el miedo a la metástasis de su cerebro, que amenazaba con arrebatarse el conocimiento y en última instancia la personalidad, pensó Mark.

—¡Ey!

Una voz masculina en la distancia. Mark se dio la vuelta, asustado.

Era aquel «¡Ey!».

Vio a un ciclista acercándosele. Era un mensajero. Su capelina amarilla reflectante ondeaba al viento.

—¡Ey! ¡Usted! ¡Espere!

De nuevo aquella voz... Y entonces Mark vio al hombre que gritaba al ciclista. Un hombre mayor, con un objeto negro y pequeño en la mano.

Justo en aquel momento, el mensajero frenó su bici y se dio la vuelta para mirarlo.

—¡Se le ha caído esto! —dijo el anciano, y Mark respiró aliviado.

El «¡Ey!» no era para él.

Esta vez no.

Pero su corazón latía con fuerza cuando emprendió el camino de regreso al campus. Aquel «¡Ey!» no dejaba de resonarle en la cabeza desde hacía un año y medio.

¿Cuándo enmudecería de una vez?

—¡Joder!

Sarah cogió el primer objeto que encontró a su alcance y lo tiró al suelo con todas sus fuerzas.

El cubilete negro en el que Stephen guardaba sus bolígrafos se rompió en miles de pedazos, y un ejército de lápices y fragmentos de plástico cubrieron el suelo de parquet de su despacho. La mayoría eran publicidad de los hoteles en los que Stephen había estado durante los últimos años, ya fuera para alojarse en ellos, ya como miembro de algún congreso o como el jefe de obras. Eran el recuerdo secreto de sus viajes por todo el mundo.

Pero ninguno de ellos fue capaz de decirle adónde había ido Stephen esta vez, y tampoco ninguno de los papeles, cuentas o notas de su despacho.

—Mierda, Stephen, ¿dónde estás?

En otro ataque de cólera irrefrenable empezó a pisotear los bolis del suelo, hasta que por fin miró el reloj que había colgado en la pared.

Casi tres horas, pensó, sorprendida. Ése era el tiempo que llevaba en el despacho buscando una pista, factura, informe o lo que fuera que le ayudara a dar con el paradero de su marido. Casi tres horas, y ¿qué había encontrado?

Nada.

Sólo montañas de pedidos y papeleo sobre proyectos, la mayoría ya en marcha o acabados.

Stephen le había hablado de un nuevo proyecto que tenía en mente; de eso estaba segura. Pero por lo visto no tenía aún ningún apunte al respecto. O, al menos, no en su despacho. Debió de llevarse con él toda la información que tenía.

Algo había ido mal en los últimos años, ahora lo comprendía más que nunca. Stephen y ella se habían distanciado. Cada uno vivía su vida. No es que aquello le viniera de nuevo, no, en realidad ya hacía tiempo que se había dado cuenta... pero le había faltado la fuerza, o quizá las ganas, de hacer algo por evitarlo. No fue así con Stephen —ahora lo comprendía con gran dolor—, pues él intentó en repetidas ocasiones que sus caminos no se separaran; quiso hablar con ella del tema, pero Sarah siempre lo esquivó diciéndole que no le diera más vueltas; que su matrimonio iba viento en popa.

Y ahí estaba el resultado: se había convertido en la esposa que no sabía nada de su marido. Ni siquiera la contraseña de su ordenador, con el que por fin podría echar un vistazo a las notas y el calendario de Stephen. Se le habían ocurrido un montón de opciones, pero ninguna resultó ser correcta. Ni sus nombres, ni los de las mascotas, ni las fechas de los aniversarios familiares. Por lo visto ya nadie ponía eso. Y tampoco

encontró en todo el despacho un calendario tradicional, en papel. En el caso de que lo tuviera —algo muy poco probable, dada la comodidad de los calendarios online que ofrecen los ordenadores y teléfonos inteligentes—, tenía que habérselo llevado consigo.

Por supuesto, se dijo, frustrada. Yo haría lo mismo. ¡Pero no puedo quedarme aquí de brazos cruzados! ¡Tengo que hacer algo! No puedo esperar a que la policía encuentre su coche...

¿Qué podía hacer?

¿Llamar a todos sus clientes y preguntarles si por casualidad sabían dónde estaba Stephen?

¿Llamar a todos los hospitales?

¿Cuántos servicios de emergencia podía haber en Kent? Suponiendo, claro está, que realmente hubiese ido a Kent...

Ya ni siquiera estaba segura de haberlo oído hablar de ello. De hecho, ahora que llevaba unas horas pensando, había logrado recordar al fin qué le había pasado por la cabeza cuando su marido se despidió de ella por última vez: que los cereales del desayuno de Harvey se estaban acabando y que a la vuelta del supermercado podía parar en el italiano para comprar el plato de espaguetis preferido de Harvey y algo dulce para el postre.

En eso había estado pensando mientras su marido le hablaba en el recibidor, con la maleta en la mano. *Esas* habían sido sus prioridades.

Ahora se abofetearía por ello.

Y lo más frustrante de todo era que ya no podía hacer nada por evitarlo. Las cosas habían ido así y no había nada que ella pudiera hacer. Nada. Ni para escuchar retrospectivamente a su marido, ni para dejar de tener miedo a entrar en su propia casa y encontrarse a un hombre con la cara marcada. Un hombre al que el traje de Stephen le queda corto y lleva un cuchillo de cocina en la mano.

Durante las últimas tres horas se había sobresaltado cada vez que la calefacción se ponía en marcha o el motor de la nevera emitía algún ronquido. Aquellos pequeños sonidos cotidianos, a los que en realidad estaba muy acostumbrada, se habían convertido de pronto en estruendosas maneras de asustarla. De nada le servía saber que en el resto de la casa estaba conectada la alarma de movimiento, que habría sonado al percibir lo que fuera en cualquier otra habitación más allá del despacho.

También había llamado al cerrajero, pero una secretaria muy amable le contestó que en aquella época tenían mucho trabajo y que lamentablemente no podrían cambiarle la cerradura de la entrada hasta al cabo de dos días.

Bienvenida al pasaje del terror, se dijo Sarah, en un ataque de sarcasmo, mientras se frotaba las sienes con las palmas de la mano.

Pero ¿por qué me preocupa tanto la casa? No hay ningún motivo para volver, en realidad. Stephen no va a llamar. No he sabido nada de él en todas estas horas y ya no voy a saberlo. El contestador seguirá en silencio, porque Stephen también está...

La melodía del móvil impidió que acabara la frase. Sarah dio un respingo y sintió que se quedaba sin respiración.

¡Stephen!

Apartó la butaca de cuero de un empujón y corrió hacia el pasillo, mientras desconectaba el botón de la alarma que llevaba en un llavero. A punto estuvo de resbalar con los bolígrafos que había esparcidos por el suelo. Fuera de sí, llegó al colgador de la entrada y sacó el móvil del bolsillo de su chaqueta.

Antes de mirarlo dudó unos segundos. No podía ser Stephen, así que lo mejor era no hacerse ilusiones. Quizá fuera Gwen, que la llamaba para preguntarle si había encontrado algo, o si sabía a qué hora iba a volver. O quizá fuera algún policía dispuesto a informarle, con voz nasal y rutinaria, que tenía una mala noticia para ella...

Pero no fueron ni Gwen ni la policía. El nombre que apareció en la pantalla del móvil hizo que el corazón se le saliera del pecho.

Stephen.

—¡Stephen! ¡Por fin! Por el amor de Dios, ¿dónde te habías metido? ¡Estaba muy preocupada!

—Lo siento, cariño. —La respuesta, tranquila y sosegada, le heló la sangre en las venas—. No quería asustarte —oyó decir al hombre de la cara marcada—, y menos aún a Harvey. ¡Os quiero muchísimo a los dos!

Sarah sintió que le faltaba el aire. Tuvo que hacer un esfuerzo para preguntar:

—Qué... ¿Qué quieres de mí? ¿Dónde está mi marido?

Durante unos segundos reinó el silencio más absoluto. Sarah pensó que el desconocido había colgado, pero justo entonces reaccionó.

—No te entiendo. —El hombre hablaba en voz baja y parecía sorprendentemente triste—. Yo soy tu marido, Sarah.

—No, qué va, tú no eres Stephen. ¡Dime dónde está! ¿Qué le has hecho? ¡Habla de una vez!

—Bueno, ahora mismo estoy muy cerca de ti.

Sarah sintió que se mareaba.

¿Estaría espiándola?

Era lo más probable...

Se acercó hasta la puerta y comprobó con alivio que sus llaves seguían puestas en la cerradura, por dentro. Así era imposible abrir. Si el tipo quería entrar en su casa tendría que romper una de las ventanas, y, por muy loco que estuviera, no era probable que lo hiciera a plena luz de día.

—He cancelado mi viaje —dijo el desconocido, mientras Sarah miraba el teléfono fijo que estaba sobre la cómoda y buscaba la tarjeta de visita que le había dado el policía la noche anterior—, y he decidido no volver a viajar durante un tiempo. Te lo prometo. Así podremos volver a pasar más tiempo juntos, como antes.

Ella resopló al teléfono.

—¿De verdad crees que voy a creerte? ¿Cómo puedes pensar que voy a aceptar un cambio de marido, así, sin más? ¿Tan chiflado estás?

Él suspiró.

—Sarah, cariño, vamos, escúchame...

—¡No! —le interrumpió ella—. No, escúchame tú. No sé qué es lo que quieres ni por qué me haces esto, pero te juro que no voy a dejar que me intimides. ¡Y si le has hecho daño a Stephen, ya puedes empezar a rezar!

—¡Sarah! —La voz del desconocido subió de tono esta vez—. ¿Por qué no me crees? ¡Haz el favor de reaccionar con sensatez!

—¿Con sensatez, dices? ¿Precisamente con sensatez? ¡Vamos, no me hagas reír!

—Escúchame, Sarah. Piénsalo brevemente. ¿Por qué quieres hacerlo todo más difícil?

—Te lo repito por última vez: ¿dónde está mi marido?

—Sarah, Sarah, Sarah... —El hombre volvió a suspirar—. Las cosas no deben ir así. Tenemos que hablar, pero no ahora.

—¡Claro que tenemos que hablar, y claro que tiene que ser ahora! ¿Me oyes? ¡AHORA!

—No. Primero vas a tener que calmarte. Ya volveré a llamar.

—¡No, por favor! —Ahora tenía que suplicarle. Lo de hacerse la dura no le había salido bien, así que tenía que probar con otra táctica—: Te ruego que no me cuelgues.

—No te preocupes —le dijo el desconocido, y casi pareció que sonreía—. Seguiré estando muy cerca. Ah, por cierto, otra cosa: tenías razón, mi vida.

—¿Razón? ¿En qué?

—El tiramisú era casi tan bueno como el de Vittorio.

Y dicho aquello, colgó.

—¡No! ¡No!

Sarah marcó a toda prisa el número de Stephen. Tenía que hablar con él. Tenía que hablar un poco más. No le quedaba otra opción. Pero le saltó el contestador, y la voz de Stephen pidiéndole que dejara su mensaje la hizo romper a llorar.

—Hijo de puta...

Levantó el móvil con la idea de estamparlo contra la pared, pero en el último momento se contuvo y reprimió el gesto.

Se sentó en el suelo, sollozando, y durante varios minutos no pudo pensar en nada ni tomar ninguna decisión. Después, su mirada se posó en la tarjeta de visita que inconscientemente sostenía en la mano:

PI MARTIN PRYCE
Metropolitan Police Service

Se secó las lágrimas de los ojos y marcó el número de la tarjeta. Le temblaban los dedos y tuvo que hacer un esfuerzo para no equivocarse de tecla. De hecho, tras el

primer intento le contestó una voz metalizada y femenina indicándole que el número que había marcado no existía.

—Vamos, Sarah, concéntrate —se dijo en voz baja—, o te volverás loca.

Esta vez lo hizo bien. Al oír la voz de Pryce al otro lado de la línea, Sarah sintió una sorprendente sensación de alivio y felicidad. Quizá se debiera al hecho de saber que estaba hablando con alguien que efectivamente era quien decía ser.

—¡Oh, señora Bridgewater! Le agradezco que nos llame, aunque no hacía falta. ¡Ya nos hemos enterado!

—¿Cómo dice?

—Su marido. Ya nos ha llamado. —Aquellas dos frases le atravesaron el cuerpo como dos flechas envenenadas—. Me alegro mucho de que el asunto se haya solucionado tan rápido. Ya ve usted: al final, una batería agotada puede convertirse en una verdadera pesadilla, y más si se está de viaje...

—Pero el hombre que entró en mi casa...

—Descuide —le interrumpió el policía. Sarah oyó sirenas a lo lejos—. Seguiremos investigando ese asunto, y no dejaremos de patrullar ni una noche por su barrio. Ahora le ruego que me disculpe. Acaban de llamarnos por una urgencia. Pero le agradezco mucho su llamada.

Colgó.

Y a Sarah le entraron ganas de vomitar. Se levantó a toda prisa y corrió hacia el lavabo.

La casa en la que habían vivido los supuestos primos se hallaba en uno de los mejores barrios de Kensington. Se trataba de una construcción victoriana de lo más señorial, no muy alejada de los antiguos parques y jardines palaciegos.

A pocas calles de allí, hacia el este, y tras un enorme muro, se hallaba una de las mansiones más famosas de Londres, sobre todo en los años ochenta: Logan Place, 1. La antigua casa de Freddie Mercury.

Mark recordó aquella ocasión, hacía ya muchos años, en la que sus amigos y él se pasaron varias horas frente a la entrada de aquella casa, a la espera de conseguir un autógrafo, pero lo único que consiguieron fue un desencuentro con la policía: en un momento dado, una patrulla se les acercó, los cacheó y los invitó a que se marcharan de allí, pero ellos se negaron. Los adolescentes pensaban que tenían todo el derecho del mundo para estar allí (al fin y al cabo estaban en una vía pública y no en el jardín privado del cantante), pero, obviamente, los agentes no compartían su opinión. Les pidieron sus carnets de identidad y apuntaron sus nombres para tenerlos «fichados».

El siguiente recuerdo que le vino a la cabeza fue el de su padre, con el rostro enrojecido por la indignación, pegándole una bronca en alemán para que su madre no sufriera por tener un hijo tan rebelde e inconsciente.

Como primogénito de un director de banco, Mark tenía obligación de portarse como *Dios manda, caray*, porque los clientes acudían a él por su *buena fama*. ¿O es que quería cargarse la reputación de toda la familia por un idiota que gimotea Rock'n'Roll ante un micrófono? ¿Qué más tenía pensado? ¿Dejarse melena y pasarse el día escuchando música y ganduleando?

Pues no. En lugar de aquello, Mark se rapó el pelo y entró a formar parte de una banda de punk, primero como bajista y después como primer guitarra. Quizá aquél fuera el motivo por el que no llegaron demasiado lejos...

El caso es que sus resultados académicos fueron siempre espectaculares, de modo que el padre acabó enterrando el hacha de guerra generacional y haciendo las paces con su hijo. Lo más probable es que la amorosa intervención de su madre también hubiera tenido algo que ver: si hasta una virtuosa pianista como ella respetaba los — en opinión del banquero— *anormales gustos musicales* del chico, no había mucho más que añadir. Al fin y al cabo, él era un tipo de lo más amusical. Y cuando Mark, al fin, renunció a su carrera musical para matricularse en la Facultad de Medicina de Oxford, su padre olvidó de pronto todas sus antiguas desavenencias.

Probablemente habría vuelto a recordarlas, o cuando menos habría surgido alguna nueva fricción entre ellos, de haber llegado a saber que su hijo escogía la especialidad de psiquiatría y no la de cirugía —que era la que él quería—, pero sucedió que ni él

ni su esposa llegaron a saberlo, pues ambos murieron, con pocos meses de diferencia, antes de que Mark acabara el primer año de carrera.

Pese a la visión conservadora de sus padres y a sus eternas desavenencias, a Mark le gustaba recordarlos. Y ahora que su vida tenía un color tan oscuro los echaba especialmente de menos.

Se llevó un caramelo mentolado a la boca, aspiró el viento helado de la noche y sintió aquel cosquilleo en la lengua con el que intentaba despistar a sus ganas de tomar algo de alcohol.

Entonces se encaminó hacia la casa de Somerville, preguntándose qué podía ser aquello de lo que quería hablarle y que, aparentemente, iba a cambiar su vida.

Somerville abrió la puerta y echó una mirada satisfecha a su reloj de pulsera.

—Buenas tardes, Mark. Tan puntual como siempre. Parece que tus raíces alemanas te preceden...

Mark sonrió.

—¡Venga ya! ¡No puedo creer que precisamente tú te dejes llevar por los clichés!

—*Touché*, querido —dijo Somerville, lanzando una carcajada—. Sin duda eres el mismo Mark Behrendt de siempre. Estupendo, pasa.

Con un gesto le indicó el pasillo que llevaba hasta el comedor, desde el que llegaba un intenso aroma a comino y cilantro.

—Espero que te guste la comida india. He encargado un maravilloso plato de curry para cada uno, porque la cocina no es lo mío. De eso se encargaba George...

—No tengo demasiada hambre, la verdad —dijo Mark—. Aunque sí una enorme curiosidad.

—Claro, claro, ya lo imagino —dijo Somerville, asintiendo—. Pero, por favor, cena algo conmigo. La de hoy será mi última cena en esta casa y me daría muchísima pena tener que pasarla solo.

Mark arqueó las cejas.

—¿Tu última cena en esta casa? ¿Vas a mudarte?

El catedrático volvió a sonreír y alzó las manos, como para tranquilizarlo.

—Bueno, mañana me iré de vacaciones, lejos de este Londres sombrío, a una pequeña isla al sur del Pacífico. Se llama Rarotonga, y es uno de los lugares más paradisíacos del mundo. George y yo pasamos allí nuestras primeras vacaciones juntos. Y a mi vuelta aceptaré la plaza que me han ofrecido en Christchurch. Nueva Zelanda siempre me ha parecido un destino fascinante, ¿sabes? Quizá algún día tengas ganas de viajar y te decidas a visitarme por allí, ¿no?

—¿Significa esto que has vendido la casa?

—Fue George quien la vendió —le respondió Somerville. Y luego, moviendo los brazos, hizo como si quisiera abarcarlo todo y añadió—: Con todo lo que hay dentro. Sólo me llevaré algo de ropa. Quiero empezar de cero. Ése fue, en cierto modo, el legado de George. Su última voluntad.

Dicho aquello, Somerville se dio la vuelta y se dirigió hacia el comedor.

—Vamos, Mark. Es un pecado dejar que este curry se enfríe. Estoy seguro de que te encantará.

El catedrático comió con verdadera fruición. La verdad es que el cordero al curry estaba delicioso y Mark pensó que hacía mucho que no tomaba un plato indio tan bueno. Desde que se fue de Londres, para ser exactos.

Cuando acabaron de comer, Somerville le habló de su trabajo en el College y de los proyectos de investigación en los que había estado colaborando con George. Uno de ellos, le dijo —el último trabajo de Otis, para ser exactos— había adquirido una importancia vital para ambos. Sin embargo, no le dijo por qué ni profundizó lo más mínimo en el tema.

Tal como Mark fue comprendiendo a lo largo de la conversación, Somerville no estaba al corriente de su situación laboral. Obviamente, desconocía el hecho de que llevara ya tanto tiempo sin ejercer ni dedicarse a la investigación, pues no dejaba de pedirle su opinión profesional; y Mark, por deferencia, se dedicó a contestarle en todo momento. No quería fastidiarle la cena, y menos teniendo en cuenta que se trataba del último capítulo de un ritual largamente atendido y fomentado: el de la cena compartida en el hogar.

De pronto, y sin más, Somerville se levantó y desapareció en la cocina, dándole a entender a Mark que daba por acabada la conversación y que ahí empezaba el verdadero motivo de aquel encuentro. Poco después reapareció con una taza en las manos.

—Tu café, negro y sin azúcar, si no recuerdo mal. Sigues siendo cafetero, ¿no?

—Sí, sigo siéndolo —respondió Mark asintiendo y mirando la taza, que seguía en las manos de Somerville.

—Bien. Ha llegado el momento. —El catedrático señaló una enorme puerta corredera y añadió—: Sígueme, por favor.

Precedió a Mark hasta una sala grande y recubierta de madera oscura que era mitad biblioteca mitad sala de estar. Olía a cuero y a reparador de madera.

Somerville dejó la taza sobre una mesita auxiliar y entregó a Mark el mando a distancia de una tele.

—Será el propio George quien te explique de qué va todo esto —dijo, señalando con la cabeza una pantalla de cine desplegada sobre una de las estanterías de la pared—. Yo tengo que marcharme ya. Mi avión sale mañana a primera hora y aún tengo que meter algunas cosas en la maleta. Sabrás salir solo cuando acabes, ¿verdad?

Mark no daba crédito. Lionel Somerville nunca había sido un tipo convencional y siempre había tenido una manera muy particular de entender las relaciones interpersonales, pero aquello era más sorprendente de lo normal.

—¿O sea que no estarás en el entierro?

Somerville asintió, pensativo.

—No estaré, no. Nunca me han gustado los discursos ceremoniales ni los encuentros *in memoriam*, por muy sinceros que sean. Para mí George continúa vivo, aquí dentro, y aquí. —Señaló primero su cabeza y después su pecho—. ¿Puedes entenderlo?

—Sí, desde luego que sí.

—Lo sabía. —En aquel momento, Mark vio por primera vez la pena y la desolación en el rostro de Somerville. Era como si se hubiese quitado una máscara—. ¿Tú también conoces este vacío, verdad, Mark?

En esta ocasión no pudo contestarle con palabras, así que se limitó a asentir. Ni siquiera pudo sostenerle la mirada; era como si estuviese frente a un espejo...

—¿Cómo se llamaba? —le preguntó Somerville.

Mark tuvo que tragar saliva antes de contestar:

—Tanya.

Y como sucedía cada vez que pronunciaba su nombre, el recuerdo se abrió paso en su memoria y la recorrió como un cuchillo ardiendo. Y una voz aguda y horrible gritó en su cabeza: «¡Ey, doctor!».

Apretó los puños e hizo un esfuerzo por ocultar su desesperación.

—Tanya —repitió el profesor—. Qué nombre más bonito.

Se dirigió hacia la puerta y al llegar se dio la vuelta.

—Hasta la próxima, Mark. O eso espero, de corazón.

—Mucha suerte, Lionel.

Somerville miró hacia la pantalla y añadió:

—Me muero de curiosidad por saber lo que decidirás.

—¿Lo que decidiré?

Somerville volvió a sonreír de aquella forma tan misteriosa y le respondió:

—Te lo explicará mejor el viejo cabezota.

Y dicho aquello, cerró la puerta corredera y dejó a Mark solo en la habitación.

Suspirando, Mark se dejó caer en el sofá de cuero oscuro y observó la pantalla desplegada en la pared.

Un mensaje que cambiará mi vida, pensó.

Sí, aquella escenificación tan teatral pegaba muchísimo con su director de tesis, igual que su modo de despedirse del mundo... George Otis fue un filósofo apasionado y un amante del teatro. De joven soñó con hacer de Macbeth en el Royal Shakespeare Theatre, y seguro que, de haber podido ganarse la vida como actor, jamás habría llegado a ser psiquiatra. Mark estaba convencido de ello.

Dio un sorbo a su café y apretó la tecla play del mando a distancia. El DVD se puso en marcha con un ligero zumbido y la pantalla se iluminó.

Inmediatamente, un George Otis bidimensional apareció ante sus ojos y Mark sintió un escalofrío al verlo.

Hacía poco más de tres años desde la última vez que coincidieron, pero el aspecto de George en la pantalla parecía indicar que había pasado mucho más tiempo.

El cáncer había mermado sus rasgos y maltratado su expresión, y su rostro, surcado de arrugas, parecía sencillamente extenuado. También el pelo oscuro, antes abundante, estaba tan ralo que dejaba entrever la blanquísima piel de su cabeza. Y sus ojos, otrora vivos y llenos de energía, habían perdido todo su brillo natural.

El George Otis de aquel vídeo no era más que una sombra del hombre que él había conocido.

—Hola, Mark —dijo el catedrático desde la pantalla, y luego se inclinó hacia delante, toqueteó la cámara y volvió a echarse hacia atrás.

Mark miró de soslayo al sofá en el que estaba sentado y comprobó que era el mismo en el que estaba él.

—Perdona —continuó el catedrático—, pero es que estos aparatejos informáticos no se me dan nada bien, como sin duda recordarás. Aun así, resulta que éste ya es el quinto vídeo que grabo hoy. —Se encogió de hombros—. Bueno, ahora mismo necesito decirte que tenía muchísimas ganas de volver a verte, aunque me temo que en el momento en que me oigas decir esto tú serás el único con ganas de algo, amigo mío. Es una pena, sin duda, pero espero que comprendas que, por tu propio bien, no podía informarte de lo que me traía entre manos. No tengo la menor intención de aburrirte con justificaciones ni de apelar en exceso a tu compasión. El mero hecho de que estés en mi casa escuchando este vídeo ya me basta para saber que has aceptado mi decisión, y te lo agradezco.

Sonrió hacia la cámara y Mark tuvo la sensación de que el catedrático podía verlo.

—Ésta es una de las cosas que más me han gustado siempre de ti, Mark; que no te comportas como uno de esos apóstoles de la moral, defensores de las obligaciones sociales, que se dejan embaucar por las promesas de resurrección o sanación espiritual. Tú sabes tan bien como yo que a partir de mañana me convertiré en pasto para los gusanos, y que no podré observarte desde el cielo ni desde el infierno ni desde cualquier otro lugar. Todo lo que quedará de mí serán los recuerdos que haya generado en los que me hayan conocido. En este sentido, tengo especial ilusión en dejarte algo que te acompañe en el futuro. No es mucho, pero ya verás que sus efectos no son menores.

Era obvio que le costaba hablar. Carraspeó un poco, cogió un vaso de agua y tomó un sorbo.

—Antes de explicártelo todo, me gustaría decirte que siempre fuiste mi alumno preferido. Disfruté como un loco de cada momento que pasamos juntos y llegué a quererte como al hijo que —por motivos que seguro que ahora conoces y comprendes bien— nunca llegué a tener. Y cuando te volviste a Alemania y prácticamente perdimos el contacto —algo que ahora lamento horrores— seguí de cerca tus pasos y me mantuve al corriente de tu trayectoria profesional. El destino es caprichoso, ¿verdad? Te devolvió a tu país después de hacerte danzar por medio mundo, y ahora te ha vuelto a traer, por el momento de visita, hasta aquí. ¡Si supieras cuánto he celebrado cada uno de tus éxitos...! Siempre fuiste muy bueno en los casos prácticos. Todo lo opuesto que yo, que soy un teórico empedernido.

Otis volvió a sonreír a la cámara, pero de pronto endureció el rostro, se frotó las sienes con las palmas de las manos, y por unos instantes pareció haber perdido la orientación. Entonces sacudió la cabeza hacia los lados y recuperó la expresión cercana de antes, aunque ahora algo más decidida.

—¿Estoy yéndome por las ramas? —preguntó, como si de verdad esperara una respuesta—. Vale, pues al grano. —Levantó la cabeza y miró directamente a la cámara—: Mark, obviamente me enteré de lo que te pasó, y quiero que sepas que me quedé conmocionado, especialmente al observar que después de aquello decidiste tirar la toalla. Perdiste el interés por todo, y eso no está bien. Entiendo perfectamente que necesitaras un tiempo para recuperarte, pero me temo que ya has dejado pasar más del necesario y que ya ni siquiera estás en la vía por la que pasa el tren en el que deberías volver a subir. ¿Me equivoco?

Otis calló unos segundos y Mark se descubrió a sí mismo asintiendo silenciosamente.

—Amigo... —continuó el catedrático al fin—, quizá aún recuerdes la carta que te envié después de nuestro último encuentro; aquella en la que te pedía que respondieras a un cuestionario para uno de mis proyectos de investigación.

Por supuesto que la recordaba. Se trataba de una lista de preguntas muy personales, y Mark recordaba haberse preguntado qué demonios querría investigar Otis con una información así.

—Respondiste a todas aquellas preguntas amable y concienzudamente, y a cambio yo nunca respondí la que me hiciste tú al devolvérmelas: «¿Y qué vas a hacer con esto?». Pues bien, ha llegado el momento de explicártelo.

El catedrático señaló hacia la cámara con un dedo, y fue como si estuviese señalando la mesita auxiliar.

—Conozco bien a mi queridísimo y atento Lionel, así que estoy seguro de que te habrá ofrecido una taza de café. ¿Me equivoco? De acuerdo, pues el resultado de mi investigación debe de estar justo a su lado, sobre la mesita que queda junto al sofá. Hazme el favor de comprobarlo, ¿quieres?

Mark miró hacia la mesa. Efectivamente, allí había una cajita de madera oscura, no mucho más grande que el mando de la tele, que aún sostenía en la mano. La semioscuridad de la habitación había hecho que hasta entonces le pasara desapercibida.

—Si no voy errado, Lionel ya te habrá advertido de ello —oyó decir entonces a Otis—, y te aseguro que es cierto: lo que se halla en esta cajita puede cambiar tu vida para siempre. De modo que te aconsejo encarecidamente que te lo pienses bien antes de decidir si quieres abrirla o no.

Mark alzó la vista hasta la pantalla. Otis se había echado hacia atrás en el sofá y parecía que lo miraba atentamente.

—Tú eres el único que puede decidir si aceptas mi regalo de despedida o no. Si te decides a hacerlo, debes saber que influirá irremediabilmente en tu vida y que no habrá vuelta atrás. Me temo que esto es cuanto puedo revelarte. Por supuesto, entenderé perfectamente que no quieras saber nada y dejes la caja ahí cerrada, como está.

El catedrático volvió a sonreír y Mark reconoció el agotamiento en su expresión.

—Ahora apaga el vídeo, Mark, por favor. Reflexiona tranquilamente sobre mi oferta y toma una decisión. Si prefieres dejar las cosas como están, aquí acaba mi mensaje: yo me despido y te deseo lo mejor del mundo y una vida feliz y maravillosa. Si, por el contrario, decides abrir la caja, pronto volveremos a vernos. La elección es sólo tuya.

Mark sacudió la cabeza hacia los lados, y por fin apretó la tecla del mando que apagaba el DVD.

¿A qué venía todo aquello? ¿Qué demonios podía tener Otis preparado para él?

Algo que cambiará mi vida para siempre, se dijo. Pero... ¿de verdad quiero que mi antiguo director de tesis tenga tanto poder sobre mi vida? ¿No debería ser yo el único capaz de cambiarla?

Las palabras de Otis seguían resonando en la habitación.

«Si te decides a aceptar mi regalo de despedida... ya no habrá vuelta atrás. Me temo que esto es todo cuanto puedo revelarte.

La elección es sólo tuya».

—¿Pasta o arroz?

El empleado ni siquiera lo miró. Nadie lo miraba, a no ser que fuera estrictamente necesario. Todos pensaban que su aspecto era desagradable. Y de nada le servía llevar calada hasta los ojos la gorra con visera del Arsenal como en aquel momento. Por lo visto no era suficiente. De modo que no se tomó a mal la reacción del joven asiático que lo atendió desde el otro lado del mostrador. Para ser sincero, ni siquiera él soportaba el reflejo de su imagen en el espejo.

—Pasta, y algo de pollo.

—¿Para llevar o para tomárselo aquí?

—Para llevar.

El joven siguió evitando el contacto visual, pero su voz reflejó el alivio que llevaba consigo la respuesta. Metió una generosa porción en la bolsa de papel para llevar y se apresuró a prepararlo todo sin la menor dilación, aunque lo cierto era que no había nadie esperando en la cola.

Luego le entregó la comida y un tenedor de plástico, y cogió con apenas dos dedos el billete que él le ofrecía. Parecía tener miedo a contagiarse de alguna terrible enfermedad. La viruela, quizá. Ésa también dejaba marcas en la piel.

—Puede quedarse el cambio.

Por fin, el joven alzó la vista y lo miró.

—Tengo que darle diez libras, señor.

—Lo sé.

Durante unos segundos creyó reconocer un leve amago de sonrisa en el dependiente, aunque enseguida se desvaneció y éste volvió a apartar la mirada.

He aquí el poder de unas pocas libras, se dijo, sonriendo cínicamente; con ellas hasta un monstruo con la cara marcada puede convertirse en señor.

Se alejó de allí y empezó a comer mientras caminaba. Desde la bolsa de papel, el símbolo de un dragón rojo sobre fondo blanco le recordaba el eslogan del restaurante: «Pruebe nuestras especialidades, y no se resistirá a volver».

No, se dijo. Por muy buena que estuviese la comida, él nunca comía dos veces en el mismo lugar, como tampoco compraba dos veces en el mismo supermercado.

Al fin y al cabo, aún no había acabado con su antigua vida y no se veía capaz de empezar con nuevas rutinas. Ahora era Stephen Bridgewater y tenía que serlo con todas sus manías.

Pero antes aún le quedaban algunas cosas por hacer.

Mark deambuló por el despacho, de un lado a otro, tenso, durante varios minutos. Se hallaba ante una situación disparatada, y no tenía nada claro si de verdad quería saber lo que Otis le tenía preparado. Sentía una enorme curiosidad, obviamente, pero al mismo tiempo creía a pies juntillas las palabras del catedrático y estaba seguro de que, se tratara de lo que se tratara, en cuanto lo supiera ya no habría vuelta atrás.

Mark consideró la posibilidad de volver a darle al play y, simplemente, escuchar lo que Otis quería decirle. Claro que para eso ya podía mirar en la caja directamente...

Puede cambiar mi vida.

La cajita seguía en la mesita, junto a la taza de café, que a esas alturas se había quedado frío. Mark no había mirado el reloj, pero calculaba que debía de haber pasado ya una media hora desde que entró en la habitación. Somerville no había vuelto a dar señales de vida, pero Mark estaba convencido de que en aquel preciso momento estaba pensando en él.

Otis había hablado de *cinco* vídeos, y Mark se preguntó si habría hecho la misma oferta a los otros cuatro.

Era lo más probable.

¿Y qué habrían decidido?

Mark se detuvo y miró una vez más hacia la caja.

Otis estaba ofreciéndole su ayuda. ¿No era eso, precisamente, lo que necesitaba? ¿Alguien que lo ayudara, porque él ya no podía ayudarse a sí mismo?

Tras la muerte de Tanya le aconsejaron que fuera al psicólogo, pero él se negó. Precisamente él, un experto en estados traumáticos, había perdido la fe en la efectividad de sus propios métodos. El dolor, la desesperación y el miedo habían calado demasiado hondo en su interior.

¿Por qué no abrir la cajita, entonces? Por ahora era la única propuesta interesante que le habían hecho para salir del pozo en el que había caído...

Somerville tenía razón: Otis siempre había sido un estratega que no dejaba nada al azar. Un científico de pies a cabeza. Y su oferta sólo podía significar que estaba absolutamente convencido de que podía ayudarlo.

Aun así, había en todo aquello algo que lo inquietaba; algo que quizá tuviera que ver con la sensación de necesitar ayuda. Con la certeza de que si seguía solo jamás podría acallar las voces del pasado que resonaban en su interior.

Y especialmente aquella voz aguda e hiriente.

¡Ey, doctor!

—A la mierda —murmuró al fin, y entonces se dio la vuelta, se sentó de nuevo en

el sofá y cogió la cajita.

Pesaba muy poco y se abrió con facilidad, aunque Mark tuvo que hacer acopio de toda su determinación.

Apartó la tapa y respiró hondo. Entonces vio el regalo de Otis y arqueó una ceja. No tenía claro lo que había esperado encontrar ahí dentro, pero no era eso. Desde luego que no.

Se frotó la frente, exasperado. Tenía un dolor de cabeza insoportable. Era como si el cerebro le fuera a estallar; como si a cada latido se hiciera un poco más grande y fuera presionando cada vez más las paredes de su cráneo.

Y las pastillas cada vez tardaban más en surtir efecto.

Seguro que la culpa era de la excesiva dosis de glutamato que llevaba la pasta que se acababa de tomar. O del café, al que aún no se había acostumbrado. O del estrés permanente al que se sentía sometido desde que decidió convertirse en Stephen Bridgewater.

Claro que en su interior conocía la verdadera causa de su dolor de cabeza, pero aquello no significaba, ni de lejos, que estuviese dispuesto a aceptarla.

Demasiado pronto. ¡Aún es demasiado pronto para eso!

Se levantó, fue hasta el lavabo y se mojó la cara con agua fría. El dolor remitió ligeramente al cabo de unos minutos, gracias a Dios, y pudo seguir con su trabajo.

Se secó la cara cuidadosamente, se sentó de nuevo frente a la mesa de la cocina, y acabó de escribir la carta que había dejado a medias. Las manos le temblaban de un modo incontrolado y dominarlas le costó un esfuerzo soberbio.

Por si fuera poco, y para mayor desgracia suya, las paredes de papel del edificio no podían absorber la horrible y altísima música de jazz que estaban escuchando los vecinos. Una orquesta tocaba algo de los años treinta; algo como *Have a Heart* o *Midnight, the Stars and You*.

Ya había oído aquellas piezas miles de veces. La buena de la señora Livingstone sentía una gran debilidad por Ray Noble, y su sordera se había convertido en un castigo para su único vecino.

O eso, o pensaba que él volvía a estar en la clínica y que ella tenía de nuevo el edificio para sí sola.

Mejor. Ojalá no supiera que estaba al otro lado de la pared, porque así la anciana concentraría su interés en Ray Noble y su banda, y no en él.

Cerró los ojos, intentó tranquilizarse y, cuando el temblor de sus manos hubo remitido algo, escribió las últimas palabras de su carta y luego dejó el bolígrafo a un lado.

Releyó lo que había escrito y asintió, satisfecho, al acabar.

Había pensado mucho en lo que quería decir, y no se decidió a plasmarlo en el papel hasta que las palabras se hubieron ordenado perfectamente en su cabeza. Porque aquella carta tenía que escribirse *sin interrupciones*. De un tirón, como solía decirse.

Volvió a presionarse las sienes con las manos.

¡Este maldito dolor!

Sí, se decía «de un tirón». Pero si se dijera de otro modo, le daría igual. Lo único importante era que el lector de aquella carta no tuviera la sensación de que la había escrito un enfermo obligado a detenerse cada dos minutos. Un chalado que no sabía lo que hacía.

Dobló la carta con mucho mimo y la metió en un sobre. El papel era bueno, y caro, y pesaba más de lo normal.

Metió la carta, junto con otra más, en una caja de cartón que tenía sobre la mesa, se levantó, cogió un rollo de cinta de empaquetar y se dispuso a sellar la caja. Miró en su interior una vez más, y por fin puso la tapa y la cerró con cinta aislante.

Después se sentó de nuevo, se cubrió los ojos con las palmas de la mano e hizo un esfuerzo por ignorar el escalofrío que le recorrió la columna vertebral.

Jamás olvidaría la imagen de la cabeza decapitada, con los ojos fijos, mirándolo desde el fondo del cartón.

—Lo siento —susurró—. Lo siento mucho, pero no tenía elección.

En la cajita había un reloj. En un primer momento parecía un reloj de pulsera normal, de caballero, con correa de cuero negro. Estaba protegido por una capa de algodón y tenía la esfera boca abajo.

El nombre de Mark estaba grabado en la carcasa. Con letras sencillas, sin florituras. Sin dedicatoria. Sólo su nombre.

Con el ceño fruncido, sacó el reloj de la cajita y descubrió entonces un minúsculo destornillador plateado que brillaba tímidamente a la tenue luz del despacho. Era uno de aquellos de los que usan los relojeros.

Dio la vuelta al reloj y se sorprendió aún más. La esfera tras la que supuestamente debía verse la hora estaba cubierta por una fina placa de metal sujeta por cuatro tornillos diminutos.

¿Qué significaba todo aquello?

«Te lo explicará mejor el viejo cabezota», le había dicho Somerville, y Mark volvió a coger el mando del DVD.

La desmejorada imagen de Otis volvió a ocupar la pantalla. Durante unos segundos se quedó ahí sentado, con rostro inexpresivo, jugueteando con el tapón de la botella de agua que sostenía en las manos. Parecía estar haciendo tiempo para asegurarse de que Mark apagaba el aparato.

Después miró directamente a la cámara y sonrió.

—Bueno, Mark, si aún sigues aquí, quiere decir que ha llegado el momento de darte mi regalo. —Su voz escondía un inconfundible deje triunfal—. No puedes hacerte a la idea de lo feliz que me siento. Es que... ¿sabes? Cuando empecé a pensar en todo este proyecto no imaginaba lo importante que acabaría siendo precisamente para ti. Por aquel entonces acababa de enterarme de mi enfermedad y de lo avanzada que estaba la metástasis —dijo, encogiéndose de hombros—. Quizá si hubiese actuado tras los primeros síntomas... Quizá todo habría sido distinto si hubiese conocido antes el diagnóstico. Pero ya se sabe que los médicos somos los peores pacientes, ¿verdad? Bueno, qué te voy a contar a ti. Conociéndote como te conozco, diría que aún no has ido a ver a un psicólogo para hablar de tu caso, ¿me equivoco?

El catedrático repiqueteó en la botella, y el temblor de sus dedos resultó más que evidente.

—Sea como fuere, el conocimiento de mi enfermedad me confrontó inevitablemente con una realidad que todos nos empeñamos en reprimir continuamente: nacemos para morir, y en la mayoría de los casos esto sucede antes de lo previsto. Total, que decidí invertir el tiempo que me quedaba en preparar un regalo para las cinco personas más importantes de mi vida. Y aquí es donde entras tú en

escena, pues el destino, o como quieras llamar a lo que mueve los hilos de nuestras vidas, decidió que debías convertirte en uno de los personajes principales de esta representación.

Otis tosió en la pantalla, y por un instante volvió a aparecer aquella expresión desorientada en su rostro. Incluyó la cabeza hacia un lado y pareció escuchar una voz que sólo hablaba para él. Luego se echó un poco del agua de la botella en las manos y se frotó las sienes con las palmas.

No pudo evitar mojarse un poco el chaleco, y al darse cuenta frunció el ceño e hizo un gesto de disculpa hacia la cámara.

—Intentaré ser breve, aunque te aseguro que podría pasarme horas hablando del reloj que tienes en las manos. —Su voz sonaba débil, y era obvio que sentía dolor—. Se trata de un «reloj vital». De tu reloj vital, para ser exactos. Te mostrará el tiempo que te queda en este mundo. Yo mismo me he encargado de echar las cuentas pertinentes, basándome en los puntos de confluencia entre tu estilo de vida y la esperanza media de vida, teniendo en cuenta, por supuesto, tus características más personales e intransferibles. Por eso necesité en su día tantos datos sobre tu vida.

El catedrático carraspeó y dio un trago de agua antes de continuar:

—De ti, de cada uno de los cinco, dependerá que sepáis o no la cifra que marca vuestro reloj. El tiempo de vida que os queda. Tú aún eres joven y la tentación de retirar la placa de metal será sin duda muy grande. Pero créeme, por elevada que sea la cifra con la que te encuentres, conocer los días de vida que supuestamente te quedan puede ser una experiencia de lo más inquietante. Y digo «supuestamente» porque estoy convencido de que cada uno puede influir de manera natural —con mayor o menor acierto, eso sí— en su trayectoria vital. Deja de fumar, bebe menos alcohol, come más sano y asegúrate de que el cielo no cae sobre tu cabeza —al decir aquello dejó escapar una risita amarga—, y quizá puedas rascar alguna hora, día, semana o incluso mes de vida. Aunque estoy seguro de que ya has comprendido que lo importante de este reloj no es la cifra que tiene escondida, ¿verdad? Obviamente, puedes quedarte ahí quieto, mirando cómo avanza en su cuenta atrás, pero lo que de verdad cuenta y es útil y significativo es lo que decidas hacer con ese descubrimiento, ¿no te parece?

Mark tragó saliva y tuvo la irracional sensación de que su director de tesis estaba realmente con él en aquella habitación.

—Bien, Mark. He aquí mi regalo de despedida —dijo Otis, inclinándose hacia delante de tal modo que su pálido rostro ocupó la práctica totalidad de la pantalla—. Adquiere consciencia de que estás vivo. Deja de comportarte como un muerto viviente. Te has convertido en una sombra de lo que eras. Sé que el miedo es una emoción traidora e implacable, profunda y tortuosa, y sé también que todos tenemos nuestros propios demonios; yo, por ejemplo, tengo pánico a convertirme en un cuerpo sin pensamientos, en una funda sin alma, e imagino que tú temes quedarte atrapado en el dolor de la pérdida, ¿me equivoco? Pues voy a decirte algo que de hecho ya

deberías saber, Mark: el miedo tiene su cuna aquí arriba —al decir aquello se tocó la sien con el dedo índice—, y éste es el único lugar en el que puede mantenerse con vida. Nuestros días están contados, Mark, y sería un despilfarro llenarlos de miedo en lugar de ilusión.

El catedrático se echó de nuevo hacia atrás y suspiró.

—Me habría encantado decirte todo esto en persona, pero me temo que ya no habría podido. Aún faltan un par de meses para que tú escuches este mensaje, si es que llegas a hacerlo, y yo ya empiezo a olvidar las cosas. Me cuesta mucho pensar. He decidido morir dentro de unas semanas, y voy a pasar todo el tiempo que me queda con mi queridísimo Lionel. Para él no es nada fácil, como comprenderás, y quiero dedicarme a él en cuerpo y alma. Por eso no te he llamado ni te he dicho nada hasta ahora. Ésta es mi despedida para ti, Mark. Disfruta de la vida. Aparca tus miedos. No olvides que el tiempo avanza. Y no tendrás que utilizar el destornillador.

Otis volvió a asentir una vez más, y la pantalla se apagó de golpe.

Mark se quedó ahí sentado, quieto y pensativo, a la tenue luz de la habitación.

Un rato después, Mark salió de la casa y se dirigió hacia la parada del metro. En la muñeca derecha llevaba puesto el reloj.

El destornillador se había quedado en el sofá.

Al día siguiente tuvo lugar el entierro de George Otis.

Mark tomó la línea de metro de Northern y bajó por error en Finchley Central, es decir, una estación antes de lo que le tocaba. No tenía sentido esperarse por una parada, así que salió a la calle y anduvo el resto del camino. Cuando por fin llegó al cementerio era media hora más tarde de lo previsto y tenía las yemas de los dedos congeladas.

A la entrada del camposanto había un montón de periodistas. Entrevistadores micrófono en mano y furgonetas de las distintas televisiones privadas. Y entre los verdaderos asistentes a la ceremonia, amigos y familiares, se habían colado un montón de desconocidos con la morbosa curiosidad de ver cómo iba a ser el entierro de aquel hombre que se había quitado la vida de un modo tan espectacular.

Antes de empezar a abrirse paso entre toda aquella gente, Mark se subió hasta el cuello la cremallera de la chaqueta y se caló algo más hondo el gorro de lana con el que se cubría la cabeza.

En un momento determinado, y entre el caos de voces y toses y flashes, le pareció oír una voz de mujer que lo llamaba por su nombre, pero no se dio la vuelta para comprobarlo. No conocía a nadie allí, así que, o se había equivocado o alguien estaba llamando a otro Mark.

Cuando por fin llegó a la tumba, el ataúd ya estaba enganchado a la grúa y a punto de ser bajado.

Otis era un ateo empedernido y nunca lo había ocultado, de modo que nadie se sorprendió al comprobar que en aquel momento no había bendición ninguna ni sermón eclesial. Lo que sí hubo, en cambio, fue una serie de discursos, espontáneos y sinceros, de compañeros y amigos de Otis que en aquel momento quisieron despedirse de él, y Mark no pudo evitar pensar en Somerville, que a aquellas horas ya debía de estar de camino a su retiro con la voluntad de escaparse, precisamente, de todo aquel solemne obituario.

Él, por el contrario, se alegraba de estar ahí. No se habría perdonado saltarse la despedida de aquel hombre al que tanto debía agradecer, no sólo por la influencia que tuvo sobre él en el pasado, sino también, quién sabe, por la del futuro...

De soslayo iba mirando las muñecas de los allí presentes, para ver si alguno de ellos llevaba también un «reloj vital», pero no vio ninguno. Se moría de curiosidad por saber quiénes podían ser los otros cuatro merecedores del último regalo de George Otis. Bueno, seguro que Somerville era uno de ellos, pero ¿y los otros tres?

Cuando todo hubo acabado, Mark se despidió de la tumba del catedrático y, con la cabeza gacha, emprendió el camino de vuelta. Pasó entre los periodistas, que

esperaban junto a la puerta del cementerio como una jauría de hienas hambrientas, y justo cuando empezó a alejarse de todo aquel alboroto oyó unos pasos apresurados a su espalda y, de nuevo, la voz de una mujer que lo llamaba:

—¿Mark? ¿Mark Behrendt?

Se dio la vuelta, sorprendido. Aquel tono de voz le resultaba familiar... Una mujer delgada con un abrigo oscuro caminaba hacia él. Había recogido su melena larga y rubia en una coleta y escondía el rostro tras unas enormes gafas de sol. Y llevaba el brazo izquierdo en cabestrillo.

Cuando hubo llegado a donde estaba él se quitó las gafas y lo miró ilusionada.

—¡Hola, Mark! ¿Ya no te acuerdas de mí?

Sí, era imposible olvidar aquellos ojos azules tan profundos... aunque su expresión triste y apagada de ahora no se parecía en nada al recuerdo que él tenía. Habían pasado muchos años. Entonces habían sido los ojos de una adolescente. Pero seguían teniendo algo especial, una personalidad aplastante.

—¿Sarah? ¿Sarah Bellingham?

Ella suspiró, aliviada.

—¡Gracias a Dios! ¡Me habría dado muchísima pena que me hubieses olvidado! Han pasado unos cuantos años desde que nos fuimos de Oxford, ¿eh?

—¡Unos cuantos siglos, diría yo! Pero tú estás igual, y te aseguro que no se trata de un cumplido.

La respuesta de ella no fue más que una tímida sonrisa.

—Gracias, tú tampoco has cambiado nada.

Mark se pasó la mano por la barbilla, algo cortado. En aquel momento se dio cuenta de que no se había afeitado. Últimamente no hacía nada en compañía, y actividades tan básicas como afeitarse o ir a la peluquería se habían convertido en rarezas para su rutina. Ahora, por primera vez en muchos meses, se sintió algo avergonzado por lo mucho que había descuidado su aspecto.

—Me alegro de volver a verte, Sarah —dijo él, tras unos segundos de silencio—. Pero ¿qué estás haciendo aquí, en el entierro de George Otis? ¿No fue profesor tuyo, no?

Ella movió la cabeza hacia los lados y apretó los labios. Los ojos le brillaban de tal modo que parecía a punto de romper a llorar. Volvió a ponerse las gafas de sol a toda prisa.

—No, he venido a verte a ti.

—¿A mí? ¿Y cómo has sabido que me encontrarías aquí?

—Otis fue tu director de tesis y sé lo mucho que lo querías —dijo, mientras sacaba un pañuelo del bolsillo de su abrigo—. Cuando leí la necrológica en el periódico pensé que tenía muchas posibilidades de dar contigo. Bueno, no es tanto que lo pensara como que lo deseaba.

Caramba, se dijo Mark, *Somerville utilizó prácticamente la misma expresión.*

Ella dio un paso atrás, se levantó un poquito las gafas y se secó el rostro con el

pañuelo.

Mark la miraba sin dar crédito.

—Pero no entiendo... —empezó a decir—, ¿para qué querías verme?

—Ay, perdona, siento avasallarte de este modo, Mark. Hubiera preferido llamarte, pero no sabía en qué hotel estabas, suponiendo que realmente te hubieses decidido a venir. De modo que he decidido pasarme, por si acaso, sin más. —Se sujetó el brazo herido con el que tenía sano y Mark se dio cuenta de que temblaba de pies a cabeza—. Mark, he venido a buscarte porque estoy desesperada. No sé qué hacer. Y necesito tu ayuda.

—¿Mi ayuda? ¿En qué puedo ayudarte yo?

Ella le indicó un camino que rodeaba el cementerio.

—¿Me acompañas un rato? Por favor...

—Claro.

Anduvieron unos minutos por el camino y pasaron junto a una capilla, en cuyos grandes ventanales se reflejaba el grisáceo cielo invernal. El silencio se adueñó del paseo y Mark miró a Sarah, que avanzaba con la cabeza gacha, concentrada, como si estuviera buscando las palabras con las que empezar su explicación.

—Lamento que al acabar la carrera perdiéramos el contacto —dijo al fin.

—Sí, tendría que haberte llamado alguna vez.

—¿Sigues viviendo aquí, en Inglaterra?

—No, me marché hace varios años. Ahora vivo en Alemania.

—Alemania —repitió ella, asintiendo—, nunca he estado allí. Seguro que es muy distinta a Hackney o a Oxford, ¿verdad?

—Sí, desde luego que sí.

—Pasamos una época muy feliz, ¿no te parece?

Mark se dio cuenta de que Sarah estaba evitando hablar del verdadero motivo de su visita. Era como si no supiera cómo abordarlo. La mayoría de sus pacientes eran expertos en eso: le hablaban del bien y del mal y del sexo de los ángeles porque no se atrevían a exponer el verdadero motivo que los había llevado hasta allí.

—Fue fantástica —dijo—. Vivimos un montón de cosas juntos. Pero dime, ¿cómo estás ahora? ¿Qué tal te va todo? ¿Te has casado?

—Sí, ¿y tú?

—No.

—¿Pareja?

—No, ya no.

Ella lo miró a través de sus enormes gafas de sol y Mark tuvo la sensación de que entendía lo que le estaba pasando. Entonces suspiró y siguió caminando.

—Ahora me llamo Sarah Bridgewater, y vivo en una casa enorme en Forest Hill.

—¡Caramba! —dijo Mark, con admiración—. Un buen cambio, viniendo de Hackney.

—Sí, muy bueno —dijo ella, intentando sonreír—. Las cosas nos van bien.

Tenemos un hijo, Harvey, que hace poco cumplió seis años...

Sarah se detuvo a media frase. Parecía que le costaba un esfuerzo enorme decirle lo que realmente quería decir.

—¿Piensas alguna vez en nuestra infancia? —le preguntó entonces.

—Alguna, sí.

—¿Te acuerdas de tus cascos?

—¿De mis cascos? Vaya, tuve unos cuantos, ¿a cuáles te refieres?

—A los primeros que tuviste. Aquellos blancos de plástico, sencillitos. Los que me regalaste. —Una tímida sonrisa volvió a abrirse paso por la comisura de los labios de Sarah—. Me los diste un día de verano. Tendríamos doce o trece años, y estábamos de vacaciones. Mis padres habían discutido, para variar. Mi padre había bebido y no paraba de gritar, y yo me escapé a vuestra casa, como tantas otras veces. Creo que si tus padres y tú no hubieseis estado siempre a mi lado, literal y metafóricamente, habría acabado escapándome de casa.

Miró hacia los lados. Las gafas de sol impidieron a Mark saber hacia dónde miraba.

—Te habían regalado los cascos por tu cumpleaños, y nos pusimos a escuchar música en la parte de atrás de tu casa —continuó—. Level 42, Europe, A-ha, las Bangels y todos esos grupos ochenteros que nos encantaban.

—¡Es verdad! —dijo Mark, sonriendo, divertido—. ¡Recuerdo cuánto gastaba el aparato al que los conectábamos! Teníamos que cambiar las pilas cada tres horas, ¿te acuerdas? Y llevaba seis, si no me equivoco, así que se me iba toda la paga semanal en eso.

—¡Jajaja! Exacto. Y esa tarde me los regalaste.

—Sí, sí, ya lo recuerdo.

La memoria le trajo la imagen de dos niños sentados sobre el muro del jardín, compartiendo unos cascos enormes. Cuando Sarah llamó al timbre de su casa tenía los ojos llorosos, pero después de un rato de escuchar cantar como un gallo afónico a aquel loco austríaco con su galimatías germano-inglés sobre Mozart, ambos acabaron muertos de la risa.

—Me dijiste que la música era un refugio; me dijiste que ayudaba cuando uno ya no podía más —dijo ella, dando una patadita a una piedra del camino. Por unos instantes, Mark pudo ver a la apasionada niña de doce años que en su día fue aquella mujer—. Eso me ayudó mucho, Mark. Siempre me ayudabas, siempre. Como un hermano.

—Sí, fue una época muy bonita.

—¿Y te acuerdas de aquel chulo de Oxford del que me rescataste? A punto estuve de dejarme enredar, pero tú lo calaste enseguida. Eras buenísimo calando a la gente. Nunca te quedabas en la fachada...

—¡Dios, sí! Se llamaba Vincent, ¿verdad? —Mark no pudo evitar una sonrisa—. ¡Qué tío más idiota! Era un completo cretino, pero os tenía a todas loquitas por él. Tú

habías...

Sarah se quedó quieta de pronto, y entonces explotó.

—¡Mark, un chalado me está siguiendo! Se ha colado en mi casa y nos ha amenazado, a mí y a mi hijo, y creo... creo que ha secuestrado a mi marido. Y estoy muerta de miedo. Y no me atrevo a pensar...

—¡Calma, calma! —le dijo Mark, cogiéndola suavemente por los hombros y obligándola a mirarlo—. A ver, respira hondo, vamos.

Sarah cogió aire un par de veces y notó que dejaba de temblar.

—¿Has hablado con la policía?

—Por supuesto. Pero no pueden ayudarme.

—¿Por qué no?

—Porque ese psicópata no ha dejado ni una huella y no hay modo de demostrar que a Stephen le haya pasado algo.

—A ver, no lo entiendo. ¿No acabas de decir que...?

—¡No me creen, Mark!

—¿Y eso? ¿Cómo puede ser que no te crean?

—Stephen está de viaje de negocios, y nadie cree que lo hayan secuestrado porque... —cogió aire una vez más antes de continuar—, porque ese maldito chiflado se ha hecho pasar por mi marido. Tiene el coche de Stephen y el móvil de Stephen, y ha llamado a la policía para decir que se encuentra bien y que todo ha sido un error. ¡Mark, es horrible! ¡No sé qué hacer!

Sarah lo abrazó y por unos segundos él se quedó ahí, inmóvil, paralizado, sin saber qué hacer.

Por fin se atrevió a devolverle el abrazo. Conocía demasiado bien la desesperación que ella debía de sentir. Sabía lo que significaba estar al borde del abismo.

—¿Quieres que te acompañe a la policía? —le dijo—. Está claro que tienes que volver a hablar con ellos.

Sarah se separó de inmediato de él, sacó de nuevo su pañuelo y se sonó.

—¿Y qué quieres que les diga?

—Pues lo que acabas de decirme a mí.

Ella movió la cabeza hacia los lados.

—¡No, Mark, no tiene sentido. Creen que Stephen está de viaje de negocios. De hecho creen que él mismo se lo ha confirmado, y yo no tengo ninguna pista que indique lo contrario!

Dijo aquello de un tirón, a voz en grito, y un grupo que caminaba no muy lejos de allí se dio la vuelta para mirarlos.

—Perdona —sollozó—. Es que ya no sé qué hacer. Ni siquiera sé adónde iba mi marido. Y ayer, ayer mismo sin ir más lejos, el maldito loco ese me llamó haciéndose pasar por Stephen otra vez. Llamaba desde su móvil, así que tiene que saber dónde está.

—¿Ha pedido rescate?

—Qué va, al contrario: cuando le hablé de Stephen cambió de tema y no mostró el menor interés en retomarlo. Lo único que hacía era decir que *él era* Stephen.

Mark la miró desconcertado.

—Sarah, escucha, me encantaría ayudarte, pero si ni siquiera la policía...

—Tú eres psiquiatra —lo interrumpió ella—. Conoces a este tipo de gente; sabes lo que les pasa por la cabeza. Sabes leer en su interior, siempre has sabido, Mark.

—No, ya no.

—¿Qué?

—He dejado el trabajo. Hace ya más de un año.

Ella se quitó las gafas de sol y lo miró con unos ojos enrojecidos que ya nada tenían que ver con los de la vecina de su infancia. Sí, aquellos ojos eran los de una mujer desesperada, rota, con los nervios a flor de piel.

—¿Cómo que lo has dejado? ¿Por qué?

—Me sucedió algo muy, muy malo —le contestó él, apartando la mirada—. O mejor dicho, le sucedió a alguien a quien yo quería con toda el alma. Desde entonces tengo miedo. Miedo de la gente y de lo que es capaz de hacer. Antes podía mantener la distancia con los pacientes que habían sufrido algún trauma, porque no me afectaba lo que decían. Porque no me sentía directamente interpelado. Pero ahora es distinto. No voy a poder ayudarte, Sarah. Soy un fraude. Ni siquiera puedo ayudarme a mí mismo.

Los ojos de Sarah volvieron a llenarse de lágrimas.

—No, Mark, por favor. ¡No me dejes tirada!

Mark rebuscó en el bolsillo de su chaqueta, encontró al fin el paquetito de mentolados que estaba buscando y se llevó uno a la boca. Habría dado lo que fuera por un trago.

Los ojos de Sarah seguían clavados en él.

—Sarah, no puedo. Compréndeme, por favor.

Ella cerró los ojos y asintió.

—Sí, claro. Lamento haberte molestado con mis historias. Ha sido una tontería.

—No, no quería decir eso...

—Déjalo, Mark, está bien.

Abrió su bolso y sacó un recibo antiguo y un bolígrafo. Entonces escribió algo y se lo pasó a Mark.

—Ten, aquí tienes mi número de móvil y la dirección de la amiga con la que estoy viviendo. Por si cambias de opinión.

Él cogió la nota y leyó los números escritos con letras temblorosas.

—Sarah, si tu marido no vuelve tendrás que hablar con la policía otra vez. Tienes que confiar en ellos...

Sarah no le dejó continuar.

—Seguro que ya lo has olvidado, Mark, pero mi padre era policía. Y la gente

confiaba en él. Pensaban que era un amigo; alguien dispuesto a ayudar.

Sonrió de un modo extraño que, una vez más, le hizo recordar imágenes del pasado. Por aquel entonces, cuando Sarah llegaba corriendo a casa de los Behrendt para escapar de uno de los ataques de su padre, también solía sonreír así. Era una mueca desesperada, una de esas reacciones que los psicólogos definen como «incoherencia dinámica».

—Aún conservo tus cascos, por cierto —añadió ella en voz baja—. Sólo que en esta ocasión no pueden ayudarme.

Y dicho aquello, se dio la vuelta y se marchó sin mirar atrás.

Los relojes podrían ponerse en hora a partir de tipos como Jamal, pensó Bernie, al ver llegar a su amigo por la calle, justo cinco minutos antes del cambio de turno.

Como siempre, el forzudo jamaicano ya llevaba puesta la chaqueta de su uniforme, como si estuviera orgulloso de su mal pagado cargo en la Northern Car Park S. A.

Bernie volvió a pensar que ya iba siendo hora de buscarse un nuevo trabajo; que no quería acabar como su anciano colega. Para ser sinceros, aquello ya se lo había dicho a sí mismo varias veces y nunca había sucedido nada, aunque, por otro lado, no debía olvidar que aún le quedaban casi veinte años para llegar a la jubilación.

Se levantó y metió en la mochila todo lo que necesitaba para sobrevivir en aquel tedioso trabajo: un MP3, una bolsa de patatas, una lata de Coca-Cola Light y un libro.

—¿Siempre con tu libro, eh? —le dijo Jamal a modo de saludo, apoyándose en el umbral de la minúscula caseta de vigilancia que apenas era más grande que su propio cuerpo.

—Pues sí. Tú también podrías leerlo, hombre —dijo Bernie—. ¡Este tío escribe unas historias de la leche!

—¿Qué tío?

—Éste de aquí.

Bernie se bajó la cremallera de la chaqueta y le mostró con orgullo su camiseta negra, en la que podía verse serigrafiada la cara de un joven. Sobre él, unas palabras en color rojo sangre: *El maestro del horror ha llegado. ¡Témelo!*

—Tendrías que leer algo suyo —dijo, ofreciéndole el libro—. *El asesino de niñas* es superfuerte: un tío secuestra a vírgenes cachondas, les clava las manos en unos postes y les arranca la piel. Y luego las viola, claro. ¡Superfuerte, ya ves!

Jamal sacudió la cabeza hacia los lados.

—No, gracias, amigo mío. Yo prefiero las jóvenes con piel. Con piel y con mucho relleno, a ser posible en los sitios adecuados. —Al decir aquello movió las manos como si dibujara dos montañas a la altura de los pechos.

Bernie hizo un gesto de rechazo y dijo:

—¡Anda ya! ¡No tienes ni idea, colega! Este tío es un dios del *thriller*, ¿lo pillas? En cuanto empieza a escribir, empieza el horror. Te aconsejo que leas *El descuartizador*. En ese un psicópata arranca los dientes a sus víctimas con unos alicates y luego los...

—¡Vale, vale, ya está bien! De verdad, amigo... ¿tú pagas por leer eso?

—¡Oh, vamos, olvídalo! —Bernie lo miró poniendo los ojos en blanco mientras pasaba junto a él al salir de la caseta—. Ya veo que no eres lo suficientemente fuerte

para este tipo de lecturas.

—Ni la mitad de la mitad de fuerte, para ser exactos.

Jamal le sonrió y entró en el puesto de vigilancia en el que apenas le quedaba espacio para moverse, y puso sus utensilios sobre la minúscula repisa que salía de una pared: un tupper con dos panecillos de cereales rellenos de pavo, una naranja y un termo con té de rooibos. Luego cogió la lista de coches de aquel día y salió de nuevo junto a Bernie.

—Oye, ¿ha venido ya alguien a mirarse este trasto? —preguntó, señalando con la barbilla la máquina del cajero automático, sobre la que en aquellos momentos colgaba un cartel en el que ponía «Fuera de servicio».

Bernie negó con la cabeza.

—Nop.

—¡Joder! Dijeron que enviarían a un técnico.

—Sí, pero no dijeron en qué año.

—Amigo, esto no tiene ninguna gracia. Estoy hasta los huevos de pasar frío aquí cada noche, en lugar de estar en la oficina, calentitos. —Jamal señaló en dirección al edificio que se hallaba al otro lado del enorme parking. Sobre una de las puertas podía verse el distintivo de la Northern Car Park S. A.—. ¿Y si nos instalamos allá, atamos una cadena a la verja y la estiramos cada vez que llegue un coche y toque la bocina? ¿Eh? ¿Qué te parece? Estar aquí fuera es una chorrada. Quizá tuviera sentido en la Edad Media o así, pero ahora... ¡Joder, tío, en la oficina hay hasta una tele!

—Yo si quieres te dejo un libro —insistió Bernie, provocador, aunque Jamal no se dio por aludido.

Como en cada cambio de turno, el jamaicano leyó las anotaciones de su colega y luego pasó la vista por el aparcamiento. Y como en cada cambio de turno, lo hizo poniendo toda la atención. Bernie miró el reloj con impaciencia.

—Vamos, tío, quiero irme a casa.

—No me agobies —contestó Jamal, sin apartar la mirada de la lista—. De todos modos no te espera nadie en casa.

—Que te den. ¡Tengo frío!

—Un momento —dijo entonces Jamal, frunciendo el ceño—. ¿Por qué no has apuntado el taxi?

—¿Qué taxi?

—Ése de ahí, hombre. El de la izquierda.

Bernie no podía dar crédito a lo que estaban viendo sus ojos.

—A ése no lo he visto entrar, te lo juro.

—Pues en mi último turno no entró —el jamaicano miró al joven con expresión airada—. ¡Seguro que te has quedado dormido!

—Jamal, en serio, te juro que...

—¡No me cuentes cuentos! —Jamal dio un paso hacia delante y miró a Bernie con indignación—. Haz el favor de hacer bien tu trabajo en lugar de leer toda esa

mierda. ¡No tengo ningunas ganas de que me despidan por tu culpa, caray! Yo tengo una familia, ¿lo pillas?

—Eh, eh, tranquilo —le dijo Bernie moviendo las manos—. Puede ser que el taxi haya entrado justo en el minuto en el que he ido al lavabo, pero...

—¡Joder! —Jamal le puso la lista sobre el pecho—. Pues ahora haz el favor de ir y apuntar la maldita matrícula. Le cobraremos desde las doce del mediodía y listos. Pero es la última vez que te cubro, ¿me oyes? Como vuelvas a olvidarte de algo te aseguro que tu maestro del horror podrá utilizar lo que te haga como material para su nuevo libro.

—Caray, Jamal, yo...

—¿No he sido lo suficientemente claro, quizá?

Bernie levantó la vista para mirarlo a los ojos.

—Sí, vale.

—¡Pues venga, ya tardas!

Agobiado, Bernie se dirigió hacia el taxi. Aquella exactitud lo ponía de los nervios. A ver si no iba a poder ir al lavabo o a las oficinas para calentarse de vez en cuando... El tacaño de su jefe no parecía tener intención de ponerles una estufa en la cabina de cristal, y mira que sería fácil, ¿eh? Sólo con una estufa todo sería diferente.

Y por otra parte, ¿de qué coño iba el taxista aquel? Si al entrar no había nadie en la cabina tenía que haberse esperado a que llegara él y le diera el tíquet. Había un cartel enorme junto a la caseta que lo explicaba, caray.

En cualquier caso, qué raro que un taxista venga a aparcar aquí, pensó, mientras tomaba nota de la matrícula. De vez en cuando se dejaban caer por ahí parejas de enamorados que buscaban un sitio tranquilo para besuquearse, pero un taxi... Y según pudo ver a través del cristal, la licencia era válida.

Cuando hubo acabado se dio media vuelta para volver y entonces le llamó la atención algo extraño: la llave aún estaba puesta en el maletero.

Bernie soltó un bufido y miró a su alrededor. Jamal estaba en su puesto, de espaldas a él, charlando con el conductor de un todoterreno oscuro. No tenía mucho tiempo, pero seguro que un vistazo al maletero no le llevaría demasiado... Quizá encontrara algo chulo, algo que birlar. Había que ser idiota para dejarse la llave puesta en el coche, y a los idiotas daba menos pena robarles... ¡Joder, estaban en Brixton, no en el parking del Banco de Inglaterra!

Echó un último vistazo a Jamal, que seguía conversando con el cliente, y luego se inclinó hacia delante, dio la vuelta a la llave... y el maletero se abrió de golpe.

Se dejó caer en la dura cama de cuero, agotado, y cerró los ojos. Estaba mareado y se encontraba fatal. El dolor de cabeza había vuelto a empeorarle al caer la tarde, y ahora volvía a ver los puntitos blancos que brillaban cuando cerraba los párpados.

Oía soplar el viento sobre su cabeza, colándose por los resquicios del techo defectuoso, y de la otra punta de la sala le llegó el goteo incesante de una tubería mal soldada. Intentó concentrarse en el goteo para olvidar su dolor. Tenía que calmarse antes de seguir avanzando.

También le dolían las yemas de los dedos, que aún estaban en carne viva. Aunque el dolor de las manos no era nada comparado con los pinchazos insoportables en las sienes, evidentemente no lo ayudaban a sentirse mejor. Sea como fuere, no se arrepentía de nada. Tenía que librarse de su vieja identidad, y aquél era el mejor modo de lograrlo.

Ahora sólo le quedaba una cosa por hacer. La última de todas, antes de que el mundo olvidara definitivamente quién había sido. La última y la más peligrosa. Por eso era importante reponer fuerzas antes de continuar.

Se concentró una vez más en el goteo, y por fin cayó en un profundo y espeso sueño.

Junto a su cama, la caja con la cabeza decapitada. Y en la parte superior del cartón, escrito con letras de imprenta, podía leerse un nombre:

SARAH BRIDGEWATER

—Un momentito más, señor —dijo Jamal al conductor del todoterreno—. Mi compañero está a punto de volver con la lista.

—Eso espero —dijo el hombre. Y señalando su Rolex añadió—: No puedo pasarme aquí todo el día. Tengo cosas que hacer.

—Claro, claro, lo entiendo.

Jamal se dio la vuelta para mirar a Bernie, impaciente. Pero ¿qué diantres estaba haciendo ése ahí? ¿Por qué tardaba tanto en volver?

Entonces vio al chico abrir el maletero del taxi, y enseguida lo oyó lanzar un grito y echarse hacia atrás, como si algo lo hubiese empujado. Luego se quedó ahí quieto, petrificado, se inclinó hacia delante y vomitó.

—¡Eh! —gritó Jamal, asustado, mientras salía de la cabina y empezaba a correr hacia Bernie, ante la desconcertada mirada del conductor del todoterreno.

Cuando llegó hasta donde estaba su colega, el olor a vomitado le golpeó fuerte en la cara; era un olor tan fuerte, tan horrible y desagradable, que pronto comprendió que tenía que haber algo más. Algo que debía de estar en el maletero de aquel taxi...

—¿Bernie, qué...?

El chico levantó la cara para mirarlo. Tenía un aspecto horrible.

—Lo siento —le interrumpió con voz ronca— no puedo... Esto es demasiado fuerte...

Jamal lo miró de arriba abajo. Bernie estaba totalmente cubierto de vómito. Una papilla marronosa de patatas chip medio deshechas le cubría todo el tronco, e, irónicamente, en su camiseta sólo quedó a la vista la palabra «¡Témelo!».

—Te juro que yo sólo quería... —jadeó Bernie—. Las llaves estaban puestas y... Se cubrió los ojos con las manos y no dijo nada más.

Mark pasó toda la tarde paseando por Hackney y visitando los lugares más emblemáticos de su infancia y juventud. Somerville tenía razón: Londres había cambiado mucho.

Había infinidad de rincones —en realidad barrios enteros— que le resultaron prácticamente irreconocibles. El parque que quedaba al final de su calle se había convertido en un parking público, por ejemplo. Y la peluquería debía de llevar cerrada una eternidad, porque el escaparate, del que colgaba un cartel de «Se alquila», estaba cubierto de polvo. También la carnicería en la que su familia compraba el pavo de Navidad cada año se había convertido —según podía leerse en el rótulo de la puerta— en una «Empresa de importación y exportación», sin más especificaciones, y el restaurante al que Heinrich Behrendt llevaba a su familia de vez en cuando, siempre en domingo, ahora era un «Art Café» cuyo reclamo para los clientes era ni más ni menos que el anuncio de un delicioso chili con soja, en lugar del tradicional asado inglés que tanto le gustaba a su padre porque le recordaba a su Alemania natal.

Al caer la tarde, Mark estuvo un buen rato parado frente a la antigua casa de sus padres, hasta que vio salir de ella a un tipo calvo y forzado que lo miró con expresión desafiante y que, con un gesto que no dejaba lugar a dudas sobre sus intenciones, se arremangó y puso los brazos en jarras, dejando a la vista los tatuajes de sus brazos.

—¿Qué coño estás mirando? —le preguntó.

Sin abrir siquiera la boca para contestarle, Mark se dio la vuelta y se alejó de allí lentamente. En realidad ya no había nada que ver; una vez más le había quedado claro: el pasado es pasado y lo único que cuenta es el «aquí y ahora», que son las raíces del futuro.

Durante su paseo no pudo dejar de pensar en Sarah. En cómo se le acercó y en el modo en que él se la sacó de encima. Nunca antes se había negado a ayudar a nadie, y menos si este alguien se lo suplicaba como lo había hecho ella. Pero es que no había podido evitarlo. Él ya no podía serle útil a nadie; ni siquiera a Sarah. El Mark Behrendt del pasado estaba tan obsoleto como los lugares que acababa de visitar. En aquel momento no era más que una carga para todo aquel que se le acercara. Lo sentía por Sarah, pero así es la vida. No había más.

De regreso a la universidad no pudo aguantar más y entró en una tienda de bebidas alcohólicas. Plenamente consciente de estar cometiendo un error catastrófico, se compró una botella de ginebra y se dirigió a la residencia de estudiantes, dispuesto a llenar con ella el vacío de su alma.

Una vez en su habitación se sentó en la cama, abrió la botella y llenó de ginebra

el vaso que tenía para lavarse los dientes. Se dio cuenta de que la mano le temblaba mientras acercaba el vaso a la boca, y entonces un destello lo obligó a parpadear. Se detuvo, molesto, antes de beber, y un nuevo destello volvió a deslumbrarlo.

Venía de su muñeca. Era la placa de metal que cubría su reloj. Cuando movía la muñeca reflejaba la luz del techo.

—Mierda —murmuró, mirando el vaso y la botella.

Durante unos instantes permaneció ahí quieto, sentado. Un fraude. Así se había definido a sí mismo ante Sarah, y por Dios que no se le ocurría un sustantivo mejor.

Vaya vida más patética.

Cogió la botella y el vaso, fue al lavabo y vació todo su contenido. Las manos le siguieron temblando mientras abría el grifo de agua para eliminar hasta el olor del alcohol. Notó que la garganta le ardía y el estómago se le encogía, pero aun así empezó a sentirse mejor.

Se tumbó en la cama. Después de todo aquel remolino de sentimientos no tenía la menor esperanza de conciliar el sueño, y sin embargo se quedó profundamente dormido en cuanto apagó la luz. Como una barca flotando sobre un mar en calma al anochecer...

Es la recompensa a mi fuerza de voluntad, alcanzó a pensar, ya en un estado algo inconsciente.

Y durmió profundamente hasta que la puerta de su habitación se abrió sin hacer ruido.

Mark se despertó de un salto y vio la silueta de una mujer con el pelo largo. La habitación estaba a oscuras y no supo reconocer quién era. Ella se le acercó tambaleante. Parecía que le costaba mantener el equilibrio. Entonces vio que tenía la espalda insólitamente curvada.

Quiso decirle algo, preguntarle qué se le había perdido ahí en plena noche, pero ella levantó las manos para indicarle que se quedara callado.

La mujer se acercó a la cama, y la luz de la luna que se colaba por la ventana le iluminó el rostro.

Cuando la reconoció, sintió que se le helaba el corazón. Era Tanya. Estaba desfigurada, pero era ella. Sus enormes ojos habían perdido toda la vitalidad y estaban cubiertos por un escalofriante velo blanco, y sus pómulos, grises y huesudos, sobresalían del resto de la cara.

El que antes había sido un cuerpo perfecto estaba ahora hinchado por la descomposición, de modo que la ropa que llevaba, la misma que llevó la última noche que pasaron juntos, estaba tensa y parecía a punto de explotar.

Abrió la boca y un mechón de pelo se despegó de la costra ensangrentada que cubría su barbilla.

¿Por qué te odias?, le preguntó en un tono de voz que más bien parecía el eco de un gemido ante un precipicio de oscuridad.

Mark notó que un escalofrío le recorría la espalda, pero al mismo tiempo se sintió aliviado. Estaba soñando. Aquello era una maldita pesadilla, nada más.

En cualquier caso, la consciencia de estar soñando no atenuó su espanto al ver el aspecto de Tanya. No podía soportar aquella imagen ni un segundo más. Hasta ahora siempre había soñado con el momento en que la mataron, pero ni siquiera se le había pasado por la imaginación que un día soñaría con el aspecto que tendría *después*. Después de haberla visto desaparecer bajo tierra, preguntándose por qué no podía llorar.

—Márchate —susurró estirado en la cama—. Vete, por favor. Deja que me despierte.

¿Por qué te odias?, repitió ella; pero no era la voz de Tanya, sino la de un ser que vive bajo la superficie, más allá de todo lo que se ve. La voz de una esencia inconsciente que sólo adquiere presencia en los sueños. Y eso que Mark notaba el olor a putrefacción, mezclado con el perfume que Tanya se puso la última noche, como si pudiera olerlo de verdad.

Ella alargó uno de sus maltrechos brazos y Mark pudo ver con espanto los huesos de su clavícula rota y despellejada ante él.

Se movió de un lado a otro para despertarse, pero fue en vano. En su lugar notó en su piel los fríos dedos de ella acariciándole el torso desnudo y bañado en sudor. Una mano helada posándose sobre su corazón, que amenazaba con explotarle en el pecho.

Ayúdala y te ayudarás a ti mismo, le susurró el espectro.

Y entonces, por fin, despertó.

Mark se incorporó con el pulso acelerado. Sacó los pies de la cama y se quedó mirando la sombra que hacían sus piernas, iluminadas por la luz de la luna. Apenas podía respirar. La habitación le resultaba asfixiante. Era tan pequeña que se sentía como un preso en una celda...

Aunque en el fondo sabía que aquello no era real; que se habría sentido igual de agobiado en una sala enorme y luminosa, porque su angustia venía de dentro, y no del lugar en el que se hallara. Le aterrorizaba admitir que había olvidado la cara del conductor misterioso que atropelló a Tanya, le agotaba verla a ella tan a menudo en sus sueños, le doblegaba el eco de aquel grito del que no conseguía liberarse.

«¡Ey, doctor!»

Tengo que salir de aquí. No puedo respirar.

Se vistió a toda velocidad, cogió la cartera y salió de la habitación. Las paredes de la residencia eran finas e indiscretas, y en el pasillo pudo oír los ronquidos que salían de una habitación y los gemidos de una pareja, en otra.

Son jóvenes, se dijo, y lo están pasando de miedo. Y el que ronca tampoco debe de tener más de veinte años.

Aquella idea fue absurdamente obvia, dado que estaba en una residencia de estudiantes, pero Mark estaba seguro de que habría sabido que se trataba de gente joven aunque hubiese estado en una residencia para la tercera edad. El timbre de voz de la juventud tiene una fuerza especial. Una fuerza que no tenía la voz que le advertía una y otra vez *¡Ey, doctor!*

Mark sacudió la cabeza como si quisiera alejar de sí aquellos pensamientos, y salió al patio de la residencia. El frío viento de la noche le golpeó en la cara y buscó cobijo en un rincón.

¿Por qué te odias?, oyó decir a Tanya en su pesadilla. Conocía la respuesta: se sentía culpable por no haberla salvado. Por no evitar su muerte. Por no haberla ayudado cuando más lo necesitó.

Y por eso se castigaba, abandonándose y emborrachándose. Tras la muerte de Tanya se acurrucó en la cama y dejó que la vida continuase, sin más. Durante un tiempo, amigos, compañeros y conocidos fueron a visitarlo y se preocuparon por él. Le ofrecieron apoyo y ayuda, pero Mark los rechazó a todos, una y otra vez, y ellos acabaron retirándose.

Al final no fue a verla nadie más.

Meses después perdió su trabajo en la clínica, y cuando hubo gastado todos sus ahorros tuvo que abandonar su piso, pues ya ni siquiera podía pagar el alquiler.

Pero nada de eso le preocupó. Su depresión era demasiado grande como para

permitirle pensar o reaccionar con lucidez. Se mudó a una minúscula buhardilla en la que se moría de calor en verano y se helaba de frío en invierno, y cuando necesitaba dinero trabajaba unas horas pinchando discos en una discoteca o pasando películas en un viejo cine de barrio.

La música y el cine eran las dos únicas cosas que aún lograban hacerle sonreír. En ambos casos podía abstraerse del mundo mientras trabajaba, y en ambos casos podía hacerlo sin tener que hablar con nadie.

En el fondo sabía que su aislamiento no era sólo fruto de su depresión, sino que obedecía al hecho de que ya no confiaba en nadie. Por paranoico que pareciera, lo cierto es que *cualquiera* podía haber conducido aquel coche, y no le cabía ni la menor duda de que aquel fatídico día el objetivo había sido él. Sí, no había logrado identificar la voz que le gritó desde lejos, pero estaba absolutamente convencido de que su intención no había sido ayudarlo, sino más bien indicarle, con todo el cinismo del mundo, lo que estaba a punto de pasar.

Se llevó las manos a la chaqueta para coger los caramelos mentolados, y sin querer tiró al suelo el papelito con el número de teléfono de Sarah. Se agachó a recogerlo, lo estiró por las puntas y recordó las palabras de Tanya, que habían sido las de su propio inconsciente.

Ayúdala y te ayudarás a ti mismo.

El sonido de unos pasos lo sacó de su ensimismamiento. Mark alzó la vista, miró hacia el otro lado del patio y se quedó con la boca abierta. ¡No podía creer lo que estaba viendo! Junto a uno de los contenedores de la universidad, una zorra con sus tres cachorros lo miraba fijamente.

Mark había oído hablar muchas veces de los zorros que vivían en la ciudad y que por lo visto eran tan propios de Londres como las palomas lo eran de Trafalgar Square, pero, aun así, la imagen le pareció completamente surrealista.

Los cuatro animales lo observaban sin el menor reparo. *¿Qué estás mirando?*, parecía decirle la madre, con una ceja arqueada. *Nosotros también vivimos aquí. Los humanos habéis ocupado nuestro territorio, así que nos toca compartir lo que queda. Y ya no tenemos miedo. Si lo tuviéramos, nos extinguiríamos.*

Después de aquello, la hembra se alejó de allí con sus tres cachorros. Cruzaron la puerta del patio, se escurrieron por la valla de la entrada y desaparecieron, sin más.

Mark se quedó mirando el lugar por el que se marcharon los animales. «El miedo tiene su cuna aquí arriba —le había dicho Otis— y éste es el único lugar en el que puede mantenerse con vida». Fue entonces cuando Mark comprendió que había llegado el momento de enfrentarse a sus miedos, de una vez por todas. Tenía que mirar hacia el pasado para poder avanzar. Y en ese momento no importaba lo más mínimo la cifra que mostrara su reloj vital: huir siempre de todo no podía ser más que un error.

Había alguien que lo necesitaba, justo en aquel momento, y ofrecerle su ayuda sólo dependía de él.

Cogió el móvil y marcó el número de Sarah.

CUARTA PARTE

ENTREGADA

Eran poco después de las siete y media de la mañana cuando entró en la lavandería Mr. Yu's Supreme Launderette, con un café humeante en una mano y una bolsa de ropa sucia en la otra. Había previsto encontrarse con mucha gente, y de hecho ya había pensado en otra lavandería como segunda opción, pero lo cierto es que ahí sólo había una joven, leyendo un libro y sentada en el banco de madera del centro del establecimiento.

Levantó los ojos cuando lo oyó entrar. Debía de tener veintitantos años, pero era tan gorda que resultaba difícil calcular su edad. Su cabeza se sostenía directamente sobre el cuerpo, sin cuello, y parecía llevar varios flotadores bajo su enorme jersey de color lila. Tenía la cara llena de pecas y el pelo tan fino y ralo que se le podía ver el cuero cabelludo.

Dicho en una palabra, era *fea*. Como él. Pero tenía los ojos bonitos —claros, azules y despiertos—, por mucho que volvió a apartarlos rápidamente de él para volver a su libro. Bueno, ya estaba acostumbrado.

Dejó el café en un banco, metió su ropa en una de las lavadoras y puso la cantidad de detergente y de suavizante que le parecieron adecuados. Puso especial atención en no verter nada fuera, porque las yemas de los dedos le dolían enormemente y todo le costaba una barbaridad.

Con las monedas era imposible. No lograba distinguir las ni cogerlas bien; una se le cayó al suelo y tardó una eternidad en poder recuperarla.

Se sentó en el banco y no se sorprendió al observar que la joven fingía buscar algo en su bolso y, como quien no quiere la cosa, se quedaba con él en el regazo.

—Buenos días —dijo alzando su café hacia ella, como si no se hubiese percatado del detalle del bolso—. Me llamo Stephen. El café del Henry's de aquí delante está buenísimo. Mucho mejor que el de Starbucks. Te lo recomiendo. ¿Te gusta el café?

Pero ella no le contestó. Obviamente no tenía ganas de charlar con él. En lugar de eso cogió unos auriculares que llevaba en el bolso, los conectó a su MP3 y se los llevó a las orejas. Estaba tan rechoncha que pareció que se los metía directamente en la cabeza. Luego cogió otra vez su libro y siguió leyendo.

Él miró el lomo y leyó el título: *La sangrienta venganza del carnicero*.

—¿Es bueno? —le preguntó, alzando un poco la voz. No obtuvo respuesta—. Yo prefiero otro tipo de libros —continuó, impasible—. La vida real ya es lo bastante sangrienta...

La joven lo miró de soslayo, brevemente, y frunció el ceño. Su frente parecía una fregona. Quizá le molestaran los pantalones que llevaba, un poco demasiado cortos, o sus zapatos Bugatti, un número menor de lo que necesitaba.

Y entonces se apartó un poco más de él. Unos centímetros más y se caería del banco.

Lástima, pensó él.

Le habría ido bien algo de conversación. Le habría gustado practicar un poco, ponerse en la piel de su nuevo yo para ver si resultaba lo suficientemente convincente. Era frustrante que la fea aquella lo ignorara de aquel modo.

Tú tendrías que saber cómo me siento. Estoy seguro de que sabes lo que significa ser rechazado por tu aspecto y quedarte solo y marginado en un rincón.

Pero, por lo visto, los feos también se evitaban entre sí. Quizá se avergonzaran de su aspecto, o quizá se odiaran a sí mismos. Así como él se había odiado por lo que fue... antes de convertirse en Stephen Bridgewater.

—Vale, me callo.

Se encogió de hombros y sacó un periódico del bolsillo interior de su chaqueta.

Había escogido el *The Sun* porque, de todos los que había en el quiosco, era el que dedicaba más espacio al apartado de sucesos y seguro que hablaría del incidente, suponiendo, claro está, que ya hubiesen encontrado el taxi.

Pasó por alto los titulares, que informaban de que el Chelsea había ganado al Arsenal dos a uno, que el Primer Ministro se planteaba la salida de la Unión Europea, que Britney Spears había renunciado al sujetador en su última aparición pública y que un estudiante compró drogas en una fiesta universitaria y había acabado arañándose la cara hasta destrozársela.

Y por fin dio con la noticia que estaba buscando. *¡Esto no pinta bien!*, se dijo, conteniendo la respiración.

MISTERIOSO DESCUBRIMIENTO EN UN PARKING PRIVADO, decía el titular. Y debajo, como subtítulo: EL VIGILANTE DE UN PARKING ENCUENTRA A LA VÍCTIMA DE UN SECUESTRO.

Vale, lo han encontrado, pensó mientras observaba la foto del taxi rodeado de policías. Parecía ser el único coche de todo el aparcamiento.

Entonces empezó a leer:

El vigilante Bernard Norris, de veintitrés años de edad, se llevó el susto de su vida durante su control rutinario de ayer en el aparcamiento de Northern Car Park S. A. de Brixton. En el maletero de un taxi que se aparcó allí de manera ilegal, el joven encontró a un hombre atado y amordazado. Por lo visto, llevaba varios días encerrado en el maletero del vehículo.

—Apeataba como en una alcantarilla —dijo el vigilante—, pero enseguida supe lo que tenía que hacer.

Según nos ha comentado el portavoz de la policía, la víctima —un hombre de cuarenta y seis años— era un taxista de Sundridge. Cuando lo encontraron estaba completamente deshidratado y tuvo que ser ingresado de inmediato en el hospital, en cuidados intensivos. Esta mañana el médico que lo lleva ha informado a los medios de que ya no corre peligro, por mucho que los resultados de sus análisis de sangre indicaran que le habían administrado grandes cantidades de calmantes, y también hubiera pruebas de que lo habían torturado con un aparato de electrochoques.

Por el momento se desconocen los motivos de semejante atrocidad.

Dejó el periódico sobre su regazo y respiró, aliviado.

No sabían quién lo había hecho.

Eso era bueno.

Y el taxista estaba vivo y todo indicaba que iba a sobrevivir.

Eso era aún mejor.

No había querido hacerle daño, pero es que le había resultado imposible gestionarlo de otro modo. Necesitaba el taxi para acceder a Stephen. Lamentaba que el pobre hombre hubiese tenido que desatender durante unos días sus obligaciones, pero vamos, que habría sido mucho peor que hubiese muerto. Sí, aquello lo habría entristecido bastante.

Ahora, en cambio, se sentía de buen humor. Todo iba viento en popa y pronto podría entregar a Sarah la segunda parte de su regalo. ¿O quizá fuera a descubrirlo ella sola?

Para entretenerse mientras su ropa acababa de lavarse y secarse, leyó el resto de artículos que llenaban las páginas de actualidad: cantantes y actrices que se operaban el pecho para aumentarlo de tamaño, divorcios dramáticos y custodias sorprendentes, confesiones de modelos tan delgadas que parecían enfermas, y, por supuesto, un montón de hojas sobre deporte.

Sí, esto es lo que interesa al mundo, pensó. La gente llena con esta bazofia el vacío que siente en su interior. Y entonces, en algún momento, se dan cuenta de que la vida les ha pasado por delante sin darse ni cuenta. No valoran lo que tienen. Pero yo puedo cambiar eso.

En un momento determinado salió de su ensimismamiento y se dio cuenta, sorprendido, de que la gorda había desaparecido. No lo había notado.

En su lugar estaba sentado un hombre con perilla que también leía el *The Sun*. Tenía una sonrisa de oreja a oreja, y por lo visto la modelo de la portada le había levantado el ánimo y también algo más.

—Eh, Scarface —le dijo, señalando la foto—, vaya tetazas, ¿eh? Ni tú ni yo podremos llevarnos algo así a la cama, joder.

Scarface.

Justo en el clavo.

—Me llamo Stephen —le dijo con acritud—. ¡Stephen!, ¿me oye?

La sonrisa desapareció de la cara del hombre.

—Sí, claro, claro —dijo, levantando una mano a modo de disculpa—. Perdona, no quería molestarte, *Stephen*. —Entonces señaló la lavadora y añadió—: ¿Ésa de ahí es tu ropa? Porque ya está seca... Lo digo por si no te habías dado cuenta... Yo...

Al ver el miedo en los ojos de aquel tipo, Stephen tuvo que hacer un esfuerzo por reprimir una sonrisa triunfal. Le gustaba sentir que lo había intimidado, y que lo había hecho usando su nuevo nombre.

Se sentía poderoso, muy seguro de sí mismo.

—Estoy casado —dijo lleno de orgullo—. Felizmente casado con la mejor mujer del mundo. Y tengo un hijo maravilloso que algún día será un adulto importante. Así que quédate tú con esas tetas que nunca tendrás, porque yo ya tengo lo que quiero.

El hombre asintió y tragó saliva. Verlo así era maravilloso.

Se levantó, sacó su ropa de la lavadora y la miró bien. *Ni una mancha*, se dijo. *Fantástico*.

Qué suerte haber visto aquel anuncio de detergente ultrafuerte. Comprar lo había resultado ser todo un acierto. La verdad era que sus pantalones y su jersey estaban un poco más claros que antes, y que los marrones se habían vuelto *beiges*, pero no quedaba ni rastro de sangre por ninguna parte.

¡Fantástico!

Salió de la lavandería sin decir adiós, y un par de manzanas más allá abrió un contenedor y tiró la ropa recién lavada. Luego siguió caminando y tarareando una canción.

Qué día más maravilloso, se dijo.

Todo estaba saliendo como había planeado.

—¡Me alegro tanto de que hayas venido!

Sarah salió a recibirlo al pasillo y lo abrazó. Se quedó ahí quieta un buen rato, como si no quisiera soltarlo, y entonces Mark notó que estaba llorando. Muy flojito, para que Harvey no lo notara. Así que la sostuvo en sus brazos hasta que se calmó.

Tiene mal aspecto, se dijo, cuando la vio sentada en la cocina de la mujer a la que presentó como su amiga Gwen. Y como para confirmar aquella idea, Mark vio una foto colgada en la puerta de la nevera: Sarah y Gwen sonreían en aquella misma cocina, en plena fiesta, y sostenían en lo alto sus copas, felices y vitales, para brindar con quien les hacía la foto. Ahora, en cambio, sus mejillas estaban hundidas y sus ojos tenían ojeras. Era más que evidente que desde el incidente en su casa no había comido ni dormido correctamente.

—Hoy he puesto una denuncia por desaparición en la policía —le dijo, mientras le servía una taza de té.

—¿Y qué te han dicho?

Sarah hizo un gesto de impotencia.

—Lo mismo que hace dos días. Que están buscando el coche de Stephen, y que más allá de mi denuncia no hay ningún indicio que les lleve a pensar en un secuestro. Que todo les lleva a pensar que mi marido se ha marchado voluntariamente, y que en el peor de los casos sufrí un allanamiento de morada sin robo ni daño alguno. No saben cómo ayudarme, Mark. Creo que piensan que estoy como una cabra. Que no acepto la realidad. Que no entiendo que mi marido «se fue a buscar tabaco».

Dejó escapar una risita sarcástica, puso su brazo en cabestrillo sobre la mesa y se rascó como pudo con una aguja de hacer punto.

—Lo único que me consuela es que Harvey está bien. Sabe que hay algo extraño en el hecho de que estemos viviendo aquí, pero al menos ha vuelto a sonreír y se lo pasa bomba jugando con Diana.

Mark miró hacia la puerta que daba al comedor y vio a Harvey sentado junto a Gwen y su hija en el sofá. Acababan de hacer muffins y toda la casa olía a masa, arándanos y chocolate. Ahora estaban mirando una película de dibujos animados. Por la música, le pareció que se trataba de Tom y Jerry.

No pudo evitar pensar en los niños con los que en su día trabajó; niños que habían perdido a sus padres o hermanos en circunstancias traumáticas, que habían vivido la guerra o sobrevivido a un accidente. Niños que, tras la conmoción, habían vuelto a reír y a jugar con otros niños, como si nada. En los adultos eso sólo es posible gracias al *poder de la represión*, pensó. Al principio es una bendición, porque nos permite seguir adelante; porque guarda el dolor y el miedo en el fondo de nuestro

inconsciente y nos ayuda a afrontar la realidad. Pero luego...

Sarah lo sacó de sus pensamientos.

—Mark, he hecho lo que me recomendaste: he ido a la policía. Pero tiene que haber algo más que podamos hacer. ¿Se te ocurre alguna idea?

Mark la miró fijamente durante varios segundos. Sí, de camino hacia allí él también se había hecho aquella pregunta.

—Bueno —dijo al fin—, lo ideal sería descubrir qué es lo que busca ese hombre; qué quiere de vosotros. —Dudó un poco antes de continuar—: Si no ha pedido rescate y no te ha escuchado cuando le has hablado de tu marido, está claro que el dinero no es su móvil. Lo más probable es que tengas razón y se trate de un perturbado, de un enfermo mental que realmente cree ser Stephen... ¿o quizá de un actor con un macabro sentido del humor?

—No, no, ese hombre no estaba actuando. Imposible. ¡Tendrías que haberlo visto!
—Sarah tembló al recordarlo—. Estaba como una chota, y eso es precisamente lo que me asusta, porque todos dicen que los locos son impredecibles, ¿no?

Mark hizo un gesto algo ambiguo.

—Sí y no. Todos los que creen ser otra persona suelen partir de un trasfondo determinado. Es decir, que no ha escogido ser Jesucristo o George Clooney, ¿sabes? Ese hombre ha decidido que es tu marido. No deberíamos pasar eso por alto. La pregunta es: ¿por qué ha escogido precisamente la identidad de Stephen Bridgewater?

—¿Y tú qué crees? ¿Tienes alguna idea?

—Aún no, Sarah, pero tiene que haber algún hilo del cual tirar. No digo que todos los trastornos puedan explicarse de un modo lógico, pero sí que la mayoría tiene un contexto racional. Si lográramos comprender cómo ha llegado hasta vosotros, quizá podríamos analizar sus motivos.

—¿Crees que así podríamos comprender lo que le pasa y predecir lo que planea?

Mark miró su taza, pensativo, y respondió:

—No quiero que te hagas demasiadas ilusiones, Sarah, pero sí, creo que sería posible. Ya te ha llamado una vez, ¿verdad? Bien, lo más probable es que vuelva a hacerlo. Si se identifica con tu marido, querrá tener contacto contigo, ¿no te parece? Lo mejor que podemos hacer, pues, es estar preparados para ese momento. Quizá encontremos el modo de que yo hable con él... quién sabe...

—¿En qué estás pensando? ¿Qué propones, Mark?

Mark dio un sorbo a su té y se mantuvo en silencio un instante. Estaba intentando valorar si lo que iba a pedirle a Sarah sería demasiado para ella.

Como si supiera lo que le estaba pasando por la cabeza, Sarah le espetó:

—Vamos, suéltalo, Mark. Tienes una idea, ¿verdad?

—Bueno, tenía una, pero...

—Dímela.

—Antes tendrías que volver a explicarme con pelos y señales lo que pasó aquella noche, y a ser posible en tu casa, en el lugar donde ocurrió. Necesito que recuerdes el

mayor número de detalles. No va a ser algo fácil, Sarah, y no quiero presionarte. ¿Crees que podrás?

Ella se levantó de inmediato. En sus ojos brillaba una determinación que él conocía bien: nacía de la necesidad de actuar, de moverse, de hacer lo que fuera con tal de no seguir en casa, esperando.

—No perdamos ni un segundo —le dijo, y luego, dirigiéndose a su amiga, añadió—: ¿Gwen, puedo cogerte el coche durante un rato?

—Claro que sí —le dijo ella, sonriéndole desde el sofá.

Ahora debían de estar viendo el Coyote y el Correcaminos. El «Pip-piiiiip» del Correcaminos al acabar con el Coyote, que siempre llegaba tarde a todo, era absolutamente inconfundible.

A los niños les parecían unos dibujos muy graciosos, pero Mark no pudo evitar pensar en que quizá Sarah y él eran el Coyote, y el desconocido era el Correcaminos.

Cuando Mark entró en casa de los Bridgewater sintió una extraña inquietud. Era una sensación que no lograba explicarse, una especie de desasosiego que no tenía nada que ver con la admiración que le despertó la casa vista desde fuera, y la construcción en sí. Dicho con otras palabras, le encantó el estilo arquitectónico del edificio, y tanto el tamaño como la disposición y la orientación de las habitaciones le parecieron un completo acierto. Además, la altura de los techos, el color de la pintura y los muebles de toda la casa le hicieron pensar que no sólo el arquitecto, sino también las personas que vivían en ella tenían mucho gusto para convertir una casa en un hogar.

Y, sin embargo... ahí estaba esa extraña sensación de angustia que le oprimía sin saber por qué. Era como si, antes de marcharse, el desconocido hubiese dejado en la casa una especie de presencia amenazadora. Algo así como un gas inodoro que impregnara el aire. Ahí había algo, y ese algo no sólo tenía que ver con Sarah sino también consigo mismo. *Qué idea más absurda*, se dijo. Pero no pudo dejar de darle vueltas.

Poco después comprendió que aquella sensación no emanaba de la casa, sino de su propio interior. El desasosiego que le atenazaba era fruto de la empatía que sentía por Sarah. Alguien se había colado en la vida de su vieja amiga sin previo aviso y la había privado de su rutina y de su seguridad. Igual que le pasó a él. Y también de igual modo, al principio ambos buscaron un clavo al que agarrarse, aunque estuviera ardiendo. Tenían que dar con el culpable para poder recuperar —al menos— parte de su paz espiritual.

Eso fue precisamente lo que más daño le hizo: él, Mark, nunca llegó a saber quién fue el conductor que se llevó la vida de Tanya. Le habría gustado comprender por qué no había frenado. ¿No la había visto o había querido arrollarla? Necesitaba saberlo, lo necesitaba de verdad.

Si hubiese alcanzado a entender el contexto de aquella fatalidad, quizá hubiese encontrado el modo de llevar con más dignidad todo aquello. Quizá. Al fin y al cabo, comprender los orígenes del dolor, por intenso o descabellado que éste sea, es el mejor remedio para superarlo.

Ahora, en cambio, había un montón de preguntas sin respuesta que no lo dejaban en paz. ¿Por qué había oído una voz que lo llamaba «doctor»? ¿Acaso se conocían? ¿Y en caso afirmativo, *de qué?* ¿Había algún tipo de relación entre ambos que él mismo no había tenido en cuenta? ¿O era Tanya a quien conocía la voz? ¿Era posible que se tratase de un amigo de ella?

Preguntas y más preguntas, todas sin respuesta.

A partir de cierto momento, Mark empezó a desconfiar de todo el mundo; de

todos, sin distinción. Escuchaba las voces esperando reconocer la de aquella noche, e incluso se colaba en las casas de sus amigos para asegurarse de que ninguno de ellos tenía en el garaje un coche como el que atropelló a Tanya. Pero fue en vano. En realidad ni siquiera recordaba la marca del vehículo, y no tenía del todo claro si era de color blanco o gris.

Al final no le quedó más remedio que admitir que todos sus intentos por descubrir la verdad habían sido en vano. Lo único que había descubierto, en su lugar, era un sufrimiento terrible y una sensación de fracaso y desamparo. Y entonces abandonó la búsqueda de la verdad, y luego se abandonó a sí mismo.

Algo parecido debía de estar sucediéndole a Sarah mientras le enseñaba los lugares en los que todo sucedió aquella noche fatal. Sí, ella pensaba que podrían encontrar algún tipo de rastro, alguna señal que los condujera al desconocido, y, más importante aún, que les dijera dónde podía estar Stephen y qué le había pasado.

La diferencia entre Sarah y él era que ella aún tenía esperanza.

Cuando acabaron su recorrido por la casa, Sarah se dejó caer en una silla de la cocina y se frotó la cara con las manos, agotada. Estaba pálida, tenía la frente perlada de sudor y temblaba como una hoja seca. Parecía haber agotado todas sus fuerzas recordando su encuentro con el desconocido y explicándoselo a Mark con todo lujo de detalles.

—Cada vez que cierro los ojos veo a Stephen —susurró, con la mirada perdida en el infinito—. Parece desesperado y sé que está gritando algo, pero no logro oír de qué se trata. Sólo le veo la cara. Está muerto de miedo. Y entonces desaparece y ya no sé dónde está. ¡Dios mío, Mark! ¡Sólo espero que siga vivo!

Mark no dijo nada. Sabía cómo se sentía Sarah.

Durante una breve eternidad el silencio se apoderó de la cocina. Mark, apoyado en el marco de la puerta, revisaba atentamente todo lo que Sarah le había explicado.

La habitación de Harvey y sus vistas al jardín.

El árbol, muy cerca de la ventana, cuyas ramas parecían dedos que repiqueteaban en el cristal.

El dormitorio y la ventana desde la que Sarah saltó para correr a buscar ayuda.

Las escaleras y el pasillo.

El lugar en el que el desconocido dejó la maleta y el abrigo de Stephen.

La cómoda en la que colocó sus llaves, como hacía siempre él.

Mark paseó su mirada por la cocina. Allí habían estado Sarah y el hombre de la cara marcada. Allí él se había preparado algo para picar. Un bocadillo en el que por lo visto había estado pensando durante su viaje hasta allá.

Se preguntó por qué habría dicho aquello. Por qué aquel hombre con la cara llena de cicatrices le había querido decir que había pensado en su nevera durante el trayecto.

Y llegó a la conclusión de que había sido una amenaza. *Sí, te conozco*, había querido decirle. *Te conozco aunque tú no sepas quién soy, y eso me da poder*.

En el mármol de la cocina podía verse aún el ramo de flores en el jarrón curvado, y Mark se preguntó si aquello tendría también un significado.

El ramo era realmente bonito. Nada de flores baratas, de esas que se compran en los supermercados o las gasolineras.

No, se dijo Mark, *este ramo ha tenido que costarle mucho dinero*.

A su lado, la caja con la PlayStation para Harvey. Otro regalo caro.

Pero allí había algo que lo desconcertaba aún más. Tenía que ver con el plato que ahora estaba en el escurrerplatos. Con el cuchillo que reposaba junto a él.

Pensativo, Mark fue hasta el armario que colgaba de una de las paredes de la

cocina, cogió un vaso vacío y lo llenó con agua del grifo. Luego se lo ofreció a Sarah.

—Ten, estás pálida. Tienes que beber para reanimar tu circulación.

Sarah cogió el vaso y lo miró llena de esperanza.

—¿Y bien? ¿Qué opinas?

Mark se pasó la mano por el pelo y miró el soporte de madera en el que los Bridgewater guardaban los cuchillos. También estaba colgado de la pared, a una altura prohibitiva para los niños, seguramente para evitar riesgos con Harvey.

No faltaba ningún cuchillo, y eso lo desconcertaba.

Durante sus estudios, uno de sus profesores le enseñó que la herramienta más útil para un buen psiquiatra no era el conocimiento del inconsciente o de los guiños del alma, sino más bien una buena capacidad de observación. «Por lo general dejamos que nos engañen las apariencias, nos quedamos con la primera impresión y no solemos ir más allá», solía decirles, «pero lo que de verdad cuenta son los detalles; todos ellos juntos conforman la realidad».

A raíz de aquella enseñanza, Mark empezó a prestar atención a los detalles, a fijarse en las cosas aparentemente poco importantes que lo rodeaban, y se dio cuenta de que era cierto: la observación de las insignificancias resultaba ser de lo más significativa.

Ahí estaba, pues, el soporte de madera de los cuchillos por un lado, y el plato con el cuchillo que utilizó el desconocido por el otro. Y también estaba el jarrón con el ramo de flores.

Cuantas más vueltas le daba, más evidente le parecía lo que aquellas observaciones querían decir. Y el presentimiento dio paso a una incómoda sensación de desasosiego que le puso la piel de gallina.

—Oye, Sarah —dijo—, ¿has ordenado algo desde que ese hombre estuvo aquí?

Ella lo miró sorprendida.

—Bueno, los colchones y el edredón que tiré por la ventana...

—No, quiero decir aquí, en la cocina.

—En la cocina no, ¿por qué?

—¿Y el plato y el cuchillo?

Sarah miró al escurrer platos, pero enseguida apartó la vista.

—No, eso... eso lo dejó él.

—¿Estás diciendo que ese tipo comió aquí y luego limpió el plato?

Ella asintió.

—Y el jarrón... ¿dónde sueles guardarlo?

—¿El jarrón? —Ella movió la cabeza, desconcertada—. No sé adónde pretendes llegar. En el armario del pasillo.

—Vale —dijo Mark, que poco a poco iba comprendiendo—, volvamos al cuchillo. ¿No ves nada raro en él?

—¿En el cuchillo? ¿Mark, a qué vienen estas preguntas?

—Ahora te lo digo, pero, por favor, intenta responderme.

—A ver... Stephen y yo lo usamos a menudo. Casi siempre, de hecho. Creo que es de un acero especial, japonés o algo, y corta fenomenal. Es nuestro cuchillo preferido, por así decirlo. Stephen lo trajo un día, junto con un *chukanabe*.

—¿Junto con un qué?

—Una especie de wok japonés o algo así. Fue un regalo de uno de sus clientes, un cocinero de Osaka que se vino a vivir a Cambridge. ¿Me dirás ahora adónde pretendes llegar?

Mark no apartaba la vista del cuchillo.

—¿Recuerdas cuánto hace de aquello, más o menos?

—¿Te refieres a cuándo se lo regalaron?

—Sí.

Sorprendida, Sarah frunció el ceño.

—No sé, el año pasado, creo. O el otro. Ya hace mucho.

Mark miró entonces el bloque de madera.

—¿Y dónde soléis guardar este cuchillo tan especial?

Sarah señaló un cajón de la cocina.

—Ahí dentro, bien atrás, para que Harvey no pueda llegar y hacerse daño.

—¿Y crees que esa noche también estaba ahí?

—Seguro que sí, seguro. ¡Por al amor de Dios, Mark, haz el favor de decirme qué estás pensando!

Mark cogió una silla y se sentó al lado de ella.

—Vamos a ver... —empezó a decir, y respiró hondo—. He estado pensando en lo que me has contado: en que ese hombre repitió exactamente todos los movimientos que suele hacer Stephen al llegar a casa; en que estaba al corriente de cuál era vuestro italiano favorito (aquel que cerró hace un año), y conocía el contenido de vuestra nevera, y no cortó el pan con lo primero que tuvo a mano, sino que abrió el cajón en el que estaba el cuchillo japonés (que es vuestro preferido). Sabía dónde encontrarlo, y también dónde encontrar el jarrón.

Sarah lo miró con los ojos como platos, y de pronto lo comprendió todo.

—¡Joder! ¿Cómo no se me ha ocurrido a mí?

Mark miró hacia el gran ventanal que daba al jardín, a un lado del porche.

—Os espiaba —dijo—. Os estuvo espiando durante mucho tiempo, por lo visto. Como mínimo un año, aunque todo apunta a que fue más. Si no, no habría sabido lo del restaurante.

Sarah apretó los puños con tal fuerza que los nudillos se le pusieron blancos.

—¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios mío! ¡Y no nos dimos cuenta!

Mark la miró fijamente.

—Quizá sí.

—Te aseguro que ni de broma...

—Piénsalo un poco —la interrumpió él—. En los últimos meses, ¿no pasó nada que os pareciera extraño? ¿Nada que resultara insólito y al mismo tiempo irrelevante?

Ella se quedó pensativa unos segundos, y luego lanzó un suspiro.

—No logro recordar nada parecido. Si Stephen o yo hubiésemos tenido la sensación de que había alguien rondando por nuestro jardín, seguro que habríamos tomado cartas en el asunto. No, Mark, la primera y única noche en la que me sentí hasta cierto punto observada fue precisamente aquella en la que el desconocido irrumpió en mi casa, y no fue por él, sino porque Harvey creyó haber visto a alguien en el jardín.

Mark miró hacia el pasillo y asintió, ausente.

Quizá no fue la primera vez que el pequeño vio a alguien, se le pasó por la cabeza. ¡El jarrón estaba en el pasillo, y allí no hay ventanas!

Se levantó de golpe y anduvo hasta la puerta. Una vez allí se arrodilló y echó un vistazo a su alrededor.

Si fuera de noche, si la casa estuviera a oscuras y yo fuera un niño que se acerca adormilado a la cocina...

—Sarah, ese sueño de Harvey del que me has hablado... el del enorme perro negro que vio en la cocina... ¿Después de verlo salió disparado hacia vuestra habitación?

Ella asintió, angustiada.

—Sí, ¿por qué?

—¿Vinisteis luego a echar un vistazo?

—Sí, Stephen bajó.

—¿Enseguida?

—No, primero hablamos con Harvey. Quisimos tranquilizarlo, porque estaba fuera de sí. Quisimos explicarle que había tenido una pesadilla.

—¿Os dijo dónde había visto al perro exactamente?

Sarah hizo un gesto con el brazo, desesperada.

—No, y tampoco se lo preguntamos. Pero sé que durante un tiempo no quiso sentarse en la silla en la que acabas de estar. No estarás insinuando...

Aún arrodillado, Mark miró hacia la silla vacía, pensativo, y luego se incorporó, se pasó las manos por los pantalones y volvió a sentarse sin decir nada.

—¡Vamos, Mark, di algo! ¿Crees que es posible que no fuera un sueño?

Él se pasó la mano por el pelo.

—Bueno... por supuesto, es posible que me equivoque, pero...

Sarah miró a su alrededor, aterrorizada.

—No irás a decirme... no creerás que Harvey vio al loco de la cara marcada, ¿no?

—Sólo intento imaginar qué pudo haber asustado tanto al pequeño, en el supuesto de que no fuera un sueño —dijo Mark—, y lo único que me parece obvio es que no se trataba de un perro. Pero... ¿y un hombre a cuatro patas? ¿Y si el tipo hubiese oído a Harvey y, al darse cuenta de que no tenía tiempo de escapar, hubiese intentado esconderse debajo de la mesa? ¿Y si Harvey, medio dormido y desorientado, lo hubiese visto en esa tesitura y lo hubiese confundido con un enorme perro negro? —

Hizo un gesto con las manos y continuó—: Evidentemente, puede que esto no sea más que una locura, pero...

—¡Madre mía! —gritó Sarah, levantándose de un salto.

—¿Qué pasa?

Sarah estaba pálida como la tiza, y tenía los ojos abiertos como platos.

—¡Sí, Mark, puede que tengas razón! ¡Oh, Dios mío...! ¡Mis llaves! ¡Todo encaja!

—¿A qué te refieres?

—Hace unas semanas, más o menos por la misma fecha en la que Harvey tuvo la pesadilla, yo perdí mis llaves. Pensé que me las había dejado en alguna tienda, o en el banco, pero al cabo de unos días las encontré. Estaban en el jardín, sobre el césped, cerca del garaje. Me pareció muy raro que ni Stephen ni yo las hubiésemos visto antes, porque cada día pasábamos por ahí varias veces y el césped estaba recién cortado, pero lo cierto es que me puse tan contenta que ni siquiera me paré a pensarlo de verdad, y, desde luego, ni se me pasó por la cabeza la posibilidad de cambiar la cerradura.

Tragó saliva antes de continuar.

—Puede que no perdiera las llaves, ¿verdad? Puede que ese tipo me las robara del bolso en el supermercado... Muchas veces lo pongo con el resto de bolsas en el carrito, y no siempre me acuerdo de colgármelo al hombro cuando me doy la vuelta para coger algo de las estanterías. Stephen siempre me lo recordaba. Me decía que un día iba a llevarme un disgusto... Y ahora ese loco...

Dio un par de pasos atrás, con la vista clavada en el suelo, bajo la mesa de la cocina.

—No me atrevo ni a pensarlo —susurró—. No creímos a Harvey. Le dijimos que había tenido una pesadilla. Si ese chiflado estuvo en casa y nosotros dormíamos... Podría... podría haber ido al cuarto de Harvey y...

Se tapó la boca con las manos, como para obligarse a callar. Tenía lágrimas en las mejillas.

El viento helado del invierno le golpeó con fuerza en la cara mientras bajaba del autobús. Hacía un frío de mil pares de narices y todavía le quedaba un buen tramo para llegar a su destino, de modo que tuvo la tentación de coger un taxi, pero no sucumbió a ella. Habría sido un error. Era posible que la policía ya estuviera tras la pista de un hombre con la cara marcada...

En realidad todo hacía pensar que la investigación no había avanzado tanto —en los diarios no había encontrado ni una sola línea sobre el «caso Bridgewater»—, pero aun así pensó que era más seguro evitar cualquier riesgo, por pequeño que fuera.

Por eso había tenido en cuenta hasta el más mínimo detalle, como por ejemplo la ropa que llevaba puesta, para no llamar la atención en aquel barrio de mala muerte. En lugar del traje y el abrigo llevaba una gorra con el escudo del Arsenal, unos tejanos viejos de color gris, una chaqueta acolchada con el cuello subido y unos zapatos muy gastados.

No había duda de que aquellos zapatos usados eran mucho más cómodos que los Bugatti de Stephen, que le quedaban pequeños, pero él no se sentía cómodo con aquellas pintas. Eran parte de otra vida. De una que ya había dejado atrás.

Paciencia, se recordó a sí mismo al llegar frente al edificio gris de pisos de protección social. *Paciencia*. Pronto habrá acabado todo.

Pasó junto a un grupo de jóvenes que jugaban a baloncesto al otro lado de una valla. Uno de ellos lo vio pasar, se quedó petrificado y lo señaló con un dedo.

—¡Hostia puta! ¡Mirad, tíos! ¡Hay un zombie en el barrio!

Todos los chicos se acercaron a la valla y lo increparon desde allí.

—¡Eh, colega! ¡El cementerio queda por allí! ¿Te has comido un ventilador, carapicada? ¡Joder, qué feo eres!

Ni siquiera los miró. Al menos ellos decían lo que otros pensaban.

Cuando al fin llegó al edificio apenas se notaba los dedos, por el frío. El ascensor estaba estropeado, cómo no, y tuvo que subir andando hasta el sexto piso. Las paredes estaban cubiertas de grafitis, la escalera estaba plagada de colillas y apestaba a cerveza barata, aguas estancadas y cocinas sin extractor.

Cuando por fin llegó al sexto, se detuvo para recuperar el aliento. Volvía a tener un dolor de cabeza terrible, y el latido acelerado de su corazón no hacía sino intensificarlo, hasta el punto de que apenas podía respirar.

De modo que esperó un rato a que remitiera el dolor, y mientras tanto observó el rellano de la escalera. De una de las puertas colgaba una corona de muérdago plastificado junto a la que alguien había escrito, con caligrafía irregular, «MERRY-X-MAS», un mensaje que en aquel entorno resultaba algo bizarro y estrafalario.

Del piso que quedaba a su derecha le llegaban los gritos desaforados de un hombre; en el que quedaba a su izquierda sonaba algo así como el motor de un coche de carreras; y en algún lugar de la escalera había música rap sonando a todo meter.

No le gustaría nada vivir allí.

Cuando recuperó el aliento, y con él la compostura, avanzó por el pasillo leyendo los nombres que aparecían en las placas de las puertas. Se detuvo delante del número 69, buscó en vano el timbre y acabó llamando con los nudillos.

Oyó pasos que se acercaban desde el otro lado, el sonido de un cerrojo al descorrerse y el crujido de la puerta al abrirse muy levemente. Una mujer delgadísima lo miró con desprecio.

—¿Qué quieres?

Él sabía que no podía tener más de veinte años, pero su voz de fumadora y su piel maltrecha le conferían el aspecto de una anciana. Tenía el rostro huesudo, arrugado y poroso, y ni siquiera la gruesa capa de maquillaje que llevaba encima servía para disimularlo.

Él asintió y sonrió a la chica, como si ella también lo hubiera hecho.

—Hola, quiero ver a Simon.

Ella le dedicó una mirada gris e indiferente.

—No está.

—Oh, claro que está.

Ella dio una calada a un cigarro y le echó el humo en la cara.

—¿Ah, sí? ¿Y quién lo dice?

Él volvió a sonreír.

—Yo. Hoy es su día libre, y cuando no trabaja está aquí.

—¿Y?

—Me gustaría hablar con él.

—¡Anda ya!

Hizo el amago de cerrar la puerta, pero él puso un pie y se lo impidió. Empujó con una mano y la abrió del todo. No le costó el menor esfuerzo. Aquel saco de huesos no debía de pesar más de cuarenta kilos.

—Por favor, Bethany, es importante. Dile que...

—No te conozco —le interrumpió, mientras tiraba la colilla al suelo del rellano —. Y ahora cierra la puerta y vete al carajo, ¿lo pillas?

En aquel momento se oyeron pasos en el piso y una voz de hombre preguntó:

—Eh, Beth, ¿qué está pasando?

Ella se dio la vuelta.

—Aquí hay un tío raro que pregunta por ti.

—Vale, ve a tu habitación, yo me encargo.

Ella lo miró una vez más con desprecio y desapareció por un pasillo al mismo tiempo que por el lado opuesto aparecía un joven con el pelo rizado y rubio. Se detuvo en seco al verlo y exclamó:

—¡Ey, John! ¿Qué te trae por aquí?

—Hola, Simon. ¿Podemos hablar?

—Claro, tío. ¿Qué pasa? ¿No tenías que...?

—¿Puedo entrar?

—Vale.

Simon echó un vistazo al rellano y lo dejó entrar.

Las paredes del piso también estaban cubiertas de grafitis, aunque Simon se había esforzado en combinarlos con pósteres de Bob Marley, el Che Guevara y Kurt Cobain.

—Coño, John, esto sí que no me lo esperaba. ¿Cómo me has encontrado?

—Lo típico. El listín telefónico.

—¿En serio? Pues no lo sabía. Tendré que cambiarlo. Bueno, ¿para qué has venido?

—Necesito ayuda.

—¿Ayuda? ¿Qué tipo de ayuda?

—Necesito mi historial clínico.

—¿Qué? —Simon se rascó el pecho y lo miró sorprendido—. ¡Venga ya! No puedo hacer eso. Tienes que pedírsela al doctor Stone. Llámalo y que te dé hora. De hecho, te has saltado ya unas cuantas visitas...

—No, Simon, eso no va a poder ser. He venido a pedírtela a ti porque necesito *todo* lo que tienen sobre mí en el hospital.

—¿Cómo que todo? ¿Qué significa eso?

—Todos los informes. Tienes que cogerlos todos.

Simon movió la cabeza hacia los lados, categórico, y se pasó una mano por el pelo.

—Ni lo sueñes, colega. ¡Eso es imposible!

—Y también tienes que borrar todos mis datos de los ordenadores —siguió diciendo él, como si nada—. Sé que puedes hacerlo.

Simon lo miró a los ojos y cruzó los brazos.

—A ver cómo te lo digo para que me entiendas, John: ¡No puedo hacerlo! ¡Si me pillaran me pondrían de patitas en la calle! ¿Lo captas? Además, ¿para qué quieres tenerlo, si puede saberse?

—Sé que se trata de un favor complicado y especial, Simon, y por eso me encantaría recompensarte por ello. —Hizo un gesto con los brazos, como si quisiera abarcar todo el edificio, y añadió—: Corrígeme si me equivoco, pero yo creo que algo de dinero te vendría fenomenal.

—No te corrijo, no. Me iría de coña. Pero aun así no voy a ayudarte. El riesgo es demasiado grande. Si me pillan, me crujen, ¿lo entiendes?

—Claro.

—¿Y entonces a qué viene esto? ¿Para qué me sueltas toda esta mierda?

—Porque siempre nos hemos entendido.

—Sí, pero no lo suficiente como para arriesgarme a perder el trabajo.

—Venga, hombre —dijo. Miró a Simon y le dedicó una sonrisa—. Los dos sabemos que ya te has acostumbrado a tomar riesgos en el trabajo...

El joven empezó a sentirse incómodo, y una sombra de miedo le cruzó el rostro.

—¿A qué viene eso? ¿A qué te refieres?

—Lo sabes perfectamente, y te juro que no se lo diré a nadie. Será nuestro secreto, ¿te parece?

Simon le dedicó una mirada fulminante.

—No sé de qué me hablas, no tengo ni puta idea, pero está claro que ha llegado el momento de que te vayas.

—Vale, pues me voy.

Fue hasta la puerta y puso la mano en el pomo, pero no la abrió. En lugar de eso volvió a darse la vuelta y miró a Simon.

—¡Ah, por cierto! —le dijo—, ¿qué tal va Bethany con la metadona? ¿Ha podido dejarla o sigue enganchada?

Simon se acercó hasta él y le dijo, con la voz temblorosa de la rabia:

—¿Qué coño has querido decir con eso, John?

—A ver cómo te lo explico... Digamos que como enfermero no ganas mucho dinero, y yo creo que podría ayudarte con eso. Alguien que quiere tanto a su hermana seguro que prefiere evitar que ella tenga que prostituirse para conseguir su dosis diaria, ¿no?

Aún tenía la pregunta en los labios, cuando Simon lo cogió por los hombros y le espetó:

—¡Lárgate de aquí o te parto esa cara deforme que tienes!

—¡Está bien, está bien! Como quieras. Me voy, pero prométeme que te lo pensarás. Te ofrezco un modo fácil de conseguir dinero, y así no tendrás que estar robando metadona en el hospital, ¿no te parece? Quizá incluso logres que ella lo supere y no tengas que robar nunca más. De hecho, lo que yo te ofrezco es un único robo a cambio de todos los que sueles hacer.

El chico le soltó los hombros y se apoyó en la pared.

—¿De cuánto dinero hablas, John?

Él se llevó la mano a la chaqueta y le ofreció un sobre.

—Aquí tienes la mitad. La otra mitad, cuando me des los documentos.

Simon miró los billetes y dejó escapar un silbido.

—¡Joder! ¿Sabes cuánto dinero hay aquí?

—Claro.

—¿Y no es falso?

—En absoluto.

Simon se quedó mirando el dinero fijamente.

—¿No me estarás tomando el pelo, no?

—Te juro que no. Me caes bien, ya te lo he dicho. Eres de los pocos que siempre

me ha tratado con respeto. Además, ya sabes que a mí el dinero me importa un comino.

Simon aún le dio un par de vueltas durante unos segundos, y por fin se metió el sobre en el bolsillo trasero del pantalón.

—Vale, trato hecho. Te daré tu maldito historial médico y borraré todos los datos que tengamos sobre ti.

—Gracias, amigo, sabía que podía confiar en ti. —Puso la mano en el pomo de la puerta y añadió—: ¡Ah!, y otra cosa, Simon. Tendrías que hacerlo rápido. Si no me equivoco hoy trabajas por la tarde, ¿no? Bien, seguro que encuentras un rato de calma para cumplir con tu parte del plan.

Simon tragó saliva.

—Joder, pero... es que no lo entiendo. ¿Por qué ya no vas a la clínica? ¿Y por qué quieres desaparecer del mapa? ¿Has hecho algo ilegal? Quiero decir...

—No, Simon. —Abrió la puerta—. Créeme, es mejor que no sepas nada. Tú límitate a conseguirme el historial. Mañana pasaré a buscarlo con el resto de la pasta, y después no volverás a verme nunca. Te lo juro.

Mientras volvía a la parada del autobús —tras dar una vuelta enorme para evitar pasar junto a la pista de baloncesto— sólo pensaba en las ganas que tenía de cambiarse de ropa.

El modo en que Simon lo había mirado... Era igual que los demás. Igual que todos en la clínica. No podía soportarlo más.

Tenía que volver a ser Stephen Bridgewater lo antes posible. De lo contrario, le daría un ataque.

Mark salió a la calle y se subió la cremallera de la chaqueta. El viento húmedo y helado envolvía la casa de los Bridgewater y le golpeó en la cara mientras pasaba junto al porche para ir a la parte trasera del jardín. Allí se detuvo y miró a su alrededor.

La verja que rodeaba el jardín era lo suficientemente alta como para mantenerlos a cubierto de las miradas indiscretas de vecinos y transeúntes. Era imposible ver lo que pasaba al otro lado.

Mark se dirigió hacia unos arbustos que esperaban con paciencia la futura tala primaveral, y desde allí miró el tejo que crecía justo frente a la ventana de Harvey.

Su tronco era lo suficientemente grueso como para que un hombre se escondiera tras él. De hecho, tanto el árbol como los arbustos parecían un escondite ideal, y también la cama elástica y la zona para jugar con arena que quedaban algo más allá. Por la noche, nadie podría reconocer a nadie en aquel lugar.

Mark intentó ponerse en la piel del desconocido. Lo más probable es que no se hubiese considerado a sí mismo como un intruso. Todos los *voyeurs* justifican su actitud diciendo que no hacen daño a nadie.

Debías de sentirte seguro estando aquí. Si no, no habrías vuelto tan a menudo, pensó Mark. *Nadie se dio cuenta de tu presencia. Y si alguien miraba por la ventana no tenías más que esconderte entre las sombras. Te volvías parte de la noche. Te hacías invisible.*

Movió la cabeza hacia los lados. ¿Qué le estaba pasando? Había intentado una y mil veces ponerse en la piel del conductor que se llevó por delante la vida de Tanya, siempre en vano, y en cambio ahora no tenía ningún problema en imaginar cómo debía de sentirse el desconocido que se coló en casa de Sarah.

Ahí de pie, pensando en aquel extraño, se sentía como si entendiera lo que le pasaba por la cabeza.

Quizá se deba a que tenemos mucho en común, pensó. Al fin y al cabo, él también tuvo su época de *voyeur* cuatro años atrás. Si bien es cierto que al principio los motivos de su comportamiento estaban más que justificados, pronto comprendió que aquella situación le provocaba un verdadero y compulsivo placer. Y luego tuvo que hacer un esfuerzo enorme por abandonar el hábito —y la emoción— de espiar.

Decidió, pues, echar mano de aquella experiencia y observar la casa de los Bridgewater desde la perspectiva de un *voyeur*: como era propio de la zona, no había cortinas ni persianas en ninguna de las ventanas; nada que pudiera proteger a la familia de las miradas indiscretas del exterior. Obviamente, la verja que rodeaba el jardín ya les daba la suficiente sensación de recogimiento... Y he aquí la mejor baza

de los *voyeurs*: el hecho de que sus víctimas se sientan seguras y a salvo en su hogar los hace sentirse poderosos y hábiles en su transgresión. En el caso de la familia de Sarah era más que obvio que el desconocido había sentido verdadero placer mientras observaba. De otro modo no habría sido tan atento y metódico, y no habría podido pasar tanto tiempo acechando a los Bridgewater.

Pero llegó un día en que aquel tipo decidió arriesgarse y pasar a la acción. Se hizo con las llaves de Sarah y entró en la casa, y fue entonces cuando Harvey lo vio.

Mark se preguntó por qué. ¿Qué le habría movido a dejar su puesto de observador para convertirse en actor?

Quizá ya no se conformara con observar. Quizá necesitara más. La observación genera codicia, y la codicia genera ansias de posesión.

Sí, debió de ser así.

Oyó pasos que se acercaban. Era Sarah. Estaba pálida y tenía los ojos enrojecidos, pero caminaba con determinación. Sostenía una taza humeante entre las manos, y el viento frío de diciembre ofreció a Mark un intenso olor a manzanilla.

—¿Y bien? —preguntó la mujer al llegar a su lado. Tenía la voz ronca y grave—. ¿Qué te dice el instinto? ¿Qué tipo de hombre crees que es? ¿Por qué está haciéndonos esto?

—Creo que el tipo os ha estado observando durante mucho tiempo y que ha acabado pensando que forma parte de vuestras vidas.

—Parte de nuestras vidas... —repitió ella—. ¿Y por qué querría eso? ¿Por qué de las nuestras, precisamente? ¿Por qué ha querido ser Stephen y no cualquier otro hombre del mundo?

Mark frunció el ceño y se quedó mirando la casa, pensativo.

—Ésa es la respuesta que tiene premio.

Sarah asió la taza con más fuerza, como si pudiera ayudarla a mantener el equilibrio.

—¿Crees... Crees que puede haberle hecho algo a Stephen? Quiero decir...

—No, creo que no.

Ella lo miró a los ojos.

—¿Por qué?

—No estoy seguro —le dijo, sosteniéndole la mirada con cariño—, pero el caso es que los *voyeurs* no suelen ser gente agresiva, sino todo lo contrario: acostumbran a ser tímidos e inseguros en las relaciones sociales. No quieren llamar la atención y tienden más a huir que a buscar protagonismo.

—Pero entonces... ¿dónde está Stephen?

Mark se encogió de hombros.

—Lo siento, Sarah, no tengo ni la menor idea.

Ella apartó la mirada, apretó los labios e hizo un esfuerzo obvio para no ponerse a llorar.

—Ese loco... ¿es un perverso? ¿Disfruta observándonos? ¿Se pone viendo lo

que hacemos?

—No, no exactamente. Él quiere ser parte de vuestra vida, de vuestra rutina. Se interesa por lo que compras, por lo que comes, por el modo en que te vistes; le gusta saber lo que haces fuera y dentro de casa, pero su motivación no es estrictamente sexual. Los acosadores sexuales suelen centrarse en los gimnasios y las saunas, y suelen observar sólo los dormitorios. Pero en el caso de nuestro desconocido... yo creo que su trastorno es mucho más general. Y más profundo. Por lo que me has dicho tiene el rostro desfigurado, ¿no? Seguro que la gente no ha sido amable con él; seguro que ha tenido muy malas experiencias... Debe de haber recibido muchas burlas y es posible que las mujeres siempre lo hayan rechazado...

—¡Oh, pobre, seguro que ha tenido una vida muy dura! —lo interrumpió Sarah, soltando una risita irónica—. ¿Se supone que ahora tengo que sentir pena por él?

Mark reconoció la ira en los ojos de ella; era una emoción que conocía a la perfección.

—No. Lo que acabo de decirte no justifica en absoluto lo que os ha hecho, pero igual nos sirve para acercarnos a él y cazarlo.

—¿Y cómo?

—Bueno, si se trata de un verdadero *voyeur*, sabemos que vosotros tenéis algo que él anhela: sois una familia feliz. Quizá sea eso lo que le haya llamado la atención.

—Pero ¿por qué nosotros, Mark? ¿Por qué? —Ahora la mirada de Sarah era desesperada—. Es decir —añadió, apartándose un mechón de pelo de la cara—, llevamos una vida normal. Hay miles de familias como la nuestra. ¿Qué hemos hecho para atraerlo así?

—No tengo ni idea, Sarah... Quizá le recordéis a alguien. A sus padres, por ejemplo. O tengáis la familia que él habría querido tener. Los *voyeurs* suelen sentirse atraídos por lo que nunca han tenido, lo que han perdido o lo que creen que nunca llegarán a tener. No sé qué es lo que habéis provocado en ese hombre, Sarah, pero hay algo de lo que estoy bastante seguro.

—¿Y qué es?

Mark movió la cabeza y señaló hacia la calle con la barbilla.

—Creo que vivía por esta zona. Sabemos que estuvo más de un año espiándoos, ¿verdad? Estoy convencido de que si hubiese vivido lejos, el esfuerzo de venir hasta aquí cada día habría acabado resultándole excesivo, por muy grande que fuera su obsesión.

Sarah asintió. No parecía demasiado sorprendida; probablemente ella también había llegado a la misma conclusión.

—Sí, tenía que vivir por esta zona. Pero entonces, ¿cómo es que no lo había visto nunca? Te aseguro que me habría fijado en un rostro como el suyo.

—Quizá se mudó a esta zona *después* de empezar a espiaros —dijo Mark—, y tuvo especial cuidado en pasar desapercibido.

Sarah lo miró con expresión de asombro.

—¿De verdad crees que podría montar algo tan complicado sólo para poder tenernos controlados? —preguntó.

—Parece una locura, ya lo sé —dijo Mark—, pero no debemos olvidar que estamos hablando de un loco, de un hombre con un indudable trastorno mental... Se ha hecho pasar por tu marido, ha entrado en una casa que no era la suya y se ha puesto en contacto contigo. Está claro que ya no le basta con observar. Ya no tiene suficiente. Ahora necesita más.

Sarah hizo una mueca.

—El tipo está enfermo.

—Sí lo está, Sarah —le respondió Mark—. Literalmente enfermo. Y lo que más me preocupa es que parece estar empeorando.

—¿Y qué podemos hacer? —le dijo Sarah, tirando al césped el resto de mazanilla que le quedaba en la taza—. Si vive por la zona... ¿vamos de casa en casa y llamamos a todas las puertas para ver si nos abre un tipo con la cara llena de cicatrices?

—No. No debe saber que estamos buscándolo. Pero aún podemos obtener información de sus regalos —dijo Mark, señalando hacia la ventana de la cocina.

—¿Te refieres a la PlayStation? —le preguntó Sarah, sorprendida.

—No, eso no nos servirá de mucho. Seguro que la compró en un centro comercial. Me refiero a las flores. Estoy casi seguro de que las compró en una floristería. El ramo parecía caro. Quería impresionarte.

Sarah lanzó un bufido.

—Pues lo consiguió, de eso no hay duda.

Mark alzó las manos para apaciguarla.

—Sólo intento ponerme en su lugar. Las flores no se compran en cualquier sitio, y menos si la persona a la que van dirigidas es alguien importante. Yo las habría ido a buscar a algún sitio que me mereciera confianza; una floristería en la que estuviera convencido de que iban a hacerme quedar bien.

—Es decir, una tienda que conociera, ya sea porque soy cliente, ya porque paso a menudo por delante —dijo Sarah, siguiendo el hilo de su razonamiento.

Mark asintió.

—Exacto. Como tú bien has dicho antes, un rostro como el que me has descrito no resulta fácil de olvidar, y con un poco de suerte hasta podríamos conseguir que nos dijieran su nombre. Ya sé que está todo cogido por los pelos, pero... quién sabe...

—Me da igual por dónde esté cogido —lo interrumpió Sarah, que de pronto parecía haber recuperado su vitalidad—. Al menos tenemos que intentarlo. Cualquier cosa será mejor que esta insufrible espera. Si Stephen corre peligro, no tenemos tiempo que perder. ¡Cada minuto cuenta!

Vaya día.

Aquella estaba siendo una de esas tardes tranquilas que Stanley Moreland no podía soportar. Ya había dado la quinta vuelta por su reino, la sección de pintura y decoración de los grandes almacenes en los que trabajaba, sin haberse cruzado con ningún cliente.

En esa época del año nadie pensaba en comprarse alfombras nuevas o pintar las paredes, sino más bien en ahorrar para comprar sus regalos de Navidad.

Revisó las estanterías, desgano. Todas estaban llenas de arriba abajo, perfectamente ordenadas, con las etiquetas puestas hacia fuera, como era de esperar; y lo mismo pasaba con la decoración navideña y con los carteles que indicaban las ofertas. Todo en su lugar.

Dicho en otras palabras: no tenía nada que hacer, y eso era lo peor que podía pasarle. En un día como aquél se sentía espantosamente inútil. ¡Al fin y al cabo, no lo escogían siempre empleado del mes por pasarse el día con las manos en los bolsillos y esperando a que llegara la hora de volver a casa!

Por fin le pareció ver un cliente potencial entre las estanterías. Moreland activó de inmediato su sonrisa de para-nosotros-el-cliente-sigue-teniendo-siempre-la-razón y se acercó al desconocido con determinación.

Mientras caminaba hacia él, el hombre estaba de espaldas, caminando también, pero por lo visto al oír sus pasos se detuvo. Llevaba una gabardina que le quedaba demasiado pequeña, igual que los pantalones, que eran más cortos de lo que convenía.

Moreland mantuvo impertérrita su sonrisa profesional, pero en su interior dejó escapar un suspiro. Aquel tipo debía de haber sacado su ropa de la sección infantil de algún centro comercial: a menos que se tratara de la reencarnación del excéntrico y multimillonario Howard Hughes, pintaba que no estaba a punto de hacer una gran venta con él.

A pocos pasos de su espalda, Moreland se detuvo repentinamente. Acababa de darse cuenta de que el hombre estaba inclinado hacia delante, doblado sobre sí mismo, y que tenía las dos manos en la barriga, apretándola como si le doliese.

—¿Puedo ayudarle, señor?

Moreland seguía sonriendo —como no podía ser de otro modo— y en su interior ya había empezado a preparar la respuesta a la contrapregunta «¿dónde está el baño?».

El hombre no reaccionó de inmediato. Se incorporó y se tocó la nariz, luego movió los dedos y sacó un pañuelo de papel del bolsillo de su gabardina. Entonces se

llevó el pañuelo a la cara y por fin se dio la vuelta para mirar a Moreland.

En aquel preciso instante, la sonrisa del vendedor del mes se quedó helada en sus labios. *Tienes que tratar a todos los clientes igual*, se recordó, aunque la verdad es que tenía serias dudas de poder cumplirlo aquella vez.

Le parecía difícilísimo mantener la pose desenfadada y amable y no quedarse mirándolo con la boca abierta. Moreland no pudo evitar recordar a un compañero de clase de su infancia, al que se le cayó una cazuela de leche hirviendo en el pecho. Un día, tras la clase de gimnasia, Moreland coincidió con él en la ducha y se quedó de piedra al ver sus cicatrices, por las que sintió al mismo tiempo una mezcla de fascinación y repugnancia. La piel que vio entonces en aquel pecho de niño le recordaba enormemente a la que intuía ahora en el rostro del cliente, cubierto en su mayor parte por la visera del Arsenal y el pañuelo de papel. Sí, ciertamente el tipo iba muy tapado, pero lo que se veía era más que suficiente para imaginar cómo estaba el resto.

Pero lo que más le estremeció fueron aquellos ojos sin pestañas, de color gris azulado, que lo miraban tras un mar de cicatrices con una mezcla de profunda tristeza y cólera indómita.

—Estoy buscando la cinta aislante —dijo el hombre, cubriéndose aún con el pañuelo, en el que Moreland creyó reconocer unas gotitas de sangre.

—¿Se encuentra bien, señor? —le preguntó, concentrándose especialmente en que no se le notara la tensión en la voz.

—Estoy buscando la cinta aislante —repitió el hombre, sin contestar a su pregunta—. La semana pasada estaba aquí.

—Cinta aislante. Por supuesto. Hemos estado ordenando un poco, y hemos cambiado algunas cosas de sitio. Si hace el favor de acompañarme...

Con mayor celeridad de la que pretendía, Moreland se dio la vuelta y se puso en marcha. Mientras avanzaba entre las estanterías creía notar la mirada del desconocido clavándosele en la espalda. Era una sensación muy desagradable, así que sintió un verdadero alivio cuando por fin llegaron a su destino.

—Aquí la tiene, señor. Disponemos de un montón de tamaños y modelos, de la mejor calidad y a un precio supercompetitivo. ¿Busca algún tipo en especial?

—Tiene que ser ancha —dijo el hombre, que seguía cubriéndose la nariz con el pañuelo—, y también resistente e impermeable.

Moreland tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para no caer en la tentación de quedarse mirando fijamente el hilillo de sangre que salía de la nariz de su cliente. Se dirigió a uno de los estantes, cogió un rollo doble en cuyo envoltorio ponía «superresistente» y se lo ofreció al hombre sin pestañas.

Éste observó el material, hizo un gesto de satisfacción y se hizo con todas las muestras de aquel modelo que había en la tienda. Para ello tuvo que guardarse el pañuelo en el bolsillo, y Moreland hizo un esfuerzo por no mirarle la cara.

Por fin, el hombre lo saludó con una inclinación de cabeza, se dio la vuelta y se

dirigió hacia las cajas.

Mientras lo veía alejarse de allí, Moreland no fue capaz de despedirse con su habitual «gracias por su visita». En su lugar dejó escapar un suspiro de alivio al ver que el hombre desaparecía tras la puerta corredera de cristal.

Y de pronto se sintió feliz de estar solo en su sección.

Vaya día, se dijo, de nuevo.

Mientras Mark buscaba información en la floristería Laurels, Sarah esperaba en el coche y miraba las páginas amarillas en su móvil.

Era frustrante. Según yell.com, en los alrededores de Forest Hill había más de setenta floristerías, y en toda la zona del sudeste de Londres había prácticamente el doble.

Pero no podía rendirse. Tenía que hacer algo. Hasta el momento habían preguntado en cuatro floristerías, y aún tenían que hacerlo en, por lo menos, un par de decenas más.

Mientras se rascaba la muñequera, distraída, iba leyendo los nombres de las calles y pensando en cuál podría ser la siguiente parada. De pronto, el móvil le vibró en las manos. Miró la pantalla y vio un número de teléfono. No un nombre. Es decir, que se trataba de un número que no tenía grabado en la agenda.

¿Y si era el desconocido?

¿Qué iba a decirle?

En los dos últimos días había pensado en un par de frases por si se encontraba en aquella situación, pero ahora, de pronto, se había quedado en blanco. Si decía algo impropio podía echarlo todo a perder...

Y quién sabe lo que podría pasarle a Stephen...

Pero si no descolgaba la cosa podía ser aún peor.

Habla con él, le dijo una voz en su interior. *Al fin y al cabo, es lo que él quiere. Habla con él e intenta que te diga dónde está Stephen.*

Tenía la boca seca y seguía con el teléfono en la mano. Miró a Mark, que en aquel momento estaba charlando tan alegremente con una de las dependientas de Laurels. Seguro que él sabía cuál era el mejor modo de conversar con un enfermo mental, pero estaba claro que no podía esperar a que saliera de la tienda y llegara hasta el coche.

Tenía que descolgar.

Respiró hondo y apretó la tecla «responder».

—¿Sí?

—¿Mami?

Era Harvey. Su voz sonaba tranquila y feliz, como si estuviera jugando a algo.

—¡Hola, cariño! ¿Y este teléfono desde el que llamas? ¿De quién es?

—De Diana. A ella ya le dejan tener móvil, ¿no lo sabías?

—Pues no, no tenía ni idea. Qué suerte tiene, ¿eh?

Sarah oyó la voz de Gwen a lo lejos, diciendo algo a los niños, y luego Harvey volvió a decirle:

—¿Sabes qué? Hemos jugado *Angry Birds* en la PlayStation y nos lo hemos

pasado bomba. Yo he ganado a Diana cuatro veces seguidas. ¡Cuatro!

—No sabes cómo me alegro, cielo.

De nuevo, la voz de Gwen.

—¿Has oído lo que ha dicho Gwen? —le preguntó Harvey, riéndose—. ¡Soy un campeón!

—Desde luego que sí.

—Bueno, tengo que colgar. Vamos a preparar una pizza con Gwen. Me ha dicho que te llame para preguntarte si vendrás a cenar.

—Sí, cariño. Aún tengo que hacer un par de cosas, pero luego vendré con vosotros, ¿vale?

—Oye, mami...

—Dime, cariño.

—¿Cuándo volverá papá?

La pregunta se le clavó como una flecha en el corazón. Sarah tuvo que tragar saliva varias veces antes de poder contestarle.

—Muy pronto, cielo, ya lo verás.

—Vale. Oye, cuando venga... ¿podrás ayudarme a pedirle la Play? ¡Todos mis amigos tienen una! Y podríamos jugar juntos al *Angry Birds*.

Sarah sintió un escalofrío al pensar en el regalo del desconocido. Seguro que estuvo espíandolos cuando ambos discutieron sobre la conveniencia o no de regalarle una PlayStation a Harvey. Solían hablar de aquellas cosas en la cocina, y la ventana solía estar siempre entreabierta. Ya nunca podría dejar abierta una ventana sin temer que alguien la espiera.

Volvió a sentir aquella cólera inevitable y cáustica que no lograba controlar. No estaba segura de que aquel loco supiera el daño que estaba haciéndoles.

—Está bien, cariño —le dijo, con la voz entrecortada por la emoción—; hablaré con papá en cuanto vuelva a casa.

Suponiendo que volvamos a verlo con vida alguna vez.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

—¡Qué guay! ¡Eres la mejor madre del mundo! ¡Te quiero!

—Y yo a ti, cielo.

Mark volvió de la floristería y se sentó en el asiento del copiloto.

—¿Todo bien? —le dijo, mirándola con preocupación—. Estás temblando. ¿Te duele el brazo? ¿Quieres que conduzca yo?

Sarah le enseñó el móvil, que aún tenía la pantalla iluminada.

—Era Harvey. Me ha preguntado por su padre.

—¿Y tú qué le has dicho?

Ella esquivó la mirada de Mark y se concentró en la ventana.

—Le he dicho que no tardará en volver.

Mark le puso una mano en el hombro. Ella se dio la vuelta y lo miró.

—¿Y a ti cómo te ha ido? ¿Qué te han dicho?

—Que no sabían de qué les hablaba. Tendremos que seguir buscando...

—¡Mierda! ¿Cómo es posible que haya tantas floristerías?

—No irás a rendirte ahora, ¿no?

—¿Rendirme? ¡Mark, pensaba que me conocías mejor!

Él sonrió.

—Vale, vale. A ver... ¿cuál es la próxima de la lista?

—Veamos... Aquí, Marple Street. Dos calles más abajo. Se llama Stanford Flowers and more. —De pronto se quedó callada—. Aunque... ¡espera!

—¿Qué pasa?

—Mmm, nada.

—¿Nada? ¿Cómo que nada? —dijo Mark, frunciendo el ceño—. A ver, está claro que no soy un gran experto en mujeres, pero si hay algo que sé es que si una mujer dice que no pasa nada es que hay algo que le ronda. Así que vamos, desembucha: ¿de qué se trata?

Ella miró la pantalla de su móvil, concentrada.

—Quizá no tenga nada que ver...

—¿El qué? ¿Y con qué? Vamos, dímelo.

—Esta tienda de aquí, Shalimar Flowers. El nombre me suena mucho. ¡Mucho! Pero no recuerdo por qué.

—¿Puede tener algo que ver con Stephen?

—Puede, pero de verdad que no me acuerdo.

—Bueno, vayamos a ver de todos modos —sugirió Mark—. ¿Está muy lejos de aquí?

—Ellerslie Lane. No, a pocos minutos en coche. Pero es que... no sé, a lo mejor sólo me suena porque he oído un anuncio en la radio...

—Da igual, no tenemos nada que perder.

Sarah asintió y puso el motor en marcha.

—Tienes razón —dijo.

Sólo un tiempo que puede ser vital para mi marido, se dijo a sí misma, mientras ponía la primera marcha.

Cuando las campanitas sonaron sobre sus cabezas, fue como si entraran en otra dimensión. Sarah nunca había estado en aquella tienda, pero aun así le resultó insólitamente familiar. Tenía una intensísima sensación de *dejà-vu* que no lograba explicarse.

En la calle reinaban el frío y la oscuridad del mes de diciembre, pero en el interior de la floristería el aire era más bien cálido y se mezclaba con el aroma dulzón de las flores y su variedad cromática, que a la luz de los halógenos adquiría una apariencia casi irreal. El centro de la estancia estaba presidido por una estatua de Ganesh envuelta en orquídeas, cuyas manos alzadas daban la bienvenida a los visitantes y cuyo rostro, dorado y con trompa, sonreía amablemente. Además, unos altavoces llenaban la tienda con música de sitares, que contribuía a completar la sensación de exotismo ambiental.

Sarah se detuvo frente a la estatua y la observó, pensativa. Ella era la máxima responsable de su *dejà-vu*.

—India... —susurró, como extasiada.

Mark la miró con curiosidad.

—¿Pasa algo?

Ella negó con la cabeza, sin apartar la mirada de la estatua.

—No es más que un recuerdo. Uno muy antiguo.

—¿Tiene algo que ver con tu marido?

—Sí. Con el primer viaje que hicimos juntos, justo después de nuestra graduación. El sueño de Stephen: recorrer la India en plan mochilero. El vuelo nos lo pagaron sus padres. —Sarah lo miró—. Ya sé por qué lo preguntas. Pero es imposible que él supiera todo esto. ¡Imposible! Fue hace muchos años.

Se alejaron de la estatua y avanzaron hasta el mostrador de la tienda, tras el que un hombre bajito, regordete y calvo estaba montando un bonito ramo de flores. Cuando llegaron a su altura el hombre dejó las flores a un lado, se limpió las manos en el delantal verde que llevaba y les dedicó una amable sonrisa.

—Bienvenidos a su casa —les dijo, y pareció que cantaba más que hablaba—. Mi nombre es Farhan Ramesh. ¿En qué puedo ayudarlos?

Tal como hiciera en el resto de floristerías, Mark explicó al señor Ramesh cuál era el motivo de su visita: le dijo que estaban buscando a un hombre que probablemente había comprado flores en aquel establecimiento. Un hombre con un rostro difícil de olvidar, porque estaba cubierto de cicatrices...

Al oír la mención a las cicatrices, Farhan Ramesh los miró por encima de las monturas de sus gafas y exclamó:

—Vaya, de modo que aquí están. Han venido.

Sarah y Mark intercambiaron una mirada de sorpresa.

—¿Nos... nos esperaba? —le preguntó Sarah.

—En cierto modo, sí. —El florista sonrió, y sus dientes blancos brillaron con el contraste de la piel oscura—. El hombre del que me hablan vino hace unos días. Un tipo muy amable y extraordinariamente generoso. Me dijo que pronto vendría alguien preguntando por él. Me dijo que sería una mujer. —Ramesh miró a Sarah desde unos enormes ojos negros que le hacían parecer más joven de lo que debía ser en realidad—. Imagino que usted es Sarah Bridgewater. ¿Me equivoco?

—No se equivoca, no —dijo Sarah, tan desconcertada como Mark—. ¿Qué más le dijo aquel hombre? ¿Lo conocía?

—No, por desgracia no. Ojalá lo hubiese conocido mucho antes —respondió Ramesh sonriéndoles, como si estuviera pasándoselo en grande con aquella conversación.

Parece un niño feliz antes de recibir una sorpresa —pensó Sarah—. O eso, o el presentador indio de un programa de cámara oculta.

—¿Y le dijo que vendríamos a preguntar por él?

—No, señor —le dijo Ramesh—. De usted no me dijo nada. Sólo me habló de la señora Bridgewater. Aunque tampoco estaba seguro de que ella fuera a venir, la verdad. Sólo me dijo que cabía una remota posibilidad de que usted viniera a buscarlo. Y me pidió que le guardara algo —ahora miraba exclusivamente a Sarah— y que se lo diera si finalmente pasaba por aquí.

—¿Perdón? —Sarah lo miró con los ojos como platos—. ¿Dice que le dejó algo para mí?

Ramesh asintió.

—Sí, sí. Me avanzó que se trataba de una sorpresa. «Un detallito», dijo. Esperen aquí un segundo, que voy a buscarlo.

Y dicho aquello se dio la vuelta y desapareció tras una cortina de perlititas verdes que daba a la trastienda.

Sarah miró angustiada a su alrededor. Tenía la sensación de que estaban observándola, y de pronto la idea de la cámara oculta no le pareció tan descabellada.

Mark la miró y arrugó la frente.

—Esto es absurdo —dijo—, ¿cómo iba a saber él que...?

—¡Mira, Mark!

Sarah señaló una factura que había sobre el mostrador. En aquel preciso momento le quedó claro de qué le sonaba el nombre de la tienda y de dónde venía aquella extraña sensación de familiaridad...

La parte superior derecha de la factura era una representación de la estatua de Ganesh, dibujada en un llamativo color violeta y envuelta en la exuberante tipografía de Shalimar Flowers.

—Ahora recuerdo de qué me suena este nombre. Cuando rebusqué entre los

papeles de Stephen para saber adónde podía haber ido encontré una de estas facturas. ¡Inconfundible!

Las perlititas de la cortina tintinearón de nuevo y Farhan Ramesh regresó a la tienda. Llevaba en las manos un sobre que entregó a Sarah.

—Aquí tiene.

Sarah lo cogió con las puntas de los dedos. En el exterior podía leerse su nombre, escrito en mayúsculas con una caligrafía perfecta.

SARAH BRIDGEWATER

Y algo más abajo, en minúsculas:

¡Felicidades! Supuse que vendrías.

Sarah se quedó de piedra. Esa frase tan breve, tan cínica, la hizo sentirse de pronto como si estuviese atrapada en un bloque de hormigón.

—El hombre que le dio este sobre... —dijo Mark, dirigiéndose a Ramesh—, ¿mencionó su nombre?

—Lo lamento —dijo el florista, alzando las manos en señal de disculpa—, pero soy muy malo recordando nombres. Con las caras es distinto, de eso me acuerdo. Pero los nombres... Ni siquiera recuerdo si me lo dijo o no.

—Ya veo. ¿Y es normal que haga usted de recadero para gente de la que no sabe siquiera el nombre?

—¿He hecho algo que les haya incomodado?

—No, señor Ramesh, sólo me pregunto por qué no le pareció extraño el favor que le pidió ese hombre.

—Oh, sí, bueno, claro que me pareció extraño —dijo Ramesh, y ahora su sonrisa ya no era tan ancha como antes—, pero déjeme que le cuente algo: vivimos en una época complicada. La gente prefiere comprar flores online antes que acercarse a olerlas a una floristería. Para la mayoría ya no importa la calidad, sino la comodidad. Sólo eso. Así que si alguien tiene el detalle de entrar en mi tienda, comprarme un ramo de flores muy caro y ofrecerme además cincuenta libras para que le entregue un pequeño sobre a alguien, le aseguro que no me paro a preguntarme si se trata de un favor extraño.

—¿Cincuenta libras? —repitió Mark—. ¿Por guardar esta tarjetita?

—Sí, señor, eso mismo. Parece que tenía un gran interés en darle a la señora una sorpresa. Claro que, si me permiten la observación, aquel hombre tenía pinta de ser muy adinerado. Llevaba un traje que le quedaba pequeño, pero su maleta era cara y de calidad. De hecho, vi que llevaba muchos billetes en la cartera...

—¿Y no le sorprendió que le ofreciera tanto dinero por una simple tarjeta? Quiero decir... ¿no le llamó la atención tanta generosidad?

—Sí, por supuesto. Y precisamente por eso decidí no hacer preguntas —contestó Ramesh—. Piensen ustedes de mí lo que quieran, pero les aseguro que renunciar a cincuenta libras es un lujo que ahora mismo no puedo permitirme.

Sarah se metió el sobre en el bolsillo de la chaqueta y sacó su cartera.

—Señor Ramesh, dice usted que suele recordar las caras. ¿Qué me dice de ésta? Cogió una foto de Stephen y se la enseñó.

Farhan Ramesh se tocó levemente las gafas y miró la foto con atención.

—A éste también lo conozco, sí —dijo volviendo a sonreír con ilusión—. Se trata de un cliente muy fiel, un tipo con especial predilección por las rosas de tallo largo cultivadas exclusivamente en la zona de Gloucester; son algo más caras, pero duran mucho más que las mediocres rosas de tallo corto que suelen correr por la ciudad. Y de vez en cuando también compraba ramos como éste —añadió, señalando la mesa—. De todos modos, debo decir que en los últimos tiempos venía mucho menos. Debía de estar ocupado.

Sarah cerró los ojos.

—Sí, así es.

—Al igual que el hombre de la cara marcada, su marido también es muy amable —dijo Ramesh—: se interesa mucho por mi país, y hace que me sienta bien conversando con él.

Sarah sintió un escalofrío.

—¿Cómo sabe que es mi marido?

—Bueno, no ha sido muy difícil deducirlo, señora Bridgewater. Lleva usted anillo de casada —dijo el hombre, señalándole la mano— y ha sacado su foto de la cartera.

—Está bien —dijo entonces ella, sacando de su bolso un billete de veinte libras que dejó sobre el mostrador—: yo también tengo un encargo para usted.

Ramesh la miró con interés mientras ella escribía su número de teléfono en una de la facturas.

—Llamarme inmediatamente si el hombre de la cara marcada vuelve a aparecer por su tienda. ¿Acepta?

El florista asintió sonriendo.

—Por supuesto, señora Bridgewater, aunque no puedo asegurarle que ese hombre vaya a pasarse de nuevo por aquí. Quizá con aquella vez ya tuvo suficiente, quién sabe...

Anduvieron hasta un bar que se hallaba a tres calles de la floristería. Sarah se sentó a una de las mesas de la esquina y Mark fue a la barra a pedir dos tazas de té.

Mientras esperaba, el psicoanalista se puso a darle vueltas a lo que acababa de suceder en la floristería: ellos habían entrado en la tienda con la idea de pillar desprevenido al hombre que se coló en casa de Sarah, pero una vez allí descubrieron que el tipo les llevaba una enorme ventaja. No habían sido capaces de sorprenderlo, sino que los sorprendidos habían sido ellos. No habían dado con él, sino que él los había estado esperando. Y Mark se preguntó si estarían a la altura de su contrincante. Si lo estaría él, básicamente.

Tenía la boca seca y observó con angustia las botellas, que brillaban tentadoras en la estantería del bar.

Volvió a notar la fuerza de la adicción. *Sólo un trago*, pareció susurrarle una voz al oído; *vamos, sólo un traguito para sobrellevar la tensión*.

Pero enseguida oyó otra voz que le hablaba; una que le hizo pensar de inmediato en Tanya, y en su inesperada visita onírica la noche anterior.

Ayúdala y te ayudarás a ti mismo.

—Eso espero —susurró para sus adentros, y luego se dio la vuelta para mirar a Sarah.

Ella, con la espalda encogida y la piel pálida, parecía agotada. Tenía la mirada perdida en algún punto más allá de la ventana y movía nerviosamente el sobre del desconocido entre las manos.

—¿Algo más? Tenemos de oferta unos bollos con mermelada casera...

Miró a la joven que lo atendía, una pelirroja con la cara llena de pecas que le sonreía con una taza de té en cada mano.

—¿Tienen caramelos de menta?

—No, lo lamento.

Mark le entregó un billete de veinte libras y, mientras ella contaba el cambio, no pudo evitar pensar en las cincuenta que el desconocido ofreció al dueño de la floristería. Y en la cartera, que llevaba ostentosamente llena de billetes. Evidentemente, el hombre sabía que aquello impresionaría al florista, y que éste le contaría la anécdota a Sarah. ¿Estaba queriendo decirles que el secuestro de Stephen no tenía nada que ver con dinero, quizá?

Suponiendo que aquello fuera cierto, las opciones que quedaban no eran especialmente halagüeñas...

—¿Hace poco que lo ha dejado? —dijo la dependienta.

—¿Dejar? ¿El qué?

—Pues el tabaco, qué si no. Bienvenido al club.

No me costó nada dejarlo, pensó Mark, mientras se dirigía hacia Sarah con las dos infusiones en una bandeja. Tras la muerte de Tanya no había sentido la necesidad de fumar ni un solo cigarro y jamás había vuelto a encender uno. Fue una manera como cualquier otra de afrontar su sentimiento de culpa.

Si no hubiese ido a tirar la colilla, quizá ahora Tanya seguiría con vida.

Cuando dejó la bandeja sobre la mesa, Sarah lo miró y él reconoció el desamparo y la ira en sus ojos. Ella cogió la cuchara y utilizó su mango para abrir el sobre, que continuaba cerrado.

—Ese cerdo está riéndose de mí —exclamó Sarah, rasgando el sobre con ira.

Luego cerró los ojos y respiró hondo, y por fin miró en su interior.

—Una foto —dijo, sorprendida.

La sacó del sobre, la miró sin dar crédito y movió la cabeza hacia los lados, en señal de desesperación.

—¿Qué demonios significa esto? —susurró entonces, entregándole la foto a Mark.

Tras aquella reacción, lo cierto es que el psicoanalista no tenía ni la más remota idea de lo que iba a encontrarse en aquella instantánea, pero desde luego nunca habría imaginado lo que vio: a una joven rubia, sonriendo feliz y despreocupada, en lo que parecía ser un jardín muy grande, o quizá un parque. Tendría unos veinte años y era extraordinariamente guapa. El fotógrafo la había cogido justo en el momento en que se daba la vuelta para mirarlo, y su pelo flotaba en el aire, como si no quisiera rendirse a la fuerza de la gravedad. En su camiseta verde, las palabras «Felices para siempre» estaban ya algo desgastadas por el uso.

—¿La conoces? —preguntó Mark.

—No, yo... —dijo Sarah y tragó saliva— no la he visto en mi vida. Esto no es más que una broma pesada, ¿verdad?

—Me temo que no, Sarah —dijo Mark, sin levantar la vista de la fotografía—. Tiene que tener algún significado; de no ser así, no habría pagado cincuenta libras por ella. Ese tío no podía saber que entrarías en la floristería, pero sí imaginaba que lo buscarías, y esta foto es su manera de felicitarte por haberlo encontrado. Así que... no sé, yo diría que esta foto es una especie de recompensa para ti.

—¿Una recompensa, dices? ¿Por qué?

—Por tu esfuerzo por encontrarlo, seguramente. Parece que es importante para él.

—¿Ah, sí? —dijo. La ira volvió a asomar en sus ojos—. ¡Me da igual quién es, Mark! ¡No me importa una mierda! ¡Yo sólo quiero saber dónde está mi marido! Si ese tío me dijera al menos qué es lo que quiere de mí... ¿Para qué me envía esta foto? ¿Qué tiene que ver esta chica conmigo?

—Quizá sea una pista. Yo creo que la chica se parece un poco a ti, ¿no te parece? Sarah inclinó la cabeza.

—Hay que tener mucha imaginación para ver eso...

—No tanta, en realidad. —Mark miró alternativamente a su amiga y a la chica de la foto—. Las dos sois altas y delgadas, guapas, tenéis el pelo largo y rubio, y esa mirada...

—¿Crees que fueron novios y ella lo dejó? ¿Que quiere hacerme pagar a mí por su dolor? ¿Que la verdadera víctima no es Stephen, sino yo?

—No, no lo creo. —Mark miró un rato la foto sin decir nada; le dio la vuelta, la puso boca arriba y boca abajo y se quedó pensando—. Creo que lo más probable es que esté muerta. Sí, eso creo.

—¿Muerta? ¿Cómo se te ocurre pensar eso?

—Bueno, si ella lo hubiese dejado, por ejemplo, él estaría obsesionado con ella, no contigo, y lo de aparecer en tu casa y hacerse pasar por tu marido no tendría ningún sentido. Además, se trata de una fotografía antigua... —Dio la vuelta a la foto y le mostró la fecha que aparecía en el reverso—. La revelaron en mayo de 2005. Si la chica estuviera viva, seguro que él tendría alguna foto más actual.

—¿Crees que él la mató?

—No. De ser así no te enviaría su foto; sería como admitir su culpabilidad. Yo creo más bien que la perdió. Quizá fuera su novia, o su mujer.

—Supongamos que tienes razón —dijo Sarah, dejando escapar un suspiro mientras toqueteaba con angustia el sobre vacío que aún tenía en las manos—. Supongamos que le recuerdo a su exnovia, o a quienquiera que sea esta chica, y que está persiguiéndome por eso. Vale, pero... ¿de qué nos sirve haber llegado a esta conclusión?

—Por lo menos nos ayuda a saber que no está tan loco como pensábamos. Que en el fondo sabe que no es Stephen, aunque le gustaría serlo. Y con la imagen de esta mujer está explicándote los motivos de su comportamiento y, sobre todo, de su elección.

—Aunque no esté loco del todo... ¿Qué crees que pretende conseguir? Si lo que quiere es que lo encuentre, parece que con esta foto no tengo ni para empezar. ¿O acaso tengo que encontrarla a...?

Se interrumpió de pronto y se quedó mirando la bandeja. Había estado dándole vueltas al sobre sin darse cuenta, y en aquel momento cayó algo de su interior: un papelito que hasta entonces no había visto.

Lo cogió, sorprendida, y cuando leyó lo que ponía empezó a temblar como una hoja.

Dejó el papelito sobre la mesa, para que lo viera Mark.

—Parece que quiere que se lo pregunte directamente a él.

En el papel había escrito un número de teléfono móvil.

Abrió la puerta de acero y entró en el patio abandonado. La luz del día lo deslumbró y a punto estuvo de tropezar y caerse sobre las placas de metal apiladas sobre el suelo.

La cabeza volvía a dolerle como nunca y entornó los ojos. Sintió como si el frío del invierno le mordiera el cerebro y se lo aplastara. Tuvo la tentación de dar media vuelta y marcharse, pero logró recomponerse y siguió avanzando. La necesidad de respirar aire fresco era mayor que cualquier otro impulso. Tenía que librarse de aquel maldito y vomitivo hedor de una vez por todas.

Sentía en las articulaciones aquel dolor funesto, aquel ardor fatídico e irremediable que no era señal de nada bueno y estaba mareado. Aun así, quiso aguantar un poco más antes de tomarse la medicina. Luego se quedaba embotado, aletargado, y en aquel momento no podía permitírselo. Aún le quedaba mucho por hacer.

Respiró hondo varias veces y poco a poco empezó a sentirse mejor. Las dos últimas horas habían sido sencillamente agotadoras, y estaba exhausto. Algo que, como él bien sabía, tampoco era buena señal. Cada vez tardaría menos en sentir aquella fatiga, cada vez le dolería todo más y cada vez importaría menos cuántas pastillas tomara... porque pronto no habría vuelta atrás.

Aun así, estaba contento. Había gastado prácticamente toda la cinta aislante para bloquear el mal olor, pero por ahora sería suficiente. Por ahora.

Dio un trago a la botella de agua que llevaba en la mano y se la llevó a las sienes. El frío le sentó bien.

Pasó unos minutos así, muy quieto, hasta que la vibración del móvil, en el bolsillo interior de su chaqueta, lo sacó de su ensimismamiento. Cogió el aparato, leyó el número que aparecía en la pantalla y sonrió.

Era ella.

—Qué crack; y yo que estaba a punto de perder la esperanza... —dijo en voz alta, mientras descolgaba.

—Hola Sarah.

Aquella voz ronca y oscura le hizo sentir un escalofrío. Volvió a ver la cara deforme ante sí, en su casa, en su cocina, sonriéndole perversamente, como el protagonista de una pesadilla. Y aunque en esa ocasión no lo tenía delante físicamente y ella se sabía a salvo en la mesa de aquel bar, junto a Mark, no pudo hacer nada por evitar que se le pusiera la piel de gallina.

—Como ves, he recibido tu mensaje —le dijo, haciendo acopio de todas sus fuerzas para parecer tranquila y segura de sí misma—. ¿Me dirás de una vez por todas dónde está mi marido? ¿Qué quieres de nosotros? ¿Quién eres?

—Para obtener las respuestas correctas tendrás que plantear las preguntas correctas, Sarah. Por desgracia no está siendo el caso.

Lanzó una mirada desconcertada a Mark, quien se había sentado a su lado para poder oír lo que él decía, y éste le respondió con una sonrisa y un gesto tranquilizador.

Sigue hablándole, haz que baje sus defensas, le decía aquel gesto.

—Está bien, entonces ayúdame. ¿Qué preguntas debería hacer, en tu opinión?

—La más importante de todas no es dónde está Stephen, sino dónde estás tú, Sarah. Y no me refiero a dónde estás ahora, sino a dónde has estado en los últimos meses. Te has escondido. De todo y de todos. Y eso no es bueno. Eso no es nada bueno, Sarah.

Notó que se sonrojaba. En parte por la vergüenza —ese loco estaba diciendo la más pura verdad—, pero en parte también —y sobre todo— por la ira. Le habría gustado gritarle a la cara que se fuera a la mierda, y que nadie lo había invitado a opinar sobre su vida, ni sobre nada, en realidad. Pero respiró hondo y se contuvo. No era el momento de perder los papeles.

—¿Qué te hace pensar que puedes juzgarme? —le preguntó, con toda la contención que pudo—. ¿Crees que me conoces, sólo porque has estado espiándome? ¿Por qué te interesamos? ¿Por qué te has metido en nuestra vida? ¿Quién te ha dado derecho a inmiscuirte?

—Pensé que mi mensajito te ayudaría a comprenderlo.

—¿La foto? Pues no me ha iluminado demasiado, la verdad. ¿Quién es esa chica? ¿Qué tiene que ver conmigo?

Durante unos segundos reinó el silencio y Sarah temió que fuera a colgarle el teléfono.

—Más de lo que crees —dijo al fin—. Era una chica joven y feliz que podía haberlo tenido todo. Y lo intentó con todas sus fuerzas. ¡Vaya si lo intentó! Era tan

ambiciosa como tú lo fuiste en una ocasión, antes de abandonarte. Pero ella no tuvo una segunda oportunidad, al contrario que tú.

—¿Qué le pasó?

—Tú vas teniendo oportunidades —dijo el desconocido, haciendo caso omiso de su pregunta—. Varias al día, pero no las aprovechas. Estás desperdiciando los mejores años de tu vida, encerrándote en ti misma.

Aquellas palabras le resultaron casi insoportables. Ese hombre sabía perfectamente cuáles eran sus puntos débiles, cuáles eran sus llagas, y había decidido meter el dedo en ellas. Era muy doloroso, pero también despertó su rabia, lo cual la mantuvo tensa para mantener viva la conversación.

—Bueno, ahora haz el favor de decirme dónde está mi marido. Seas quien seas, mi vida no es cosa tuya. Mi vida es mía, y hago con ella lo que quiero. Tus consejos y sabiduría no me importan lo más mínimo, y sólo te he llamado para que me digas dónde está mi marido.

Él respiró hondo antes de contestar:

—Te revelas ante la evidencia; lo entiendo. Es muy duro que alguien te confronte a una verdad tan dolorosa.

—¿Dónde está mi marido?

—Quiero que me respondas a una pregunta, Sarah. Eras tan feliz cuando conseguiste aquel puesto en la editorial... ¿Por qué lo dejaste? Y haz el favor de buscar una respuesta que no sea «y a ti qué te importa». Si me contestas eso colgaré. Y este número sólo está pensado para ser usado una vez. ¿Me has entendido?

Ella volvió a mirar a Mark, quien tras pensárselo unos segundos, le hizo el gesto de seguir hablando con él y aceptar las reglas de su juego.

Sarah se mordió el labio inferior y cogió con fuerza la mano de su amigo. Le costaba tanto hablar de aquel tema... Era muy duro para ella, y más en aquellas circunstancias, pero sabía que no le quedaba ninguna otra opción, y al menos la presencia de Mark le hacía sentirse más fuerte y perder algo de miedo. Igual que cuando eran niños.

—Yo... Me vi superada por las circunstancias —dijo—. Me pareció que el trabajo era excesivo para mí. ¿Era esto lo que querías oír?

—Yo sólo quiero oír la verdad, Sarah. Ni más ni menos. Así que dime: ¿lo que acabas de decir es la verdad? ¿Crees que los editores te hubieran ofrecido ese puesto si hubiesen pensado que no ibas a poder gestionarlo?

—Está bien, está bien. La verdad es que temía fracasar.

—Sí, eso mismo pienso yo. Fue tu miedo el que te paralizó. Me pregunto por qué nunca lo comentaste con nadie. Ni siquiera con tu marido. ¿Quisiste jugar a los héroes y te dedicaste a luchar en soledad para demostrarles a todos lo fuerte que eras... hasta que te quedaste sin fuerzas? ¿Fue eso lo que sucedió? ¿O fue más bien que no pudiste comentarlo con Stephen porque estaba ocupado en sus cosas y no os prestaba atención a Harvey y a ti? ¿O te quedaste quizá callada por el miedo a

destruir tu matrimonio?

En aquel momento le pareció que el bar se difuminaba y desaparecía ante sus ojos. Parpadeó, y se dio cuenta de que estaba llorando.

—¿Por qué me dices todo esto? ¿Crees que me conoces mejor de lo que me conozco yo a mí misma? Pues te equivocas. Sí, estás muy equivocado.

—¡Esto es bueno, Sarah, muy bueno! Significa que has estado pensando sobre el tema, de modo que vamos bien. Quién sabe, puede que tu propio miedo se haya convertido en un gran maestro para ti. Sea como fuere, creo que ha llegado el momento de mantener una conversación.

—¿A qué te refieres? Ya estamos hablando.

Volvió a intercambiar una mirada con Mark.

—Quiere quedar contigo —le susurró él, señalándole el móvil y levantando el pulgar hacia arriba en señal de aprobación.

—¿Sarah? —preguntó el desconocido—. ¿Hay alguien contigo?

—No.

—¿Seguro? Acabo de oír un susurro...

—Era un camarero. Es que estoy en un bar.

—No me mientas.

—No miento. ¿Quieres que nos veamos? Vale. ¿Cuándo y dónde?

—¿Recuerdas donde celebraste que tenías trabajo nuevo? ¿Recuerdas aquella feliz tarde en la Krypta?

Se quedó mirando el móvil sin parpadear. No se lo podía creer. ¿De dónde había sacado aquella información?

—Mañana a las doce de la mañana. Muy puntual —dijo el desconocido—. Y sola, ¿me has oído?

—Sí, perfectamente. Pero hay algo que quiero preguntarte.

—Te escucho.

—¿Por qué... por qué te has hecho pasar por mi marido?

—Ésa es una buena pregunta, Sarah.

—Pues respóndela.

—Porque es agradable estar en su lugar. Stephen lo había olvidado, por desgracia, pero creo que ahora ya habrá aprendido la lección.

Al oír aquello Sarah se estremeció.

—¿Qué le has hecho? ¿Dónde está?

—Mañana a las doce —dijo él—. No me decepciones, Sarah. Y no olvides que se trata de ti. Si quieres saber la verdad sobre Stephen, tendrás que saber antes la verdad sobre ti.

Y después de aquellas palabras, el desconocido colgó.

Después de colgar se quedó un rato mirando el teléfono fijamente, con las manos temblorosas. Había tirado un anzuelo, y ella había picado. Había logrado que el miedo por Stephen se colara en todos los poros de la piel de Sarah, y estaba claro que ya no iba a poder superar aquella angustia. Perfecto. Todo iba según lo previsto. Eso era genial, porque el tiempo se le escapaba como la arena entre las manos.

Respiró aliviado, abrió la tapa de su móvil y sacó la tarjeta SIM. El temblor de las manos había empeorado y la falta de sensibilidad en las yemas de los dedos lo complicaba todo aún más, pero al final lo logró. Tiró la tarjeta por una alcantarilla, volvió a meter la SIM de Stephen y apagó el teléfono. Quizá volviera a necesitarlo más adelante.

No se encontraba demasiado bien mientras avanzaba hacia la puerta de acero, y justo antes de llegar a tocarla tuvo un espasmo. Se apretó la barriga con las dos manos y cayó arrodillado al suelo, con la cara aún más desfigurada por el dolor. Sintió como si un alambre lleno de púas lo atravesara de arriba a abajo y se le clavara en todos y cada uno de los músculos de su cuerpo.

Acabó vomitando —fue inevitable— entre convulsiones.

Cuando hubo pasado todo y logró volver a ponerse de pie, miró hacia el charco que envolvía sus pies, una papilla desagradablemente oscura y pestilente, y vio que había sangre mezclada en él.

Temblando como una hoja, notó que las lágrimas le recorrían las mejillas.

—Todavía no —gimió en voz baja—, aún es demasiado pronto...

—¿De modo que quiere encontrarse contigo en la Krypta mañana? —le preguntó Mark, mientras Sarah seguía mirando el móvil, paralizada—. ¿Y dónde está?

—En Saint Martin-in-the-Fields.

—¿Trafalgar Square?

—Sí. Stephen y yo solíamos ir allí. Antes de que se pusiera a trabajar por su cuenta íbamos a todos los conciertos que daban. Luego dejamos de tener tiempo para eso. Nosotros... —Se interrumpió, cogió una servilleta de papel y se secó las lágrimas de los ojos—. ¡Mark, no entiendo nada! ¿Cómo puede saber todo esto? ¡Hace un montón de años de lo de la Krypta! Es imposible que haya estado espíándonos tanto tiempo...

—Creo que sólo hay una respuesta para ello, entonces.

Sarah lo miró unos segundos, sin comprender, pero entonces lo vio todo claro.

—¿Insinúas que lo sabe por Stephen?

Mark ni siquiera le respondió. La respuesta era demasiado evidente.

—Por Dios bendito —dijo en voz baja—. Y seguro que Stephen no se lo ha dicho voluntariamente.

—Tómalo como una señal de que tu marido sigue vivo... El desconocido necesita que Stephen vaya contándole cosas de ti para impresionarte y demostrarte todo lo que sabe. Lo mantendrá con vida porque le resulta útil, ¿lo ves?

—¿Crees que tendríamos que ir a la policía para explicar todo esto?

—No estoy seguro de que en este momento sea una buena idea. Aún tenemos pocos datos, y ninguna prueba de nada. Además, en el hipotético caso de que te creyeran, podríamos provocar el enfado del desconocido al notar que la policía se moviliza a tu alrededor, ¿no te parece? Yo no diría nada hasta descubrir dónde tiene encerrado a tu marido.

—De acuerdo. Lo que me pregunto ahora es... ¿por qué crees que quiere encontrarse conmigo en plena ciudad?

—Para asegurarse de que vas sola. Sabe que tú sabes que en un lugar público y lleno de gente no va a hacerte daño, y seguramente quiere asegurarse de que no sientas la necesidad de ir acompañada.

—Está bien. ¿Y ahora qué hacemos? No puedo quedarme de brazos cruzados hasta mañana.

—A ver, pensemos una vez más en todo lo que sabemos sobre ese tipo. Quizá hayamos pasado algo por alto; algo que pudiera ser una pista...

—No hago otra cosa que pensar en eso y darle vueltas a la cabeza, Mark, pero no se me ocurre nada. Es todo tan descabellado... Acabo de darme cuenta de que todo

esto tiene que ver conmigo y con la chica de la foto. Ella... —empezó a decir pero se interrumpió, de golpe—. Acabo de caer en algo. Ese hombre llevaba puesta la ropa de Stephen y llegó conduciendo su coche, pero el florista nos ha dicho que tenía la cartera llena de dinero, ¿verdad?

—Sí, yo también lo he pensado antes. Supongo que pretende hacernos saber que no está buscando una recompensa; que el dinero no le importa.

—Sí, sí, pero... ¿de dónde lo ha sacado?

—¿Cómo? ¿Insinúas que se lo ha cogido a Stephen?

—No sé lo que insinúo, la verdad. Pero de lo que estoy segura es de que Stephen nunca lleva billetes en la cartera. Sólo calderilla. Dice que el dinero atrae a los ladrones. Así que es posible que el desconocido haya cogido su tarjeta de crédito y le haya obligado a decirle —no quiero ni pensar en cómo— el número secreto de su cuenta. Y lo mismo ha podido hacer con el resto de la información.

—Si lo que dices fuera cierto, entonces tendríamos en algún lugar una cámara de seguridad dispuesta a compartir con nosotros la identidad del desconocido, y con eso sí que podríamos ir a la policía.

Sarah saltó de su asiento y le dijo:

—Tenemos que encontrarlo. Y sé dónde pueden ayudarnos.

Fueron a la sucursal del banco de los Bridgewater, el Barclays, al sudeste de Forest Hill. Sarah preguntó por el director y una joven muy amable los precedió hasta su despacho.

Harold Bowker era un hombre rechoncho y bajito, de ojos oscuros y vivos. En cuanto vio entrar a Sarah en la oficina se levantó de su asiento y rodeó el escritorio para estrecharle la mano con una enorme sonrisa en la cara.

—Sarah, cuánto me alegro de volver a verte. Hacía tiempo que no venías. ¿Cómo estás?

Para ahorrarse respuestas demasiado complicadas, y tras echar un vistazo a su brazo izquierdo, Sarah se inventó una historia sobre un accidente doméstico que acababa de tener, y le presentó a Mark como a un viejo amigo que se había ofrecido a traerla en coche.

Harold Bowker estrechó también la mano de Mark, le dijo a Sarah que lamentaba mucho su mala suerte, e hizo la reglamentaria observación sobre el tiempo y el frío que estaba haciendo aquellos días. Luego les ofreció asiento.

Sarah le dijo entonces cuál era el supuesto motivo de su visita: le explicó que su marido estaba de viaje de negocios y que la había llamado para decirle que le habían robado la tarjeta de crédito.

—¡Oh, qué mala suerte! —dijo Bowker, mientras buscaba en su ordenador los datos de Stephen Bridgewater—. ¿De qué tarjeta se trata? ¿De la personal o de la empresa?

—Ambas —respondió Sarah, con agilidad—. En realidad le han robado la cartera, y también el móvil. Por eso no tiene el número del banco a mano y me ha pedido que me acerque yo a arreglar el tema.

—Madre mía, eso es lo peor que le puede pasar a un hombre de negocios: que le roben la cartera mientras está de viaje —dijo Bowker, y Sarah no pudo evitar pensar en lo sorprendentemente fácil que resulta colar una mentira—. Cada día tenemos más clientes que vienen a vernos por este motivo. Los ladrones son cada vez más profesionales y a la gente le es imposible estar atenta todo el tiempo. Pero no te preocupes, por suerte tu marido había contratado un seguro de robo que le cubrirá el descubierto, en caso de que lo haya. Le cerraremos las cuentas inmediatamente y le pediremos tarjetas nuevas.

—¿Podrías decirme si ha habido movimientos en los últimos días, por favor?

—Estoy en ello —respondió Bowker, mirando la cuenta de Stephen—. Pues sí, así es... alguien ha sacado seiscientas libras de su Visa privada. Pero las ha sacado del cajero que está aquí detrás.

Sarah intercambió una expresiva mirada con Mark antes de contestar:

—El cajero está vigilado por una cámara de seguridad, ¿no?

—Por supuesto —dijo el director—. Haré que revisen las grabaciones del día en cuestión e iré con ellas a la policía, si te parece bien, pero... —entonces hizo un gesto con las manos, como si no quisiera avivar la esperanza de Sarah, y añadió—: voy a ser sincero, Sarah: cada semana tenemos que echar mano de las grabaciones de la cámara por uno u otro motivo, pero en muy pocas ocasiones conseguimos dar con la persona que buscamos. En la calle hay una verdadera mafia de tarjetas, y está perfectamente organizada. Sea como fuere, el seguro te devolverá todo el dinero, no te preocupes por eso. La policía y la aseguradora se pondrán en contacto contigo.

—¿Y estás seguro de que lo sacó desde este cajero de aquí? —insistió Sarah.

—Completamente. Cada cajero tiene su número, y este de aquí es el nuestro.

Sarah volvió a mirar a Mark.

—¿Qué día fue, Harold? ¿Qué día se llevaron el dinero?

El señor Bowker miró la pantalla de su ordenador.

—El jueves, por la tarde, a las... mmm... siete y treinta y dos.

A Sarah le dio un vuelco el estómago.

—¿Cómo dices? ¿Estás seguro?

—Segurísimo —dijo Bowker, mirándola con el ceño fruncido—. ¿Sucede algo? ¿Va todo bien?

—Es... es que... bueno, me temo que te hemos molestado en vano —dijo Sarah, poniéndose de pie. Las piernas le temblaban y parecía que no fueran a poder sostenerla—. Por favor, cancela la tarjeta; pero no hará falta que busques la grabación de la cámara.

Se despidió precipitadamente, ignorando la sorpresa y la curiosidad en la expresión de Harold Bowker, y salió a toda prisa de la sucursal.

Una vez en la calle, Sarah se quedó plantada mirando hacia el tráfico de London Road. Ahí estaba otra vez esa sensación de pesadilla, esa angustia insoportable, como si estuviese presa en su propio interior y desde una ventana observara un mundo inventado en el que personas virtuales vivían una vida también virtual.

Mark llegó hasta ella.

—¿Puedes explicarme qué es lo que acaba de pasar?

—Sacaron el dinero el jueves —dijo Sarah—. Stephen se marchó el viernes después de comer, y por la mañana yo salí a hacer unas compras, para las que utilicé su Visa. Así que fue el propio Stephen quien sacó el dinero.

—¿Pero no me habías dicho que Stephen nunca llevaba mucho dinero suelto consigo?

—Así es. Y precisamente por esto siento que ya no puedo más. ¿Para qué iba a querer Stephen seiscientas libras?

Phoebe Grey volvía a estar borracha, y volvía a salir sola de la discoteca. Una vez más.

Y eso que la noche había sido muy prometedora, ¿eh? El ambiente en Prince Albert estaba genial; todo el mundo parecía feliz y relajado, y el buen rollo llegaba hasta la calle. Pero ni borracha como estaba había conseguido que algún tío se fijara en ella. Vale que la mayoría eran compañeros del trabajo y que muchos estaban allí con sus novias, pero el caso es que ninguno de los hombres que estaban allí esa noche mostraron el menor interés por ella. Se había sentido invisible; una mujer invisible de unos cien kilos, con la que todo el mundo se chocaba pero a la que nadie prestaba atención.

Siempre pasaba lo mismo. Incluso antes de Navidad, cuando los solteros se sienten especialmente solos. Nunca encontraba a nadie lo suficientemente desesperado como para tirarle los trastos a ella.

Se dio la vuelta para mirar a la discoteca de la que acababa de salir y levantó el dedo corazón de la mano derecha.

—¡Que os jodan a todos, estúpidos! —balbuceó.

Luego se pasó las manos por el vestido para estirárselo, porque se le había arrugado por debajo del abrigo. Le había costado una barbaridad, pero la vendedora le había dicho que le sentaba de maravilla y que si lo compraba sería la reina de la fiesta. Ojalá cogiera la peste, la mentirosa esa. Indignada, miró la mancha de *gin-tonic* que tenía a la altura de su enorme pecho. Se la había hecho mientras le tiraba los trastos al tímido-pero-atractivo Steward Porter, de contabilidad, justo antes de querer morirse al descubrir que su prometida estaba justo detrás de él.

Anduvo por la Warwick Avenue y resopló mientras se encaminaba hacia la estación de metro más cercana. No pudo evitar pensar en la canción de Duffy, aquella en la que la tía envía a uno al desierto porque le rompió el corazón. En su caso habría sido al revés: ella habría seguido a cualquier hombre hasta el desierto, a cualquiera, con tal de que la quisiera.

Pasó junto a una serie de lujosas casas unifamiliares pintadas de blanco. En una de ellas vivía su mejor amiga, Katherine. Por desgracia no estaba en casa aquella tarde y Phoebe lo sabía. De no ser así habría llamado a su puerta para tomarse con ella una última copa y quedarse a gusto criticando a los hombres.

Aunque es probable que sólo criticara yo, pensó mientras se acercaba a la casa de Katherine. *Ella lleva ya un tiempo en el séptimo cielo con su nuevo novio.*

No es que su amiga no mereciera ser feliz, ni mucho menos, pero... Bueno, tenía que reconocer que sentía una cierta envidia. Katherine era su polo opuesto: alta,

delgada y con una melena rojiza que quitaba el aliento. El prototipo de mujer que atraía todas las miradas en cuanto entraba en una habitación. Además, era inteligente y encantadora. Habría podido conseguir a cualquiera: no a borrachos apegados a las barras de los bares, sino a cualquier hombre amable y divertido, como sin duda debía de ser su nueva pareja, a la que aún no había tenido el placer de conocer. Lo más probable era que en aquel preciso momento ambos estuvieran desnudos y abrazados en algún Nobelhotel, soñando con el futuro que iban a crear y compartir. Ojalá hubiera en ese futuro algún espacio para ella...

Entre los sonidos de la noche, y más allá del tráfico —cada vez menos intenso—, Phoebe oyó de pronto el maullido de un gato. Se dio la vuelta para mirar y se detuvo, sorprendida. El gato estaba justo frente a la puerta de casa de Katherine.

Phoebe observó al animal con atención y frunció el ceño.

—¿*Pierre*? ¿Eres tú, *Pierre*?

Como si le contestara, el gato se dio la vuelta hacia ella y volvió a maullar.

Sin dar crédito a lo que veían sus ojos, Phoebe se acercó hasta el animal. Sí, ése era el gato de su amiga, con su pelo blanco y su mancha negra en la cabeza, como si llevara una boina negra. Y de ahí venía su nombre: *Pierre le Français*.

—¿Qué haces aquí fuera?

Echó un vistazo a la ventana de Katherine y pensó —un verbo que en su estado de embriaguez no podía darse por sentado— que algo no iba bien.

Pierre era un gato casero, y su amiga jamás lo dejaba pasar de la puerta. «No me apetece nada —le había oído decir muchas veces— tener que arrancar su cuerpo un día del asfalto. Y con el tráfico que hay en esta zona sería sólo cuestión de tiempo».

Así que... ¿cómo había salido de la casa? Katherine no estaba, pero seguro que se había encargado de dejarle comida y todo lo que necesitara. Tenía una máquina de la que iba saliendo comida y bebida, y con ella podía estar fuera hasta una semana. Nunca pedía ayuda para cuidar a su gato, así que no le parecía lógico que en esta ocasión sí lo hubiese hecho. Además, seguro que antes de avisar a una vecina o a cualquier otra amiga la hubiera avisado a ella, a Phoebe. Ella sabía lo mucho que Katherine quería a su peludo y gordezuelo amigo.

Aunque ahora que lo pensaba... Mirándolo atentamente, *Pierre* no estaba nada gordo, la verdad. De hecho parecía más bien hambriento, y su bonito pelaje blanco, siempre tan limpio, tenía un aspecto muy descuidado, y estaba gris y enredado. Como si llevara muchos días fuera de casa.

Cuantas más vueltas le daba al tema, más insólito le parecía todo. Si no hubiese estado tan borracha, seguro que habría llegado antes a la conclusión que de pronto le estalló en la cabeza:

—¡Ladrones!

Cruzó la verja de entrada y se acercó a la puerta de la casa de su amiga. No estaba forzada. Tampoco había ninguna ventana rota, ni signo alguno de violencia en toda la parte exterior.

Qué extraño.

Metió la mano en su bolso y buscó el llavero en el que tenía una copia de la llave de su amiga. Un gesto rutinario que le costó algo más de lo que habría sido normal. Por fin dio con la que buscaba, la metió en la cerradura y abrió la puerta de la casa de Katherine. En cuanto lo hubo hecho, *Pierre* pasó entre sus piernas y entró corriendo como alma que lleva el diablo.

Phoebe lo siguió, a oscuras, aunque se detuvo de inmediato. Del comedor le llegó el sonido de una música no muy fuerte, seguramente de la radio. En aquel momento estaba sonando *Losing my Religion* de R.E.M.

¿Podía ser que Katherine ya hubiese vuelto? Quizá su novio había ido a buscarla y se habían quedado allí, enamorados perdidos, y quizá con el fuego de la pasión no se habían dado cuenta de que *Pierre* se quedaba en el jardín...

Con aquella idea le sobrevino una risita nerviosa, y miró a su alrededor para ver si encontraba ropa tirada por el suelo, de esa que uno se quita a toda velocidad, sin pensar en nada que no sea el propio deseo. Katherine le había contado muchas veces lo mucho que le gustaban esos quiquis precipitados e irrefrenables, esas ganas de sexo que le entraban en cuanto cerraba la puerta de casa con un hombre dentro.

—¿Katherine? —dijo, lo suficientemente alto como para que pudieran oírla desde el comedor—. Soy yo, Phoebe. *Pierre* estaba fuera y he abierto para dejarlo entrar y comprobar que todo estuviera en orden. Voy a encender la luz, ¿vale? Avísame si estás con alguien ahí dentro, porque entonces me voy cagando leches.

Volvió a soltar una risita y esperó la respuesta de su amiga, pero no oyó nada que no fuera la radio. Ni una voz. Ningún sonido que indicara movimiento. Nadie buscando su ropa por el suelo. Nada.

Alzó la mano hacia el interruptor y la luz de la lámpara la cegó unos instantes. Parpadeó varias veces mientras avanzaba por el pasillo hacia el comedor, y cuando al fin abrió los ojos no pudo hacer nada por evitar que su mandíbula se abriera de golpe.

Estaba petrificada.

Frente a ella, el sillón de Katherine, volcado; y sobre la mesa del comedor, *Pierre* lamiendo un charco de sangre coagulada.

QUINTA PARTE

HUELLAS EN LA OSCURIDAD

Mark volvió a dormir en la residencia de estudiantes. Gracias a la tarjeta de Somerville podía quedarse allí una temporadita, y estaba contento de que así fuera: no habría podido pagarse durante tantos días una habitación de hotel.

A la mañana siguiente se encontró con Sarah, tal como habían quedado, frente a la estación de metro de Piccadilly Circus. Mark se apostó junto al quiosco, y la esperó con un vaso de café caliente en las manos. Se había subido el cuello de la chaqueta para soportar mejor el viento helado.

La ciudad palpitaba a su alrededor. La gente corría de un lado a otro, cargada con bolsas y paquetes de todos los tamaños. El cielo, de color gris metálico, empezaba a soltar los primeros copos de nieve, y un Papá Noel de dimensiones estratosféricas indicaba desde una pared que ya había llegado el momento de hacer realidad los sueños comprando en Selfridge. Junto a él, un árbol de Navidad de plástico, también gigante, estaba iluminado con unas luces de neón en las que podía leerse «Ha empezado la cuenta atrás».

Qué apropiado, pensó Mark para sus adentros, en un ataque de cinismo. Sabía que cada noche que Stephen Bridgewater pasaba en manos de su secuestrador reducía las posibilidades de mantenerse con vida. Dado que Sarah era el verdadero y único objetivo de ese loco, Mark tenía bastante claro que no iba a preocuparse lo más mínimo por su bienestar.

Eso suponiendo que realmente estuviera secuestrado, y no muerto o despedazado en algún lugar.

Vio a Sarah abriéndose paso entre la gente. Estaba pálida y parecía agotada, aunque era obvio que había intentado disimular sus ojeras con maquillaje. Tenía las mejillas hundidas, y su abrigo de color claro ondeaba al viento, como si le quedara demasiado grande. Lo más probable era que aquella noche tampoco hubiese pegado ojo.

—Vale —le dijo en cuanto lo vio—, vamos a por ello.

Su plan era de lo más sencillo: como el desconocido no tenía ni idea de la presencia de Mark —o al menos eso esperaban—, la idea era que él la siguiera hasta el bar y se quedara cerca de la puerta. Sarah hablaría con él, y luego Mark lo seguiría hasta donde fuera, con la esperanza de descubrir el lugar en el que tenía escondido a Stephen. Después llamaría a la policía.

Mark cambió de vagón en la estación previa a Charing Cross. Cuando salieron del metro, él la siguió a unos pasos de distancia. Subieron las escaleras por la salida de Duncannon Street, que daba a la parte posterior de la iglesia Saint Martin-in-the-Fields.

Al llegar a la discreta puerta de la Krypta, Sarah se detuvo unos segundos. Tenía que coger aire y reunir todo su valor. Respiró hondo y empezó a bajar las escaleras que conducían al bar. No se dio la vuelta ni una sola vez.

Mark se apostó junto a una cabina telefónica que quedaba relativamente cerca de la entrada, y esperó. Con la mayor discreción posible, fue observando a los transeúntes que pasaban por ahí, con la esperanza de ver a un hombre con la cara llena de cicatrices. Mientras tanto, apretaba con fuerza el móvil que llevaba en el bolsillo de la chaqueta y se sentía muy cerca de Sarah, a quien enviaba toda su fuerza desde la distancia.

¿Por qué la había citado precisamente allí? ¿Qué se traía aquel hombre entre manos?

Sobre su cabeza, las campanas de la iglesia repicaron doce veces.

Mientras bajaba las escaleras de la Krypta, Sarah tuvo que asirse a la barandilla. Estaba mareada, de puro cansancio y excitación. Acababa de pasar la peor noche de toda su vida, y, aunque se había obligado a desayunar algo, apenas había logrado tragar media tostada.

Siguió avanzando con toda precaución, escalón a escalón, mientras la gente pasaba veloz a su lado; charlando, riendo, cotilleando.

Ella temblaba, empapada en sudor, y no estaba segura de que sus rodillas fueran a seguir sosteniéndola durante mucho más rato. En aquel momento no pudo evitar recordar cuando se quedó paralizada frente a la puerta de su despacho, observando fijamente el timbre, incapaz de reaccionar. Y recordó aquel pánico indescriptible que le impidió volver a entrar en el despacho. Aquella fobia insoportable. Su miedo a fracasar.

Igual que sucediera entonces, se dirigía ahora hacia un lugar conocido que por algún motivo se había convertido en una amenaza. La diferencia era que en esta ocasión no se había quedado petrificada. Sí, ahora estaba avanzando, porque en esta ocasión su fobia tenía un rostro concreto, y la víctima no era sólo ella, sino que había alguien más.

En esta ocasión no tenía más opción que enfrentarse a sus miedos.

Antes de superar el último escalón, le llegó el conocido olor a piedra de la Krypta, mezclado con el aroma de la magnífica bollería y los cafés que solían ofrecer por las mañanas. Le entraron ganas de vomitar. Cerró los ojos e intentó no prestar atención al sabor amargo que tenía en la garganta. Respiró hondo una vez más, y continuó.

La Krypta era un lugar de encuentro muy apreciado, tanto por los turistas como por los propios londinenses, y, como ya sucedía en su época de universitaria, cuando iba allí con las amigas y más adelante con Stephen, por las mañanas solía estar lleno hasta los topes. La bóveda del techo de piedra devolvía el eco de todas las conversaciones y contribuía a dar aún más vida al ambiente. La Krypta estaba llena de anchas columnas que impedían tener una visión panorámica del bar, de modo que a Sarah no le quedó más remedio que avanzar entre las mesas y buscar personalmente al hombre con la cara marcada.

Desde luego, aquél era el lugar ideal para perderse entre la gente y no llamar la atención, pensó. Aquí nadie llamaba la atención y cualquiera podía desaparecer en cualquier momento.

Sacó su móvil del bolsillo y miró la pantalla para calcular cuánta cobertura había ahí abajo. Tres barritas. Tres de cinco, no estaba mal. Sintió una breve pero maravillosa sensación de alivio. Aunque el desconocido se marchara repentinamente,

ella podría llamar a Mark para advertirle.

Siguió avanzando entre las mesas, haciendo un esfuerzo por no perder la concentración. Estaba a punto de encontrarse con el desconocido que había decidido arruinar su vida, y no podía permitirse el lujo de perder la cabeza. Todo dependía de aquello: tenía que descubrir cuál era el verdadero y último propósito de aquel psicópata chalado.

¿Por qué la había citado precisamente allí?

¿Cómo podía saber que aquel había sido el lugar escogido por Stephen y ella para celebrar su nuevo trabajo en la editorial?

¿Qué le había hecho a Stephen para conseguir aquella información?

¿O acaso era ella la que se equivocaba, tal como pasó con el tema de la tarjeta de crédito?

La mente volvió a darle vueltas y sus pensamientos iban de un lado a otro, frenéticos, mientras ella seguía avanzando entre las mesas a la búsqueda de una cara con cicatrices.

Entonces alguien le tocó el hombro y ella dio un respingo antes de volverse, aterrorizada.

—¡Sarah! ¡Cuánto me alegro de volver a verte!

Nora Scaulon, su antigua jefa, le dedicó una amplia sonrisa y abrió los brazos para estrecharla en ellos.

Durante unos instantes Sarah se quedó demasiado perpleja como para responder. Recibió con extrañeza el abrazo y cuando se separó de la editora la miró como si hubiese visto un fantasma.

—¡Oh, Nora! Lo siento mucho pero...

—¿Cómo que lo sientes? —Nora arqueó una ceja.

—No, bueno, quiero decir que me alegro de verte, pero es que... —tartamudeó Sarah, mientras miraba desesperada a su alrededor, por si veía al desconocido.

—Vamos, querida —dijo Nora, señalándole una mesita que quedaba junto a una de las columnas—. Ésta es mi mesa, y aún quedan dos sillas libres.

—Yo... Ay, Nora, de verdad que lo siento, pero es que he quedado —logró decir Sarah al fin, mirando su reloj. Eran ya las doce y diez.

—Claro. Ya lo sé —dijo Nora, frunciendo el ceño con preocupación—. Cielo, ¿te encuentras bien? Pareces desconcertada. ¿Te pasa algo?

Sarah la miró a los ojos.

—¿Cómo que ya lo sabes? ¿A qué viene esto?

—Bueno, Howard me lo ha contado.

—Howard.

—Sí, y me ha dicho que te salude de su parte. Su minusvalía no le ha permitido venir, pero le habría encantado. O es que... vaya, ¿tenía que ser un secreto?, ¿no querías decirme que habíais quedado? —Nora soltó una risita, medio sorprendida medio divertida, y siguió hablando—. Porque de ser así me temo que debo advertirte:

mi marido ya no está para estos trotes. Ni noches apasionadas ni corazones rotos, querida. Hace tiempo que lo único que espero es que se acuerde de ponerse la dentadura postiza antes de darme un beso.

Sarah miró a su amiga, consternada.

—Nora, por el amor de Dios, ¿de qué me estás hablando?

La sonrisa de Nora Scanlon se heló en sus labios.

—¿Perdona? Ahora sí que no entiendo nada. Eres tú la que ha quedado aquí con Howard, no yo.

—¿Cómo que yo he quedado con Howard?

—Caray, en el último correo electrónico que le enviaste le pedías que viniera —dijo Nora, y su voz reflejaba ahora una indiscutible preocupación—. Por eso estoy aquí. Ya sé que querías verlo a él, pero, dadas las circunstancias, hemos pensado que sería mejor que viniera yo. Supongo que no te importa, ¿no?

Sarah movió la cabeza hacia los lados, como si acabaran de echarle un cubo de agua helada por encima.

—¿En mi último correo, dices? ¿A qué te refieres?

—Tú... ¿estás diciéndome que no sabes nada de esto?

—¡Exacto, por Dios, esto es justo lo que estoy diciendo! —dijo Sarah, desesperada. Aunque entonces empezó a atar cabos—. ¿Podrías decirme qué ponía en ese correo?

Los ojos de Nora brillaron brevemente, como si de pronto comprendiera.

—Ya veo... Está bien, vamos a sentarnos. Parece que hay mucho de que hablar.

—Para serte sincera, me sorprendió mucho que escribieras a Howard —dijo Nora, moviendo la cuchara en la taza—. Pero si ha sido Stephen quien los envió en tu nombre... bueno, eso lo explicaría todo, claro. Al fin y al cabo, él sabe que seguimos en contacto, y es obvio que no ibas a negarte a quedar con nosotros. Seguro que quiere que te convenza.

—¿Que me convenzas? —repitió Sarah, asiéndose con ambas manos al borde de la mesa—, ¿que me convenzas de qué?

—Bueno, puede que *convencer* no sea la palabra más apropiada —dijo Nora, apartando su taza—. *Persuadir* sería mejor, seguramente. Vuelve a la editorial, querida. Ven a trabajar con nosotros. Howard y yo lo hemos estado hablando y no tenemos ninguna duda. Te necesitamos.

—¿Éste es el contenido de los correos?

Nora asintió.

—Tú... es decir, tu marido... se lo ha explicado todo a Howard. El agotamiento y los miedos, la sensación de bloqueo, la desesperación. Nos ha impresionado mucho tanta sinceridad, y queremos decirte que juntos encontraremos el modo de que nada de eso vuelva a repetirse.

—¿Eso es lo que él os escribió?

Nora movió las manos hasta coger las de Sarah.

—Cariño, no te enfades con tu marido. Se nota que lo ha hecho por tu bien. Somos amigas desde hace tiempo, y sé perfectamente que te avergüenzas de tus miedos. Ya lo supe entonces, cuando firmaste tu despido voluntario, aunque tú nunca me hablaste de ello. Eres demasiado orgullosa, cielo, y aunque te empeñes en mostrar fortaleza, los que te queremos sabemos cómo eres en realidad. Y es precisamente por eso por lo que te queremos.

Sarah sintió un escalofrío.

—¿Qué os dijo exactamente sobre mis miedos?

—No te preocupes, quedará entre nosotros. —Nora le apretó las manos—. No vas a fracasar, Sarah, estoy convencida de ello. Yo te ayudaré a recuperar la confianza. No sabes lo feliz que me ha hecho leer todos tus correos, aunque ahora sepa que no los escribiste tú. —Nora guiñó el ojo a su amiga y continuó—: Tienes un marido estupendo, cielo. Es obvio que te quiere un montón.

Tuvo que llamar varias veces a la puerta, y, justo cuando empezaba a pensar que no había nadie en casa, oyó una voz al otro lado.

—¡Ya va, ya va! ¡Deja de llamar, joder, qué impaciencia!

Unos pasos arrastrándose, el sonido del cerrojo al descorrerse, y la cara arrugada de Simon por el resquicio de la puerta.

—Ah, eres tú. Qué pronto, tío. Estaba durmiendo.

—Son más de las doce.

—Mira qué bien.

—¿Los tienes?

Simon suspiró, se pasó la mano por la barbilla, con su barba de cuatro días, y asintió.

—Sí, sí, pasa. —Abrió la puerta del todo y lo dejó pasar—. ¿Por qué cojones tienes tanta prisa?

—Tengo mis motivos —le dijo él, entrando en el piso. Olía a porro y a incienso—. ¿Has borrado todos los datos?

Simon bostezó y se rascó la cabeza. Llevaba sólo unos calzoncillos gastados y una camiseta negra con el símbolo de la paz pintado en blanco. Sus piernas delgadas y enclenques le hicieron pensar en las patas de una gallina.

—Sí, tío. Todo lo que había sobre ti está ahora en el nirvana de los datos.

—¿Todo?

—Que sí. Te lo prometí, ¿no? Pues eso.

Le dio la espalda y arrastró los pies por el pasillo, hacia la cocina. Él lo siguió. La puerta de la única habitación del piso —además, del salón, la cocina y el lavabo— estaba abierta, y no pudo evitar detenerse ante ella, boquiabierto. Todo el apartamento se encontraba en un estado lamentable, mal pintado y con jirones de tela en las paredes, de las que también pendían multitud de pósteres enganchados con chinchetas. Pero esa habitación era distinta. Estaba impoluta. Inmaculada. La cama hecha, las paredes pintadas de rosa, y en una estantería, perfectamente alineados, había un montón de cuentos infantiles y de ositos de peluche. El único cuadro de la habitación estaba sobre el cabezal de la cama: era una foto preciosa, en un marco floreado, que mostraba a una niña con su madre. Por el modo de vestir de ambas, parecía ser de los años ochenta.

—¿Dónde está Bethany?

—En su grupo de autoayuda. Voy a hacerme un té. ¿Quieres uno?

Se acercó a Simon, que trasteaba con una tetera de la época paleolítica, y le dijo:

—No, gracias, me voy ya.

—Vale —dijo Simon, sentándose en una silla que cojeaba y empezando a liarse un pitillo—, pero yo necesito desayunar.

—Si me das los informes, no te molesto más. Aquí tienes tu dinero.

Dejó un sobre en la mesa. Simon se llevó el pitillo a los labios y lo encendió antes de coger el dinero. Miró hacia el interior del sobre, pasó los dedos por los billetes y sonrió.

—¡Guau, John, qué pasada! Esto es genial, tío, pero...

En lugar de seguir hablando hizo un gesto exagerado con las manos, apartó el sobre y soltó una bocanada de humo.

—¿Qué?

—Bueno, John, creo que tendríamos que volver a hablar.

Él miró el sobre y suspiró.

—¿A qué viene esto, Simon? Teníamos un pacto.

Simon frunció los labios, inclinó la cabeza a un lado y lo miró atentamente.

—Tienes mala cara, John. Sudas, y estás pálido como un muerto. Y esas ojeras... Sí, tienes muy mala cara. Una cara de mierda, para ser exactos. Ha empeorado, ¿verdad?

—¿Adónde pretendes llegar, Simon?

—Somos amigos, ¿no? Quiero decir, que hemos tenido un trato muy íntimo, ¿no? Yo te limpié el culo cuando todo te iba mal. Estuve a tu lado. Te sostuve la frente en tu primera quimio, cuando te pusiste a vomitar como un alienígena. Incluso hicimos bromas sobre el tema, ¿recuerdas?

—Sí, y te estoy muy agradecido.

Simon entornó los ojos y sacó el humo por la nariz.

—¿Ah, sí, John? ¿De verdad? ¿Y entonces por qué me mientes?

—No te he mentado.

—Desde luego que lo has hecho, John, te lo digo yo. Nos has mentado a todos. Nos has dicho que te llamabas John Reevyman, pero ése no es tu nombre real. —La tetera lanzó un pitido y Simon se levantó a sacarla del fuego. Luego vertió el agua en una taza que era la caricatura del príncipe Carlos de Inglaterra (las orejas hacían de asas), y se dio la vuelta para mirarlo—. Nadie en la clínica se dio cuenta. Sólo yo. En realidad tu nombre no le importa a nadie, siempre y cuando pagues religiosamente las facturas. Pero es que Reevyman... Caray, John, no me jodas, nadie en el mundo se llama así. Podías haberte inventado algo más creíble.

Simon lo miró con curiosidad, como para comprobar si su provocación surtía el efecto deseado. Por supuesto, él no le dio esa satisfacción. Había sufrido demasiadas humillaciones en su vida como para permitir que un hombre como Simon le alterara los nervios. Lo único que de verdad le dolía era la decepción. No había pensado que el chico pudiera ser tan cabrón.

Simon sonrió cínicamente y le guiñó un ojo.

—¿Sabes, John? No hacía falta tener varias carreras para descifrar el absurdo

anagrama que te sacaste de la manga. Joder, saltaba a la vista. Reeveyman. Everyman. Muy agudo, teniendo en cuenta tu historia.

—¿Y bien? ¿Quieres que te felicite?

Simon apagó la colilla de su pitillo, cogió al príncipe Carlos por las orejas y tomó un sorbo de té. Luego volvió a sonreír.

—¿Estás seguro de que no quieres un té, John?

—¡Lo que quiero es que vayas al grano de una vez!

—Está bien, está bien. —Simon dejó la taza sobre la mesa—. Sé quién eres, John. Jay me lo ha contado. Pero no te enfades con él, porque cuando me lo dijo estaba completamente sedado. Le importas mucho, John. ¿Seguís siendo amigos o ya lo ha superado? Sea como fuere, no fue muy inteligente por su parte coger el alta antes de tiempo y marcharse a casa.

—Dime lo que quieres, Simon.

Simon sonrió, y jugueteó durante un rato con una de las orejas-asa, como ausente.

—En cualquier caso, fuiste la primera persona en la que Jay pensó al salir de su operación. Al principio no entendí lo que gritaba, pero luego sumé dos más dos, y me dieron cuatro. Le hice una pregunta, y el pobre, narcotizado como estaba, confirmó de inmediato mis sospechas. Cosas que pasan, ya ves.

—Bien, Simon. ¿Y por qué me cuentas todo esto?

—Porque somos amigos, John, y los amigos tienen que ayudarse. Yo te he ayudado, y me la he jugado por ti. ¿Qué tal si me das algo más a cambio? Tú mismo me dijiste que el dinero te importaba un comino, ¿lo recuerdas?

Sacudió la cabeza y echó a Simon una mirada cargada de reproches.

—¿Estás chantajeándome?

—¡No, hombre, qué va! —protestó Simon, fingiendo escandalizarse. Cogió su tabaco y empezó a liarse otro pitillo—. Yo lo consideraría más bien una apelación a tu generosidad. Al fin y al cabo, John, no lo harías sólo por mí, sino también por Beth...

—Te he pagado muy bien. —El corazón empezó a latirle con fuerza. La presión en las sienes empeoró—. Si os repartís el dinero, tenéis para vivir varios meses.

—Sí, es verdad. Has sido generoso. Pero la terapia de Beth cuesta un huevo. Por eso te voy a proponer algo: me pagas el doble, yo te doy los informes y cerramos el tema. ¿Qué te parece?

Suspiró.

—¿Pero tú te oyes, Simon? Estás aprovechándote de mí. Si de verdad fuéramos amigos, no te comportarías así.

Simon dejó escapar una carcajada y movió la cabeza de tal modo que sus rizos rubios se le fueron a la frente.

—No me jodas, John, ¿de verdad eres tan ingenuo?

—Sí, es posible —dijo él, frotándose las sienes, que le dolían una barbaridad—. Yo soy ingenuo, pero tú eres estúpido. Te ofrezco un trato justo: el dinero que

voluntariamente os pago es más que suficiente para gestionar todas tus ilegalidades. Podrás pagar la terapia de tu hermana, buscarte un trabajo nuevo e irte a vivir a otro lugar. Te ofrezco empezar de cero. Pero si no me ayudas... no serás más que un ladrón de poca monta sin pizca de credibilidad.

La sonrisa de Simon desapareció de su rostro, y miró su cigarrillo, nervioso.

—Te diré algo sobre los ladrones, John. Son gente como tu padre y tú. Él se pasó la vida trabajando y recaudando dinero, y luego vendió su empresa y te dejó una fortuna. Nunca has tenido que arremangarte para conseguir nada. Ni siquiera te has planteado la opción de trabajar. Y ahora mírate. No te queda mucho tiempo, eso lo vería hasta un ciego, así que... ¿para qué quieres tu dinero? ¿Vas a comprarte un ataúd de oro? Vamos, haz algo bueno con tu fortuna y ayúdanos. Eso sería... — Simon se interrumpió de golpe, se puso de pie de un respingo y, señalándolo con la barbilla, le dijo—: ¡joder, tío, tu nariz!

Él se tocó la cara con una mano, y cuando la apartó vio que estaba cubierta de sangre.

Simon cogió un trozo de papel de cocina y se lo pasó.

—Ten, antes de que lo ensucies todo.

Se llevó el pañuelo a la cara e intentó tranquilizarse. La presión se le había disparado por los nervios, y eso podía ser peligroso.

—¿Puedo usar tu lavabo?

—Como quieras. —Simon puso los ojos en blanco, irritado, y le señaló la puerta que quedaba junto a la de la entrada—. Pero luego límpialo todo.

—Sí, claro.

Avanzó por el pasillo hasta el lavabo y cerró la puerta a sus espaldas. Una vez dentro, humedeció la toalla de manos, se la puso en la nuca y cerró los ojos.

Tenía que tomar una decisión.

Cuando Sarah salió de la Krypta parecía otra. Con paso decidido fue hacia la cabina tras la que esperaba Mark.

—No ha venido. El resto, en casa —le soltó, sin apenas mirarlo; y antes de que él reaccionara, siguió avanzando hacia Charing Cross Station.

Obviamente, temía estar siendo observada. Mark lo entendió al instante, y por eso esperó un rato antes de ponerse también en movimiento.

Cuando por fin llegaron a Forest Hill, dos transbordos después, Sarah anduvo hacia su casa a toda velocidad, sin mirar atrás una sola vez. Mark tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para seguirle el ritmo.

—¡Sarah, por favor, espera! —le dijo, mientras ella abría la puerta y desactivaba la alarma—. Por todos los santos, ¿qué ha pasado ahí dentro?

Ella se dio la vuelta hacia él. Tenía la cara roja y le costaba respirar.

—Ya sé de dónde ha sacado toda esa información sobre mí —dijo por fin—. Por supuesto, Stephen sabe que tengo muchos miedos, pero desconoce por qué los tengo. No sabe los motivos, porque nunca se los he dicho. No quería que lo supiera. Y tampoco podía saber que últimamente he estado pensando en volver a la editorial. Nora... mi jefa, no ha dejado de repetirme que tengo las puertas abiertas para volver en cualquier momento, pero yo nunca me he atrevido a dar el paso porque me avergüenzo de mis fobias. Aunque esto tampoco se lo he dicho a Stephen. Ni a nadie. Ni siquiera a Gwen. De modo que el loco de la cara marcada no ha podido obtener la información de Stephen, sino...

No siguió hablando. En lugar de eso se dio la vuelta y corrió escaleras arriba. Mark la siguió hasta el dormitorio, donde Sarah se arrodilló ante una cómoda Tudor que quedaba a los pies de la cama, y abrió el último cajón. Lo hizo con tanta prisa que el cajón quedó encajado a medio camino, de lado. Sarah maldijo en voz alta, empujó para cerrarlo y luego volvió a abrirlo con más calma, y de forma recta.

—¿Qué tienes ahí?

Mark llegó a su lado. El cajón estaba lleno de libretas de todos los tamaños. Se puso en cuclillas, a su lado. Cada una de las libretas tenía una etiqueta blanca con la referencia a uno o dos años. Habría por lo menos veinticinco.

—Mis diarios —dijo, cogiendo la libreta en la que ponía 2012.

Empezó a pasar hojas, y de pronto se detuvo y abrió mucho los ojos.

—¡Aquí está! ¡Lo sabía! —gritó—. ¡Ese maldito hijo de puta!

Cogió otra libreta e hizo lo mismo. Luego se la pasó a Mark y le dijo:

—¡Se ha leído mis diarios!

Mark miró la página que ella le enseñaba y enseguida entendió por qué lo decía:

en algunas líneas, la bonita caligrafía de Sarah aparecía subrayada en rojo.

—¡Lo ha hecho él! —gimió ella, y en su voz se acumularon toda la rabia y el desprecio y la impotencia ante esa cobarde incursión en su intimidad—. Y ha subrayado estas frases para que yo sepa que las ha leído.

Fue cogiendo libretas al azar, sin orden ni concierto, y por fin se sentó en el suelo y cerró el cajón como si hubiese encontrado una serpiente venenosa en su interior.

—Los ha leído todos, Mark. ¡Todos!

Cuando volvió del lavabo, Simon seguía en la misma postura, aunque se había puesto un pantalón de chándal sobre los calzoncillos. Estaba liándose otro pitillo cuando se dio la vuelta y lo miró.

—¿Qué, te encuentras mejor?

Él asintió y se quedó de pie junto a la pila, donde había un montón de platos sucios acumulados.

Simon se apartó los rizos de la cara, encendió su pitillo y dejó escapar el humo por la nariz.

—¿Y bien, John? ¿Qué has decidido?

—Primero quiero ver los informes.

—¿Por qué?

—Porque quiero estar seguro de que los tienes.

—John, John, John... —Simon sacudió la cabeza, displicente—. ¿Te crees que soy idiota? ¿De verdad crees que voy a traerte los informes, para que los cojas y salgas corriendo?

—¿Tengo pinta de poder hacer eso?

Cogió un trozo de papel de váter doblado y se lo pasó por la frente para secarse el sudor. Le temblaban las manos. El dolor de cabeza volvía a ser insoportable.

Simon lo miró atentamente. Por fin se levantó y suspiró.

—¿Estás fatal, eh? No te queda ni un telediario... Está bien, te enseñaré los malditos informes. Pero primero quiero la pasta, ¿eh? Si no me la das, yo no te doy nada, ¿me oyes?

—Te oigo.

—Vale. Voy a buscarlos. No te muevas ni un milímetro.

—Te lo juro.

Simon fue a la habitación de Bethany. Se oyó cómo trasteaba en una caja de cartón o algo así, y luego volvió y le enseñó los papeles desde una distancia prudencial.

—¿Ya estás contento, John? ¿Ves que no quiero tomarte el pelo?

Él leyó el nombre que aparecía en el primero de los papeles, John Reevyman, justo debajo del sello del hospital.

—Vale —dijo Simon—. Ahora ve a buscar el dinero que falta y te daré todo esto. Venga, espabila. Mientras tanto, yo me tomaré mi té.

Él se dio la vuelta y empezó a caminar hacia la puerta. Una vez allí se detuvo y, dándose la vuelta, le dijo:

—Está bien, Simon, ahora vuelvo. Pero antes quiero que sepas que me has

decepcionado.

—Joder, John, tú tendrías que saber, más que nadie, que la vida no siempre es justa —le respondió Simon—. Siento ser yo quien te lo recuerde, tío.

—No, Simon, no lo sientes. Pero tienes razón en dos cosas.

—¿Ah, sí? ¿En cuáles?

—En que el mundo no es justo y en que te he sobrevalorado.

Se miraron unos segundos en silencio, y él pudo ver que el cerebro de Simon iba a toda velocidad. Por fin, el enfermero saltó de su silla y se acercó a él fuera de sí.

—¡Calla la puta boca, John! Ve a buscar tu dinero, y hazte un favor: en cuanto me lo traigas, desaparece para siempre, o no respondo...

Sin darle tiempo a acabar la frase, él cogió la jeringa que llevaba en el bolsillo de la chaqueta y se la clavó. Antes de que Simon comprendiera lo que estaba pasando, ya le había inyectado todo el líquido que había en su interior.

—¡Me cago en la puta, cabrón! ¿Qué coño me has metido?

—No me has dejado más opción, Simon —le dijo él, en tono neutro—. No sé cuánto tarda en hacer efecto en un persona sana, pero seguro que no será mucho, te lo prometo.

—¡No! ¡Oh, no, mierda! —Simon se dio la vuelta para coger su móvil, que estaba sobre la mesa, junto a una bolsa vacía de patatas fritas, pero antes de llegar hasta él le fallaron las piernas. Se arrodilló en el suelo y puso una mano en la pared.

Él se acercó a su lado, lo cogió por las axilas y lo ayudó a estirarse en el suelo, boca arriba.

—Relájate y cierra los ojos, amigo mío. Pronto habrá pasado todo.

Simon lo miró y le sonrió.

—Caray, John, esta droga es la bomba. —Se rio un poco y luego le dijo—: Es muy, muy potente. Llama a un médico, tío. Mi corazón... Voy a diñarla...

—No puedo llamar a nadie, Simon. Ya es demasiado tarde.

—¿De verdad? —Simon volvió a reírse—. Demasiado tarde, demasiado tarde, demasiado tarde... —canturreó. Luego tuvo una arcada y vomitó. Empezó a salirle espuma de la boca y todo el cuerpo se contrajo. Los ojos se le quedaron en blanco y la espuma empezó a bajarle por la barbilla, hasta la camiseta. Un par de espasmos más, y se acabó.

Había ido mucho más rápido que con Jay. Menos mal.

Observó unos minutos más a su enfermero y luego se incorporó, cogió los informes de la mesa y se los metió en la chaqueta. La jeringa la guardó en el estuche que desde hacía unas semanas llevaba siempre consigo. De hecho pensaba utilizarla consigo mismo. Tenía que ser su salvación cuando el dolor se hiciera insoportable. Ahora tendría que hacerse con una jeringa nueva.

Antes de salir del piso, puso el sobre con el dinero encima de la cama de Bethany.

—Se lo ha leído todo.

Sarah estaba sentada en su cama y apretaba con fuerza la almohada de Stephen. Tenía la mirada fija en un punto de la pared.

—No puedes hacerte a la idea de lo desnuda que me siento —dijo, cubriéndose la cara con la almohada, como si quisiera esconderse y desaparecer—. Todos mis sentimientos estaban en esos diarios. Todos mis miedos y mis ilusiones, mis proyectos y mis reflexiones. ¡Todo! ¡Y ese maldito chalado no sólo se los ha leído, sino que se ha dedicado a subrayarlos! —Se secó las lágrimas de la cara; lágrimas de rabia y desesperación—. ¡Ese bastardo no sólo se ha colado en mi casa, sino también en mi cabeza!

Mark observó el cajón en el que estaban guardados los diarios de Sarah. La cabeza le iba a mil por hora. Había algo que lo desconcertaba, algo que no encajaba. Algo que no lograba explicarse, probablemente porque él también estaba muy desconcertado. Se sentía como cuando quería decir algo y no lograba dar con la palabra adecuada, aunque la tuviera en la punta de la lengua. ¡Era descorazonador!

—Ha tenido que pasar horas en esta habitación —susurró Sarah, como si no se atreviera a hablar en voz alta—. Aquí, en mi dormitorio. Quizá haya estado sentado en esta misma cama mientras leía. En la cama en la que luego nos metíamos Stephen y yo sin tener la menor sospecha... Ha estado entrando y saliendo de nuestras vidas como ha querido...

Mark dio un respingo. ¡Sí! ¡Eso era! ¡Ahora sabía qué era lo que no le cuadraba! Tenía que haberlo pensado antes, inconscientemente, cuando entraron en la casa.

—¡La alarma!

Sarah lo miró.

—¿Qué pasa?

—¿Cuánto hace que la tenéis?

Ella pensó un momento.

—Unos tres años. Poco después de instalarnos en el barrio, hubo una serie de robos por la zona y decidimos...

—¿Y cuándo la conectáis?

—Cada vez que salimos. Tenemos sensores en todas las habitaciones.

Mark asintió.

—¿Así que la conectáis siempre que salís de casa?

—Sí.

—¿Seguro?

—Segurísimo. Ya lo hacemos sin pensar; pura rutina.

—Y cada vez que volvéis a casa tenéis que marcar un código para desactivarla, ¿no? No basta con apretar un botón; hay que marcar unos números.

—Sí. Tenemos treinta segundos para marcarlos y tres intentos. En caso contrario, la alarma se dispara y avisa a la poli... —Se detuvo de pronto, al darse cuenta de lo que estaba diciendo—. Pero no es posible, Mark. ¿Cómo iba a saber el código?

—¿Lo habéis cambiado últimamente?

—No, siempre hemos tenido el mismo. Ya sé que todos recomiendan cambiarlo de vez en cuando, pero...

—¿Apuntaste el código en alguno de tus diarios? —La interrumpió él.

—No, por Dios.

—¿Y cuál es? Quiero decir, ¿es una fecha de cumpleaños, o vuestro aniversario de bodas o algo así? ¿Es posible que él fuera probando con estas opciones hasta dar con la combinación?

—Es la fecha en la que nos conocimos. Sólo la sabemos Stephen y yo, y nunca le hemos dicho el código a nadie.

—Hay algo en todo esto que no encaja... —Mark se dejó caer en una silla, junto a la que había un montón de ropa mal doblada, probablemente de Stephen—. Cuando el desconocido entró en vuestra casa con las llaves de Stephen no tuvo que marcar el código porque vosotros estabais dentro, pero es imposible que entrara a leer los diarios en vuestra habitación mientras vosotros dormíais plácidamente...

—Claro, eso es imposible. Sólo podría haber entrado en casa para leer mis diarios cuando no había nadie, pero para ello tendría que desconectar la alarma, como tú dices, y me parece imposible que diera con la combinación adecuada. ¡No tiene sentido!

—¿Puede ser que algún día olvidaras conectar la alarma?

Sarah apartó ligeramente la almohada y sacudió la cabeza con energía.

—No, no, estoy absolutamente segura. Stephen y yo teníamos el gesto completamente interiorizado. En la época en la que estaba peor, no salía de casa sin comprobar varias veces que la alarma estaba conectada. Era el único modo de tranquilizarme.

—Pero si sólo vosotros dos conocíais el código de la alarma... ¿Cómo es posible que él lo supiera? —Mark se apretó las sienes con las yemas de los dedos—. ¿Seguro que nadie más conocía la combinación? ¿Seguro?

Sarah afirmó con la cabeza.

—Segurísimo. Sólo nosotros dos. Bueno, y el instalador de alarmas, claro. Él fue quien nos la programó... —Sarah puso los ojos como platos al oír sus propias palabras—. No creerás que...

—¿Recuerdas qué aspecto tenía aquel hombre?

Cerró los ojos un segundo antes de contestar, como si buscara una imagen en el baúl de sus recuerdos.

—No recuerdo su rostro, pero... No, Mark, aunque se hubiese hecho todas esas

cicatrices después, su aspecto era muy distinto. Se trataba de un hombre bajito y regordete, estoy segura.

Se miraron unos segundos en silencio, y por fin Mark dijo en voz alta lo que sin duda ambos estaban pensando:

—¿Y si no fue él, pero sí uno de sus compañeros de trabajo?

El edificio de Home Security Services S. A. se hallaba en Brixton, junto a un enorme aparcamiento al aire libre, y estaba coronado por esa estilizada torre roja que era el logo de la empresa. Una construcción de cemento y cristal, muy sobria, que parecía un almacén y pasaba desapercibida entre otros tantos edificios de fábricas reunidos en la misma avenida.

La puerta de entrada estaba parapetada con multitud de anuncios de alarmas y sistemas de seguridad, todos de proporciones descomunales y todos con el eslogan de aquel año: «Convertimos su hogar en la torre de su castillo».

Mark vio que Sarah leía el eslogan y apartaba la vista. Dadas sus circunstancias, aquella frase debía de parecerle un chiste macabro.

El director de la empresa se presentó como James Pearson. Un hombre de unos cuarenta y tantos años, alto, de complexión atlética, con un rostro de líneas bien marcadas y el pelo engominado y canoso. El traje azul marino que llevaba le daba un aspecto serio, hasta cierto punto militar, y no cabía duda de que ésa era precisamente la impresión que quería provocar: autoridad, al tiempo que seguridad.

Muy adecuado para la empresa, pensó Mark.

Pearson los precedió hasta su despacho y les ofreció asiento junto a una mesa de reuniones ovalada en la que podían verse un montón de trípticos y prospectos diversos de HSS.

Sarah fue directa al grano y le preguntó si alguno de sus empleados tenía la cara cubierta de cicatrices. Pearson, recto como una escoba, la miró con expresión estoica y tardó unos segundos en responder. Pearson tenía que ser un magnífico jugador de póker, pensó Mark mientras Sarah y él esperaban oírlo hablar.

El director entrelazó los dedos sobre la mesa y los miró alternativamente a ambos.

—Lo lamento —dijo al fin—, pero no puedo ayudarlos. Todos nuestros empleados han firmado un contrato de confidencialidad que es muy estricto en ambas direcciones. Seguro que me comprenderán.

—Así que trabaja aquí —insistió Sarah.

—Yo no he dicho eso. —El director sonrió y abrió los brazos en señal amistosa—. Señora Bridgewater, si tiene problemas con su alarma me ofrezco personalmente a solucionárselos.

Sarah resopló.

—Mi problema no es la alarma.

—¿Y cuál es entonces, si puede saberse?

—Se trata de... una cuestión privada.

—Entonces, señora Bridgewater, no voy a poder ayudarla.

—Disculpe, señor Pearson —intervino Mark, educadamente—. ¿Puedo hacerle una pregunta técnica?

—Por supuesto.

—¿Apuntan ustedes en algún sitio los códigos de sus clientes?

—Sólo el que introducimos el día de la instalación.

—¿Y por qué?

—Por si tenemos que hacer un *reset*. Sucede cuando un cliente cambia la contraseña que le damos por la suya propia y al introducir el código se equivoca, por ejemplo. Es algo habitual.

—Entonces... ¿Si supiéramos decodificar la alarma, podríamos recuperar el código inicial, el que puso el instalador?

Pearson asintió.

—Sí, pero piensen que nunca es el mismo, así que los ladrones no lo tienen fácil con nosotros.

—Entiendo —dijo Mark, satisfecho. Había llevado a Pearson a un terreno cómodo para él, y ahí era donde estaba la información—. ¿Y qué sucedería en caso de fallo de alimentación? ¿Podrían burlar las alarmas si no hay electricidad?

—De ningún modo —dijo Pearson, rotundo—. En ese caso el sistema pone en marcha una batería adicional que nuestro equipo revisa regularmente. Va incluido en la cuota mensual. Nuestros sistemas son cien por cien seguros.

—Por lo que hace a las cuestiones técnicas parece que así es, efectivamente, y lo felicito por ello —dijo Mark. En aquel momento, un breve parpadeo tiñó de inseguridad la mirada del director. Fue sólo un segundo, pero al psiquiatra no le pasó desapercibido—. ¿Y quién tiene acceso a los códigos iniciales?

—Sólo yo mismo y los trabajadores del servicio de mantenimiento —respondió Pearson. Y dicho aquello se levantó y echó un vistazo a su reloj de pulsera—. No quisiera ser maleducado, pero dentro de cinco minutos tengo una reunión. Los acompañaré a la salida. Por supuesto, nuestro equipo de atención al cliente estará encantado de responder a todas las preguntas que aún tengan...

—Ese hombre... ¿trabaja en el servicio de mantenimiento? —lo interrumpió Mark, mirándolo a los ojos y levantándose a su vez.

Pearson le devolvió la mirada. Puso la espalda muy recta, como para infundirles respeto, y añadió:

—Como ya les he dicho, no puedo darles los datos de mis empleados. Les ruego que no insistan.

—Está bien, señor Pearson —dijo Sarah, que también se había puesto de pie—, no quería complicar las cosas innecesariamente y por eso no le he dado toda la información de la que dispongo, pero como sus respuestas son amables pero insuficientes, voy a expresarme con más claridad.

Pearson mantuvo su postura atildada, como si fuera un guarda ante el Palacio de Buckingham, pero Mark se fijó en que abría y cerraba la mano derecha,

inconscientemente. Lo habían puesto nervioso. Bien.

—El hombre que le he descrito se ha colado en mi casa —continuó Sarah—, y parece que varias veces.

El rostro de Pearson se contrajo.

—¿Cómo dice? ¿Tiene pruebas?

—Bueno, diría que sí. Alguien ha bloqueado repetidamente mi alarma, y, como usted bien sabe, eso es algo imposible, a no ser que se conozca el código inicial.

Durante unos segundos, Pearson los miró de tal modo que parecía que fuera a hipnotizarlos.

—Escuche, señora Bridgewater —dijo al fin, con frialdad—. Lo que está insinuando es muy grave y me lo tomo como una falta de respeto. HSS es una empresa segura y que ofrece seguridad a sus clientes. Llevamos más de diez años en el mercado y yo he escogido personalmente a todos mis empleados, por los que sin dudarlos me jugaría una mano.

—Pues me temo que en esta ocasión se quedaría usted manco —le respondió Sarah, con la misma frialdad—. Sea como fuere, no tengo ningún interés en airear este asunto si logramos solucionarlo aquí y ahora. Dígame el nombre del empleado con la cara marcada y me marcharé sin más. En caso contrario... Como comprenderá, me veré obligada a acudir a la policía. Allanamiento de morada y robo. Una información que, de difundirse también en los medios, sería de lo menos beneficiosa para su empresa, ¿no le parece?

Ya no quedaba nada de la cara de póker de Pearson. Su labio superior reflejaba gotitas de sudor, y la nuez se le movió bruscamente al tragar saliva.

—¿Me está amenazando?

—Todo lo contrario, señor Pearson. Le estoy haciendo una oferta. Me comprometo a mantenerlo a usted y a su empresa al margen de todo este asunto, siempre y cuando se muestre dispuesto a cooperar.

Pearson se pasó la lengua por los labios.

—No puedo ayudarla, señora Bridgewater, ¿no lo entiende?

—No lo entiendo, no.

—¿Olvida que estamos hablando de un crimen? —intervino Mark—. ¿De verdad quiere jugarse la buena fama de su empresa? ¿Tanto le importa ese hombre?

Pearson apartó la mirada hacia la ventana, y durante unos instantes pudieron ver cómo se debatía entre hablar o callar. Al final se dio la vuelta hacia Sarah y preguntó:

—¿Me da usted su palabra de que mantendrá mi empresa al margen?

—Puede estar seguro de que así lo haré.

—De acuerdo —dijo entonces, con voz apagada—. La verdad es que el tipo nunca me gustó demasiado. Tenía un currículum impecable y era buenísimo técnicamente (por eso lo contraté), pero era muy taciturno y estaba siempre callado. Tendría que haber prestado más atención a mi instinto...

—¿Cómo se llama?

—Wakefiled. Se llama John Wakefield.

—¿Está aquí ahora?

—No. Hace más de un mes que no trabaja aquí. De hecho estuvo en la empresa muy poco tiempo. Tres o cuatro meses, no más. Luego dejó el trabajo.

—¿Le dijo por qué? —preguntó Mark.

—No. Supuse que había encontrado algo mejor.

—¿Podría darnos su dirección?

—Era de aquí, de Brixton. Tengo que buscarla.

Pearson fue a su escritorio. Mientras buscaba en su ordenador, Sarah miró a Mark y le sonrió.

—Lo tenemos. ¡Esta vez lo tenemos! —susurró, sin poder contenerse.

La dirección que les había dado Pearson los condujo a una vieja construcción cerca del mercado de Brixton. Se trataba de un destartado edificio de cuatro plantas en el que había ocho apartamentos. Según los nombres que aparecían en los buzones de la entrada, sólo cuatro de ellos estaban ocupados. En uno de los buzones podía leerse: J. WAKEFIELD.

Sarah observó los oxidados buzones. De la mayoría de ellos salían anuncios publicitarios, pero el de Wakefield estaba perfectamente vacío. Tenía que haberlo vaciado hacía poco.

—A mí no me conoce, así que entraré a echar un vistazo —dijo Mark, mientras apretaba varios timbres a la vez. Tú quédate aquí y aguza el oído. Si está en casa me pondré a hablar con él, y mientras tanto tú avisas a la policía, ¿vale? Esta vez no se nos escapará.

Sarah levantó la vista hacia arriba y le dijo:

—Está bien, pero ve con cuidado.

Mark le sonrió.

—Le diré que vendo revistas o algo por el estilo. En mi época de estudiante lo hice de verdad y era bastante bueno...

Ella le devolvió la sonrisa.

—Mark... ¿y si lo niega todo?

—No lo hará.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Wakefield quiere que lo busques, y que lo encuentres. Piensa en la carta que te dejó. Pues bien, ya lo has encontrado.

Se oyó un zumbido, y Mark empujó la puerta. En cuanto puso un pie en el interior del edificio sintió una bofetada de aire denso y húmedo, mezclado con un olor intenso y desagradable que le hizo pensar en fruta podrida.

Sarah lo siguió pero se quedó esperando junto a la escalera de madera. No había ascensor.

Mark le hizo un gesto con la cabeza y empezó a subir los peldaños hasta el segundo piso.

Llamó al timbre de Wakefield y esperó, pero no oyó nada, así que insistió un poco más. Luego golpeó la puerta con los nudillos.

—¿Hola? ¿Hay alguien en casa?

—¿Quién es usted? —preguntó una temblorosa voz de mujer.

Mark se dio la vuelta hasta encontrarse con una anciana que lo miraba con curiosidad desde la puerta que quedaba al otro lado del rellano. Una mujer pequeña y

delgada con la cara sorprendentemente redonda. Mark calculó que tendría ochenta y muchos años, aunque sus ojos se mantenían vivos y despiertos.

—¿Ha sido usted quien ha llamado al interfono? —preguntó la anciana.

—Sí, disculpe, parece que me he equivocado. En realidad quería ver al señor Wakefield.

Ella se puso una mano tras la oreja y le dijo:

—¿Cómo dice? No le he entendido.

—Quería ver al señor Wakefield —repitió Mark, esta vez algo más alto.

—No está en casa.

—¿Sabe cuándo volverá?

Ella negó con la cabeza.

—No, lo siento. ¿Quién es usted?

—Me llamo Mark.

—Encantada, señor Mark. Yo soy Emma Livingstone. ¿Ha venido a visitar al señor Wakefield?

—Sí. ¿Hace rato que ha salido?

—No sé qué decirle. Lo veo muy poco. Pero esta mañana le he llevado uno de mis pastelitos y ya no estaba. Le encanta mojarlos en el té, ¿sabe usted?

Miró hacia los lados, como si quisiera asegurarse de que nadie estaba espiándolos, y bajó la voz antes de continuar:

—Lo más probable es que vuelva a estar ingresado. El pobre está muy enfermo. Cáncer. No pinta nada bien. ¿Usted lo sabía?

Cáncer, repitió Mark para sus adentros. De modo que ésa era la motivación de Wakefield: un enfermo terminal intentando «devolverle la vida» a Sarah, porque ella «aún tenía una oportunidad» —o comoquiera que lo hubiese dicho—, al contrario que él o la chica de la foto. Seguro que ella también había muerto de cáncer, y Sarah se le parecía.

Pero eso no explicaba por qué había secuestrado a Stephen ni resolvía el misterio de dónde se encontraba entonces.

De pronto se le ocurrió una idea:

—Sí —dijo—, sé que está muy enfermo. Por eso he venido.

Metió la mano en su chaqueta y sacó el carnet de profesor que le había dado Somerville.

—Mire, ¿lo ve? Trabajo para el King's Hospital. Soy asistente social y tengo que recoger unos papeles muy importantes de casa del señor Wakefield. Parece que mis colegas han olvidado decirme que hoy estaría en el hospital, lo cual es un engorro, porque los papeles los necesito hoy.

—¿Unos papeles importantes, dice? —preguntó la señora Livingstone, con expresión preocupada—. ¿No será que...?

—No, no, no se preocupe. No es tan grave —dijo Mark, moviendo las manos para tranquilizarla—. Es algo del seguro del señor Wakefield.

—¡Ah! —dijo la señora Livingstone, aliviada.

Mark miró hacia la puerta de Wakefield. Quizá ahí dentro estuviera la respuesta a todas sus preguntas... o cuando menos alguna pista que les permitiera seguir avanzando.

—Disculpe, señora Livingstone, ¿podría decirme si tienen un vigilante o un encargado del edificio?

—¿Un vigilante, dice? ¿Me toma el pelo? —preguntó con una risita irónica—. El último encargado de este edificio ya era viejo en época de Margaret Thatcher, amigo. Y al dueño le importa un comino lo que nos pase. Para él lo único que cuenta es que paguemos puntualmente el alquiler.

—Señora Livingstone, le aseguro que es importante. Necesito esos papeles para el señor Wakefield. ¿No hay nadie en todo el edificio que tenga una copia de su llave? ¿Nadie puede ayudarlo?

—Bueno... Yo podría tener una copia... —dijo la mujer mirando a Mark con ojos brillantes.

Un espíritu joven en un cuerpo ya anciano, pensó Mark.

—¿Me enseña otra vez su carnet, si es tan amable? —dijo, alargando su mano huesuda y cubierta de manchas.

Mark dudó unos segundos antes de entregarle el carnet. Esta vez la señora Livingstone se lo miró con suma atención.

—Aquí pone que es usted profesor, no asistente social.

—Sí, bueno, es que también doy clases en la universidad —mintió Mark.

—Y resulta que Mark no es su apellido, sino su nombre. Behrendt... Eso no suena demasiado británico. No será un espía alemán, ¿verdad?

Mark suspiró. Obviamente, estaba hablando con alguien de otra generación.

—Mi padre era alemán.

—¿Ah, sí? Pues no le noto el acento —dijo ella, en tono despectivo.

—Mi madre era inglesa. De Londres. Yo nací y crecí aquí.

—Ya, eso pensaba... —dijo la señora Livingstone—. ¿Sabe? Es que no puedo soportar a esos malditos espías alemanes. Ellos se llevaron a mi Rupert. Murió tras uno de los ataques aéreos de la Segunda Guerra Mundial. Pero uno no puede escoger la nacionalidad de sus padres, ¿verdad? Yo en su lugar cambiaría el orden de mis apellidos y utilizaría sólo el de mi madre.

Mark volvió a suspirar.

—Pensaré en ello, señora Livingstone, gracias. Y ahora dígame... ¿tiene usted una copia de la llave del señor Wakefield o no?

—Sí, voy a buscarla. Pero usted no se mueva de la puerta —dijo la mujer, entrando en su piso. Al cabo de un rato volvió con una llave en la mano—. ¿Sabe? Antes, cada vez que ingresaba en el hospital, le regaba las plantas. Luego empeoró y le prohibieron tener plantas en casa. Por las alergias y eso, usted ya me entiende. De modo que ahora hace mucho que no entro, y no estoy segura de que a él vaya a

parecerle bien...

—Señora Livingstone, créame, el señor Wakefield le estará eternamente agradecido. Piense que necesita los papeles a toda costa.

—¿Está seguro?

—¡Pues claro que lo estoy!

—Está bien, le creo.

Apartó a Mark y avanzó hacia la puerta del piso de Wakefield.

Justo en aquel momento se oyeron unos pasos en la escalera y Mark se asustó. Casi sin darse cuenta se descubrió a sí mismo pensando en cómo reaccionaría si se tratara de Wakefield, pero antes de decidir nada descubrió que se trataba de Sarah.

—Os he oído desde la portería —dijo, dirigiéndose a los dos; y luego, alzando un poco la voz, añadió—: Buenos días, señora Livingstone.

La anciana la miró con escepticismo.

—¿Viene con usted, joven?

—Sí, es una compañera de trabajo —respondió él, guiñándole un ojo a Sarah—. Permita que se la presente: Sarah Bridgewater. Una inglesa de los pies a la cabeza.

—Ajá —dijo la señora Livingstone, aparentemente satisfecha—. Está bien, acompañenme. Pero no toquen nada, ¿me oyen? El señor Wakefield no soporta el desorden. Es un tipo muy metódico. Como ustedes, los alemanes.

Mark asintió con expresión seria.

—Descuide, señora Livingstone. No tardaremos ni cinco minutos.

Entraron juntos en el piso. El corto pasillo acababa en un pequeño comedor con cocina americana, detrás de cuyas ventanas podía verse el muro gris de la casa de enfrente. A la derecha, una puerta daba a un minúsculo lavabo, y a la izquierda debía de quedar seguramente el dormitorio, pero la puerta estaba cerrada.

Mark miró a su alrededor e intentó hacerse una idea de la personalidad de Wakefield: si bien era cierto que todos los muebles y objetos de decoración parecían pertenecer a un pasado remoto, no cabía duda de que él se había esforzado por mantenerlos en el mejor estado posible y en hacer de su modesto piso un verdadero hogar. Todo estaba impecablemente limpio y perfectamente ordenado.

No pudo evitar pensar en un mercado de antigüedades. Parecía que Wakefield no tenía demasiado dinero, o bien que no concedía ninguna importancia a lo material, pero era obvio que valoraba lo que tenía: todo el piso llevaba a pensar que su dueño era un personaje pedante, cuando no directamente neurótico; alguien que lo planea todo al milímetro y que no deja ninguna puerta abierta a la casualidad.

¿Cómo reaccionaría Wakefield cuando descubriera que había subestimado a su víctima? ¿Que, pese a todas las dificultades, Sarah y él habían logrado encontrarlo? Porque estaba claro que eso no podía ni imaginárselo. ¿Cómo iba a imaginar siquiera que en aquel preciso momento ellos estaban en su piso?

Ahí hacía bastante frío: la ventana del comedor estaba ligeramente abierta y el viento helado de diciembre se colaba inclemente en la estancia, en la que olía a productos de limpieza y a aroma de limón, pero también —ahora empezaba a darse cuenta— a algo menos agradable, como podrido, como si Wakefield tuviera por ahí una bolsa de basura con comida que hubiera olvidado retirar.

—Lo más probable es que guarde los papeles en su dormitorio —dijo la señora Livingstone, dirigiéndose hacia la puerta que estaba cerrada—. Creo que lo guarda todo allí. No es que haya estado cotilleando en sus cosas, ¿eh? ¡Ni mucho menos! Es que él me lo enseñó en una ocasión. Por si le pasaba algo, seguro que ya me entienden.

Abrió la puerta y en aquel preciso instante sintieron todos el horrible olor a podrido. Fue como una bofetada con la mano abierta. Contundente y brutal.

—¡Jesús bendito! —exclamó la mujer, dando un paso atrás.

Sarah, que la seguía de cerca, se tapó la boca con las manos. Ella también se quedó unos segundos paralizada por el espanto, y, por fin, entró decidida en la habitación. En cuanto lo hubo hecho dejó escapar un grito aterrizado.

Mark corrió hasta ella. Lo que vio lo dejó sin palabras.

Sobre la cama había un cuerpo envuelto en papel transparente. Tenía las manos

cruzadas sobre el pecho, como una momia egipcia, y alguien había puesto un ramo de flores a su lado. Ahora estaban todas marchitas.

Sarah se acercó a aquella figura espeluznante, tapándose la nariz y la boca con las manos, y la miró con los ojos muy abiertos.

Para contener lo mejor posible el olor a putrefacción, el papel transparente había sido generosamente reforzado con cinta adhesiva. Sin embargo, respirar en aquella pequeña habitación resultaba un gesto sencillamente insoportable. Por lo hinchado del cuerpo estaba claro que la descomposición había empezado hacía ya varios días. Los gases que habían ido liberándose habían hinchado el papel transparente hasta convertirlo en una especie de globo macabro, en cuya parte inferior reposaba un repulsivo líquido corporal de color oscuro.

Mark observó el cerúleo rostro del muerto, presionando contra su envoltorio de plástico, y vio que estaba también hinchado y deforme. Pese a todo, las cicatrices podrían haberse distinguido en aquella piel inerte, y no fue así. A Mark le asaltó entonces una duda terrible:

—¿Es él? —preguntó, con un hilo de voz—. ¿Es Stephen?

Sarah movió la cabeza hacia los lados, se dio la vuelta y salió tambaleándose de la habitación.

—Por el amor de Dios, Jay —oyó murmurar a la señora Livingstone a su espalda—, ¿qué te han hecho?

—Señora Livingstone —dijo. Se acercó hasta ella y le puso una mano en el hombro—. ¿Sabe quién es este hombre?

—Jay. Es Jay.

—¿Jay? ¿Se refiere al señor Wakefield?

—Sí. —Su voz no era más que un susurro.

—¿Y por qué lo llama Jay?

—Era su mote. Así se pronuncia la letra jota en inglés, y él era J. Wakefield. Todos lo llamaban así. Oh, pobre hombre...

Se dio la vuelta y salió sollozando de la habitación.

Mark fue hasta donde estaba Sarah, en el comedor. Tenía la espalda apoyada en la pared y se apretaba el vientre con las dos manos. Estaba pálida como el papel.

—Por unos segundos creí que era Stephen —dijo—. Pero si ese hombre es el verdadero John Wakefield... —Sarah miró inquisitivamente a Mark—, ¿a quién demonios estamos buscando?

Mark bajó la vista, desconcertado.

—No lo sé.

—Él ha matado a ese hombre, Mark —dijo Sarah, con un hilo de voz entrecortada—, y estoy segura de que también ha matado a Stephen.

Se separó de la mesa y salió corriendo del piso.

Avisaron a la policía, y poco después de que llegara el coche patrulla aparecieron también los de la científica. Jamás había habido tanta expectación en torno a aquel bloque de edificios en Coldharbour Lane.

Un inspector de policía llamado Blake se hizo cargo de los interrogatorios. Mientras los especialistas buscaban huellas en casa de John Wakefield, Mark se reunió con Blake en el rellano de la escalera e intentó explicarle los acontecimientos previos al descubrimiento del cadáver. No fue una narración fácil, pues la historia le parecía inverosímil incluso a él. Habían seguido la pista del hombre equivocado, y el secuestro de Stephen Bridgewater volvía a ser un misterio.

En cuanto Mark mencionó a Stephen, el inspector abrió mucho los ojos y apuntó algo en su libreta de notas.

—¿Bridgewater? —dijo—. ¿Stephen Bridgewater?

—Sí.

—¿Su mujer se llama Sarah?

—Sí.

—¿Dónde está ella ahora?

Mark señaló al pasillo.

—En la casa de enfrente, con la señora Livingstone. ¿Por qué lo pregunta?

Blake hizo un gesto de negación con las manos.

—Todo a su debido tiempo. Por ahora estábamos hablando del desconocido. Decía usted que estaba buscando a un hombre con la cara llena de cicatrices...

—¿Con la cara llena de cicatrices? —les interrumpió de pronto la señora Livingstone.

La anciana se había acercado a donde estaban ellos sin que se dieran cuenta y los observaba con curiosidad. Parecía haber revivido desde que la policía llegó al edificio. Su conmoción tras haber encontrado al muerto en la cama había dado paso a una especie de macabra fascinación. Aquello debía de ser lo más emocionante que le había sucedido en muchos años.

—¿Un hombre con muchas cicatrices? ¿Aquí —se señaló la cara— y también por los brazos?

Mark asintió.

—Se llama John.

—¿Otro John? —preguntó Mark.

La dama dudó unos segundos.

—Bueno, al menos Jay lo llamaba así. Jay y John; eran buenos amigos. Me explicaron que se conocieron en el hospital.

—¿Porque ese tal John también era un paciente o porque trabajaba allí? —preguntó Blake.

—En eso no puedo ayudarlo, lo siento, aunque intuyo que se trataba más bien de un paciente. Si le hubiese visto la cara, comprendería qué me lleva a pensar así. Tiene mal aspecto. Muy malo, de hecho. Es un tipo amable y educado, pero también muy triste. Parece que ha tenido una vida muy dura... Aunque quién no la ha tenido, ¿verdad?

—¿Recuerda su apellido?

—Pues no, inspector, pero no porque me falle la memoria, sino porque nunca nos presentaron formalmente. Pero venía casi a diario a visitar a Jay. Desde que decidí que no quería morir en el hospital, John lo ayudaba con el papeleo y con las labores de la casa. Hace apenas dos días me lo encontré en la escalera, sin ir más lejos... —La señora Livingstone se detuvo súbitamente, como si hubiese comprendido de golpe lo que acababa de decir. Entonces miró hacia la puerta del dormitorio de Jay, donde el equipo de especialistas de la científica estaba haciendo su trabajo—. ¡Por Dios y por todos los santos! —exclamó—. ¿Creen que puede haber sido John quien haya hecho esto? Pero ¿por qué iba él a hacer algo así? ¿Por qué? ¡Eran muy buenos amigos!

—Quizá necesitara el piso de su amigo como tapadera —dijo Mark, dirigiéndose a Blake—. En su último trabajo se hizo pasar por John Wakefield. Parece que quería ocultar su verdadera identidad.

Blake echó un vistazo a sus notas, pensativo. Tenía algunas piezas del puzle, pero le faltaban muchas y apenas sabía por dónde empezar a juntarlas.

—Seguiremos el rastro de este hombre y hablaremos con el señor Pearson.

Entonces miró hacia delante y vio aparecer a Sarah, que salía de casa de la señora Livingstone y caminaba hacia ellos. Seguía pálida y apoyaba una mano en la pared para no perder el equilibrio.

—¿Señora Bridgewater? ¿Sarah Bridgewater?

Ella asintió.

—Soy el detective inspector Blake, de la policía metropolitana. Tenemos que hablar. Se trata de su marido.

Con el corazón en un puño vio el coche fúnebre y los coches de policía que estaban apostados frente a la casa de Jay.

¿Qué había pasado? ¿Cómo era posible que hubiesen encontrado a Jay?

Quizá la cotilla de la señora Livingstone había entrado a mirar...

Sí, eso debía de ser.

Pues vaya desastre. Con esto sí que no había contado. Se había esforzado tanto en dar la sensación de que Jay seguía vivo... Le había recogido el correo, le había pedido horas de visita imaginarias y por las noches había puesto la tele tan alta como solía hacerlo Jay.

Pero ahora habían descubierto que estaba muerto y empezarían a buscar a su asesino. A nadie le interesaría saber que Jay había querido suicidarse, que había sido su propio amigo quien le pidió libremente ayuda para morir.

A él le hubiera gustado aplazarlo un poco más. Habría querido esperar hasta tener concluidos sus asuntos, pero Jay le dijo que ya no podía soportarlo, de modo que no le quedó más remedio que cumplir con su promesa.

Los policías no lo entenderían. Y aunque lo hicieran, aunque encontrara el modo de hacerles comprender por qué había hecho lo que había hecho, tendrían que juzgarlo igual. Su comportamiento se alejaba de los cánones legales y morales de la sociedad. ¿Cómo iban a entender los deseos de un enfermo terminal? ¿Cómo iban a admitirlos, en una sociedad en la que nadie osa aceptar que todos estamos condenados a morir desde el mismo instante en que nacemos?

No, no iban a entenderlo. Para ellos no sería más que un simple asesino.

Sea como fuere, a partir de aquel momento la policía iría tras su rastro. Aunque nunca lo encontrarían. Al fin y al cabo, John Reevyman nunca existió, y aunque alguien de la clínica lo recordara, ya no quedaba ni rastro de su presencia. Ni los informes, ni las fotos, ni nada. Su verdadera identidad había desaparecido para siempre. Ni siquiera Simon iba a caer en la tentación de hablar de aquel tema con alguien. Hubiese querido que acabara de otro modo, pero, por desgracia para ambos, no pudo ser.

Así pues, él era el único que sabía de su existencia y de su pasado. Él era el único que sabía quién fue, y pensaba llevarse el secreto hasta la tumba. Por no tener, no tenía ni huellas digitales. Ya no.

Ahora no era nadie.

Ahora lo único que importaba era su relación con Sarah.

Se caló la visera hasta las cejas y se acercó al escaparate de una zapatería. Desde allí observó durante un rato lo que sucedía al otro lado de la acera.

Cada vez había más gente reunida en torno al cordón que la policía había puesto por seguridad, y cuando calculó que la masa era lo suficientemente densa como para no llamar la atención, cruzó la calle y vio como sacaban un ataúd con los restos de Jay en su interior.

Pobre Jay. Debía de tener un aspecto horrible cuando lo encontraron. Seguro que quien lo hiciera notó que se le revolvía el estómago. Él llevaba varios días sin entrar en el dormitorio, pero no hacía falta ser muy lumbreras para imaginar el estado en el que se hallaría el cuerpo de su amigo.

Seguro que a Jay le hubiese dado vergüenza que lo vieran así, pero en su momento estuvo de acuerdo con el plan.

«Por mí puedes ser yo todo el tiempo que quieras, o todo el que necesites», le había dicho. «Total, yo no me enteraré. Y si por casualidad puedo verlo todo desde arriba, seguro que me pegaré un hartón de reír viendo cómo los confundes a todos, canalla».

Jay confiaba en él. «Seguro que tienes tus motivos. Así que haz lo que te parezca».

Lo único que le pidió a cambio fue su muerte.

Por eso lamentaba especialmente haberse equivocado tanto al calcular y haberle proporcionado una muerte tan horrible.

En aquel momento reconoció la voz de una mujer. Pese al tumulto, al tráfico y a la cantidad de voces que lo rodeaban, reconoció aquella voz en el mismo instante en que la oyó. La habría reconocido en cualquier lugar, en realidad. Entonces entendió quién había encontrado el cuerpo de Jay y sonrió aprobadoramente. No sabía cómo lo había logrado, pero merecía todo su respeto.

Sarah salió del edificio acompañada por dos hombres: el mayor llevaba un traje y saltaba a la legua que se trataba de un policía. El segundo, el del pelo oscuro, debía de tener la edad de Sarah. Caminaba muy cerca de ella, y por el modo en que la trataba, parecía conocerla muy bien. Como si fueran viejos amigos.

—Señor Behrendt, ustedes vienen conmigo —dijo el policía, alzando su voz por encima de todas las otras.

De modo que era él.

Mark Behrendt.

Sabía de él por los diarios de Sarah: Mark, su amigo del alma durante la infancia. Durante unos años, prácticamente su hermano.

El pasado viene a echarle una mano al futuro, pensó, mientras ambos subían al coche de policía.

Los siguió con la mirada mientras se perdían en el tráfico de la ciudad, y luego se marchó en dirección contraria, hacia la parada del metro. No había andado ni diez metros más cuando un dolor insoportable le atravesó el cuerpo. Se inclinó hacia delante, doblado sobre sí mismo, y tuvo que apoyarse en una pared.

Los ataques eran cada vez más fuertes y los intervalos, más breves. La

explicación era obvia: había llegado el final.
Sarah tenía que conocer la verdad.
Ya no podía esperar más.

Pese a que no era más de media tarde, en la comisaría de Brixton había un follón considerable: los policías corrían de un lado a otro del pasillo y charlaban en voz muy alta, como si estuvieran en un bar, y los teléfonos sonaban en los despachos, cuyas puertas estaban siempre semiabiertas. Pero en cuanto Blake la acompañó a aquella sala y cerró la puerta detrás de sí, el ruido quedó al otro lado de las paredes y entre ellos se hizo un silencio sepulcral.

Sarah sintió que el miedo empezaba a subirle por la garganta y se le quedaba ahí atravesado, complicándole la respiración. Desde dos de las esquinas de la sala, sendas cámaras de vigilancia la observaban atentamente. No le cupo la menor duda de que estaban encendidas.

Mark esperaba en una silla no demasiado cómoda al otro lado de la puerta. Ojalá lo hubieran dejado entrar. Pero el inspector insistió en la necesidad de interrogarlos por separado.

—Tenga —le dijo Blake, poniendo una taza de té frente a ella, sobre la mesa—. Es de la máquina, pero al menos está caliente. ¿Cómo se encuentra?

—¿Y usted qué cree?

Miró la taza y tuvo que hacer un esfuerzo por contener una arcada, que se le quedó en la garganta dejándole un sabor agrio y desagradable en la boca. Tenía frío. Era un frío gélido y profundo que le salía de dentro, fruto del agotamiento y del miedo. El hecho de que ese tal inspector Blake quisiera hablar a solas con ella no podía significar nada bueno. Su cuerpo estaba tenso y crispado mientras ella se preparaba para lo peor...

Blake se sentó frente a ella y puso una carpeta marrón y una grabadora sobre la mesa.

—¿Le importa si grabo nuestra conversación?

Sarah dijo que no con la cabeza, cogió la taza de té con ambas manos y por un breve instante sintió que el calor la reconfortaba. Sólo entonces se atrevió a formular la pregunta que más temía:

—Mi marido... ¿está muerto?

Blake la miró como si tuviera que reflexionar primero sobre la respuesta, o como si quisiera calcular cómo iba a reaccionar ella al conocerla. Era una mirada insólitamente suspicaz, y Sarah se sintió incómoda.

El policía carraspeó.

—No lo sé —dijo al fin—, pero, para serle sincero, señora Bridgewater, en estos momentos estamos siguiendo un hilo muy distinto; uno que no tiene nada que ver con el del desconocido que apareció misteriosamente en su casa.

—¿Cómo dice? No entiendo...

—Lo que digo es que hemos descubierto algo que nos ha llevado a replanteárnoslo todo. Algo muy desconcertante, la verdad.

—¿Han descubierto algo? ¿Y de qué se trata?

Blake puso en marcha la grabadora y la empujó hacia el centro de la mesa.

—Me gustaría hacerle algunas preguntas, señora Bridgewater. ¿Le dice algo el nombre de Katherine Parish?

—No. ¿A qué viene esto?

El inspector abrió la carpeta, cogió una foto y se la mostró.

—¿Ha visto alguna vez a esta mujer?

Sarah cogió la foto y la observó con atención. Se trataba de una joven muy atractiva, de unos treinta años, con una llamativa melena pelirroja y unos brillantes y enormes ojos verdes. Sonreía, feliz y fotogénica, y miraba a la cámara. Era guapísima, como una modelo. Y también era alta como una modelo. Sarah recordó que el día que la conoció llevaba talones y tuvo que alzar la cabeza para mirarla.

—Sí, la vi en una ocasión. Es una cliente de mi marido. Lo contrató para que remodelara su casa, si no recuerdo mal, pero de eso hace ya muchos meses. ¿Por qué me lo pregunta?

—¿De modo que la conoce?

—Sólo de vista, como le he dicho. ¿A qué viene esto?

Blake metió la foto en la carpeta.

—Creemos que ha sido víctima de un asalto violento, en su casa.

Sarah sintió un escalofrío y estuvo a punto de tirar su té.

—¿Cree que fue el mismo hombre que ha secuestrado a mi marido?

—No, no lo creo.

—¿Y por qué no?

—A ver... A día de hoy usted es la única que ha visto a ese hombre, señora Bridgewater. Nosotros no tenemos constancia de su existencia, ni hemos dado con nadie que tenga el rostro plagado de cicatrices. Lo único con lo que contamos es la declaración de la anciana señora Livingstone, pues, aunque el señor Behrendt también nos habló de él, nos consta que no lo ha visto en persona. ¿Me sigue?

—Lo sigo, por supuesto, aunque no entiendo por qué me ha preguntado por esa tal Katherine...

—Parish.

—... por esa tal Katherine Parish. ¿Qué tiene que ver ella con mi marido?

—Eso es lo que intentamos descubrir —dijo Blake, mirándola otra vez con irritante suspicacia—. ¿Recuerda cuándo acabó su marido las obras de remodelación de la casa de la señorita Parish? ¿Cuándo exactamente?

—Creo que hace un año más o menos. Quizá algo más.

El inspector asintió, como si aquella información cuadrara con las hipótesis que manejaba, y Sarah comprendió que aquel hombre sabía más de lo que le había dicho.

—¿Sabe si su marido mantuvo el contacto con ella?

—No tengo ni idea. Sólo la vi una vez, en el despacho de Stephen.

Ahora Blake la miraba con escepticismo.

—No me cree, ¿verdad, inspector?

Blake hizo un gesto de negación con la cabeza, y entonces Sarah lo entendió.

—¡No! —gritó, sin poder contenerse—. No puedo creer que... ¿Pretende hacerme creer que mi marido y esa mujer...? —Se detuvo, a la espera de que el inspector interrumpiera su discurso, pero éste se mantuvo callado, así que ella lanzó un bufido y exclamó—: ¡Esto es absurdo! ¿Me toma el pelo?

—Me temo que no, señora Bridgewater. Tenemos motivos más que suficientes para creer que su marido tenía una relación con la señorita Parish. Con todo lo que hemos ido descubriendo, parece que nuestras fechas coinciden con las suyas, y que se conocían desde hacía aproximadamente un año.

—Pero ¿qué está diciendo? —Aquello sonaba tan absurdo que a Sarah se le escapó una carcajada—. ¿Pretende hacerme creer que mi marido y esa chica eran amantes?

—Eso me temo, sí.

—¡No! —exclamó Sarah, moviendo las manos hacia los lados—. ¡Imposible!

Blake la miró inmóvil, sin decir nada.

—¡Está bien, ya es suficiente! —Sarah se levantó de la silla y golpeó la mesa con las palmas de las manos—. Señor Blake, obviamente no tiene usted ni idea de lo que he tenido que pasar estos últimos días. Vivo con una amiga porque mi hijo de seis años no se atreve a volver a su casa, en la que un chalado con la cara desfigurada se coló una noche haciéndose pasar por su padre, a quien secuestró y probablemente mató, sin más. Ese chalado me ha llamado y me ha enviado mensajes. Me espía. Está obsesionado conmigo. Y sus colegas policías no saben ni por dónde empezar a buscar. Es posible que ni siquiera me crean. ¿Y ahora viene usted y me cuenta esta maldita historia de que mi marido tenía una amante? Mire, no tengo por qué aguantar esto.

—Escuche, señora Bridgewater...

—¡No, escúcheme usted a mí! Su gente me prometió que encontraría el coche de Stephen. De eso hace ya tres días. ¡Tres malditos días sin tener noticias de mi marido, por el amor de Dios! ¡Lo han secuestrado y aquí nadie hace nada! Lo ha secuestrado el mismo chiflado que mató al señor Wakefield, y...

—Señora Bridgewater... —Blake levantó las manos para pedirle que se calmara—, señora Bridgewater, por favor, siéntese.

—No voy a sentarme —dijo ella, decidida—. Voy a marcharme. Voy a ver a mi hijo, porque me necesita. Y voy a seguir buscando a mi marido por mi cuenta, porque está claro que ustedes no van a mover ni un pelo.

—No puedo retenerla aquí contra su voluntad —dijo Blake, cogiendo de nuevo la carpeta—, pero antes de que se marche le ruego que eche un vistazo a esto.

Sacó otra foto, la puso sobre la mesa y se la acercó a Sarah.

A ella se le detuvo el corazón.

—Quizá sería mejor que se sentara —dijo Blake en voz baja, señalándole la silla.

Sarah miró la foto durante unos segundos, sin pestañear, y luego se cubrió los ojos con las manos y se dejó caer en la silla.

—¡Dios mío! ¡Oh, Dios mío, no! Por favor, por favor... ¡No!

La imagen mostraba a Stephen y a Katherine Parish en una fiesta, en algún lugar junto al mar. *Turbay, la Riviera inglesa, el verano pasado. Aquel viaje de negocios... Sólo que no era de negocios.*

Katherine llevaba un bikini minúsculo que a duras penas cubría sus turgentes pechos, y había pasado un brazo sobre los hombros de Stephen para besarlo, sonriente, en la mejilla. Él también sonreía y miraba a la cámara, que probablemente sostenía él mismo. Aquél no era un beso robado, ni el fruto de un momento de borrachera, no: aquél era el beso de una pareja consolidada.

Parece que me mira a mí. Que se ríe de mí, pensó Sarah, mirando la camisa hawaiana que llevaba Stephen en la foto. Nunca se la había visto. ¿En cuántos de sus supuestos viajes de negocios la habría llevado? ¿Y por qué nunca la vio entre su ropa? ¿Era posible que la guardara en casa de esa tal Katherine, junto con un montón de cosas más que ella ni siquiera podía sospechar?

La idea de que Stephen hubiera mantenido una doble vida le parecía imposible, pero... Estaba claro que había sido así.

¿Por qué no se había dado cuenta? No había visto ni una señal. Nada.

Porque estabas demasiado ocupada contigo misma y con tus miedos, le susurró una voz interior. *Y porque no habrías querido creerlo aunque lo hubieras intuido.*

Pero ahora tenía las pruebas ante sí, y no dejaban lugar a dudas. Aquél era su Apocalipsis personal, la ruina de su rutina, el final de su vida familiar, hasta entonces aparentemente perfecta.

Ahora ya conoces el verdadero motivo de tus miedos. Tu fobia al fracaso ya tiene un sentido; tu miedo ya tiene un rostro. El rostro de Katherine Parish.

—Tenemos muchas más fotos —dijo Blake—, pero creo que no necesita verlas.

Sarah se recostó en la silla. Respiraba con dificultad. Tuvo que hacer un esfuerzo por recomponerse antes de comprender por qué Blake la había hecho ir a la comisaría. El tema no era que Stephen tuviera una aventura. El tema era lo que le había sucedido a aquella mujer.

—¿Qué... qué ha sido de ella?

Sarah tuvo que tragar saliva para reprimir sus ganas de vomitar, y se pasó la mano por la cara. Tenía la frente perlada de sudor.

—No estamos seguros —dijo Blake—. Ha desaparecido. Parece que hubo un forcejeo en su vivienda, porque hemos encontrado sangre en ella. Mucha sangre, indiscutiblemente suya.

Sarah tragó saliva una vez más, y luego preguntó, con voz átona:

—¿Y creen... que mi marido ha podido tener algo que ver?

Blake inclinó la cabeza hacia un lado y respondió:

—Es muy posible, sí. Fue en casa de la señorita Parish donde encontramos estas fotos, amén de muchos otros objetos personales de su marido.

—¿Objetos personales?

Blake evitó mirarla y contestó:

—Bueno, cepillo de dientes, maquinilla de afeitar, ropa... Aún tenemos que analizar el ADN, por supuesto, pero también encontramos en la casa el ordenador de su marido y una gran cantidad de huellas digitales, mezcladas incluso con la sangre de la víctima, sobre la mesa del comedor.

Sarah se aferró a los brazos de la silla. Volvía a sentir que estaba inmersa en una pesadilla; y habría dado lo que fuera por despertar. En cierto modo se sentía como si Blake no fuera más que una terrible creación de su imaginación, y aquella escena, apenas un absurdo y espeluznante malentendido.

—¿Y cómo es que conocen las huellas dactilares de mi marido? —preguntó al fin, con voz queda, aunque intuía la respuesta.

—Su marido pasó dos años en el ejército, y allí, como sin duda sabrá, se registran sistemáticamente las huellas de todos los soldados.

—Sí —dijo, hundiéndose en la silla—; cierto.

Blake no tardó en lanzarle la siguiente pregunta:

—¿Le mencionó su marido la posibilidad de marcharse de viaje?

—El viernes salió para visitar a un cliente. Iba a cerrar un contrato nuevo. Desde entonces no he vuelto a verlo, porque aquella misma noche el desconocido se presentó en mi casa. —Miró al inspector—. Ese hombre llevaba el traje de Stephen, ¿entiende?

Blake se frotó las sienes.

—Sí, una historia rocambolesca. La investigaremos, descuide. Por lo que hemos descubierto hasta el momento, su marido reservó una habitación en un hotel de Gales para ir con la señorita Parish aquel mismo fin de semana. Hizo la reserva a nombre de Parish, pero no llegaron a presentarse.

Sarah respiró hondo y luego asintió:

—De ahí el dinero en efectivo —susurró, más para sí misma que para el inspector.

Éste alzó una ceja y se inclinó levemente hacia delante.

—¿Disculpe?

—El jueves por la tarde Stephen sacó seiscientas libras de su cuenta —explicó ella—. Al principio pensé que se trataba de un error, porque mi marido no suele llevar encima dinero en efectivo, pero luego comprendí que sólo podía haber sido él. Y ahora entiendo para qué necesitaba toda esa cantidad. Yo llevo las cuentas de la casa, así que él sabía que si utilizaba la tarjeta me enteraría.

Te ha mentado, le dijo la voz de su interior, irónica y despectiva; *te ha mentado*

con premeditación y alevosía. Sonaba como la voz de su padre cuando estaba borracho y disfrutaba ridiculizándola y haciéndola sufrir. Sonaba a *mírate, eres fea e insignificante y nunca dejarás de serlo. Eres tan patética como tu madre. Joder, ¿qué he hecho yo para merecer a dos taradas como vosotras?*

Sí, en aquel momento se sentía exactamente así: fea e insignificante. Y traicionada. Por su propio marido.

—¿Señora Bridgewater? —Blake la arrancó de sus pensamientos y la devolvió al presente—. Mire, en esta historia hay algo más que no consigo entender.

Sarah lo miró con curiosidad.

—Las huellas del lugar del crimen —dijo Blake—. Como le he dicho, reconocimos sin ningún problema las de su marido y las de la señorita Parish, pero había huellas de una tercera persona. El problema es que no eran como las demás; quiero decir, que no pudimos identificarlas porque estaban difuminadas, borrosas... Suponemos que esa tercera persona llevaba unos guantes muy finos.

—Ya veo... —dijo Sarah, y un irracional atisbo de esperanza se abrió paso en su interior—, de modo que fue esa persona. ¡Él o ella los secuestró!

—Bueno, como ya le he dicho, seguiremos el rastro de esas huellas. Al fin y al cabo, la señora Livingstone también vio al hombre que usted describió, aunque... —Blake hizo una breve pausa antes de seguir hablando—, debemos considerar también la posibilidad de que ambos casos no tengan nada que ver entre sí.

Sarah miró al inspector con los ojos muy abiertos y se llevó una mano al cuello. Le costaba respirar.

—¿Qué está insinuando?

—Señora Bridgewater —dijo Blake bajando la voz y mirándola fijamente—, mientras no tengamos ningún indicio claro de que el hombre de la cara marcada tuvo algo que ver con los acontecimientos que se produjeron en casa de la señorita Parish, tendremos que considerar todas las posibilidades... lo cual incluye, por supuesto, el hecho de que la desaparición de su marido y la señorita Parish no tenga nada que ver con la muerte del señor Wakefield. Por eso le pregunto una vez más, y le ruego que medite su respuesta antes de pronunciarla: ¿está usted segura de que no sabe dónde se encuentra su marido en este mismo momento?

Se le acababa el tiempo. El último ataque fue mucho peor que los anteriores, y parecía que ya nada volvería a ser como antes...

Subió la escalera de metal con enorme esfuerzo. No eran más que dieciséis peldaños en la penumbra (ocho hasta el rellano, media vuelta y luego ocho más hasta una pesada puerta de metal), pero el agotamiento que sintió al poner el pie en el último de todos lo hizo sentirse como si acabara de coronar la cima del Everest.

Apenas podía respirar. Se sentía como si un peso enorme le oprimiera el pecho, como si estuviera preso entre dos paredes de acero, y el pulso se le clavaba como cuchillos en las sienas. Además, le ardían las extremidades y estaba empapado en sudor. Temblando de pies a cabeza, se apoyó en la barandilla de la escalera e intentó recuperar el aliento.

Notó un desagradable sabor a cobre en la garganta, sacó un pañuelo del bolsillo de su chaqueta y se lo llevó a la boca. Enseguida se quedó empapado en sangre. Echó la cabeza hacia atrás y tragó cuanto pudo, esforzándose por ignorar las ganas de vomitar.

Cerró los ojos y volvió a ver las conocidas lucecitas brillantes danzando a su alrededor, y en algún lugar, en la distancia, creyó reconocer un rostro mirándolo fijamente. Un rostro con las cuencas de los ojos vacías.

Pronto, pareció susurrarle aquel rostro, pronto volveremos a estar juntos.

—Yo... aún no estoy listo... —Su voz sonaba quebrada, llorosa, como si llegara de muy lejos—. Aún tengo... algo que hacer...

Te estoy esperando, le respondió el susurro. ¡Vamos, ven!

Cuando abrió los ojos el rostro había desaparecido, ante él no había nada más que la puerta de acero, y no se oía más susurro que el del viento invernal colándose por las rendijas del tejado.

«Cuando llegue el final tendrá también alucinaciones», le había dicho el doctor Stone. La verdad, en aquel momento le pareció tenerlo sentado justo frente a él, como aquella mañana de junio que cambiaría para siempre el resto de su —ahora lo sabía— breve trayectoria vital.

«No entiendo por qué no viniste a verme antes, John», le había dicho aquel día, mirándolo con reprobación; fue como si quisiera lavarse las manos con aquella mirada, como si quisiera decirle que no era culpa suya si la medicina ya no podía hacer nada. «Tenías que haber notado que algo no iba bien, caray, ¿o acaso no te dolía todo?»

Sí, claro que lo había notado, y claro que le dolía todo, mucho, pero le daba igual. El único motivo por el que se había decidido a ir al médico era para saber

aproximadamente cuánto tiempo le quedaba aún.

Porque cuando se dio cuenta de que se acercaba el final, comprendió que todo aquello tenía un sentido, una causa y una razón de ser: tenía que hacer algo. Algo único y especial. Tenía que dejar un legado que diera sentido a su existencia. A su paso por el mundo.

En aquel momento comprendió que el ser humano se mueve principalmente por miedos, y que el mayor miedo de todos es el de morir y desaparecer sin dejar rastro. El de marcharse de este mundo sin un legado.

—No voy a mentirte, John —le dijo el doctor Stone—. Tus quemaduras han empezado a cicatrizar y al crecer también hacia dentro han provocado metástasis. Ahora lo tienes por todo el cuerpo.

—¿Cuánto me queda, doctor?

El doctor dudó antes de responder. Era evidente que, hubiera preferido no tener que enfrentarse a aquella pregunta.

—Quédate unos días aquí en la clínica. Te haremos algunas pruebas y podré contestarte con más precisión.

De modo que se quedó. Pasó casi dos semanas en la clínica y se sometió a todo tipo de pruebas y revisiones. Y entonces, por fin, le entregaron el diagnóstico. Su sentencia de muerte.

Veinticuatro meses, a lo sumo.

Stone intentó convencerlo para que se sometiera a una terapia. «No te curará, pero te aliviará el dolor», le dijo. Pero él la rechazó y se marchó. Ya tenía su respuesta.

Había pasado un año y medio desde entonces.

Con las manos temblorosas sacó la cajita de pastillas del bolsillo de su chaqueta y se la quedó mirando. Había tenido que sobornar a un farmacéutico para conseguir la morfina. No quiso volver a la consulta del doctor Stone, y tampoco fue a visitar a ningún otro médico. Había decidido convertirse en humo y borrar todas las huellas de su existencia.

«Usted sabrá lo que hace», le había dicho el farmacéutico, después de coger el fajo de billetes y hacerlo desaparecer bajo el mostrador. «Yo no me hago responsable. Y recuerde que seguirá estando enfermo aunque la morfina se lo haga olvidar. Así que haga el favor de ir con cuidado, y no se pase: las consecuencias podrían ser fatales».

Se llevó dos pastillas a la boca, cerró los ojos y se las tragó. Era la primera vez que echaba mano de la morfina. El efecto no tardó en llegar. Se sintió como si el dolor se hubiese retirado a una esquina oscura, como un depredador apocado por el látigo de su domador.

Pero el dolor no había desaparecido realmente, y lo sabía. Sólo se había retirado brevemente, acechante. Pronto volvería a atacar, así que debía darse prisa. Se asió a la barandilla y empujó la puerta de acero, que se abrió con un aullido de bisagras. Entonces entró en la estancia y sintió el olor a frío, a humedad y a excrementos.

Afuera ya había anochecido. Por uno de los ventanucos del techo pudo ver la breve silueta de la luna, burdamente atenuada por las luces de la ciudad, que apenas lograban abrirse paso entre el polvo acumulado en los cristales.

Las altas paredes le devolvieron el eco de sus pasos mientras avanzaba hacia el hombre que estaba sentado en medio de la habitación. Éste lo miró atemorizado, y su respiración se aceleró notablemente, convirtiéndose en una especie de silbido a través de la cinta adhesiva que le cubría la boca. A la luz de la enorme pantalla de la pared, Stephen Bridgewater se veía pálido y desencajado, y su frente estaba perlada en sudor.

Se detuvo frente a él y le tomó el pulso. Débil pero constante. Entonces le miró las muñecas. Stephen había forcejeado tanto con las cuerdas que lo sujetaban, que se había hecho graves heridas. Debió de ejercer mucha fuerza al principio, pero ahora ya estaba demasiado débil y había dejado de resistirse. De hecho, la sangre ya se había convertido en costra.

Se colocó detrás de la silla y le arrancó la cinta aislante. Primero la que le sujetaba la cabeza a la silla, y luego la que le tapaba la boca.

La cabeza de Stephen cayó hacia delante. Éste tosió y luego volvió a levantar la mirada, con el rostro deformado por el dolor. Sus labios cortados y reseco se movían levemente, pero no logró emitir sonido alguno.

Volvió a colocarse frente a la silla y miró atentamente a Stephen. Su aspecto era patético. Estaba pálido y desencajado, y olía a excrementos.

—Stephen, Stephen —le dijo, moviendo la cabeza hacia los lados en señal de desaprobación.

Se dio la vuelta, cogió un cubo de acero oxidado y lo llenó de agua abriendo un grifo que había en una esquina de la sala. Luego lo echó con fuerza sobre el regazo de Stephen para limpiarle la caca y la orina.

Stephen se miró la entrepierna y cogió aire para intentar decir unas palabras. Tuvo que costarle un esfuerzo sobrehumano, pero al final logró pronunciar un débil y afónico «por favor...».

—¿Por favor qué? —dijo él, mirando a Stephen con desprecio.

—Tengo... un hijo...

—Ya, ya, lo sé. Me alegro de que al fin te acuerdes de Harvey, por cierto. También tienes una mujer, ¿sabes? Una mujer maravillosa, no sé si la recuerdas. Se llama Sarah. Y la has engañado, así que no intentes que te compadezca. No mereces mi compasión.

La garganta de Stephen emitió unos sonidos inarticulados, y su cabeza volvió a caer sobre el pecho. Él le cogió la barbilla y lo obligó a mirarlo a los ojos.

—¿Sabes por qué estás aquí? ¿Tienes alguna idea de por qué hago todo esto?

Una vez más, Stephen no pudo hacer otra cosa que mover los labios sin emitir sonido alguno.

—Me temo que aún no has entendido la lección —dijo, sacudiendo la cabeza—.

Lástima, porque ya estamos casi en la última escena.

Miró a Stephen fijamente durante unos segundos y reconoció el pánico en sus pupilas. El pánico y también, quizá, un atisbo de arrepentimiento. Al menos eso quiso creer.

—Está bien; acabemos de una vez —dijo, volviendo hacia la puerta de entrada.

Allí había un antiguo portasueros, uno de esos carritos en los que se colocan las bolsas de suero, o de sangre para hacer transfusiones... Era una pieza obsoleta y desguazada que Jay compró una vez en un mercadillo de antigüedades.

Las ruedecitas chirriaron mientras avanzaban hacia la silla a la que Stephen estaba atado.

Entonces colgó una bolsita en el gancho superior del soporte y desenrolló el pequeño tubo de plástico que salía de la bolsa.

—He hecho todo lo que he podido, Stephen —dijo, arrodillándose a su lado—. Por desgracia, la mayoría de las personas sólo valoran la vida cuando comprenden que se les acaba. La mayoría sólo sabe quejarse por tonterías y siempre se muestra infeliz. No se conforman con nada y aunque hayan comido y tengan de todo, se lamentan porque siempre hay alguien que está mejor. La mayoría olvida lo verdaderamente importante; lo verdaderamente esencial. Cada día es un regalo, pero muy pocos saben valorarlo y pisotean su felicidad, sin más. Como tú, Stephen.

Levantó una manga de la camisa de Stephen, dejando a la vista su debilitado brazo, y le clavó una aguja en una vena. Luego le añadió la cánula que pendía del portasueros y abrió el goteo, poniéndolo en el modo más lento.

—Así tendrás más tiempo —dijo, cubriéndole de nuevo la boca con cinta aislante—, y podrás pensar en lo que has hecho.

Entonces volvió a fijar la cabeza de Stephen al respaldo de la silla, obligándolo, como antes, a mirar fijamente la pantalla. Él parpadeó. Sus ojos se anegaron en lágrimas que empezaron a correrle por las mejillas.

—Mira atentamente —le susurró—. Mira y entiende.

Se dio la vuelta, anduvo hacia la puerta y una vez allí se volvió para mirarlo una vez más.

—Que te vaya bien, Stephen Bridgewater —le dijo—. ¡Aprovecha el tiempo que te queda!

Y dicho aquello, desapareció tras la puerta de metal.

Mientras bajaba las escaleras apretó con fuerza el pastillero que tenía en el bolsillo de su chaqueta y pensó en Sarah.

Tenía que ir a verla antes de que fuera demasiado tarde.

Mark estaba preocupado. Desde que salieron de la comisaría, Sarah no había vuelto a abrir la boca. Mientras se dirigían a la estación de metro parecía abatida e inmersa en sus pensamientos.

Intuía a qué se debía su estado de ánimo, claro. Tras el interrogatorio de ella le tocó el turno a él, y, a raíz de las preguntas del inspector, pudo hacerse una composición de lugar bastante completa. La policía no creía que hubiera una relación directa entre la muerte de John Wakefield y la desaparición de Stephen y esa tal Katherine Parish. Ni siquiera creía en la existencia del hombre con la cara marcada que se coló en casa de Sarah. Lo que de verdad creían era que ella estaba ocultándoles algo. Algo importante.

Probablemente barajaban la opción de un crimen por celos. Era la explicación más cómoda y menos complicada, teniendo en cuenta lo rocambolesca que era la historia que les habían explicado Sarah y él. En aquel momento nada tenía sentido, y parecía claro que hasta que Stephen y su amante no aparecieran, la policía no les sería de mucha ayuda. Hasta entonces tratarían a Sarah como a una sospechosa.

Sólo había una persona en el mundo capaz de constatar que un desconocido entró realmente en casa de los Bridgewater y los amenazó con volver a controlarlos, pero Mark entendía perfectamente que Sarah quisiera mantener a su hijo al margen de todo aquello. Harvey ya había pasado lo suyo, pero parecía que su ingenuidad infantil le había permitido soportarlo todo bien, al menos hasta ahora. Lo peor estaba por venir, sin duda, pues más allá de lo que le sucediera a su padre —de si algún día volvía a casa con vida, o no—, la vida de su familia nunca volvería a ser como antes.

Para llegar a casa de Gwen tenían que coger la línea del Distrito hasta la parada de Stepney Green. Una vez sentados en el vagón casi vacío y envueltos en la noche artificial y polvorienta de los túneles del metro, Sarah se apoyó en el hombro de Mark.

—Mark, ¿puedes abrazarme un momento?

—Por supuesto.

Apenas le había pasado el brazo por los hombros cuando ella escondió la cara en el pecho de él y rompió a llorar.

Mark no dijo nada. Se limitó a acariciarle el pelo y a abrazarla.

También siguió abrazándola cuando salieron del metro. Parecía que si no lo hacía, Sarah no lograría dar un paso más. De modo que la sostuvo hasta la puerta de casa de Gwen, donde ella, por fin, logró sostenerse sola.

Respiró hondo, se secó las lágrimas y lo miró.

—Tiro la toalla, Mark —le dijo, con voz queda—. Si ese hombre se había

propuesto arruinarme la vida, está claro que lo ha logrado. No puedo más. No puedo...

—Sarah...

—No —dijo ella, alzando las manos para pedirle que se callara—. Está bien así. No sé qué más podría hacer. No ha vuelto a ponerse en contacto conmigo y no tengo ni la menor idea de dónde puede estar Stephen, ni si está solo o con otra mujer. Durante estos días he estado buscando a mi marido, pero no conozco a este otro hombre del que me han hablado, así que ¿cómo iba a poder encontrarlo? Se acabó, Mark. No puedo más.

Mark bajó la cabeza. El frío viento del invierno arrastró un paquete vacío de chicles hasta sus pies.

La verdad era que él también estaba agotado. No quería rendirse, no quería dejar todo aquel misterio sin resolver, pero entendió que no le quedaba ninguna otra opción. No tenían más remedio que sentarse a esperar que la policía encontrara a Katherine Parish, y con ella también a Stephen.

—Está bien. Pero llámame si me necesitas, ¿vale? Estaré a tu lado siempre que quieras.

—Lo sé, lo sé —le dijo ella, esbozando una débil sonrisa—. Gracias, Mark... Gracias por creerme.

Le dio un beso en la mejilla y las buenas noches. Luego desapareció en la casa en la que Harvey lo esperaba, ajeno a todo aquel horror.

Se recostó en la pared de una calle estrecha y poco iluminada, a menos de cinco metros de Sarah y Mark, y escuchó su conversación.

Era evidente que Sarah volvería a casa de su amiga, con su hijo, así que él también fue hacia allí y esperó. ¿Dónde iba a estar mejor que en compañía de Gwen, aquella que en los diarios aparecía descrita como «la amiga fiel», siempre solícita y atenta, igual que Jay?

Bueno, ahora Sarah ya conocía la verdad sobre su marido. Obviamente no lo sabía todo, pero sí lo más importante.

Se preguntaba cómo debía de sentirse. Seguro que estaba pasando por un duelo parecido al que pasó él en su día... Al fin y al cabo, despedirse de un estilo de vida, verse privado de algo que hasta el momento se daba por supuesto, debía de ser muy parecido a la muerte, ¿no?

Seguro que al principio no había querido creerlo, como tampoco él había querido prestar atención a los primeros síntomas de su enfermedad. Seguro que lo había rechazado y apartado de su camino, igual que había hecho con todos sus miedos y fobias del pasado: ni siquiera cuando entendió la verdadera naturaleza de sus miedos, ni siquiera cuando entendió que lo que de verdad le aterraba era el fracaso —en cualquiera de sus manifestaciones—... Ni siquiera entonces fue capaz de enfrentarse a nada.

Pero ahora no le quedaba más opción que aceptar lo inevitable; lo indiscutible. Las pruebas no dejaban lugar a dudas: su matrimonio había fracasado estrepitosamente. Ahora tenía que aceptar que la culpa no era sólo suya.

Y aquí era donde empezaba la terapia que él había diseñado para ella: las fobias de Sarah, su sentimiento de culpabilidad y su miedo al fracaso se habían convertido en ira y rabia, en parte hacia sí misma pero sobre todo hacia él, hacia el desconocido que se había colado en su vida para arruinársela sin más.

Sería aquella rabia la que le permitiría hacer que las cosas volvieran a la normalidad.

Sea como fuere, acababa de oírle decir que tiraba la toalla, y eso no podía significar otra cosa que la aceptación de que ya nada iba a cambiar.

Sí. Sarah acababa de morir metafóricamente, y aquella muerte le permitiría renacer a una vida nueva, más sana y sincera.

No pudo evitar sonreír al pensar aquello, pero justo entonces le sobrevino un ataque de tos. Se tapó la boca con las manos, asustado, y retrocedió en el callejón por miedo a que Sarah o su amigo pudieran oírlo.

Pero ninguno de los dos pareció enterarse de nada. Estaban demasiado ocupados

consigo mismos.

Tenía un frío horrible y el dolor volvió a salir de su madriguera. La cabeza empezó a latirle de nuevo y la sensación de presión en el pecho se le hizo casi insoportable.

Oyó que Sarah entraba en casa de Gwen, se metió dos pastillas en la boca y esperó a que la morfina hiciera su efecto.

Poco después hizo acopio de todas sus fuerzas y salió del callejón en el que se hallaba. Pasó junto a la casa de la amiga fiel y, tras las cortinas, reconoció las sombras de dos niños jugando y asintió.

Es la hora, se dijo. Ha llegado el momento de tu última lección, Sarah Bridgewater. La lección sobre el eterno ciclo de la vida. El dolor, la muerte y la resurrección.

Mark no podía reprochar a Sarah que se rindiera. Ambos se habían creído capaces de interpretar los pasos del desconocido, de descubrir sus planes e incluso de dar con él; ambos habían pensado que podrían pillarlo, principalmente porque Sarah confiaba en la capacidad de Mark para ponerse en la piel de los otros y reconocer sus resortes psicológicos... Pero ese hombre, ese desconocido de la cara marcada, había sido más listo que ellos. Las pistas que dejó —tanto las flores como la carta con la foto— los habían llevado a un callejón sin salida, y Mark estaba convencido de que lo único que había querido había sido recordar a Sarah sus miedos, y sumirla aún más en su desesperación.

Y él no había podido ayudarla, como tampoco pudo ayudar a Tanya. No fue capaz de dar con el asesino de su novia, y ahora no había logrado encontrar al hombre que había decidido arruinar la vida de Sarah.

Ralentizó el paso y volvió a sentir unas ganas terribles de beber algo de alcohol; algo que le ardiera en la garganta y que le nublara el pensamiento. No podía soportar la idea de que la vida de Sarah fuera a parecerse a la suya. De que un desconocido se hubiese colado también en la vida de ella y lo hubiese destrozado todo, sólo para desaparecer después y dejarla ahí sola con su dolor, sus preguntas sin respuesta y su desconsuelo.

No tardaría mucho en romperse por dentro, estaba seguro. Quizá tardaría más que él; quizá la presencia de Harvey le aportara durante un tiempo algo de fuerza y consuelo, pero al final no podría soportarlo. En eso se parecían demasiado.

La tiendecita que quedaba junto a la entrada del metro ya había cerrado. En un primer momento se sintió muy contrariado, pero pronto recuperó la sensatez y se alegró de no tener la opción de sucumbir a la tentación de emborracharse. No había ningún bar cerca, y eso fue un alivio.

Bajó las escaleras, y mientras lo hacía oyó que se le escapaba el tren. Dejó escapar una maldición, y al llegar al andén, desierto, miró al panel que quedaba sobre su cabeza. A aquellas horas de la noche, y entre semana, tenía que esperar quince minutos a que pasara el siguiente.

Se dejó caer sobre el banco de metal y dejó la vista perdida sobre las baldosas verdiblancas de la pared de enfrente, al otro lado de la vía. Apenas unos segundos después le llegó el sonido de unos pasos bajando las escaleras.

—¡Fantástico! —oyó exclamar a una voz ronca—. Acabas de facilitarme una decisión.

Mark miró al hombre que se acercaba hacia él por el andén. Llevaba un abrigo de color claro que le quedaba tan corto como los pantalones del traje que asomaban por

debajo. Lo reconoció de inmediato, y eso que la cara le quedaba oculta tras la visera de una gorra que parecía ser lo único que le pertenecía realmente.

Se levantó de inmediato y se dio cuenta de que las piernas le temblaban.

—¿Tú?

—Buenas noches.

El hombre lo saludó y se le acercó arrastrando los pies. Las manos, en los bolsillos de su abrigo; el cuerpo, ligeramente encorvado hacia delante. Se detuvo a unos pasos de distancia.

—Bueno, Mark, he pensado que estaría bien charlar un poco.

—¿Cómo sabes mi nombre?

El hombre le dedicó una inquietante sonrisa que hizo que su rostro pareciera más deforme aún.

—Bueno, Sarah me ha hablado mucho de ti.

—¿Ah, sí? ¿Estás seguro?

El desconocido sonrió aún más.

—Bueno, no personalmente, claro, pero sí en sus diarios. Ahí lo cuenta todo, ¿sabes?

—¿Crees que conoces a Sarah porque has leído sus diarios? ¿Por eso le has hecho todo esto?

—Conozco a Sarah mejor de lo que te crees —dijo el hombre, sin responder a la última pregunta de Mark—. Eres muy importante para ella. Desde pequeña te ha considerado como el hermano mayor que hubiese querido tener. Por eso me alegro tanto de que mi pequeña intervención haya contribuido a reuniros de nuevo. Sarah te echaba de menos, ¿sabes?

—¿Quién eres? —le preguntó Mark—. ¿Cómo te llamas?

—Mi nombre no importa. No soy nadie.

—Dímelo de todos modos. ¿Cómo voy a hablar contigo, si no?

El hombre pareció discurrir durante unos instantes, y por fin respondió:

—Está bien. Llámame Job. Es un nombre muy apropiado, ¿no te parece?

Mark lo miró con escepticismo.

—¿Job, como aquel al que Satanás envió todo tipo de desgracias con el beneplácito de Dios, sólo para comprobar el alcance de su fe?

El hombre sacó las manos de los bolsillos y la sonrisa desapareció de su cara.

—No sabes nada, Mark. Nada.

Mark dio un paso hacia delante, acercándosele con cuidado.

—Está bien. Entonces... ¿no crees que ya va siendo hora de explicarnos qué pretendes con toda esta historia que has montado?

—No se trata de una historia, y menos aún de una que yo haya montado.

El desconocido levantó un poco la visera de su gorra, de modo que Mark pudo mirarlo directamente a los ojos. No es que el andén estuviera muy iluminado, pero enseguida vio que tenía las pupilas diminutas. *Miosis*, pensó. *Puede que esté tomando*

morfina.

Le sostuvo la mirada y le preguntó:

—Está bien, Job, si no es una historia, ¿qué es?

—Quiero ayudar a Sarah.

—¿Ayudar a Sarah? —exclamó Mark alzando la voz sin poder evitarlo—. ¿Cómo, secuestrando a su marido?

El hombre volvió a meter las manos en los bolsillos y se encogió de hombros con indiferencia.

—Eso se lo ha ganado Stephen a pulso, jugando tranquilamente con fuego sin pensar que podía quemarse. Pero ahora creo que ya lo ha pillado.

—¿Dónde está Stephen? ¿Y esa mujer?

Job inclinó la cabeza y suspiró, pero luego volvió a mirar a Mark.

—Stephen ha aprendido la lección —dijo—. Ya he acabado con él.

Mark sintió que se le revolvía el estómago. Aquélla era la respuesta que había temido.

—Eso significa... ¿Está muerto?

—Yo no he dicho eso.

—Entonces ¿está vivo?

—Probablemente. —El desconocido echó un vistazo al reloj que pendía sobre el andén y movió la cabeza hacia un lado, como si calculara—... En cualquier caso, no le queda mucho tiempo. Es un tipo tenaz, pero no creo que vaya a seguir aguantando.

—¡Entonces dime dónde está! —Mark dio un paso más adelante, pero esta vez Job dio otro hacia atrás—. ¿Por eso me has seguido, no? Porque quieres hablar conmigo. ¡Pues bien, habla de una vez! ¿No crees que ya es suficiente?

Job miró a Mark, como analizándolo. Entonces asintió, lento, pensativo. Parecía haberse formado ya una opinión sobre Mark.

—Mira, te he seguido por dos motivos. El primero, porque quería que *me vieras*. Que puedas confirmar mi existencia y se lo expliques a la policía. Ella es inocente y todos deben saberlo.

—Díselo tú mismo. ¿Para qué me necesitas a mí? Entrégate. Acaba con todo esto.

Job frunció el ceño.

—Aún no lo sabes todo, Mark, así que mejor escúchame hasta el final. No espero demasiado de ti; sólo que hagas constar que me has visto y que soy el único que conoce el verdadero paradero de Stephen Bridgewater.

—De acuerdo. Pero si es cierto que aprecias tanto a Sarah... ¿por qué no me dices dónde está su marido? ¡Vamos, habla de una vez!

El rostro de Job volvió a torcerse en una extraña sonrisa que Mark no fue capaz de interpretar. Quizá se debiera sólo a las drogas, o quizá más al hecho de que aquella charla le provocaba una indiscutible satisfacción. Quizá aquél fuera justo el momento que había estado esperando...

—Hay un refrán —dijo—; seguro que lo conoces. «Despacito y buena letra». He

pensado largo y tendido sobre ello, y por fin he llegado a una conclusión. —Hizo una pausa significativa antes de continuar—. A veces, eso de ir despacito puede durar más de un siglo. Recuérdalo, Mark. Te aconsejo que no te olvides de esta frase, porque es la única que te diré para ayudarte.

Mark seguía sin entender adónde quería ir a parar aquel hombre. ¿Qué pretendía lograr con todo aquello? ¿A qué se debía semejante comportamiento? ¿Por qué había decidido hablar con él justo en aquel momento?

—No lo entiendo, Job, ayúdame. ¿Por qué haces todo esto?

Job lo miró como si se tratara de un niño pequeño, torpe y obtuso.

—Vas a tener que descubrirlo todo tú solito, Mark. Stephen se merece lo que le ha pasado. Él y esa zorra con la que se entendía. Pero sobre todo él. Tenía una familia maravillosa, estaba sano y el trabajo le iba de narices. ¿Cómo se le ocurrió echarlo todo a perder? Las conductas de este tipo deben ser castigadas.

Seguían solos en el andén. Mark pensó en su móvil, y lo buscó disimuladamente en el bolsillo de su chaqueta. Tenía que avisar a la policía, informar a ese tal detective Blake. Pero no lo tenía claro.

Job le había dicho que aún no lo sabía todo, y parecía tan seguro de lo que hacía, tan decidido a dar un nuevo paso... Tramaba alguna cosa, de eso estaba seguro, y lo más probable era que lo interrumpiera si él llamaba a la policía. Que llevara puesta la ropa de Stephen no era suficiente para arrestarlo; podría habérsela encontrado tirada en cualquier parte. Pero si continuaba vivo —y según acababa de decirle, así era—, tenía que intentar convencerlo de que le dijera adónde lo había llevado; qué había hecho con él.

—Sí, parece que Stephen cometió un gran error —dijo entonces Mark—. Metió la pata, estoy de acuerdo contigo. Pero ¿tú crees que eso te da derecho a juzgarlo?

Job se inclinó ligeramente hacia delante para que Mark pudiera verle mejor la cara. Terrible. Deforme. Las cicatrices eran de hacía años, aunque no todas estaban perfectamente cerradas, lo cual indicaba que no eran de nacimiento, sino que se las había hecho en edad adulta.

—¿Que si tengo derecho a juzgarlo? —repitió—. Desde luego que sí, Mark. La muerte en persona me concedió ese derecho. ¿De qué servirían si no las experiencias? ¿Qué sentido tendría la muerte?

Mark sacudió la cabeza.

—¿Es por eso, de verdad? ¿Castigas a Sarah y a su familia porque te mueres? ¿Porque estás enfermo y a punto de dejar esta vida? ¿Quieres llamar la atención? ¿De verdad te consideras tan importante?

Job dio un paso atrás y movió la cabeza enérgicamente hacia los lados.

—¡No, Mark, tú no lo entiendes! Yo no soy importante. Sólo soy el encargado de sostener el espejo ante ellos, para que puedan verse bien. Han sido ellos quienes han llegado hasta aquí. Sarah y Stephen. Él con sus continuas amantes, y ella escondida bajo su caparazón. ¿Qué querías, que me quedara mirando cómo se destruían el uno

al otro?

Apretó los labios. Pareció que estaba sintiendo algún dolor físico, aunque en la expresión de su cara Mark también pudo reconocer amargura y tristeza.

—A ti también te rompieron el corazón, ¿no es así, Job? —dijo, pausadamente—, y has decidido intervenir en la vida de Sarah porque te recuerda a la mujer de aquella foto que le enviaste, ¿me equivoco?

Job lo miró sin responder.

—¿Quién era? ¿Tu mujer?

—Fue una víctima —susurró Job—. Como yo.

—¿Una víctima? ¿De qué?

—¡Eso a ti no te incumbe!

—Bueno, puede ser que a mí no, pero desde luego a Sarah sí le incumbe, y mucho. Al fin y al cabo, éste es el motivo por el que has decidido convertirla también en una víctima. En *tu* víctima, de hecho.

—Te equivocas, Mark. Sarah ya era víctima de sí misma. Yo sólo la he zarandeado un poco.

—Está bien, está bien. Sarah ha recibido lo que merecía. Perfecto, ya lo has logrado. Ahora dime de una vez dónde están Stephen y esa mujer.

—Ya te lo he dicho.

—No —dijo Mark—; no me lo has dicho. Sólo me has dado un mensaje encriptado.

—Pues tendrás que esforzarte en desencriptarlo, Mark. —Job volvió a sonreír, pero enseguida cambió su expresión por una más dura—. Como no te des prisa, los dos estarán muertos.

El altavoz de la estación anunció que estaba a punto de llegar otro tren, y en el túnel oscuro pudieron oír el zumbido metálico que lo caracterizaba.

—No deberías coger este metro, Mark —dijo entonces Job, sacando la mano derecha del abrigo—. Vuelve a casa de Sarah y dile que se dé prisa. Ya te he dicho todo lo que necesitas. Ve y dale esto.

Abrió la mano y Mark vio el anillo dorado. Inmediatamente comprendió que se trataba del anillo de casado de Stephen.

—¡Cógelo, vamos! —le gritó Job, mirando hacia el túnel, desde el que empezó a llegar un viento frío que olía a humedad y a alquitrán—. Con esto lograrás que la policía os crea de una maldita vez.

—¿Y tú? ¿Qué vas a hacer ahora?

—Yo cogeré este tren y desapareceré para siempre.

Un hilillo de sangre empezó a salir por la nariz de Job, y Mark vio como el sudor le empapaba la frente.

—No podrás impedírmelo, Mark, así que no hagas nada por intentarlo.

—¡No! —exclamó Mark, avanzando hacia él—. ¡Espera! ¡Tienes que contárselo todo a la policía!

—No lo entiendes —le dijo Job, y de pronto se dobló hacia delante con la cara contraída por el dolor, como si alguien acabara de pegarle una patada en la barriga.

Así doblado, dio un par de pasos hacia un lado. Estaba a punto de caer a las vías, así que Mark corrió hasta él para evitarlo. Pero en cuanto le puso una mano en el hombro, Job sacó un objeto oscuro del bolsillo izquierdo y Mark sintió una descarga eléctrica en todo el cuerpo.

Notó que todos los músculos del cuerpo se le tensaban bruscamente y sin poder hacer nada por evitarlo dio un salto hacia atrás y cayó al suelo, en *shock*.

En aquel preciso instante, Job se incorporó de nuevo, avanzó hacia él y le dio una segunda descarga eléctrica.

Mark se retorció sobre las baldosas del andén, con los ojos abiertos como platos, convulsionando de pies a cabeza.

Entonces Job lo miró y, casi sin aliento, le dijo:

—Lo... lo siento, Mark. Dile a Sarah...

Pero no acabó la frase. Se interrumpió, sacudió la cabeza, se dio la vuelta y saltó a las vías del metro.

—¡No! —gritó Mark—. ¡Nooo!

Quiso hacer algo por evitarlo, pero sus piernas temblaban demasiado y no logró ponerse en pie. Se arrastró entonces por el andén gritando.

—¡Job! ¡Joder, Job, sal de ahí!

El desconocido lo miró desde las vías, y le dedicó una de sus extrañas sonrisas. Una que era una mezcla de miedo y desesperación.

—¡Dios tiene un humor muy macabro! —gritó, subiendo la voz por encima del rugido del tren, cuyos faros podían distinguirse ya con claridad—. ¿No te parece, Mark?

Y dicho aquello empezó a caminar hacia la entrada del túnel.

Mark gritó con todas sus fuerzas, pero su voz quedó diluida por el chirrido de los frenos del tren.

Sin embargo, el frenazo no fue suficiente. El choque fue brutal.

Y cuando el tren se detuvo al fin, tenía la parte frontal cubierta con la sangre de Job.

SEXTA PARTE

EL LEGADO DE JOB

En menos de veinte minutos la estación de metro quedó acordonada por coches patrulla y ambulancias. Stepney Green se mantendría cerrada durante unas horas. Las luces azules iluminaban las fachadas de las casas colindantes, y en el cruce de Mile End Road con Globe Road se había formado ya un embotellamiento considerable.

Mark se apoyó en el maletero de un coche de la policía. Un enfermero le había pasado una manta térmica por los hombros, pero él seguía temblando de pies a cabeza, por la conmoción. Mientras un agente tomaba nota de lo sucedido durante el accidente, Mark se dedicó a observar a los que salían del metro, acompañados por agentes de policía y trabajadores uniformados de la empresa Transport for London.

Vio muchos rostros que reflejaban desconcierto y estupefacción, angustia e incluso horror, pero también vio a muchos de los pasajeros gesticulando y parloteando como si acabaran de salir de ver una película en el cine. Cada año se suicida en el metro de Londres un promedio de ochenta personas, y la cifra parece ir en aumento, de modo que no es de sorprender que para muchos aquello se hubiese convertido en una especie de macabra cotidianidad.

—Buenas tardes, señor Behrendt.

Era el inspector Blake. Con todo aquel follón y la cantidad de policías y de mirones que había por ahí no lo había visto llegar.

—¿Cómo se encuentra? —le preguntó, con una mezcla de escepticismo y preocupación en la voz.

—Estoy bien.

Mark se frotó el brazo, que le dolía como si tuviera agujetas. Los efectos del electrochoque.

—Le ha dicho a mi compañero que el suicida es el hombre que andábamos buscando. ¿Está seguro?

—Segurísimo.

—¿Y no le ha dicho su nombre?

—No. Me dijo que lo llamara Job.

—Job —dijo Blake, suspirando—. Eso no nos ayuda mucho. Tardaremos varios días en identificarlo... Pero dígame, ¿por qué fue a hablar con usted?

—Quería dejarme claro que había secuestrado a Stephen Bridgewater.

Mark le entregó el anillo de boda de Stephen. En la cara interior podía leerse el nombre de Sarah, y a su lado la fecha del enlace.

—¿Y no le ha dado ninguna pista sobre su paradero?

—No quiso decírmelo.

Blake asintió en silencio. Metió el anillo en una bolsita de plástico transparente y

se la guardó en el bolsillo de la chaqueta.

—¿Y la mujer? ¿Mencionó también a la señorita Parish?

—Sí, habló de ella con verdadero odio. Para él Katherine Parish era una puta que había destrozado a la familia Bridgewater.

Blake asintió una vez más y sacó un paquete de tabaco mentolado del bolsillo de su chaqueta.

—Señor Behrendt... Usted es psiquiatra. ¿Qué opina de todo esto? ¿Cree que los ha matado?

—No, creo que siguen vivos. Al menos eso fue lo que me dijo.

Blake lo miró con sorpresa.

—¿Y le cree?

—Sí. No tenía ningún motivo para mentirme. Ese hombre estaba muy enfermo y sabía que iba a morir. Por eso se metió en la vida de los Bridgewater. Quería corregir en ellos lo que por lo visto le salió mal a él. Creo que estaba perturbado, no que fuera un asesino.

—«Corregir» —repitió Blake con voz ronca, mientras intentaba en vano que su mechero se dignara a funcionar. Pero en lugar de darle fuego, el pequeño objeto no hizo más que emitir un absurdo e inerte chasquido.

Quizá si lo hiciera con más calma..., pensó Mark, y aquella idea lo llevó a otra, por asociación. Hasta ahora no había vuelto a pensar en ello, pero poco a poco iba saliendo del estado de *shock* y recordando todo lo que le había dicho el desconocido.

—Ahora que lo pienso, hay algo más. Despacito y buena letra.

—¿Cómo dice? —dijo Blake, mirándolo con sorpresa.

—Me lo dijo Job. Despacito y buena letra. Mencionó este refrán cuando le pregunté por el paradero de Stephen Bridgewater, y luego añadió que en ocasiones ir despacito podía durar más de un siglo.

—¿Un siglo? ¿Dijo un siglo?

Mark asintió.

—Sí. Insistió en que no lo olvidara.

—¡Joder! —El inspector tenía los ojos abiertos como platos—. ¿Está usted seguro? ¿Dijo «buena letra» y «un siglo»?

—¡Sí, por Dios, eso dijo! ¿Cree que puede significar algo?

Blake tiró su cigarrillo al suelo.

—¡La vieja imprenta de los Docklands! ¡La imprenta del milenio! ¡Puede que estén allí!

Sin mirar siquiera a Mark, se dio la vuelta y empezó a llamar a algunos de sus colegas indicándoles que tenían que acompañarlo hasta los Docklands.

—¡Blake, espere! —Mark se levantó. Las piernas aún le temblaban—. ¡Déjeme ir también!

—No —le dijo Blake—, usted se queda aquí.

—Pero...

—Ni peros ni leches. Esto es cosa de la policía.

Y dicho aquello, se dio la vuelta y se metió en un coche patrulla. En cuestión de segundos todos habían desaparecido de la escena, acompañados por el sonido de las sirenas.

Mark se abrió paso entre la gente y caminó por la calle tan rápido como se lo permitió su magullado cuerpo. El aire frío del invierno le atravesó la garganta como un cuchillo, pero al mismo tiempo lo ayudó a salir de su aturdimiento.

Al llegar a casa de Gwen se apoyó en el timbre y no lo soltó hasta que le abrieron.

—¡Por Dios, Mark! —dijo Gwen, mirándolo sin dar crédito—, ¿qué te ha pasado?

—Tengo que ver a Sarah —le dijo él, casi sin aliento.

Gwen se hizo a un lado para dejarlo pasar.

—Está en la cocina. Entra.

—¡No, mejor dile que salga, rápido!

—Ok, voy.

—Y... Gwen... —le dijo, mientras ella avanzaba por el pasillo.

—¿Sí?

—¿Podrías dejarnos tu coche otra vez?

La luna regalaba una luz tenue a la noche de los Docklands. Un viento helado se colaba entre los del Royal Victoria y reflejaba las luces del East End londinense sobre la superficie del agua de las dársenas.

En otro tiempo aquél fue el puerto más importante del mundo. Las dársenas se crearon en los primeros años del siglo XIX para proteger el puerto de las inclemencias naturales y de los ladrones, y para aumentar su espacio. Fue un importante éxito comercial y una considerable fuente de ingresos hasta que, entre 1960 y 1970, la industria marítima adoptó el sistema de transporte por contenedores. Las dársenas de Londres no podían acomodar a los buques necesarios para ello, pues eran mucho más grandes, por lo que la industria marítima se trasladó a puertos de aguas profundas como Tilbury y Felixstowe. Entre 1960 y 1980 se cerraron todas las dársenas de Londres, dejando unos 21 km² de terreno abandonado en el este de Londres. El paro era alto, y abundaban la pobreza y otros problemas sociales. Los esfuerzos para la recalificación de las dársenas comenzaron casi en cuanto éstas cerraron, aunque se tardó una década en que los proyectos pasaran del tablero de dibujo y otra para que la recalificación tuviera pleno efecto. El programa de desarrollo hizo que una gran parte de los Docklands se convirtiera en una mezcla de espacio residencial, oficinas e industria ligera, y ahí fue donde se ubicó también una imprenta que, como era de esperar, nunca llegó a ser rentable.

El inspector Richard Blake coordinó por radio a los agentes de su comisaría y a todos los efectivos disponibles aquella tarde. Además, solicitó ayuda de la comisaría de los Docklands para que acordonaran la zona y la mantuvieran libre de posibles mirones.

En aquel preciso momento Blake estaba junto al coche de policía y recorría con la mirada el edificio abandonado y fantasmagóricamente iluminado de azul.

No había sido nada fácil coordinar a tantos agentes en tan poco tiempo, y menos aún a aquellas horas, pero al final lo había logrado.

Cuando los tuvo a todos reunidos se dirigió a los agentes que llevaban perros y les dijo:

—Vosotros entraréis los primeros al edificio. No debemos perder ni un minuto, pero eso no significa que no tengáis que ser precavidos. El edificio se encuentra en muy mal estado, y no queremos sufrir más accidentes. Los agentes de los Docklands han rodeado el edificio y se asegurarán de que nadie escape por ninguna de las puertas traseras. Yo iré con mi gente por el lateral. ¿Alguien tiene alguna pregunta? —Miró a todos aquellos hombres y asintió—. ¡Está bien, en marcha!

Pocos minutos después, cuando Blake aún estaba avanzando por la calle lateral, oyó una voz en su radio.

—Señor, le habla Perkins, del equipo de protección de pruebas. Hemos encontrado un coche abandonado en uno de los edificios contiguos. Estaba en una especie de porche...

—Bien, voy para allá —dijo Blake, y con un gesto indicó a sus agentes que siguieran avanzando sin él. Luego corrió hacia el lugar que le indicó su colega, un hombre exageradamente alto que lo esperaba con el rostro tenso y la expresión seria.

—Es el Mercedes que andábamos buscando —dijo Perkins, señalando el coche—. La cosa no pinta bien. El asiento de atrás está lleno de sangre.

—Vale, estupendo —dijo Blake con evidente ironía, mientras se frotaba las sienes y cerraba brevemente los ojos—. ¿Alguna cosa más?

—En el maletero hemos encontrado una maleta con varios trajes y una caja vacía.

—¿Una caja vacía?

—Según ponía en la etiqueta, se trataba de un paquete enviado por una tienda farmacéutica online y contenía dos grandes cajas de cloruro de sodio.

Blake miró al policía, consternado.

—¿Cloruro de sodio?

—Solución salina isotónica, como las que se usan para los sueros.

—Sí, sí, ya sé para qué se usa —dijo Blake parpadeando, impaciente, y frunció el ceño—. Pero ¿para qué necesitaba ese tipo algo así?

—Ni idea, señor. Quizá tuviera la caja de antes y la hubiera usado en otro momento. Por ahora no sabemos nada más. Seguiremos investigando —dijo Perkins, y acto seguido se dio la vuelta para reunirse con los colegas que estaban analizando el Mercedes.

Blake se quedó unos segundos mirándolo, pensativo, y luego volvió a reunirse con su equipo.

Apenas había dado diez pasos cuando un agente se le acercó corriendo.

—¿Inspector? ¿Señor? —Iba diciendo el policía desde lejos—. Acaba de llegar una pareja que quiere hablar con usted a toda costa. Una tal señora Bridgewater y un tal señor...

—Behrendt —le interrumpió Blake, suspirando—. ¡Lo que me faltaba!

Blake se les acercó con expresión iracunda.

—¡Les dije que se quedaran en casa, caray! ¡Aquí no se les ha perdido nada!

—¿Cómo que no? Mi marido está ahí dentro —le respondió Sarah, fuera de sí—. ¡Tengo todo el derecho del mundo a estar aquí!

Blake sacudió la cabeza.

—Estamos haciendo cuanto podemos, señora Bridgewater, así que haga el favor de no intervenir en nuestro trabajo. Vuelva a casa. Le juro que la avisaremos en cuanto...

—No —le interrumpió ella—. Mark y yo nos quedaremos aquí. Sin nuestra ayuda ni siquiera habría tenido constancia de la existencia de ese loco, así que... ¿qué le hace pensar que voy a quedarme en casa cruzando los dedos? ¡Quiero saber dónde está mi marido y qué ha sido de él!

—Está bien —bramó el inspector, indignado—. Pero hagan el favor de quedarse aquí. Y cuando digo aquí me refiero precisamente a aquí. ¡No se muevan ni un milímetro! ¿Entendido?

Justo en ese momento volvió a oírse una voz en la radio.

—¡Tenemos algo! —dijo una voz masculina.

Blake cogió una vez más el aparato y se lo acercó a la boca.

—Aquí el inspector Blake. ¿Qué han encontrado?

—¿Inspector? Tenemos al hombre —dijo la voz—. Primera planta.

—¿Está vivo?

—Un momento, estamos acercándonos a comprobarlo.

Durante tres o cuatro eternos segundos no oyeron más que la respiración del agente que estaba al otro lado de la línea y algún que otro ruido de fondo. Entonces, al fin, llegó la respuesta:

—Sí, señor, está vivo. Pero necesita un médico lo antes pos... ¡joder! ¿Qué es esto?

Blake miró desconcertado a Mark y a Sarah, obviamente angustiados al oír aquello.

—¿Qué pasa ahí?

—¡Señor, tiene que venir inmediatamente!

—Pero ¿qué es lo que pasa?

—Será mejor que lo vea usted mismo, señor. Véngase con los enfermeros, y llame a un médico. Suba por la escalera lateral. La principal está cubierta de moho.

—De acuerdo —dijo Blake, y ya estaba a punto de salir para allá cuando Sarah lo detuvo.

—¡Vamos con usted!

—¡Señora Bridgewater —le dijo, colérico—, le juro que haré que la detengan como no se comporte de un modo razonable y se quede aquí quieta!

—Blake —dijo Mark entonces—. Sus hombres han pedido un médico y yo lo soy. Deje al menos que yo lo acompañe. Ganaremos un tiempo que quizá sea vital y así Sarah se quedará más tranquila.

El inspector lo miró sin parpadear unos segundos y entonces asintió.

—Está bien, bajo su propia responsabilidad. ¡Pero usted se queda aquí, señora Bridgewater! ¿Me ha entendido? ¡Como nos siga la detengo!

Y dicho aquello, Blake se dio la vuelta y corrió hacia el edificio.

Mark la cogió por los hombros y le dijo:

—Espérate aquí, por favor. ¿Lo harás?

Sarah miró hacia el edificio y luego otra vez a Mark.

—Ayuda a Stephen —dijo, y Mark vio el miedo atrapado en sus ojos.

Entraron en el edificio equipados con cascos y linternas.

Blake iba delante, seguido muy de cerca por Mark y por dos enfermeros de la policía. Apenas habían dado unos pasos cuando Mark tropezó con una piedra y estuvo a punto de caerse.

—Tenga cuidado —le dijo uno de los enfermeros—, aquí es fácil hacerse daño.

El edificio se hallaba en un estado deplorable. La humedad de las dárseas se había colado en todos los rincones y la oscuridad no hacía sino complicarlo todo. Mark no había pensado que aquello fuera tan peligroso. Qué bien que Sarah se hubiera quedado abajo, al final.

Olía a moho y a podredumbre, y Mark empezó a respirar por la boca sin darse cuenta.

El viento de la noche aullaba al colarse por los cristales rotos de las ventanas, y aquí y allá podía oírse el ruido de las ratas correteando de un lado a otro, sorprendentemente cerca de sus pies. Eran todas muy gordas y parecían bien alimentadas...

Mark iluminó a su alrededor: las paredes estaban polvorientas, y el techo, derrumbado aquí y allá, de modo que había que ir sorteando piedras, vigas y fragmentos de metal que ahora estaban en el suelo.

Cruzaron una estancia en la que había varias columnas de metal. Parecían antiguas armaduras, viejas espirales que habían fracasado en su misión de mantener el techo en pie. Por fin llegaron a la escalera lateral de la que les había hablado el policía de la radio.

Los peldaños estaban algo estropeados, pero no tanto como los de la escalera central, sin lugar a dudas. Crujieron bajo su peso a cada paso, y Mark evitó asirse a la barandilla, que no le mereció ninguna confianza.

Cuando por fin llegaron a la primera planta salió a recibirlos un joven agente. Enfocó al suelo con su linterna para no deslumbrar a los recién llegados, pero Mark tuvo tiempo de ver que estaba masticando un chicle con mucha energía. Fuera lo que fuera lo que había visto, era evidente que lo había puesto nervioso.

—Por aquí —dijo, señalando hacia un pasillo—. Pero vayan con mucho cuidado. Ahí delante hay un par de agujeros muy jodidos.

Precediéndolos, empezó a avanzar por el pasillo, en el que ciertamente había numerosos obstáculos que podrían haberles roto una pierna con relativa facilidad.

De pronto se detuvo y dijo:

—Ah, señor, también hemos encontrado esto.

Iluminó entonces una minúscula habitación vacía en la que no había más que una

cama. Estaba nueva, como si la hubiesen comprado hacía muy poco, y lo mismo pasaba con la funda nórdica que la cubría y con la almohada. Al lado, en el suelo, había varias latas de conserva abiertas y varias botellas de agua, perfectamente ordenadas en una pared.

—Parece que el secuestrador se instaló aquí.

Blake frunció el ceño y asintió. Luego continuaron su camino hasta una segunda escalera. Ocho escalones de metal, una curva y ocho escalones más hasta llegar a una puerta de metal. Cuando llegaron a la puerta, el agente se detuvo y se dio la vuelta para mirarlos.

—Eh, ¿qué pasa ahí? —dijo uno de los enfermeros que iba a la cola—. ¿Por qué os paráis?

El tipo iluminó la cara del primer agente, cuya mandíbula trabajaba a ritmo frenético, y vio que estaba sudando como si estuviera en una sauna y que estaba blanco como el papel.

—Yo no vuelvo a entrar ahí —les dijo—. Y les aconsejo que... que se apoyen en una pared, o en algo.

Y dicho aquello se hizo a un lado y los dejó pasar.

Mark se detuvo junto al joven agente mientras que Blake y los otros dos hombres entraban a toda prisa en la habitación. Sin embargo, el inspector no había dado más de cinco pasos cuando se detuvo de golpe y, con los ojos como platos, exclamó:

—¡Me cago en la puta!

La imagen que tenían ante ellos era espeluznante. La habitación era grande, como un salón de baile, y estaba en mucho mejor estado que el resto del edificio. El suelo estaba cubierto con una capa de cal, y de ahí que cualquier pisada o marca en el suelo quedara indefectiblemente reflejada. Stephen estaba en medio de la habitación, atado a una silla. Sólo llevaba puesta una camisa y su piel estaba casi tan blanca como la de la cal que lo rodeaba. De su brazo izquierdo salía una vía que iba a parar a un portasueros en el que podía verse una bolsa medio llena de lo que sin duda era solución salina.

Al acercarse a él percibieron el intenso olor a heces. Mark miró las piernas de Stephen, en las que el líquido marrón se había secado formando una especie de costra, y tuvo que apartar la vista y hacer un esfuerzo por no vomitar.

Stephen tenía los ojos cerrados y parecía muerto. Los dos enfermeros corrieron hacia él y lo libraron de la cinta aislante que le sujetaba las muñecas y le mantenía la cabeza fija al respaldo de la silla.

Mientras tanto, Blake se dio la vuelta para mirar en la misma dirección que Stephen.

—¡Por todos mis muertos! —jadeó—. ¡Esto es lo más macabro que he visto en la vida!

Justo delante de Stephen había una pantalla plana junto a un entramado de cables que iban a parar a un montón de baterías. Estaba claro que el objetivo era mantenerla encendida el mayor tiempo posible. La pantalla mostraba en primer plano algo que una cámara, también enchufada a las baterías, estaba enfocando en directo un poco más allá, en una especie de cabina de cristal cuyas paredes habían sido cubiertas con papel oscuro.

Mark se acercó al inspector. Cuando vio lo que había en la pantalla dio un paso atrás, horrorizado. Intercambió una mirada rápida con Blake y entonces ambos fueron hacia la cabina.

Ahí había una mujer sentada en una silla. La cabeza le caía sobre el pecho y su melena pelirroja le cubría el rostro. Igual que Stephen, sólo llevaba una camisa, pero en su caso parecía que alguien le había echado un cubo de pintura de color rojo oscuro sobre el pecho. Una cantidad ingente de sangre que ya se había secado y enganchado a su cuerpo. La cámara estaba fija entre sus piernas.

—No me lo puedo creer —dijo Blake con un hilo de voz—. He visto muchas cosas en mi vida, pero esto es...

Volvió hacia atrás para mirar la pantalla. Efectivamente, la cámara mostraba una imagen de la empresaria de Katherine Parish.

Mark estaba paralizado. De modo que aquélla era la lección que Job quería darle a Stephen. Reducir a Katherine Parish a un solo órgano de su cuerpo. Hacer que Stephen sólo la viera como sexo. Convertirla en un grito para él: «¡Mírame bien! ¡Mira cómo me veías en realidad!».

Job le había dicho que Stephen era un tipo tenaz. Debía de haber aguantado mucho tiempo mirando fijamente aquella terrible imagen de la vagina ensangrentada de su amante...

Pero lo que más le chocó fue el marco de fotos que Job había puesto junto a la pantalla. Ahí estaban los tres miembros de la familia Bridgewater, Stephen, Sarah y Harvey, sonriendo ante un tren en miniatura. Un único y cínico reproche.

Esto es lo que has sacrificado por esto otro, decía aquella foto.

Se oyó un chasquido muy fuerte detrás de ellos y Mark se dio la vuelta de golpe. Unos agentes de policía que acababan de entrar en la sala habían roto la puerta de cristal de la cabina.

—¡Mierda! —dijo uno de ellos, tapándose la cara con la mano—, ¡voy a vomitar!

El olor era insoportable. El agente dio dos pasos hacia atrás y fue a chocar con otro de sus compañeros, no menos conmocionado, mientras uno de los enfermeros se abría paso entre ellos y corría a comprobar el estado de Katherine Parish. Le levantó la cabeza con cuidado y le puso la mano en el cuello para tomarle el pulso. Enseguida comprendió que no había nada que hacer y se dio la vuelta para mirar a Blake, que se había quedado fuera de la cabina intentando no respirar. El enfermero movió la cabeza hacia los lados en señal de negación.

—Está muerta, señor.

El agente más joven se dio la vuelta y salió corriendo hasta la esquina más alejada de la sala, donde vomitó escandalosamente.

Dos días después, Mark estaba en la cocina de los Bridgewater, mirando por la ventana. El jardín estaba nevado, y Gwen jugaba al escondite con los dos niños. Gritaban y se reían, despreocupados, mientras los copos de nieve se dejaban acariciar a ratos por el viento. El día anterior nevó durante varias horas, y aquella mañana aún había varios centímetros más de nieve, demasiado fina para hacer un muñeco pero lo suficientemente prometedor como para asegurar una Navidad bien blanca.

Gwen y Diana pasaron la noche con Sarah y Harvey. Fue la primera noche que pasaron en su casa después de todo lo sucedido, y, como siempre, Gwen estuvo al lado de su amiga.

Ahora, poco a poco, parecía que la rutina iba a poder instalarse de nuevo en casa de los Bridgewater... *Aunque las apariencias engañan*, pensó Mark. Aquello iba a ser, en realidad, el primer paso de un nuevo trayecto.

Oyó que Sarah estaba al teléfono en el pasillo. Hablaba con el médico de Stephen, que estaba ingresado en la Unidad de Cuidados Intensivos del King's Hospital. Ingresó con «pronóstico reservado», pues, aunque el desconocido le había suministrado algo de suero, estaba muy deshidratado y tenía hipotermia.

Pese a todo, los médicos no temían por su vida, y aquella noticia había provocado un cambio evidente en el humor de Sarah. Cuando cenaron todos juntos la noche anterior, Sarah volvió a comer con apetito, y su cara dejó de tener ese color macilento de los últimos días.

Aquella mañana, Mark volvió a hablar con el inspector Blake. Por lo visto seguían sin tener ninguna pista sobre la posible identidad del hombre de la cara marcada. Al principio tiraron del hilo de su relación con John Wakefield, pues, tal como les dijo en su día la señora Livingstone, parecía que ambos habían sido pacientes de la Clínica Royal Marsden. Allí, tanto médicos como enfermeros recordaban haber tratado a un hombre que coincidía con la descripción del desconocido, y muchos de ellos utilizaron el nombre de John Reevyman para referirse a él, pero, sorprendentemente, no fueron capaces de encontrar su historial clínico ni ningún tipo de informe que hiciera referencia a su ingreso y tratamiento en el hospital.

Ni siquiera pudieron encontrar a nadie con ese nombre en el censo. No había ni un solo John Reevyman en ninguno de los registros del ayuntamiento o la policía, y tampoco localizaron ninguna denuncia por desaparición de alguien que respondiera a su descripción, ni nada por el estilo. Y como no pudieron encontrar ninguna huella dactilar que resultara significativa —el tipo seguramente se quemó los dedos en el mismo accidente en que se deformó la cara y los brazos—, la búsqueda de su

identidad se convirtió en una empresa sencillamente imposible.

Como el propio Job le dijo a Mark, no era nadie.

En cuanto a la joven de la foto que Job envió a Sarah, las investigaciones seguían en marcha. Su imagen fue publicada en la prensa, pero por el momento nadie había reaccionado al verla.

Al cabo de un rato Sarah volvió a la cocina y se acercó a la ventana en la que estaba Mark. Tenía una expresión relajada.

—¿Cómo se encuentra? —dijo Mark, acariciándole un hombro.

Ella se apartó un mechón de pelo que tenía frente a la cara.

—El doctor me ha dicho que lo ha logrado. Ha recuperado el conocimiento y está mucho mejor. Dice que si sigue mejorando a este ritmo, a finales de la semana que viene podrá salir del hospital.

—Me alegro —dijo Mark.

Sarah asintió, apoyó la cara en el hombro de él y miró hacia el jardín, donde Gwen y los niños seguían jugando.

—Si al menos supiera lo que tengo que hacer... —dijo en voz baja—. Estoy tan vacía, tan agotada... ¿Cómo debo actuar con Stephen? Estoy indignada. Lo odio por lo que ha hecho, aunque al mismo tiempo siento lástima por él, por lo que ha pasado, por... Creo que aún lo amo. Pese a todo. ¿Te parece que estoy loca?

Mark la estrechó contra su pecho, sonriendo.

—En absoluto. Lo que tenéis que hacer es hablar mucho, hablar largo y tendido en cuanto él se recupere, y buscar juntos una solución.

—Sí, es algo que tendríamos que haber hecho hace tiempo... —Miró a Harvey, que acababa de tirarse al suelo muerto de risa y estaba moviendo los brazos y las piernas para dibujar un ángel en la nieve—. Quizá entonces nada de esto habría sucedido. Si de verdad hubiésemos sido una familia feliz, ese loco no habría encontrado ningún motivo para meterse en nuestra vida y nos habría dejado en paz.

—Yo no estoy tan seguro de eso —dijo Mark.

—¿Ah, no?

—No. Él quería ocupar el puesto de Stephen a toda costa. Incluso el día en que se quitó la vida iba vestido como él. Estaba obsesionado. Quería estar en su piel. Teníais algo que él anhelaba, y a mí me parece que aún lo tenéis.

Sarah se apartó de él dulcemente y fue hacia el mármol de la cocina. Mark la vio secarse las lágrimas con los dedos antes de darse de nuevo la vuelta y preguntarle:

—¿Quieres un té?

Obviamente, había llegado el momento de cambiar de tema.

—No, gracias —le dijo, señalándole una taza ya vacía que había dejado junto a la pila—. Creo que ya va siendo el momento de marcharme. Mi vuelo sale dentro de unas horas y aún no he acabado de hacer la maleta.

—¿Qué harás cuando estés en Alemania?

—Bueno, hay cosas que debo arreglar. Y luego buscaré trabajo.

—¿Te quedarás a vivir en Frankfurt?

—La verdad es que aún no lo he pensado, pero algo me dice que cambiar de paisaje me sentará bien.

Ella sonrió al escuchar eso.

—¿Y por qué no te vienes a Londres? Aquí tendrás siempre las puertas abiertas. Lo sabes, ¿verdad?

Mark fue hasta ella y le dio un beso en la mejilla, tras lo cual Sarah lo abrazó con fuerza, incapaz de reprimir las lágrimas. En el jardín se oían las carcajadas de los pequeños y Mark recordó una vez más su infancia junto a ella. Su juventud. El día en que Sarah le explicó que le habían dado una beca para ir a la universidad. La cantidad de puertas que se le abrían.

Ahora estaba en un momento muy parecido.

—Gracias —le susurró ella, apartándolo de sus pensamientos—. Gracias por todo, Mark.

—Siempre podrás contar conmigo, ya lo sabes.

Ella volvió a abrazarlo con fuerza, y luego lo acompañó hasta la puerta, donde se despidieron antes de que Mark fuera a dar un abrazo a los niños y a Gwen.

Harvey lo obligó a prometerle que volviera pronto a visitarlos, y Gwen le dedicó una sonrisa tranquila y sincera, como siempre.

—Gracias por todo lo que has hecho, Gwen. Sarah no lo habría logrado sin tu ayuda.

—Lo mismo digo, doctor —dijo ella, guiñándole un ojo con complicidad.

Después, Mark salió del jardín para ir a coger el metro. Antes de doblar la esquina se volvió a mirar la casa de los Bridgewater y vio que Sarah seguía en la puerta, saludándole con una mano. Entonces pasó un camión de mudanzas por la calle y Sarah desapareció.

Sentado en el andén se preguntó si alguna vez volvería a ver a su amiga. Entonces miró el reloj que llevaba en la muñeca, en la chapa metálica que escondía el tiempo que le quedaba por delante, y sonrió.

Sí. Es muy probable que vuelva a verla.

Un joven con la cara pecosa y redonda le dio un paquete. Masticaba un chicle y tenía la piel tan pálida que parecía una luna llena sobre el uniforme oscuro de repartidor.

—Traigo un paquete para la señora Sarah Bridgewater —le dijo, mostrándole rápidamente un aparato en el que la invitó a plasmar su firma digital—. Por favor, confirme que se lo he entregado.

Sarah cogió el paquete y firmó en la pantallita de la máquina. Luego cerró la puerta y fue a la cocina. La caja que le habían entregado pesaba relativamente poco y por lo visto contenía algo que rodaba en su interior.

Los niños y Gwen entraron en la cocina corriendo.

—¡Guay! —dijo su amiga—, ¡lo hemos pasado genial! Pero ahora nos vamos directos a la bañera, ¿vale, Sarah?

—¡Yo quiero un vaso de leche con galletas! —dijo Harvey.

—¡Yo también quiero uno, va! —se apuntó Diana inmediatamente.

—Está bien, está bien —dijo Gwen—, pero sólo porque habéis jugado sin pelearos, ¿eh?

Preparó dos vasos de leche caliente y puso varias galletas de chocolate en un plato, mientras los niños se sentaban, encantados, a la mesa de la cocina. Luego se sirvió una taza de té a sí misma y fue a reunirse con Sarah, que estaba un poco más allá.

—¿Podrás arreglártelas sola? —le dijo, dando un sorbo a su taza.

—Seguro que sí —le contestó Sarah—. Además, tengo a Harvey. Juntos lo conseguiremos.

El niño estaba moviendo una de las galletas de un lado a otro, como si fuera un avión a punto de aterrizar en su vaso de leche. Obviamente quería hacer reír a Diana, cosa que consiguió sin mayor dificultad. Estaban pasándolo en grande.

—Es un niño increíble —le dijo Gwen—. Y muy valiente.

Sarah sonrió.

—Sí lo es, sí. Mirándolo a él, parece que no haya pasado nada —dijo.

—¿Cómo está Stephen?

—Mejor. Es posible que la semana que viene le den el alta.

—¿Y?

Sarah dejó escapar un suspiro.

—No lo sé. Mark me ha aconsejado que hablemos, que intentemos arreglarlo. Pero yo no sé...

—Seguro que tomarás la decisión adecuada, ya lo verás —dijo Gwen, dejando la taza junto a la pila—. Bueno, ahora Lady Di y yo nos iremos a casa a darnos un baño

y a hacer los deberes. Como hemos hecho campana dos días, tenemos un montón de cosas que recuperar.

—Bueno, ya no queda mucho para las vacaciones de Navidad.

—¡Es verdad! ¡Pues aún no hemos escrito ninguna felicitación! Vaya por Dios, más trabajo aún. ¡Vamos, Milady! —dijo, dirigiéndose a Diana—. ¡Tenemos que irnos a casa! ¡Nos quedan miles de cosas por hacer!

Miró a Sarah y le dio un abrazo.

—Llámame cuando quieras, guapa. Ya sabes dónde estoy.

—Sí, sí, gracias.

Gwen hizo un gesto muy gracioso con la boca y añadió, fingiendo estar desolada:

—Lástima que Mark haya tenido que irse. Me parecía realmente interesante...

Guiñó el ojo a Sarah, cogió a Diana de la mano y salió de casa. Harvey salió corriendo tras ellas y puso una galleta en el bolsillo de Diana. Su regalo de despedida. Ella le dio entonces un beso y él se pasó enseguida la mano por la mejilla.

—¡Pfff, qué asco! —dijo, provocando las carcajadas de las otras tres.

Sí, Gwen, pensó Sarah, entristecida, es una pena que Mark no haya querido quedarse.

Si de verdad había algo en los últimos días que pudiera considerarse positivo, eso era sin duda su reencuentro con Mark. Una muestra más que evidente de que la amistad verdadera va más allá del tiempo. Con un amigo de verdad, uno tiene la sensación de haberse visto siempre el día anterior, por muchos años que pasen en realidad.

Harvey la sacó de sus pensamientos.

—Mami, ¿tú crees que a papá le hará ilusión si le llevo un dibujo?

Miró a su hijo a los ojos, y el brillo que reconoció en ellos le atravesó el corazón. El pequeño estaba emocionado por volver a ver a su padre.

—Sí, cielo, seguro que sí.

—Pues entonces tengo una idea. Le voy a dibujar un tren, ¿vale? ¡Seguro que le gusta!

Subió corriendo las escaleras hacia su habitación y Sarah lo siguió con la mirada empañada por la emoción.

Sólo entonces se acordó del paquete. Era una caja más bien cuadrada en la que sólo podía leerse su nombre y su dirección.

Le dio un par de vueltas para ver si encontraba el nombre del remitente en algún lado, pero fue en vano. Entonces pensó en lo que había dicho Gwen hacía un rato sobre las felicitaciones de Navidad y pensó que quizá se tratara de una que llegaba antes de tiempo, o un nuevo manuscrito para la editorial en el que Nora hubiese olvidado poner su nombre...

Sacó un cuchillo del cajón y cortó la cinta que la mantenía cerrada. Luego apartó la tapa.

La caja estaba llena de papeles de periódico arrugados, y encima de todos ellos

encontró un sobre blanco en el que estaba escrito su nombre con mayúsculas.

¿De qué le sonaba aquella letra? ¿Dónde la había visto antes? De Nora no era, eso estaba claro, pero tenía que ser de alguien que le hubiese escrito últimamente, porque... Sí. De pronto lo vio claro. Y se sintió como si alguien acabara de pegarle una bofetada.

¡FELICIDADES!

¡Es suya!

Dejó caer la carta sobre el mármol, como si se hubiese quemado los dedos con el papel, y notó que el pulso se le aceleraba. Miró la caja fijamente y recordó la sensación que había tenido al llevarla hasta la cocina: como si algo rodara en su interior.

¿Qué habría escondido entre los diarios? ¿Qué podía ser?

Estuvo a punto de coger la caja tal y como estaba y tirarla a la basura, sin más, pero la curiosidad era demasiado grande. Respiró hondo un par de veces y luego empezó a sacar los papeles de periódico con cuidado, como si temiera que algo pudiera romperse. Entonces se detuvo, desconcertada.

Desde el interior del cartón, la cabeza de una muñeca la observaba con sus ojos vacíos.

¿Qué demonios significaba aquello?

Sacó la cabeza de la caja y la sostuvo en alto. Tenía un aspecto terrorífico, y no sólo por aquellos ojos perdidos, sino porque su mitad derecha estaba ligeramente chamuscada y deformada, como si alguien le hubiese puesto un mechero demasiado cerca. La mitad izquierda, en cambio, mostraba una carita rolliza y sonriente, con las mejillas y los labios sonrosados, como si estuviera a punto de dar un beso. Era una muñeca antigua y seguro que, de tener también un cuerpo, éste iría cubierto con un vestidito de los años cincuenta.

Sarah se quedó un buen rato mirando los ojos vacíos de la muñeca, intentando comprender qué podía significar aquello para el desconocido. *¿Por qué me envías esto ahora?*, pensó, antes de volver a meter la cabeza en la caja. *¿Qué pretendes decirme?*

Cogió el sobre, lo abrió con manos temblorosas y sacó el papel del interior. También estaba escrito a mano. El desconocido había usado una pluma y un papel de carta indudablemente caro.

Fue con la carta hasta la mesa de la cocina, se sentó y empezó a leer.

Querida Sarah...

Tan sólo dos palabras y ya sintió que empezaba a marearse. Esa manera de dirigirse a ella como si la conociera... Como si volviera a estar en la cocina de su casa. De hecho así era, en cierto modo. Con aquel paquete había logrado volver a colarse en su vida. Incluso ahora que estaba muerto.

Pero precisamente por eso ya no tenía miedo. El desconocido ya no podía hacerle nada, así que siguió leyendo.

He aquí las últimas palabras de un moribundo. Cuando las leas ya estaré muerto.

Se me hace muy extraño dirigirme a ti de este modo. Me hubiera encantado poder explicártelo todo en persona, pero me temo que no habrías querido escucharme. Ni siquiera te escuchabas a ti misma cuando había algo que no te gustaba, como por ejemplo tu relación como Stephen. Al menos eso es lo que deduje al ver los fragmentos tachados en tus diarios.

Te pido de corazón que me perdones por esta flagrante intromisión en tu vida privada. Sé que he sido poco delicado, pero no se me ocurrió un modo mejor de conocerte realmente, no sólo con tus virtudes, sino también con tus defectos. Sí, especialmente con tus defectos. Al fin y al cabo, ¿no son precisamente nuestros defectos los que nos hacen más humanos?

Sarah movió la cabeza hacia los lados. No. Aquella disculpa era inaceptable. Jamás le perdonaría por haberse colado en su vida, por haberla aterrorizado, por haberlo dejado todo patas arriba... Jamás. No tenía ningún derecho a hacer lo que había hecho. Y si de verdad quería conocerla, podía haber pensado en miles de maneras distintas de llegar hasta ella, como por ejemplo salirle al encuentro y dirigirle la palabra. Que ella se mintiese a sí misma no podía ser una excusa para que nadie se comportara como un psicópata sin escrúpulos. Le había destrozado la vida y lo odiaba por eso.

Jamás he querido reprocharte nada o juzgar tu comportamiento, créeme. Sólo he pretendido hacerte reflexionar, y espero haberlo logrado.

Desde luego que lo has logrado, cabrón, pensó ella. Nunca he reflexionado tanto como en los últimos días, así que sí, está claro que lo has logrado.

Dejó la carta sobre su regazo y se preguntó si tenía algún sentido seguir leyendo.

Lo mejor sería que se ocupara un poco de sí misma. Tenía una familia que cuidar, que rescatar, que recomponer. Tenía cosas mucho más importantes que hacer que leer la carta de un enfermo mental cuya única voluntad era seguir molestándola desde la tumba.

Lo malo de aquellas palabras era que también escondían un apunte de verdad. Una verdad que le dolía y que sólo habría querido oír de la boca de un buen amigo. Si Gwen o Mark le hubiesen dicho aquello mismo, habría sido distinto. Pero Sarah no conocía al hombre que se las estaba diciendo, y era obvio que no era su amigo, por mucho que se comportase como tal.

Sí, lo mejor que podía hacer era coger la carta, la caja y la muñeca y tirarlo todo a la basura. Era el modo más razonable de acabar con todo aquello.

Pero no lo hizo. Algo se lo impidió. Quizá fuera la curiosidad, quizá otra cosa... Y decidió que si quería seguir leyendo tendría que hacerlo desde cierta distancia, como si se tratara de la vida de otra persona, o un capítulo ya acabado de su propia vida. A fin y al cabo, el desconocido se había convertido en eso para ella, tanto si quería como si no.

De modo que volvió a coger la carta.

Al principio estarás muy enfadada conmigo porque te he obligado a enfrentarte a tus miedos. Lo entiendo. La verdad duele y comprendo que por mi culpa has sentido mucho dolor. Pero era el único modo que tenía de sacarte de tu madriguera. De no ser por mí te habrías quedado allí para siempre y habrías acabado autodestruyéndote, créeme. Nadie puede vivir a largo plazo sin la verdad.

Aun así, y pese a tu enfado, te ruego que reflexiones sobre dónde estás ahora gracias a mí. Has avanzado mucho, y estoy seguro de que lograrás superar todas tus fobias.

Estoy convencido de que hoy mismo podrías ir a tu editorial y llamar al timbre sin sentir el deseo de salir corriendo. Has cogido las riendas de tu vida, Sarah, y has empezado a dirigirla otra vez. Al final, lo único que debe darnos miedo es el miedo en sí.

Pero aún no ha acabado todo, Sarah. Aunque yo ya esté muerto, sigo teniendo una lección para ti. La última. La que cierra el círculo. Antes de dejarte para siempre, quiero explicarte para qué se han unido nuestros caminos. Y vas a tener que tomar una decisión que determinará el resto de tu vida.

Volvió a soltar el papel, aunque esta vez no lo hizo con rabia, sino con una extraña sensación de desasosiego.

¿De qué hablaba aquel hombre?

¿Acaso estaba amenazándola?

Pero ¿cómo iba a poder hacerlo?

Volvió a leer las últimas líneas:

... *una lección para ti...*

... *la que cierra el círculo...*

¿A qué podía referirse?

¿Había aún algo que no supiera? ¿Tendría el desconocido alguna otra noticia horrible sobre su familia, o sobre su vida? ¿Preparaba una última intervención con la que destrozarle definitivamente la vida?

No, se dijo, no lo permitiré.

Obviamente, y por mucho que le molestara admitirlo, había algo en lo que aquel chalado tenía razón: había avanzado mucho, y ya no tenía miedos ni fobias ni inseguridades cuyos fundamentos no lograra comprender. De modo que si quedaba una última lección, estaba dispuesta a afrontarla, y a salir victoriosa de ella, cómo no.

Llegados a este punto, me parece imprescindible contarte algo de mí. Para que entiendas mis motivos, básicamente.

Sin duda te habrás preguntado por qué te ha pasado todo esto a ti precisamente, y por qué yo tuve tanto interés en meterme en la piel de Stephen, aunque sólo fuera por un breve instante.

Como ya habrás imaginado, la respuesta tiene que ver con la mujer de la foto que te regalé. (Bueno, ahora que escribo esto no tengo muy claro si has llegado a ver la foto o no, pero, en cualquier caso, yo te la regalé, y te aconsejo que vayas a pedírsela al dependiente de Shalimar Flowers, donde Stephen solía comprarte flores).

El nombre de esa joven a la que tanto te pareces era Amy. Yo estaba locamente enamorado de ella. Nos conocimos cuando teníamos diecinueve años y desde el primer día que nos vimos supimos que estábamos hechos el uno para el otro.

Teníamos planes para el futuro. Planes como los que tú misma tuviste en una ocasión. Una vida en común, una casa —no necesariamente grande pero sí acogedora— y un jardín en el que pudieran jugar los niños. Queríamos tener dos hijos, un niño y una niña.

Amy soñaba con casarse de blanco, como en las películas de Hugh Grant, con muchas damas de honor que nos tiraran arroz en cuanto saliéramos de la iglesia. Y cuando yo le decía lo cursi que me parecía aquello, se moría de risa. Ella también pensaba que era una cursilada, pero aun así quería que fuera de ese modo.

Jamás le habría quitado aquella idea de la cabeza, jamás le habría robado un sueño, porque la amaba con todo mi corazón.

Decidimos esperar un poco antes de casarnos y tener hijos, porque queríamos hacer las cosas bien. Queríamos ahorrar un poco antes de empezar a vivir juntos. Y así lo hicimos, hasta poco antes de que yo cumpliera veintiséis años. Entonces empezamos a planear la boda con todo detalle.

Aquel mismo año murió mi padre. Cáncer. El hombre era dueño de una importante empresa de artículos electrónicos, pero poco antes de morir, y sabiendo que a mí no me interesaba el negocio, decidió venderlo todo por una interesantísima suma de dinero.

Como era hijo único y mi madre había muerto muchos años antes, heredé todo su capital. Un capital enorme, sobre todo teniendo en cuenta la modesta suma de dinero que Amy y yo habíamos logrado reunir en todo aquel tiempo.

Nunca me llevé demasiado bien con mi padre. Éramos muy diferentes y la relación había sido siempre fría y distante. Las últimas veces que nos vimos no hicimos más que pelearnos. Por eso nunca tuve en cuenta su fortuna y mi primera reacción fue rechazarla.

Pero tenía que pensar en Amy y en nuestra vida juntos. Gracias a la herencia se nos abrió todo un mundo de posibilidades, a cual más maravillosa, así que decidimos hacer buen uso de ella.

Empezamos a buscar casa. No teníamos prisa; queríamos encontrar un lugar en el que construir nuestro hogar.

Mientras tanto vivíamos en un minúsculo apartamento en Bloomsbury. Era tan pequeño que sólo cabía una persona en la cocina, tendíamos la ropa en la bañera y nuestra cama quedaba justo bajo el techo inclinado del edificio, de modo que si nos levantábamos de golpe nos dábamos en la cabeza (cosa que durante el tiempo que vivimos allí nos pasó cientos de veces). Pero éramos felices. Seguramente lo habríamos sido también en una cueva, o en donde fuera. El caso era estar juntos.

Entonces llegó aquella mañana de primavera en la que Amy hizo que nuestra vida fuera más perfecta aún. Unos días antes habíamos ido a ver una casita en Herne Hill, no muy lejos del Brockwell Park (el lugar en el que, por cierto, le hice la foto que dejé en la floristería). La casa nos encantó y estábamos considerando muy en serio la posibilidad de comprarla.

Mientras caminábamos hacia el trabajo aquella mañana, fuimos hablando de muebles y de cómo nos gustaría decorar cada habitación. Entonces Amy se detuvo de golpe, me miró sonriente y me preguntó de qué color me gustaría pintar la habitación del bebé.

—¿Cómo que la habitación del bebé? —le dije yo.

—Pues eso, la del bebé —me respondió, y su sonrisa se hizo más grande aún.

Y entonces me dijo que estaba embarazada de tres meses.

Sarah, no tengo palabras para describir cómo me sentí en aquel momento.

O quizá sí. Me corrijo. Quizá sí haya una palabra para eso. Una muy sencilla y muy potente.

Felicidad.

Felicidad pura y dura.

En aquel momento me creí capaz de abrazar al mundo entero, pero a falta de brazos estreché entre ellos a la mujer que más amaba en el mundo, la causante de mi felicidad, la madre de mi futuro hijo, y bailamos juntos en la calle como dos jóvenes enamorados.

Sarah se recostó en la silla y respiró hondo. ¿Qué le estaba pasando? ¡Había empezado a sentir simpatía por aquel hombre!

Aquellas no eran las palabras de un loco, sino las del hombre que cualquier mujer habría querido tener a su lado. El desconocido estaba escribiendo sobre su vida con la misma sinceridad con la que ella había escrito en sus diarios. Era como si de aquel modo quisiera igualar el marcador de las intromisiones en vidas ajenas... *Quid pro quo*, ¿no?

Quizá había sido injusta considerándolo un loco desde el primer momento. Siempre es más fácil poner etiquetas que intentar ahondar en los misterios de las distintas personalidades... Por supuesto, nada de lo que había leído hasta el momento disculpaba lo que aquel hombre había hecho con su familia, pero al menos estaba claro que quería abrirla su corazón. Quería que ella lo conociera. Y el conocimiento es el primer requisito necesario para comprender y afrontar algo.

«Colgarme la etiqueta de loco fue precipitado e injusto», decía aquella carta. La verdad era mucho más compleja.

Estábamos tan felices bailando que apenas nos dimos cuenta de la mujer que pasó a toda prisa a nuestro lado con una niña cogida de la mano. (Tiempo después supe que eran abuela y nieta).

Amy fue la primera en verlas, y también en ver la muñeca que la niña perdió con la carrera. La llevaba metida en una mochilita rosa, pero con el movimiento acabó por caérsele al suelo sin que la pequeña se diera cuenta.

Amy cogió la muñeca del suelo. Recuerdo perfectamente que, al ver lo antigua que era, pensé que debía tratarse de un juguete heredado. La muñeca preferida de la abuela, o de la madre, que ahora se había convertido en la muñeca preferida de la niña, por mucho que el vestido estuviera descolorido y la muñeca, algo anticuada. Aunque también era posible que la pequeña la hubiera visto en un mercadillo de antigüedades y se hubiera enamorado de ella, quién sabe...

El caso es que Amy las llamó con la muñeca en la mano, pero la mujer no la oyó. Parecía muy concentrada en llegar a coger el autobús que ya estaba en la parada. De modo que Amy salió tras ellas. Corrimos los dos hacia ellas, llamándolas, pero el ruido del tráfico a aquellas horas no quiso ponérselo fácil.

La mujer y la niña subieron al autobús, y Amy no dudó en seguir las, muñeca en mano.

Yo me quedé esperándola en la parada. Fue como si unos brazos invisibles me retuvieran; como si alguien no quisiera verme dentro del autobús. Durante unos segundos no entendí qué pasaba. Luego vi a un joven de ojos marrón oscuro, casi negro, y pelo moreno muy corto. Estaba en el centro del autobús, rodeado de gente, e iba cogido a una de las barras del techo mientras repetía una y otra vez algo que, lógicamente, yo no pude oír.

Lo vi sudar como si acabara de pegarse una carrera.

Él debió de notar que lo miraba, porque me sonrió y cogió su mochila del suelo mientras seguía moviendo los labios, ahora con mayor exageración. Entonces pude entender lo que decía.

Allahu akbar.

Alá es grande.

Después el mundo se convirtió en un infierno.

El nombre de aquel joven era Hasib Mir Hussain, y todo aquello sucedió la mañana del jueves 7 de julio de 2005, a las 9.47, en la parada de Tavistock Square, en el autobús número 30 que se dirigía a Hackney.

Era la misma parada junto a la que Amy y yo pasábamos cada día para ir al trabajo. Ella, en la librería de la esquina siguiente. Yo, en la tienda de accesorios eléctricos dos calles más allá.

Después de aquel día ya nada volvió a ser como antes.

A Sarah le costaba seguir leyendo. Tenía los ojos anegados en lágrimas y las palabras se desdibujaban en el papel. Se pasó varias veces las manos por la cara antes de continuar.

Recuerdo que cuando recuperé el conocimiento estaba sordo por la explosión y mi cuerpo no era más que un mar de dolor. Estaba rodeado de ruinas y de chatarra, como si un chatarrero gigante hubiera vaciado su saco sobre mi cabeza. Por todas partes había objetos rotos y fragmentos de... de lo que fuera. De todo. Incluso de personas. Era espantoso.

Y por algún motivo que nunca he logrado explicarme, vi a mi lado la cabeza medio quemada de la muñeca, sobre el asfalto. Alargué el brazo, cogí la cabeza y ya no volví a soltarla.

Me quedé ahí tendido hasta que llegaron los servicios de emergencia, mirando la mayor parte del tiempo hacia lo que quedaba del techo rojo del autobús.

«Amy está muerta» pensé en un momento dado, mientras leía el anuncio publicitario de la parada del autobús, que había estallado en miles de pedazos. Era el cartel de una película que iban a estrenar en el cine: *El descenso*. Y para animar al público, la siguiente reseña: «El horror en estado puro. Una película osada y brillante».

No se le ocurría —en absoluto— un comentario más cínico que aquel.

Porque lo que siguió a continuación fue efectivamente el horror en estado puro para mí. Pasé varias semanas en el hospital, me hicieron un montón de trasplantes, y durante un buen tiempo no pude hacer un solo movimiento sin tomar algún calmante para el dolor.

Pero nadie pudo darme nada para apaciguar mi verdadero dolor. Aquella mañana perdí a las dos personas más importantes de mi vida: a Amy y a nuestro hijo nonato. Se marcharon inesperadamente, injustamente, junto con otros muchos inocentes, por culpa de un fanático chiflado.

Aquel día perdí mi fe en Dios; porque si de verdad existiera y permitiera aquel horror no habría podido perdonarlo nunca.

Cuando por fin salí del hospital pasé varios meses en el pisito que tenía con Amy, sin salir apenas y sin relacionarme con nadie. Mi aspecto era repulsivo. Estaba deforme y la gente me miraba con indiscreción y se alejaba, o bien se burlaba de mí como si formase parte de una atracción de circo. Los niños me señalaban con espanto, y eso dolía más que cualquier otra cosa. No podía ver a nadie. No quería ver a nadie. Tenía suficiente dinero, y por lo visto nadie me echó tanto de menos como para venir a buscarme.

Amy y yo nunca tuvimos demasiados amigos. Nos bastábamos con nosotros mismos. Ahora me doy cuenta de que aquello fue un error, porque seguro que con amigos en los que apoyarme las cosas habrían sido distintas, muy distintas, para mí. Quizá si hubiese tenido a alguien a quien contarle cómo me sentía, del mismo modo que estoy haciendo ahora contigo, habría tenido más fuerza para seguir adelante. Pero ya se sabe: a pelota pasada todo es más fácil.

Al principio de esta carta te he dicho que estabas leyendo las últimas palabras de un moribundo, ¿lo recuerdas? Bien, pues no me refería al cáncer que crece en mi interior, que ha hecho metástasis y que va a matarme pronto.

No, mi muerte empezó hace ya muchos años, aquella mañana de primavera en la que arrancaron de mi vida a Amy y al hijo que esperábamos.

Dejé de comportarme como había hecho siempre. Ya no sentía nada que no fuera un terrible y negrísimo dolor. De vez en cuando, cuando el exceso de soledad se me hacía insoportable, buscaba un trabajo temporal aquí o allá. No necesitaba el dinero, pero sí el placer de alguna que otra conversación. Sí, a veces incluso agradecía que se metieran con mi aspecto, sólo para recordar que continuaba vivo y era una persona real.

Entonces, por fin, un día supe que había llegado el momento de ir a visitar al médico. Éste comprobó que mis cicatrices habían empezado a extenderse y que el cáncer acabaría conmigo en no demasiado tiempo.

Cerca de un mes después, mientras paseaba por el Brockwell Park como casi cada día, recordando lo

mucho que a Amy le gustaba aquel lugar, os vi haciendo un picnic. Tú, Harvey y Stephen, sobre una manta roja.

Sarah sintió un escalofrío. De modo que así fue como dio con ellos.

Aún recordaba aquel día, curiosamente. Fue el cumpleaños de Stephen. Compró alitas de pollo, hizo bocadillos de varios tipos y preparó también una ensalada de patatas con mayonesa a la alemana, porque era la preferida de Stephen. De postre tomaron pastel de chocolate y Harvey dejó una mancha enorme en la manta porque se le cayó todo el pastel al suelo.

Se lo habían pasado tan bien... Se habían reído tanto... Y después fueron a dar una vuelta en el trenecito. ¡Harvey había disfrutado como un enano! El trabajo fue suyo luego para lograr que se bajara. Aquel día les dijo que cuando fuera mayor sería conductor de trenes de vapor, y un desconocido tuvo la amabilidad de hacerles una foto a los tres juntos y sonrientes.

Lo recordaba todo perfectamente, como si fuera ayer. Y ninguno de los tres se fijó en el hombre de las cicatrices. Éste había escrito que Amy y él se bastaban con ellos solos, y seguramente eso fue lo que les pasó también a ellos tres.

No puedes imaginarte lo desconcertado que me sentí en un primer momento. Al principio pasé un buen rato mirándoos sin dar crédito, como si fuerais espejismos o caprichos de mi imaginación.

¡Te pareces tanto a Amy, Sarah, tanto! Os parecéis hasta en los gestos. Podríais haber sido hermanas... Y entonces pensé que Harvey podría haber sido mi hijo y que yo podría haber estado ahí, tan feliz como Stephen.

Sí, al veros reconocí la familia que ya nunca podría tener.

Vosotros ni siquiera os disteis cuenta de mi presencia, y me pareció bien que fuera así. Eso me facilitaba la opción de seguir observándoos e imaginando cómo podría haber sido mi vida.

Entonces, cuando recogisteis y os marchasteis a casa, os seguí. No pude evitarlo. Tenía que ver dónde vivíais, y cómo.

Y luego ya no pude dejar de espiaros. Os convertisteis en una especie de adicción para mí; no se me ocurre un modo mejor de definirlo. Tenía suficiente con observaros y dejar que las horas fueran pasando. Jamás pensé en pasar a la acción.

Pero entonces, un día, decidí seguir a Stephen para variar, y vi lo que os hacía a Harvey y a ti con esa mujer.

No te puedes imaginar el odio que sentí hacia él en aquel momento. ¡Por el amor de Dios! Me dolió tener que ver aquello. Aquel hombre tenía todo lo que yo quería: una familia maravillosa a la que dar —y de la que recibir— toda la felicidad del mundo; y sin embargo había decidido tirarlo todo por la borda.

Fue entonces cuando decidí darle una lección. A él y a esa tal Katherine. Y como comprendí que tú también intuías algo de todo aquello pero que preferías mirar hacia otro lado y no enfrentarte a la situación, pensé que la lección debía de ser también para ti.

Decidí que éste sería mi legado. Mi última empresa antes de morir.

Pero, desgraciadamente, el plan no salió como esperaba. Katherine Parish nunca tendría que haber muerto... El caso es que lo hizo, y ya no podemos hacer nada por evitarlo. Por supuesto, espero que Stephen haya sobrevivido a la lección. De no ser así, habré fracasado yo también, y eso sería imperdonable, básicamente por ti y por Harvey.

Créeme, si cuando leas estas palabras Stephen aún está con vida, se habrá convertido en un hombre nuevo. En un hombre mejor, probablemente.

Y sea como fuere, habrá aprendido la lección. De eso estoy seguro.

Ahora te toca a ti decidir si quieres volver con él o si prefieres no hacerlo.

Sólo te pido una cosa, por favor: entrégale la segunda carta, que verás al fondo de la caja. Es mi regalo de despedida para él.

Si lo amas, y si amas a tu hijo, estoy seguro de que se la darás. Hay mucho en juego, sobre todo para Stephen.

Te deseo toda la felicidad del mundo y una vida llena de amor.
Un amigo.

Al cabo de un rato Harvey bajó saltando las escaleras y corrió hacia la cocina.

—¡Mira, mami! —decía. Sostenía un papel entre las manos, orgulloso—. He acabado mi dibujo para papá. ¿Te gusta?

Sarah estaba sentada mirando hacia la ventana. Los copos de nieve danzaban por el aire y acababan derritiéndose en el suelo del jardín. Se secó las lágrimas con la mano antes de darse la vuelta para mirar a Harvey.

—¡Oh, qué chulo! —le dijo, mirando la obra de arte de su hijo con una sonrisa.

Era una locomotora negra que atravesaba un campo muy verde y pasaba junto a casitas de colores y hombres de piernas muy largas. Encima de todo, un sol enorme y sonriente.

Harvey dejó al papel a un lado y la miró, preocupado.

—¿Estás llorando, mami?

—Ya no, cielo, pero antes he llorado un poquito.

—¿Por mi culpa?

—¡No, cariño, qué va!

—¿Pues por papi?

Ella se inclinó hacia él y lo abrazó con fuerza.

—Te quiero —le susurró, mientras las lágrimas volvían a caerle por las mejillas—. No te imaginas cuánto te quiero.

En la mano sostenía la carta que el desconocido había escrito para Stephen.

Si amas a tu marido, y si amas a tu hijo, estoy seguro de que se la darás.

Fue como si el desconocido volviera a estar en su cocina, mirándola, una vez más.

Pero aún no ha acabado todo, Sarah. Aunque yo ya esté muerto, sigo teniendo una lección para ti. La última. La que cierra el círculo. Antes de dejarte para siempre, quiero explicarte para qué se han unido nuestros caminos. Y vas a tener que tomar una decisión que determinará el resto de tu vida.

Temblando, abrazó a su hijo con más fuerza aún.

Una semana después, Sarah llegó a la entrada del King's Hospital. Se expulsó la nieve de los pies en la esterilla de entrada y vio a Harvey moviéndose de izquierda a derecha para hacer que las puertas correderas se abrieran y cerraran con él. Llevaba bajo el brazo el dibujo para su padre, enrollado y envuelto con un lazo rojo, y entonces la miró sonriendo.

Pero aún no ha acabado todo, Sarah. Aunque yo ya esté muerto, sigo teniendo una lección para ti. La última. La que cierra el círculo. Antes de dejarte para siempre, quiero explicarte para qué se han unido nuestros caminos. Y vas a tener que tomar una decisión que determinará el resto de tu vida.

—¡Vamos, mami, vamos!

Se moría de ganas de ver a su padre. Todo lo contrario de Sarah, que hubiera preferido retrasar un poco más aquel momento. Hasta aquel día sólo había hablado con médicos, enfermeras y psicólogos para conocer el estado de su marido. Aún no se había atrevido a hablar con él.

Y cuando lo vio sentado junto al mostrador de la entrada sintió una punzada en el corazón. Estaba casi irreconocible. El hombre que miraba una revista, encorvado y ajeno a su llegada, no era más que una sombra de lo que fue. Estaba mucho más delgado, prácticamente en los huesos.

Pero era Stephen, de eso no cabía duda.

Era su marido.

Y había cambiado.

Harvey también lo reconoció enseguida y gritó un agudo «¡Papi!» que llamó la atención de todos los allí presentes.

Stephen levantó la vista inmediatamente y abrió los brazos para recibir a su hijo.

Sarah llegó hasta ellos, indecisa. La ropa que llevaba él, los tejanos y el jersey negro que ella misma le había regalado hacía dos años, por Navidad, le colgaban por todas partes, y cuando sonrió a Harvey toda su cara se arrugó. Sus rasgos eran más marcados, tenía ojeras y las mejillas hundidas.

Pero lo que más le impactó al verlo fueron sus ojos. Su mirada. Era tan diferente... Parecía tan... —tuvo que pensárselo unos segundos para encontrar el adjetivo—, tan *rota*.

—Hola —le dijo él en voz baja.

Ella tampoco logró decir nada más que «hola».

Harvey se zafó del abrazo de su padre y le enseñó su regalo.

—¡Papá, papá, mira lo que he hecho para ti!

Stephen sacó el lazo con cuidado, desplegó la hoja y miró el dibujo.

—¡Toma ya! —dijo—. ¡Qué pasada! ¡Pero esto es una obra de arte! ¿Seguro que la has hecho tú? ¡No puede ser, parece de alguien mayor!

Ahora sí parece el Stephen de antes, pensó Sarah. El que tenía una familia normal.

Como aquel día en Brockwell Park.

Se secó las lágrimas de los ojos.

—Stephen... Tenemos que hablar.

Él asintió y se inclinó hacia Harvey, tembloroso.

—Oye, colega, ¿ves la papelería que está al otro lado del vestíbulo, junto al ascensor?

—Pues claro, no soy ciego.

—Vale. ¿Qué tal si vas ahí dentro y escoges un cómic? ¡El que más te guste! Es que mamá y yo tenemos que hablar un momentito de cosas de mayores. Yo voy enseguida contigo y te lo compro, ¿vale?

—¡Vale! —dijo Harvey, y salió hacia allí dando saltitos. Le encantaban los cómics y se pasaba horas mirándolos, por mucho que Sarah resoplara e intentara convencerlo para que leyera libros *de verdad*, como ella decía.

—Stephen, yo... No sé qué tengo que hacer... —dijo. Estaba muy seria.

—Lo entiendo. Si quieres, cuando vaya a casa cojo algo de ropa y me voy a un hotel durante unos días, hasta que decidas lo que quieres...

—No es... no es sólo eso.

—¿Ah, no?

—No.

Sarah cerró los ojos y metió la mano en su bolso. Le costó una barbaridad sacar la carta de allí, pero de algún modo sintió que no podía hacer otra cosa.

Había llegado el momento del que le había hablado el desconocido. El momento en que debía tomar una elección.

—Ten —dijo al fin, entregándole el sobre a Stephen—. Es para ti.

Stephen cogió el sobre sin entender.

—Es... de él —le dijo Sarah, tras una pausa—. Lo he leído. El sobre no estaba cerrado.

Sus miradas se cruzaron y por unos segundos pareció que el mundo desaparecía a su alrededor. Entonces Stephen sacó el papel del sobre y lo miró.

No había más que una frase en él, y al leerla se quedó pálido como el papel.

Sarah miró a Harvey, que estaba hojeando un cómic junto con otro niño que tendría más o menos su misma edad. Conexión entre expertos en superhéroes.

Entonces volvió a centrarse en Stephen, que tenía la cabeza gacha y la mirada perdida.

—Quiero saber la verdad —dijo, decidida—. Quiero saberlo todo, aquí y ahora. ¿Qué significa esta frase?

Stephen tragó saliva y por fin le contestó:

—Sí, tenéis derecho a saberlo.

Caminaron varios pasos y se sentaron en dos de los sofás que había en la entrada, algo apartados de todo.

Cuando Stephen empezó a hablar, lo hizo con voz queda y mirando al suelo para no ver a Sarah. Su rostro se había puesto más pálido aún, hasta el punto de que parecía ir pintado para una representación teatral. Estaba claramente avergonzado y se sentía culpable...

Es que lo es, pensó Sarah, y se dio cuenta de que estaba contenta de que él pasara aquel mal rato de la confesión, aunque por otro lado le daba mucha pena. Era todo tan confuso...

Stephen tenía los codos apoyados en las rodillas. Estaba manteniendo una terrible lucha interior, de eso no cabía duda.

—Conocí a Katherine en una exposición —empezó a hablar—. En el Museo Victoria y Albert. Aquel día no quisiste acompañarme porque dijiste que tenías dolor de cabeza, ¿recuerdas?

Sarah asintió. Sí, recordaba perfectamente aquel día. Era cierto que tenía dolor de cabeza, pero ése no había sido el único motivo por el que prefirió quedarse en casa. La verdad era que ver a los colegas de Stephen le daba mucha pereza. No tenía ganas de tener que pasarse toda la noche hablando con unos y con otros en un tono desenfadado y pseudointelectual, con la única finalidad de conseguir contactos laborales para Stephen.

En aquellas circunstancias ella solía convertirse en el hermoso y sonriente accesorio del renombrado e inteligente arquitecto, y aquella noche prefirió llenarse una bañera y meterse en la cama con el nuevo manuscrito que le habían enviado de la editorial.

Ahora hubiera dado lo que fuera por no haber tomado aquella decisión. Como le escribió el desconocido, «a pelota pasada todo es más fácil».

—Al principio no fue más que un contacto inocente —continuó Stephen—; nos pasamos la tarde hablando.

Aquel «nos» le hizo un daño horrible. Era una palabra pequeña, pero con un significado enorme.

—Al final, ella me preguntó si querría ocuparme de la renovación de su casa. Por supuesto, le dije que sí. No era un encargo importante, pero el dinero no nos vendría mal y además... —carraspeó—, bueno, quería volver a verla.

—Puedes ahorrarte esa parte —lo interrumpió Sarah—. Eso fue algo que pasó entre vosotros y yo no necesito saberlo. Me duele oírlo, me duele mucho. Pero si tú... si te sentías atraído hacia ella tendré que aceptarlo.

—No la amaba, si te refieres a eso. Nunca la amé. Era más bien...

Sarah sacudió la cabeza.

—No lo digas, por favor.

—Tienes razón, disculpa. El caso es que para ella sí fue algo más, pero yo no me di cuenta.

Seguía con la cabeza gacha, mordisqueándose el labio inferior.

Sarah esperó en silencio, pero al ver que su marido callaba no pudo aguantarlo más y explotó. Tenía que saberlo.

—¿Qué pasó, Stephen? ¿A qué viene esta carta? ¿Es lo que imagino?

Él suspiró, como si le costara una barbaridad abrir la boca.

—Le prometí a Katherine que le regalaría un fin de semana juntos por su cumpleaños. Íbamos a ir a un hotel sobre el que ella había leído en una revista. De modo que aquel viernes no fui a visitar a unos clientes, como te dije, sino a verla a ella. Pero esto ya lo sabes. Dejé el Mercedes en el aparcamiento de siempre, uno que quedaba algo lejos de su casa, para no llamar la atención. Ya sé que Londres tiene más de ocho millones de habitantes y que hubiese sido una casualidad increíble que alguno de nuestros amigos o conocidos hubiera reconocido mi coche en un aparcamiento, pero no quería correr riesgos en ese sentido. De modo que el último trozo hasta su casa lo hice en taxi, como siempre.

Se pasó la mano por la cara e hizo un gesto de desesperación.

—Sólo que en esa ocasión nada fue como siempre —dijo—. Al salir del aparcamiento me encontré con un taxi que estaba allí aparcado. Fue como si me hubiese estado esperando, pensé. Qué poco imaginaba que realmente había sido así... En aquel momento tuve la sensación de que el conductor estaba haciendo un descanso, y pensé que había tenido suerte. Por algún motivo, siempre tengo que esperar un montón antes de encontrar uno libre. Antes solía llamarte mientras esperaba y charlábamos un rato, ¿recuerdas? —le preguntó, tímidamente.

Sarah se limitó a asentir con la cabeza una vez más. Bueno, lo cierto es que en ese caso el término *charlábamos* no era del todo adecuado. En realidad Stephen hablaba y ella apenas prestaba atención, siempre más pendiente de la compra o de cualquier otra cosa que de las palabras de su marido.

Ahora se daba cuenta de que, en el fondo, había intuido que él estaba engañándola y prefería esconder el conflicto y evitar el enfrentamiento. Como hacía siempre, con todo.

—Cuando entré en el taxi no sospeché nada —dijo Stephen—. Ni siquiera me llamó la atención que el taxista pusiera mi maleta en el asiento de atrás y no en el maletero.

—Tenía la cara llena de cicatrices, ¿verdad?

—Sí. Y me temo que ahora sé dónde estaba el verdadero conductor. Espero que haya sobrevivido...

Levantó los ojos para mirarla, y Sarah tuvo que tragar saliva al ver la tristeza que

se escondía en ellos. Hubo una vez que Harvey le puso aquella misma cara. Fue cuando encontró a un pajarito con las alas rotas en el jardín. Le rogó que lo llevaran al veterinario, y su alegría fue enorme cuando, unos días después, el médico los llamó para decirles que ya estaba curado.

—El caso es que me llevó hasta la casa de Katherine y yo le pedí que esperara allí un momento. Mi idea era recogerlas, a ella y su maleta, y aprovechar el mismo taxi para ir a la estación. De modo que entré en la casa... y encontré a Katherine llorando en el salón. No tenía nada preparado y le pregunté qué le había pasado. Ella me miró con los ojos enrojecidos por el llanto y una expresión inequívoca en el rostro: reproche. «Tú... tú no me quieres», me dijo, y añadió que no podía soportar más tanta mentira. Me dijo que si no me separaba de ti iría a nuestra casa y te lo contaría todo. Yo me quedé de piedra. No me esperaba algo así, y no podía entender a qué venía aquello justo en aquel momento. En mi opinión los dos habíamos dejado siempre las cosas claras, y yo siempre le había dicho que lo nuestro era algo aparte, una especie de amistad, pero que a ti no iba a dejarte. Ni a Harvey.

—¿«Una especie de amistad»? ¿Es así como defines tus relaciones extramatrimoniales? —dijo Sarah, inclinando la cabeza.

Stephen movió las manos nerviosamente antes de pasárselas por los pantalones para secarse el sudor y atreverse a seguir hablando.

—Sí y no —dijo—. El concepto «amistad» está demasiado trillado, supongo. Quizá no explica bien lo que tuve con Katherine... Pero lo utilizo porque eso es lo que siento, a eso me refería cuando te dije que nunca la quise. Katherine y yo teníamos muchas cosas en común y hablábamos de todo. También teníamos sexo, claro, pero nunca sentí por ella lo que he sentido por ti, Sarah.

Volvió a mirarla a los ojos, buscando la respuesta de ella. Ansiaba lógicamente algo de comprensión, una pizca de perdón, quizá, pero fue en vano.

—Estoy diciéndote la verdad, Sarah. Tanto si me crees como si no, es la verdad.

Ella no respondió. Estaba demasiado decepcionada para decir nada. Y enfadada. Y desconcertada.

—¿Qué pasó entonces? —dijo.

Stephen bajó de nuevo la cabeza, derrotado.

—Bueno, le dije que lo sentía, pero que no iba a separarme, y le pedí que no os mezclara en esto, ni a Harvey ni a ti. Que no tenía ningún motivo para amenazarme y que yo creía que las cosas habían estado siempre claras. «Oh, sí —me dijo ella—. Ya lo creo que tengo motivos. Tengo los mejores motivos del mundo».

Sarah dio un paso atrás.

—¡No, Stephen! ¡Por favor, dime que lo que pienso no es verdad!

Los hombros de Stephen empezaron a temblar y las lágrimas le rodaron por las mejillas.

—Lo siento tanto, Sarah... Te suplico que me creas. Acababa de enterarse aquella mañana. Ella esperaba que aquello me hiciera reaccionar y separarme de una vez.

Quería tener el niño y había pensado que yo también. Pero fui incapaz de fingir. No podía mentirle en algo tan importante.

Sarah se dejó caer en un sofá y miró de nuevo a Harvey, que seguía charlando con su nuevo amigo. Por un instante hubiera dado lo que fuera por estar en su lugar.

Volver a ser niña, pensó. Volver a ver el mundo con la ilusión de la infancia... Lo que daría porque así fuera.

Entonces cogió aire, se serenó y volvió a preguntar. Sabía que la respuesta volvería a dolerle pero ya no tenía miedo. Necesitaba saber toda la verdad.

—¿Y entonces, Stephen? ¿Qué pasó?

—Pues que... bueno, ella se volvió loca —dijo él con lágrimas en los ojos—. Me dijo que era un cerdo. Me dijo que la había utilizado, que la había tratado como a una puta. En cierto modo entiendo que lo pensara, estaba en su derecho, pero en aquel momento me enfurecí. Me parecía una tramposa, porque en mi opinión los dos habíamos tenido siempre claras las reglas del juego. Así que le dije que ella era tan culpable como yo. Se puso histérica y empezó a pegarme y a gritar. Yo di un paso atrás pero ella siguió golpeándome. Estaba fuera de sí. Y entonces... yo no quise que pasara... te lo juro, yo sólo quise apartarla, sacármela de encima. Que dejara de pegarme y que pudiéramos hablar.

Ya estaba. Ya lo había dicho. Y sí, dolía. Dolía una barbaridad. Sarah sintió que algo se rompía en su interior.

—Tropezó con una alfombra y cayó de espaldas —susurró—. Intenté evitarlo, te lo juro por mi madre, pero no llegué a cogerla y... se golpeó con la mesa en la nuca. En cuestión de segundos estuvo todo lleno de sangre. El sobre de la mesa, el suelo... todo. Tenía los ojos abiertos pero ya no estaba allí. La cogí en brazos. La llamé a gritos. Pero nada. Ya no tenía pulso.

Sacudió la cabeza, se pasó una mano por el pelo y miró a su alrededor, desesperado.

—Fue todo tan rápido... Me quedé allí quieto, arrodillado a su lado, incapaz de reaccionar. No sabía lo que tenía que hacer. Y entonces apareció el taxista. Por lo visto me dejó la puerta de la casa abierta —al fin y al cabo sólo pensaba entrar para recogerla a ella— y entró al oír los gritos. Parecía tan atónito como yo. Le aseguré que se había tratado de un accidente, pero él no respondió. Se quedó mirándonos unos segundos, y entonces dijo que ya no podía cambiar sus planes y que aquello no hacía sino complicarlo todo un poco más, pero que bueno, que tendríamos que hacernos a la idea. Evidentemente yo no entendí ni una palabra, pero entonces el tipo se me acercó y sacó algo del bolsillo de su chaqueta. Parecía un móvil antiguo o algo así, hasta que me lo puso en el pecho. Sentí una convulsión y los músculos empezaron a temblarme. Quise alejarme de él pero ya no era dueño de mis movimientos. Entonces me clavó una aguja en el cuello. Perdí el conocimiento y cuando volví en mí estaba atado a aquella maldita silla en aquella maldita imprenta abandonada. Vi la pantalla y vi a Katherine, y pensé que me había vuelto loco. Pero

no, el loco era él, que empezó a gritarme que la culpa era mía y que vaya la que había montado, pero que no me preocupara, que él había borrado todas las huellas del crimen.

»Yo ni siquiera lo escuchaba. La imagen de la pantalla, aquella imagen terrible...

Escondió la cara entre las manos y Sarah sintió que se le partía el corazón. Nunca había visto llorar a su marido y se quedó muy impresionada, pero no se sintió capaz de consolarlo. Ella también estaba desconsolada.

Se levantó, dejó a Stephen ahí sentado y anduvo hasta el centro del vestíbulo. La gente iba de un lado a otro. Médicos, enfermeras, pacientes, visitas... Cada uno parecía inmerso en sus propios pensamientos; cada uno preocupado por su propia vida.

Ella también tenía una vida de la que preocuparse, se dijo, aunque no tenía ni idea de cómo iba a hacerlo.

Al cabo de un rato Stephen se acercó a ella. Tenía los ojos rojos y su aspecto era fantasmal.

—Sarah —le dijo—. No hay palabras para explicar cuánto lamento todo esto. Cuánto dolor me provoca tener que vivir con ello. Sé que lo que he hecho es imperdonable, así que no te pediré que me perdones. Pero si hay algo que he comprendido es que, más allá de la locura de ese hombre, entiendo que recibí el castigo que merecía.

En aquel momento Harvey llegó corriendo hasta ellos.

—¡Mami, papi! —exclamó—. ¿Ya habéis hablado? Tenéis que comprarme un cómic, ¿eh? Me lo habéis prometido. ¡Vamos, vamos, que la tienda está a punto de cerrar!

Stephen lo miró y le dedicó una débil sonrisa.

No, pensó Sarah, te equivocas. Ese hombre no te castigó como merecías. Ni a mí tampoco. A mí me explicó sus motivos y creo que he llegado a comprenderlos, pero eso no justifica que se tome la justicia por su mano. En absoluto. Nadie tiene tanto poder.

Que su marido estuviera a su lado en ese momento, con los ojos rojos y tan delgado que apenas lograba reconocerlo, ya era un castigo suficiente. Que además creyera que se lo merecía... No, eso era innecesario.

Todos cometemos errores, pensó, pero es demasiado tarde para arrepentimientos. Que nos los merezcamos o no, es otra cosa, y no podemos decidirlo nosotros. En cualquier caso, ni el peor castigo del mundo sirve para deshacer algo que ya ha sido hecho.

En ocasiones el miedo puede ser un buen maestro, o al menos eso pensó el desconocido, pero lo cierto es que el mejor maestro no es otro que el que nos muestra las cosas sinceramente, tal y como son.

—¿Stephen?

Él tenía a Harvey en brazos, y se dio la vuelta para mirarla, con timidez.

—¿Qué vas a hacer ahora? ¿Qué vamos a hacer todos?

La mirada de él se tiñó de una leve decisión. Miró a Harvey unos segundos y entonces sacó del bolsillo la carta que le había enviado el desconocido. La abrió, la leyó en voz baja y luego se la enseñó a Sarah.

Ahí, con cuidadosa letra de imprenta y en un papel blanco como la nieve, estaban escritas las últimas palabras de un muerto.

QUE NADIE SE ENTERE

Del *Times* del 27 de diciembre:

UN EXTRAORDINARIO REGALO DE NAVIDAD

En los cuentos de Navidad se dice que en estas épocas se producen milagros. Pues bien, este año la Clínica Royal Marsden parece haberse convertido en la protagonista de uno de estos magníficos cuentos, pues, tal como su director explicó a nuestra redacción, la noche del 24 de diciembre, Navidad, recibieron por correo un paquete certificado cuyo interior contenía 65.000 libras en efectivo. Junto al dinero, una carta anónima en la que se indicaba que aquél era un donativo para la clínica y su departamento de investigación contra el cáncer.

En nombre de todos los trabajadores de la Royal Marsden, y por supuesto de sus enfermos, el doctor Stone se ha puesto en contacto con nosotros para manifestar por la presente su agradecimiento al generoso benefactor.

TRES MESES DESPUÉS

—Tendríamos que haber empezado por esta caja.

Erik Schmidt metió la mano en el bolsillo de su pantalón de pana verde y sacó un pañuelo que tenía estampadas las letras *Schmidt & Son – Profesionales en el arte de la mudanza*. Se lo pasó por la frente calva y enrojecida y se secó el sudor. Al darse cuenta de que Mark no había entendido su chiste, añadió:

—¿No lo pilla? Lo digo porque es la última.

Mark esbozó una sonrisa.

—Fantástico, pues enseguida voy.

—Tranquilo, tardaremos varias horas en sumar todas las cifras de la factura —respondió Schmidt, sonriente, con su eterno sentido del humor—, así que tómese su tiempo.

Entonces se guardó el pañuelo en el pantalón, recorrió la sala vacía con la vista como si se preguntara cómo era posible que alguien hubiera guardado ahí tantos libros y por fin se dio la vuelta y salió, lanzando un suspiro.

Mark dio una última vuelta por las habitaciones. El sol de la primavera empezaba a colarse por las rendijas de las ventanas y las motas de polvo bailaban, libres, por el espacio desamueblado.

Le parecía increíble que aquel día hubiese llegado, y más aún que sintiera tanta melancolía por dejar aquel piso viejo y tan necesitado de una renovación. Recorrió con lentitud cada una de sus habitaciones y pensó en todo lo que aquellas paredes habían visto:

A Mark el desesperado. A Mark el depresivo. A Mark el alcohólico.

Y ahora, por fin, a un Mark Behrendt sereno y renovado. O al menos eso era lo que quería creer.

Se miró una vez más en el espejo del lavabo y guiñó el ojo al hombre recién afeitado y con el pelo negro y corto que le devolvió la mirada. La luz del mediodía entraba por la ventana del techo y lo iluminaba de lleno, lo cual —le pareció— sólo podía ser una buena señal.

Levantó la mano izquierda, aquella en la que llevaba el reloj vital, la movió hasta que la luz se reflejó de lleno en su tapa de metal, y sonrió.

—Vas a impresionarlos —dijo, dirigiéndose a su propia y sonriente imagen.

Después se puso la chaqueta, que había dejado en uno de los pocos armarios empotrados que quedaban en la casa, y se dispuso a salir.

En la puerta lo esperaban Schmidt y su hijo.

—Las cosas le llegarán el lunes —dijo Erik Schmidt, mientras cerraba la puerta trasera del camión de mudanzas.

Su hijo, un tipo igual de grande y fuerte que él que durante todo el día no había abierto la boca, se apoyó en la puerta del copiloto, se lió un cigarro y parpadeó bajo el sol del mes de marzo. En la calle, alguien tocó una bocina. Un conductor se enfadó porque el camión de la mudanza estaba parado en segunda fila, pero el joven no se inmutó.

De pronto, Mark se quedó paralizado. A lo lejos, en la calle, le había parecido oír un grito.

Un intenso y desconcertante «¡Ey, doctor!».

Mark se puso tenso y movió la cabeza hacia los lados para ver de dónde venía la voz.

—¿Va todo bien? —le preguntó Schmidt, mientras le entregaba un formulario para que firmara.

—Sí —murmuró Mark, mirando aún hacia la calle, en vano, y firmando el papel—. Me había parecido que... que había oído algo.

—Vale, pues eso es todo —dijo Schmidt, justo antes de abrir la puerta del camión y entrar en él—. Y no olvide recomendarnos si queda satisfecho con el trato, ¿eh? —le dijo, ya desde el asiento de la cabina.

Mark lo miró y le dijo:

—Pero mi recomendación le quedaría un poco lejos de Frankfurt, ¿no le parece?

Schmidt dejó escapar una risotada y dijo:

—¡Qué va! ¿A quién le importan las distancias hoy en día?

Después de aquello cerró la puerta de la cabina y en cuestión de minutos él y su hijo, *Schmidt & Son*, los profesionales en el arte de la mudanza, desaparecieron entre el tráfico matinal.

Mark se dio la vuelta, miró una vez más la antigua fachada de obra vista de su edificio, y dejó las llaves en el buzón de la calle, como habían convenido. Estaba a punto de entrar en su viejo Volvo cuando un niño se le acercó corriendo y le dijo:

—¡Eh, tú!

Mark lo miró, sorprendido. Era la primera vez que veía a aquel renacuajo con el pelo alborotado y una camiseta que le quedaba grande. Claro que nunca había sentido interés por sus vecinos, ni por la gente del barrio. De hecho, hasta hacía unos meses había vivido encerrado en su mundo, que era un mundo pequeño, discreto y predecible, sobre todo durante la época en que le dio a la bebida.

—¿Quién yo?

—¿Te llamas Mark?

—Sí, ¿y tú quién eres?

—Me han dicho que te dé esto.

El niño le entregó un papelito doblado.

—¿Quién te lo ha dado?

Con un movimiento rápido e insólito que seguramente había aprendido de algún rapero de la calle, el niño señaló hacia el otro lado de la calle y le dijo:

—Esa mujer de ahí.

Después de aquello salió corriendo, y Mark intentó encontrar a la mujer a la que se refería el niño.

En realidad vio a varias mujeres —dos jóvenes que empujaban sendos carritos de bebé y conversaban animadamente, una anciana caminando lentamente con la ayuda de un bastón y un grupo de chicas trasteando en sus móviles como si estuvieran hablando entre ellas por WhatsApp—, pero ninguna parecía pendiente de él.

Qué extraño, se dijo, desdoblado el papel. Alguien había escrito con un bolígrafo, y a toda prisa, unas palabras.

¿TE VAS?
NI SE TE OCURRA PENSAR
QUE PODRÁS HUIR SIN MÁS.
¡AÚN NO HEMOS ACABADO!

Pese al agradable calor del mes de marzo, Mark empezó a temblar de pies a cabeza. Desesperado, recorrió la calle con la mirada, varias veces, y no pudo evitar pensar en las palabras del señor Schmidt: *¿A quién le importan las distancias hoy en día?*

EPÍLOGO

Han pasado ya cuatro años desde la publicación de *La psiquiatra*, y desde entonces he estado recibiendo cartas de los lectores preguntándome qué había sido de Mark Behrendt. ¿Adónde había ido tras destapar el misterioso caso de Lara Baumann?

Cada vez que alguien me escribía yo le prometía que pronto retomaría la historia de Mark para saber cómo le había ido tras su salida de Fahlenberg. Pero antes había otras historias que debía contar...

Hasta que un día cristalizó una idea que llevaba varios años rondándome por la cabeza: ya sabía cómo recuperar a Mark; aquella historia tenía que mezclarse con la suya.

La idea en cuestión surgió a partir del accidente que tuvo lugar en Londres en marzo de 2007. Por aquel entonces yo había sido invitado a participar en un simposio sobre investigación psiquiátrica en el King's College, y, al igual que Mark en esta historia, me instalé durante unos días en la residencia de estudiantes.

Una tarde había quedado con mi hermana, que hace años que vive en Londres y a la que por desgracia veo mucho menos de lo que quisiera. Me dirigí al metro, pero estaba cerrado. Tampoco funcionaban los autobuses. ¡La ciudad entera estaba tomada por la policía! Entonces me enteré de que hacía menos de media hora se había producido un ataque terrorista, en un autobús, cerca del puente de Westminster.

Eso fue lo que me contaron en un principio, claro. Luego pude saber por las noticias que la verdad era otra muy diferente, y que la supuesta bomba de precisión había sido en realidad una bolsa de deporte cerrada con varias latas, una bolsita de comida para gatos y dos blusas de mujer en su interior. Pertenecía a una joven que, por lo visto, se tropezó antes de bajar del autobús en el que iba y estuvo a punto de saltarse la parada. Muchos de los que iban en el autobús la vieron bajar de allí a toda velocidad y dejando una bolsa en el suelo. La llamaron para avisarla, pero por algún motivo no les oyó, y eso provocó el pánico entre todos los presentes.

Después de aquello me di cuenta de lo inseguro que se ha vuelto nuestro mundo tras los atentados de Nueva York, Londres y Madrid. Todos nos hemos vuelto más miedosos, desconfiados y precavidos.

La mayoría de nosotros pertenecemos ya a una generación que no teme continuamente por su vida porque no vivió en su propia piel la guerra ni la destrucción de Europa. Sin embargo, los ataques terroristas nos han hecho comprender que nuestra vida puede cambiar o acabarse en cualquier momento, y eso nos ha cambiado. Ahora una bolsa abandonada puede hacer que cunda el pánico en toda una ciudad.

El miedo es el tema por excelencia de nuestra sociedad, según las noticias.

Tenemos miedo de las catástrofes naturales, de la contaminación, del cambio climático, de las radiaciones atómicas, de los alimentos en mal estado, de las epidemias... y, ya puestos, de la inflación, el paro, la pobreza o la vejez. Y seguro que me olvido de muchas cosas.

No pretendo decir con esto que el miedo sea algo necesariamente negativo, ni mucho menos, pues, al igual que el amor o la curiosidad, es una emoción básica del ser humano. Un hombre que no tuviera miedo de nada no podría sobrevivir. Imaginároslo cruzando por una autopista, tan tranquilo, sin temer que un coche lo atropelle, por ejemplo.

El problema nace cuando el miedo es excesivo. Cuando le concedemos demasiada importancia y ocupa demasiado espacio en nuestro interior, entonces pasa a dominar nuestra vida. Nos vuelve más inseguros, más indecisos y menos racionales. Y si consigue hacerse con nuestra mente... las consecuencias son fatales, tanto para nosotros como para el resto de la sociedad. El miedo es el abono perfecto para la desconfianza, el odio y la discriminación, a los que concede el poder de decidirlo todo y someterlo todo a su voluntad.

De ahí que sea obligación nuestra enfrentarnos a nuestros miedos. Como dijo George Otis, el miedo tiene un hogar, nuestra cabeza, y sólo podemos enfrentarnos a él desde allí.

AGRADECIMIENTOS

Muchísimas gracias a Lilli y a Chris Jenkins por su apoyo incondicional durante mis investigaciones, y por la cajita con las galletas que más le gustaban a John Lennon, que también son mis preferidas. Gracias también a la Policía Metropolitana de Londres por toda la información que me ha facilitado para este libro y que sin duda podré utilizar en alguno más, y a la doctora Rana Kalkan, que me llamó la atención sobre un estudio psicológico interesantísimo, así como al doctor Thomas Becker, quien me aconsejó y orientó siempre con toda amabilidad.

Mi más sincero agradecimiento y admiración a mi amigo Markus Naegele, «el lector más *cool* de todos los tiempos», y a su mujer Kirsten, a quienes va dedicado este libro, y por supuesto a todo el equipo de la editorial Heyne. ¡Sois sencillamente maravillosos!

¿Y qué sería de mis libros sin Heiko Arntz? Una vez más, el hombre de la mirada intensa, las preguntas astutas y el bolígrafo rojo ha contribuido a que esta obra acabe siendo lo que es.

También quiero mostrar mi agradecimiento a...

... Rona Nicholson y Jon Broome, por su hospitalidad y la maravillosa (al tiempo que segura) estancia que me hicieron pasar en Forest Hill;

... Leonard Nimoy, que posee de verdad un reloj vital (y sabe el tiempo que le queda);

... Paul Cleave e Isabella Thermes, por su amistad, su apoyo incondicional y su creativa aparición en mi vida, justo en un momento en que todo parecía estar un poco más negro;

... Roman Hocke, el mejor agente que podría desear, así como Claudia Hornstein y todo el equipo AVA, que han logrado que mis libros lleguen a venderse hasta en Sudamérica;

... Tatjana Kononenko y Peter Weisskirchen, que me ayudaron extraordinariamente con una búsqueda de última hora y contrarreloj;

... y para acabar, como siempre, a mi querida esposa Anita. Mi lectora más querida, mi crítica más dura, mi consejera más preciada, mi mejor amiga... y mucho más.

Pero, sobre todo, gracias a vosotros, queridos lectores y lectoras. Gracias por vuestro apoyo, confianza y fidelidad, y gracias por la infinidad de correos electrónicos,

cartas, mensajes, reseñas y comentarios en Facebook y Twitter.

Wulf Dorn,
Mayo de 2013



WULF DORM (Ichenhausen, Alemania, 20 de abril de 1969). Inició su carrera escribiendo relatos de horror, bajo el influjo de su fascinación por lo extraño y el misterio, para luego encaminarse hacia el género del thriller. Estudió idiomas y ha trabajado años como logopeda en la rehabilitación del lenguaje de pacientes psiquiátricos. Su primera novela, *La psiquiatra* (2011), gozó de un éxito inmediato con lectores tanto en Alemania como en Italia y España. *El superviviente* (2012) es su segunda novela, seguida de otro thriller psicológico titulado *Acosado* (2014). Sus libros se han publicado en diez países. Vive con su mujer y un gato cerca de Ulm, en Alemania.